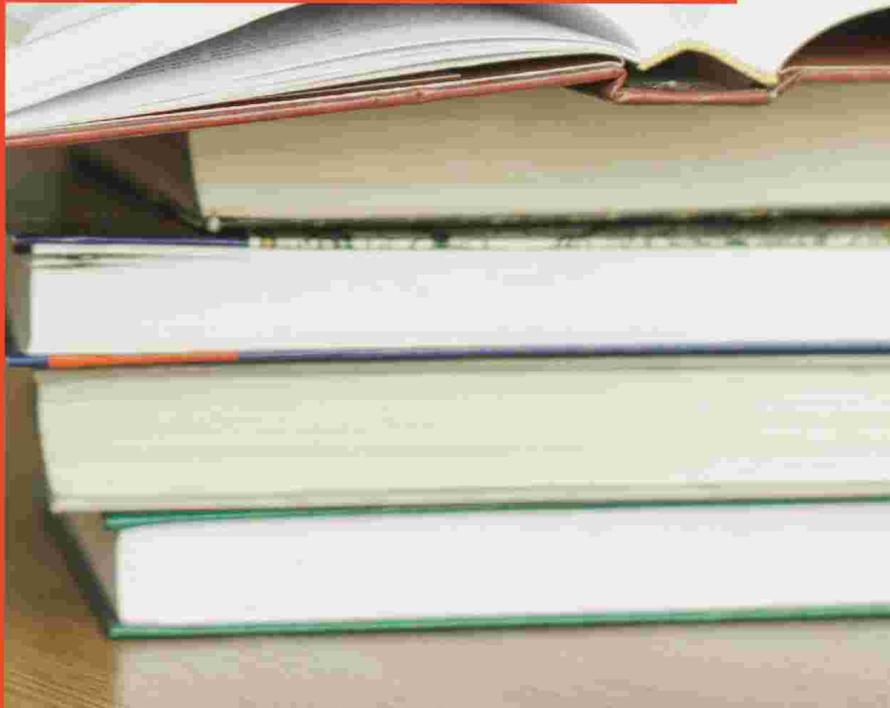


# LITERATURA

1.er año



**COLEGIO**



**Unidad I:** Conociendo la mitología

Capítulo 1	Mitos	5
Capítulo 2	Mitología prehispánica andina	12
Capítulo 3	Mitos de la costa y de la selva	17
Capítulo 4	Mitología griega I	22
Capítulo 5	Mitología griega II	27
Capítulo 6	Mitología griega III	32
Capítulo 7	Repaso	39
Capítulo 8	Taller de literatura	41

**Unidad II:** Verdad y ficción

Capítulo 1	La leyenda	44
Capítulo 2	La fábula	52
Capítulo 3	El cuento	59
Capítulo 4	Elementos del cuento	66
Capítulo 5	El cuento fantástico	75
Capítulo 6	Ciencia ficción I	84
Capítulo 7	Ciencia ficción II	99
Capítulo 8	Repaso	111
Capítulo 9	Taller de literatura	114

# Índice

## **Unidad III: Conociendo tu ciudad**

Capítulo 1	El cuento urbano I	117
Capítulo 2	El cuento urbano II	129
Capítulo 3	El cuento urbano III	142
Capítulo 4	El cuento urbano IV	154
Capítulo 5	El cuento indigenista I	164
Capítulo 6	El cuento indigenista II	171
Capítulo 7	Repaso	183
Capítulo 8	Taller de elaboración de diálogos	185

## **Unidad IV: Crímenes perfectos**

Capítulo 1	El cuento policial I	188
Capítulo 2	El cuento policial II	197

## **Unidad V: Cuando el miedoso apodera de ti**

Capítulo 1	El cuento de terror I	208
Capítulo 2	El cuento de terror II	218
Capítulo 3	El cuento de terror III	225
Capítulo 4	El cuento de terror IV	231
Capítulo 5	Repaso	239
Capítulo 6	Taller de literatura	240

# Unidad I

## Conociendo la mitología



¿Qué puedes observar en la figura? ¿Cuáles son las características de la figura? ¿Por qué crees que fue creada?  
¿Por qué habrán creado un monumento de esta figura?

### Aprendizajes esperados

#### Expresión y comprensión oral

- Expresar con claridad sus ideas, sentimientos, opiniones y experiencias, ajustando su lenguaje a los diferentes contextos y situaciones de comunicación.
- Valorar y asumir una posición crítica ante los mensajes presentados en los mitos y leyendas.

#### Comprensión de lectura

- Leer eficazmente y comprender el mensaje del texto propuesto.

#### Producción de textos

- Producir con creatividad pequeños textos relacionados con las lecturas realizadas en clase.
- Utilizar correctamente las reglas de puntuación estudiadas en clase.

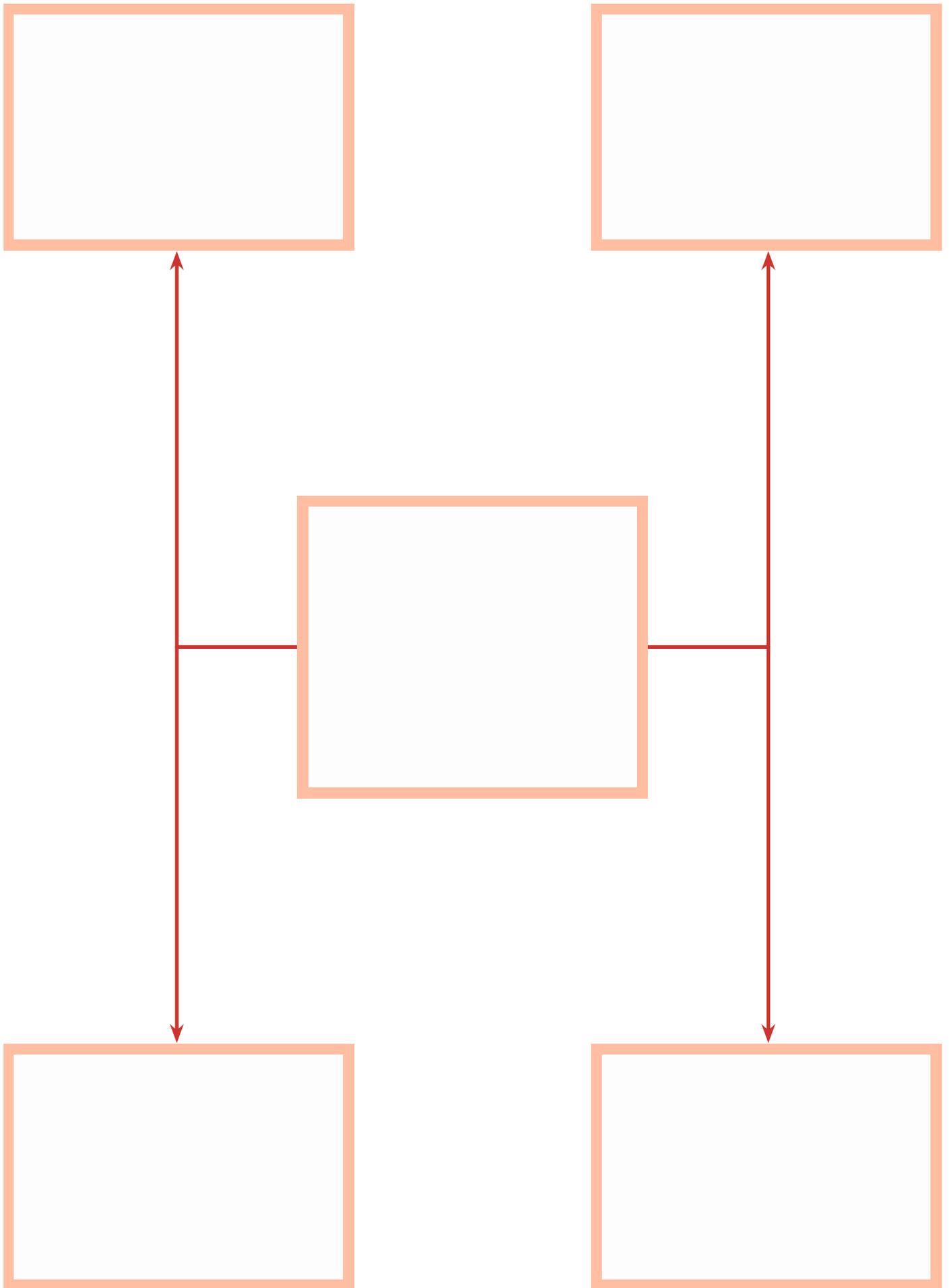
# 01

## Mitos



Un mito es un relato tradicional de acontecimientos prodigiosos, protagonizados por seres sobrenaturales o extraordinarios, tales como dioses, semidioses, héroes o monstruos.

Un mito muy conocido en el Perú es el de Manco Cápac y Mama Ocllo.



## Leemos y analizamos

salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
 uarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. E

### El mito de Cuniraya Huiracocha



Cuniraya Huiracocha era el dios del campo. Era tan poderoso que cuando quería preparar el campo y reparar los andenes, lo único que hacía era decirlo y todo quedaba listo. También era capaz de hacer acequias con tan solo arrojar una flor de cañaveral llamada pupuna. Los demás dioses se sentían humillados y envidiosos debido al maravilloso poder que poseía Cuniraya.

Cuentan que en tiempos muy antiguos Cuniraya Huiracocha se convirtió en un hombre muy pobre y que andaba vestido con harapos. Como la gente no lo reconocía lo despreciaban como si fuera un mendigo piojoso.

En Huarochirí existió una mujer llamada Cahuillaca (una huaca). Era muy hermosa y casta. Tan bella que todos los huacas y huillcas la pretendían, pero ninguno de ellos había logrado captar su atención. Cierta día, mientras Cahuillaca se encontraba tejiendo debajo de un árbol de lúcumo, Cuniraya pensó en una manera astuta de acercarse a la bella Cahuillaca sin que ella se diera cuenta. Entonces se convirtió en un pájaro y voló hasta la copa del lúcumo, introdujo su semen en una hermosa y madura lúcumo y la dejó caer del árbol justo al costado donde Cahuillaca estaba tejiendo. Esta, al verla, quedó tentada y se la comió. De esta manera, la bella diosa quedó embarazada sin haber tenido relaciones con ningún hombre.

Nueve meses después, como era de esperarse, Cahuillaca dio a luz. Durante más de un año crió sola a su hijo, sin embargo siempre se interrogaba sobre quién sería el padre. Llamó a todos los huacas y huillcas a una reunión para dar respuesta a su pregunta. Cuando supieron de la reunión todos los huacas se alegraron mucho, asistieron muy finamente vestidos y arreglados, convencidos de ser uno de los que la bella Cahuillaca elegiría y amaría. Esta reunión se realizó en un pueblo llamado Anchicocha. Al llegar, se fueron sentando y la bella huaca les enseñaba a su hijo y les decía que lo observen bien y si lo reconocían como hijo. Pero nadie reconoció al niño. Uno de los que también asistió fue Cuniraya Huiracocha, el dios del campo, pero lo hizo vestido como mendigo; así que Cahuillaca no le preguntó a él; pues le parecía imposible que su hijo hubiese sido engendrado por ese hombre tan pobre.

Ante la negativa de todos los preguntados de reconocer al niño, Cahuillaca tuvo una idea. Colocaría al niño en el piso y dejaría que vaya gateando hasta donde se encontrara su padre. Así lo hizo y el niño se dirigió muy contento donde se encontraba Cuniraya Huiracocha y se subió en sus piernas. Cuando su madre lo vio, muy encolerizada, gritó: —“¡Ay de mí! ¿Cómo habría podido yo dar a luz al hijo de un hombre tan miserable?”. Y con estas palabras y muy desesperada cogió a su hijo y corrió hacia el mar. Entonces Cuniraya se vistió con un traje de oro y dijo: —“¡Ahora sí me va a amar!” y la siguió, llamándola para que lo viera. Pero Cahuillaca no quería ver más a aquel hombre pobre y haraposo; así que no volvió para

mirarlo. Más bien siguió corriendo con la intención de arrojarlo al mar. No podía soportar que el padre de su hijo sea un miserable. Al llegar a la orilla, frente a Pachacámac, se arrojó con su hijo en brazos y quedaron convertidos, ella y su hijo, en dos islotes que están muy cerca de la playa.

Por otro lado, Cuniraya, que pensaba que Cahuillaca, en algún momento, voltearía a verlo, la seguía a distancia llamándola continuamente. Entonces se encontró con un cóndor y le preguntó: —“Hermano, has visto a una mujer hermosa que lleva en brazos a un niño”, —“Aquí cerca está, ya casi la vas alcanzando”, —le respondió el cóndor. Por darle esa respuesta Cuniraya le dijo al cóndor: —“Siempre vivirás alimentándote con todos los animales de la puna, y cuando mueran tú solo te los comerás, y si alguien te mata, él también morirá”.

El huaca siguió corriendo tras Cahuillaca, y se encontró con una zorrina. —“Hermana”, —le preguntó, “¿Has visto a una hermosa mujer corriendo con un niño?”, la zorrina le respondió: —“Ya no la alcanzarás, está muy lejos”—. Por darle esa mala noticia el huaca le dijo: —“Por haberme dado esa respuesta, te condeno a que camines sola de noche, odiada por los hombres y apestando horriblemente”.

Más abajo en su camino se encontró con un puma. —“Ella todavía anda por aquí; ya te estás acercando”, —le dijo el puma.

Por darle tan buenas noticias, Cuniraya le respondió: —“Comerás las llamas del hombre culpable, y si alguien te mata te hará bailar primero en una gran fiesta, y todos los años te sacará sacrificándote una llama”. De este modo Cuniraya le confiere al puma categoría para ser adorado, y manda además que todos los años se celebre una fiesta en su honor, en la que se bailará y se sacrificará una llama en su honor. También se encontró con un zorro. Al preguntarle por Cahuillaca el zorro le dijo que se encontraba ya muy lejos y que no la alcanzaría.

Por esto le dijo al zorro: —“Aunque andes a distancia, los hombres llenos de odio te tratarán de zorro malvado y desgraciado. Y cuando te maten, tú y tu piel serán tomados como algo sin valor”. El halcón, con quién también se encontró, le auguró que pronto la alcanzaría; por ello le contestó el huaca: —“Tendrás mucha suerte, y cuando comas primero almorzarás picaflores. El hombre que te mate llorará tu muerte, y sacrificará una llama en tu honor, y bailará poniéndote sobre su cabeza para que resplandezcas allí”.

En seguida, se encontró con unos loros, quienes le dijeron que ya no la alcanzaría. Entonces Cuniraya les maldijo así: —“Andarán gritando muy fuerte, y cuando los escuchen sabiendo que tienen la intención de destruir los cultivos, inmediatamente los hombres los ahuyentarán y habrán de vivir sufriendo mucho, odiados por ellos”.

Y así cada vez que se encontraba con alguien que le daba una buena noticia le auguraba un buen porvenir, y si se encontraba con alguien que le daba malas noticias lo maldecía.

De este modo llegó hasta el mar donde se encontraban dos hijas de Pachacámac custodiadas por una serpiente. La madre de estas había entrado al mar a visitar a Cahuillaca. Aprovechándose de la ausencia de la madre, Cuniraya tomó por la fuerza a la hija menor de Pachacámac. Cuando quiso hacer lo mismo con la otra, esta se transformó en paloma y voló. Por este motivo es que a su madre le llaman Urpayhuáchac, la que pare palomas.

Antiguamente no existían peces en el mar. Urpayhuáchac los criaba en un estanque; pero cuando Cuniraya se enteró que “la que pare palomas” había ido a visitar a Cahuillaca se enfadó y arrojó todos sus peces al mar. Y es por esto que el mar, ahora, se encuentra poblado de peces.

Cuando la hija menor de Urpayhuáchac le contó a su madre lo que Cuniraya le había hecho, se encolerizó y decidió matarlo. Para ello ideó un astuto plan. Haría crecer una gran peña para que le cayera encima y lo aplastara, luego lo llamaría con el pretexto de quitarle las pulgas. En un primer momento, Cuniraya creyó en Urpayhuáchac y aceptó la invitación; afortunadamente el dios del campo, debido a su gran astucia, se dio cuenta de las verdaderas intenciones de Urpayhuáchac y huyó del lugar.

Desde entonces, Cuniraya Huiracocha anda por el mundo engañando a huacas y a hombres.



*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
narrillo y robrerian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

### I. Comprensión lectora

Responde en tu cuaderno acerca de la lectura:

1. ¿Quién era Curinaya Huiracocha?
2. ¿De qué se disfrazó Curinaya Huiracocha para no ser reconocido?
3. ¿En qué se transformó el dios Curinaya Huiracocha para poseer a Cahuillaca?
4. La joven Cahuillaca convocó a una reunión para saber quién era el padre de su hijo, ¿quiénes asistieron?
5. ¿Qué animales le dijeron al dios que pronto alcanzaría a Cahuillaca y a su hijo?
6. ¿Qué animales le dijeron al dios que ya no alcanzaría a Cahuillaca y a su hijo?
7. ¿Por qué Urpayhuáchac fue llamada “la que pare palomas”?

### II. Juicio crítico-valorativo

8. ¿Qué intenta explicar este mito?
9. ¿Por qué crees que el dios Curinaya Huaricocha no se presentó con sus mejores galas ante Cahuillaca?
10. Curinaya auguró un buen porvenir a todos los animales que le daban buenas noticias y maldijo a quienes, por el contrario, le daban malas noticias. ¿Crees que una persona debe sancionar a otra porque no está de acuerdo con su opinión?
11. Curinaya tomó a la fuerza a la hija menor de Urpayhuáchac. ¿Qué sanción le darías a este personaje?

### III. Redacción - Creatividad

En tu cuaderno, crea un mito. Puedes tomar en cuenta los siguientes pasos:

1. Utiliza frases para iniciar tu mito como: “Decían los antiguos pobladores”, “En un tiempo antes del tiempo”.
2. Busca explicar cómo se formó la Luna. Transforma esta idea en algo fantástico.
3. Los personajes son seres sobrenaturales dotados de poderes.





*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebrotan, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

## ¿Qué es redactar?

Redactar proviene del latín *redactum*.



Redactar es poner por escrito y en orden nuestras ideas o la información de la que disponemos, para que estas sean entendidas.

## Partes de la redacción

### **Introducción: aquí se presenta el tema**

Un *youtuber* es aquel que comparte videos atractivos para el usuario, en los que se le ve haciendo algún tipo de actividad concreta, también son llamados *influencers*.

### **Nudo: aquí se desarrolla el tema**

Un *youtuber* se caracteriza por ser original, tener cercanía con su audiencia y hacer una buena campaña de *marketing*.

Las categorías con más éxitos en esta red: videojuegos, humor y videos tutoriales.

Entre los *youtubers* más exitosos podemos mencionar a HolaSoyGermán, ElrubiusOMG, PewDiePie, JuegaGermán, Yuya, VEGETTA777, entre otros.

### **Final: aquí se presentan las conclusiones**

En conclusión, no sabemos si tiene futuro ser un *youtuber*, pero lo que sí está claro es que la comunicación se está reinventando. Hoy en día cualquier emisor de contenidos puede crear su propio canal y tener un determinado público.

## Requisitos para lograr una buena redacción

### 1. **Intención comunicativa**

Es la necesidad de comunicar por escrito.

### 2. **Dominar y conocer el tema**

Te permitirá escribir con claridad y soltura.

### 3. **Claridad: consiste en desarrollar el tema de una forma fácil, legible**

No debes perder el hilo de la historia, ni omitir datos necesarios. Utilizar palabras que todos puedan entender. Evita la ambigüedad.

### 4. **Concisión: consiste en ser breve y exacto con tus palabras**

Serás conciso cuando no añadas detalles superfluos ni suprimas lo necesario. Siempre debemos fijarnos en la acción central y trabajar sobre ella.

### 5. **Buena presentación**

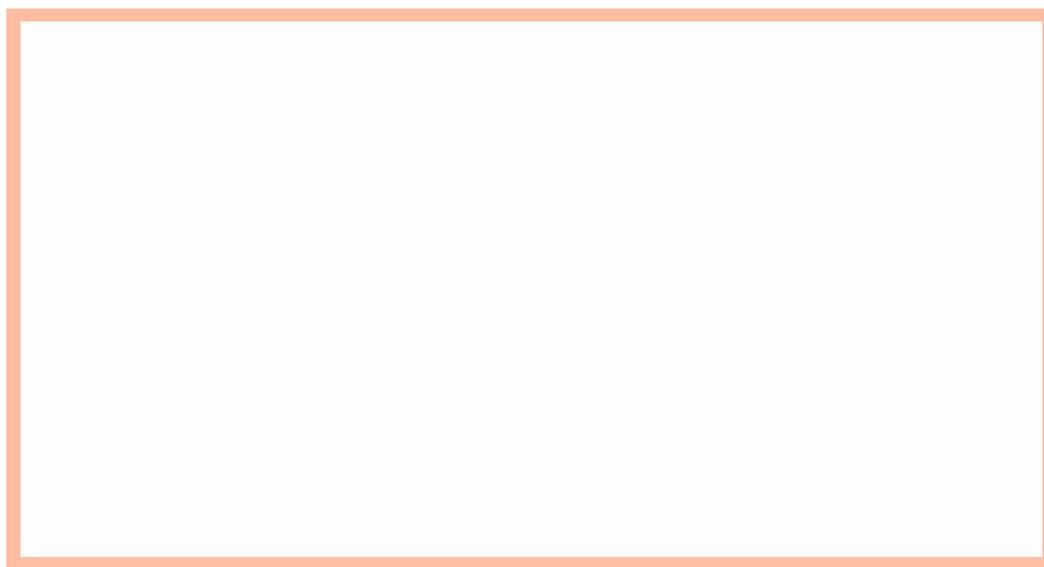
Significa limpieza, respetar a los márgenes y ubicación acertada de los títulos o subtítulos.

### 6. **Escritura correcta**

Consiste en el respeto de las normas ortográficas.

### 7. **Tener presente al lector**

Es necesario saber para quién se escribe.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
agarrillo y roborian, le del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

1. ¿Qué finalidad tiene un mito?
2. ¿Qué características tiene un mito?
3. Según el mito leído en clase, ¿cómo el mar se pobló de peces? Explícalo a través de un dibujo.
4. ¿Qué es redactar?
5. Uno de los requisitos para redactar es ser “conciso”. Explica en qué consiste.

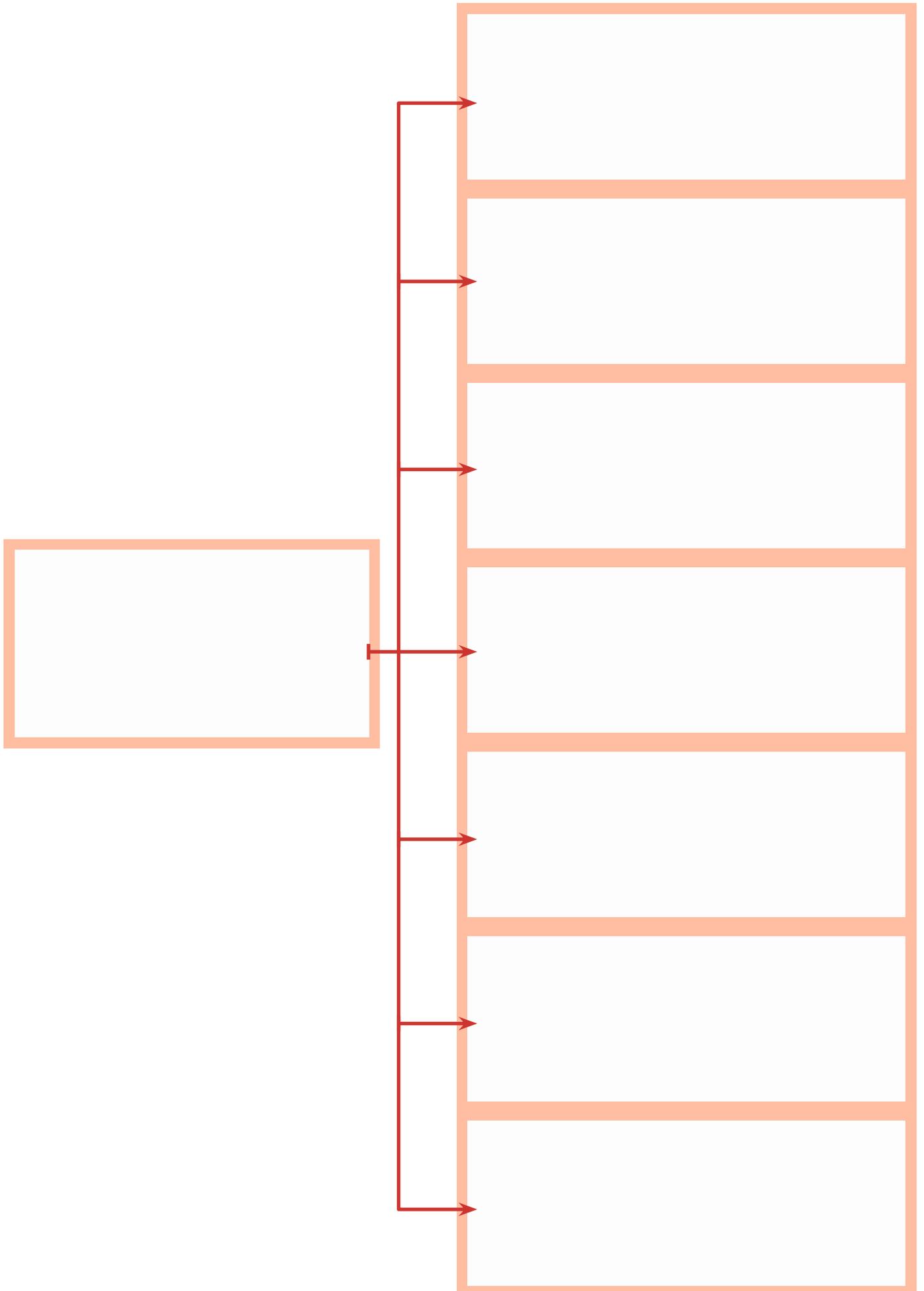
# 02

## Mitología prehispánica andina



La mitología inca estaba formada por una serie de leyendas y mitos, los cuales sustentaron la religión panteísta del Imperio inca, centralizado en el Cusco, en Perú.

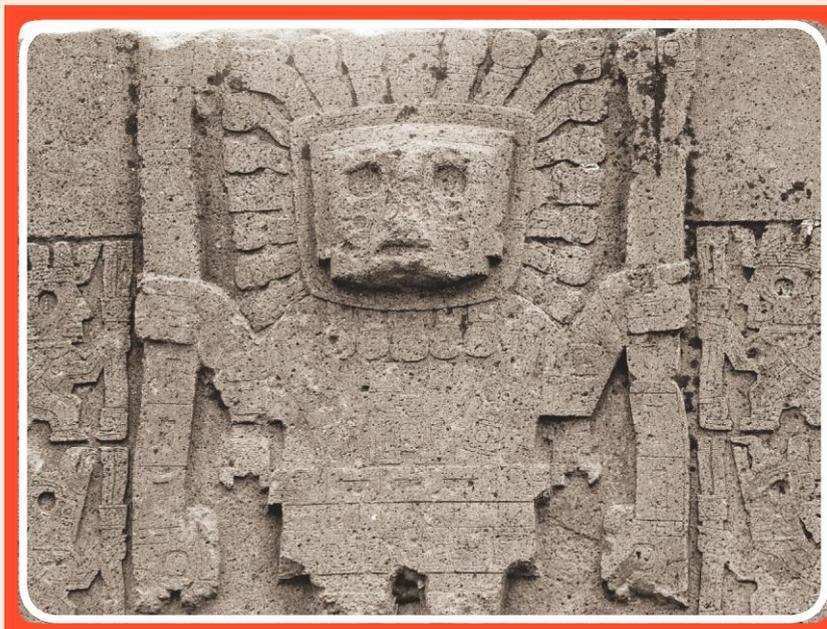
A sus dioses, el pueblo inca les rendía culto, al igual que en otras mitologías. Algunos nombres de dioses se repetían o eran llamados de igual forma en distintas provincias del pueblo inca. Más tarde todos estos dioses se unificaron y formaron lo que se denomina el verdadero panteón inca de divinidades.



## Leemos y analizamos

salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
 lavavillo y rebozían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su

### Huiracocha, el creador y ordenador



*Dios Huiracocha en la Portada del Sol de Tiahuanaco*

Huiracocha es un dios panandino, venerado con diversos nombres y representado de variadas formas desde el periodo formativo. Aparece representado en la Estela Raimondi de Chavín, en los tejidos de Karwa de Paracas, en la Portada del Sol de Tiahuanaco, en las **urnas** ceremoniales de Wari y en el templo de Koricancha de los Incas.

En los mitos y leyendas aparece como creador y ordenador del mundo. Uno de los mitos narra que en un inicio Huiracocha hizo el cielo y la tierra poblándola de plantas, animales y hombres primitivos que vivían en la oscuridad y el desorden.

Un día Huiracocha emergió del lago Titicaca junto a algunos ayudantes y castigó a los primeros hombres por ciertos desvaríos y los convirtió en piedras. Quiso Huiracocha mejorar su obra y dividió el cosmos en tres partes: Hanan Pacha (“mundo de arriba”), Kay Pacha (“mundo de aquí”) y Uqu Pacha (“mundo de adentro”). En el Hanan Pacha creó el Sol, la Luna, las estrellas y los demás seres celestiales; ordenando sus funciones y recorridos. Para habitar el Kay Pacha creó una nueva generación de hombres y mujeres modelando rocas y piedras que cobraron vida para fundar los diferentes pueblos y reinos. Estos nuevos fundadores salieron del Uqu Pacha (profundidades de la Tierra) a través de las pacarinas: cuevas, lagos y manantiales.

Luego de ordenar las funciones de los pueblos, plantas, animales, ríos y todos los seres del mundo, Huiracocha y sus acompañantes se dirigieron hacia el mar y se fueron caminando sobre sus espumas.

Los incas lo llamaban *Apu Kon Ticci Pachayachachic Huiracocha* y construyeron en su honor un hermoso templo en Raqchi, San Pedro de Cacha, (Sicuani, Cusco). Además era venerado en uno de los aposentos sagrados del Koricancha.

<http://diosesdelperu.blogspot.com/>

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Urna:** recipiente para conservar las cenizas de los muertos.

**I. Comprensión lectora**

Responde en tu cuaderno acerca de la lectura.

1. ¿Quién es el dios creador y ordenador del mundo andino?
2. ¿Dónde aparece representado el dios creador y ordenador del mundo?
3. ¿De dónde emergió este dios?
4. ¿Con qué otro nombre es llamado Curinaya Huiracocha?
5. ¿Por qué castigó a los primeros hombres que creó? y ¿en qué los convirtió?
6. ¿Cómo dividió el cosmos?
7. ¿Quiénes habitaron en el Hanan pacha?
8. ¿Quiénes habitaron en el Kay Pacha?
9. ¿Quiénes habitaron el Uqu pacha?
10. ¿Qué intenta explicar este mito?

**II. Juicio crítico-valorativo**

11. ¿Consideras necesaria la llegada de un ser divino para ordenar y sancionar a la humanidad?

**III. Creatividad**

12. Dibuja las tres partes en que Huiracocha dividió el cosmos.

## El punto

Marca una pausa mayor en el discurso o enunciado.

### El punto y seguido

Separa con un espacio las oraciones que conforman un párrafo.

Coloca el punto y seguido y punto final donde corresponde. No te olvides de hacer uso de la mayúscula donde sea necesario.

#### Texto 1

El oso vivía muy solo en el bosque solamente salía para jugar con los animales un día cuando regresaba a su cueva, vio una osita le pareció la osita más linda del mundo.

#### Texto 2

Ana llegó tarde nadie le avisó que la reunión había terminado.

### El punto y aparte

Separa con un espacio los párrafos diferentes.

Coloca el punto y aparte donde corresponda. ¡No te olvides de las mayúsculas!

#### Texto 3

El sol brillaba ese día el mar como el viento mostraba que ya no habría tormenta Juan seguía esperando a su padre miraba el horizonte.

#### Texto 4

Sebastian solía ir a esa tienda cuando era pequeño era de una de esas diversiones favoritas le gustaba mirarlo todo aunque no comprase nada su mayor fascinación consistía en tratar de adivinar cuántos caramelos había en cada frasco de la vitrina.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebozian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. ¿Qué características presenta la mitología prehispánica andina?
2. ¿Por qué Huiracocha es considerado un dios panandino?
3. El nombre *Kon Tiksi Wiracocha* está escrito en quechua, ¿qué significado tiene?
4. ¿Por qué el mito Huiracocha, el creador y ordenador, es considerado un mito cosmogónico?
5. Ordena las siguientes oraciones y forma un texto.

¡No olvides colocar las mayúsculas!

- de las ramas salen las hojas.
- algunos árboles pierden sus hojas durante algún periodo: estos árboles se llaman de hoja caduca.
- los árboles constan de raíz, tronco.
- en cambio, otros árboles tienen hojas durante todo el año: se llaman de hoja perenne.

## 03

## Mitos de la costa y de la selva



## El mito de Yacana

*La constelación de la llama*

En el antiguo Perú, la mayoría de constelaciones que se veían en el cielo no estaban formadas por conjuntos de estrellas como lo entendemos hoy nosotros, sino por las manchas negras, los espacios vacíos que hay entre los conjuntos de estrellas o la parte iluminada del cielo.

A continuación presentaremos el mito que se tiene en la provincia de Huarochirí (en la sierra de Lima) sobre esta constelación andina y la importancia que tiene para sus pobladores.

Mirando el cielo, la constelación andina se puede reconocer porque tiene la forma del cuello y la cabeza de una llama, y en el lugar de los ojos hay dos estrellas muy brillantes. Quizás por ser estas constelaciones andinas espacios oscuros, y por representar la llama. Las llamas de lana negra eran muy usadas en las principales ceremonias religiosas del Tahuantinsuyo.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
sacaron y rebozaron, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Mito de la costa

#### El mito de Yacana

La **constelación** que llamamos Yacana, es el *cámac* de las llamas, o sea su fuerza vital, el alma que las hace vivir. Yacana camina por un gran río (la Vía Láctea). En su recorrido se pone cada vez más negra. Tiene dos ojos y un cuello muy largo. Se cuenta que Yacana acostumbraba a beber agua de cualquier **manantial**, y si se posaba encima de alguien le transmitía mucha suerte. Mientras este hombre se encontraba aplastado por la enorme cantidad de lana de Yacana, otros hombres le arrancaban la fibra. Todo esto ocurría siempre de noche.

Al amanecer del día siguiente se veía la lana que habían arrancado la noche anterior. Esta era de color azul, blanca, negra, parda, las había de toda clase, todas mezcladas. Si el hombre afortunado no tenía llamas, rápidamente compraba algunas y luego adoraba la lana de la Yacana en el lugar donde se la habían arrancado. Tenía que comprar una llama hembra y otra llama macho, y solo a partir de estas dos podía llegar a tener dos mil o tres mil. Esta era la suerte que Yacana confería a quienes se les posaba encima. Se cuenta que en tiempos muy antiguos, esto les ocurrió a muchas personas en muchos lugares. A la media noche y sin que nadie lo sepa, Yacana bebe toda el agua del mar, porque de no hacerlo el mar inundaría el mundo entero.

Yutu, (perdiz), es una constelación pequeña que aparece antes que Yacana. Según cuenta la tradición, Yacana tiene un hijo que cuando mama la despierta. También hay tres estrellas que caminan juntas y en línea recta. A estas les han puesto los nombres de Kúntur (cóndor), Suyuntuy (gallinazo) y Huamán (halcón). La tradición cuenta que cuando aparecen estas estrellas más brillantes que antes, ese año será bueno para el cultivo. En cambio, si aparecen poco brillantes, ese será un mal año, con mucho sufrimiento.

*Con la colaboración de Lizardo Tavera  
Diccionario de Mitos y Leyendas —Equipo  
Naya  
<http://www.cuco.com.ar/>*

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Constelación:** cada uno de los conjuntos de estrellas que, mediante trazos imaginarios, forman un dibujo que evoca una figura.

**Manantial:** afloramiento natural de agua que surge del interior de la Tierra.

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quién era Yacana?
2. ¿Cómo era Yacana? Descríbela.
3. ¿Cómo hacía Yacana para transmitirle suerte a un hombre?
4. ¿Qué hacía el afortunado sino tenía llamas?
5. ¿Cómo se llama la constelación que aparece antes que Yacana?
6. ¿Qué significa Kúntur, Suyuntuy y Huamán, respectivamente?
7. ¿Qué sucede cuando las estrellas están mucho más brillantes de lo normal?

### II. Creatividad

8. ¡Utiliza plumones, crayones y lápices y crea tu propia historieta! Utiliza seis viñetas y sintetiza el mito de Yacana.

## Mito de la selva

## El tunchi maligno

Vaga por las noches oscuras de la selva, como alma en pena, unos dicen que es un ave, otros que es un brujo o un espíritu del mal, un “diablo” que goza aterrizando a la gente. Pero nadie lo ha visto, y todos lo reconocen con temor cuando en plena oscuridad lanza al aire un silbido penetrante “*fiu...fiu...fiu...*”, que por instantes se pierde en el monte a lo lejos, pero vuelve a silbar ya sea sobre el techo de una casa o a la orilla del río. Todo es tan rápido que la gente solo **atina** a persignarse o rezar, porque existe la creencia de que cuando silba con insistencia, por los alrededores de un pueblo, anuncia malos **presagios** y cuando lo hace sobre una casa; produce enfermedad o muerte.

Burlarse del tunchi o tunche, insultarlo, puede costarle caro al atrevido, ya que lo hará enfurecer y entonces atacará con mayor insistencia, silbando... silbando... y lo perseguirá tanto que hasta el más valiente terminará entrando en pánico, lo que puede llevarlo a la locura o a la muerte...

## Sabías que...

## Recuerda que...

## Glosario

**Atinar:** acertar, alcanzar a hacer algo.

**Presagio:** adivinación.

## I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Cómo reconoce la gente de la selva al tunchi?
2. ¿Por dónde vaga el tunchi?
3. ¿Qué hace la gente cuando aparece el tunchi?
4. ¿Qué anuncia el tunchi cuando silba con insistencia por los alrededores del pueblo? ¿Qué anuncia cuando lo hace sobre una casa?
5. ¿Qué le podría suceder a la gente si se burlara del tunchi?

## II. Redacción - creatividad

6. ¿Cómo te imaginas al tunchi? Haz una descripción de él y luego dibújalo.

## El uso de la coma

La coma es una pausa breve dentro del enunciado



### Clases de coma

- Enumerativa
- Hiperbática
- Elíptica verbal
- Apositiva
- Vocativa
- Aclarativa o incidental

**Coma enumerativa:** se usa para separar elementos de una misma serie que no estén unidos por la conjunciones *y, e, ni, o, u*.

Ejemplo:

Sherlock Holmes ordenó al doctor Watson que guardara la pipa, el sombrero, los libros y joyas.

## Evaluando nuestro aprendizaje

*... corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
on, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

I. En tu cuaderno, contesta cada pregunta. No olvides usar la coma enumerativa.

- a. ¿Cuáles son tus cantantes o grupos musicales favoritos?
- b. ¿Qué videojuegos conoces?
- c. ¿Qué deportes te gustaría practicar?
- d. ¿Qué países desearías conocer?

II. Copia las oraciones en tu cuaderno; luego, coloca la coma enumerativa donde corresponda.

- a. Recuerdo que me levanté me duché rápidamente desayuné deprisa y salí.
- b. Mi ciudad tiene barrios agradables calles anchas edificios altos y parques cuidados.
- c. Utilizamos para comunicarnos señales de humo banderas el alfabeto morse campanadas señales de tránsito.
- d. Vi en el zoológico tigres elefantes jirafas delfines loros.
- e. Los estudiantes los invitados contemplaron asustados cuando las paredes temblaron.

**Coma vocativa:** Esta coma se usa para separar al interlocutor del resto de la oración.

Ejemplo:

Andrés, cierra las ventanas.

Cierra las ventanas, Andrés

Cierra, Andrés, las ventanas.





## Evaluando nuestro aprendizaje

corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
m, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu

Responde en tu cuaderno.

1. Separa con coma vocativa (a la persona o ser a quien te diriges) del resto de la oración.

- Daniel ¿por qué no tocas la guitarra?
- Le pido que redacte el informe rápido señorita.
- Te repito Antonio que no estoy de acuerdo.
- Soldados rompan filas.
- Policía ayúdeme.

2. Coloca las comas e indica si son enumerativas o vocativas.

- Tú serás amigo mío mi principal confidente.  
\_\_\_\_\_
- Visitaré a Juan Julio Andrés Ana y Luisa  
\_\_\_\_\_
- No se olvide colocar mi veinte en el registro profesor.  
\_\_\_\_\_
- La responsabilidad la lealtad la honradez son valores indispensables en el ser humano.  
\_\_\_\_\_
- Oíd mortales el grito de Zeus.  
\_\_\_\_\_



## Tarea domiciliaria

salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lavaville y roberían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu

Responde en tu cuaderno.

- ¿Quién es el *cámac* de las llamas, o sea, su fuerza vital, el alma que las hace vivir?
- ¿Quién es la constelación pequeña que aparece antes de la Yacana?
- Según los pobladores, ¿quién o qué es el tunchi maligno?
- Separa con coma(s) el vocativo de las oraciones propuestas.
  - Señores presten atención.
  - La paciente doctor lo espera en el consultorio.
- Coloca la coma en las siguientes oraciones.
  - El boxeo el automovilismo el motociclismo son los deportes con mayor número de accidentes.
  - Daniel Pedro Paula y Juan fueron los expositores más aplaudidos.

## 04

## Mitología griega I



Los griegos creían que los dioses habían elegido el monte Olimpo, en una región de Grecia llamada Tesalia, como su residencia. En el Olimpo, los dioses formaban una sociedad organizada en términos de autoridad y poderes, se movían con total libertad y formaban tres grupos que controlaban sendos poderes: el cielo o el firmamento, el mar y la tierra.

Los dioses principales, llamados habitualmente olímpicos eran, Zeus, Hera, Hefesto, Atenea, Apolo, Artemisa, Ares, Afrodita, Hestia, Hermes, Deméter y Poseidón.



## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
carrillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. El*

### Orfeo y Eurídice

Orfeo es uno de los héroes griegos más conocidos, músico, poeta, filósofo, amante y protagonista de diferentes historias que han pasado de boca en boca desde los días antiguos hasta la actualidad, a través de los siglos y los siglos. Aunque hay quien le da la paternidad a Eagro, rey de Tracia, muchos otros coinciden en que era hijo del mismo Apolo, fruto de una de sus aventuras con la **musa** Calíope. Esto explicaría sus tendencias artísticas desde la infancia, y su asociación con el Sol, símbolo de su padre. También se cuenta que fue este quien le regaló su primera lira, instrumento musical de siete cuerdas a las que Orfeo añadió dos más para que fueran nueve, como las musas. Cuentan que cuando Orfeo tocaba no solo los hombres, animales y dioses se quedaban embelesados escuchándole, sino que incluso la madre naturaleza detenía su fluir para disfrutar de sus notas, y que así, los ríos, plantas y hasta las rocas escuchaban a Orfeo y sentían la música en su interior, animando su esencia. Más de una vez este mágico don le ayudó en sus viajes, como cuando acompañó a los argonautas y su canto pudo liberarles de las sirenas, o pudo dormir al dragón guardián del Vello de Oro.

Además de músico y poeta, Orfeo fue un viajero ansioso por conocer y por aprender: estuvo en Egipto y aprendió de sus sacerdotes los cultos a Isis y Osiris, y se empapó de distintas creencias y tradiciones. Fue un sabio de su tiempo.

Con tantas cualidades, no era de extrañar que las mujeres le admiraran y que tuviera no pocas pretendientes. Eran muchas las que soñaban con **yacer** junto a él y ser despertadas con una dulce melodía de su lira al amanecer. Muchas que querían compartir su sabiduría, su curiosidad, su vitalidad.

Pero solo una de ellas llamó la atención de nuestro héroe, y no fue otra que Eurídice, quien seguramente no era tan atrevida como otras y puede que tampoco tan hermosa. Pero el amor es así, caprichoso e inesperado, y desde que la vio, la imagen de su tierna sonrisa, de su mirada brillante y transparente, se repetían en la mente de Orfeo, que no dudó en casarse con ella. Zeus, reconociendo el valor que había demostrado en muchas de sus aventuras, le otorgó la mano de su ninfa, y vivieron juntos muy felices, disfrutando de un amor que se dice fue único, tierno y apasionado como ninguno. Pero no hay felicidad eterna, pues si la hubiera, acabaríamos olvidando la tristeza, y la felicidad perdería su sentido... y también en esta ocasión sobrevino la tragedia.

Quiso el destino que el pastor Aristeo quedara también **prendado** de Eurídice, y que un día en el que esta paseaba por sus campos, el pastor olvidara todo respeto atacándola para hacerla suya. Nuestra ninfa corrió para escaparse, con tan mala fortuna que en la carrera una serpiente venenosa mordió su pie, **inoculándole** el veneno y haciendo que cayera muerta sobre la hierba. No hubo lágrimas suficientes para consolar el dolor de Orfeo, y una noche de las muchas que pasó en vela llorando a su amada, decidió que si hacía falta, descendería él mismo a los infiernos de Hades para reclamar a Eurídice. Fue un viaje duro, tuvo que enfrentarse al guardián de las puertas de los infiernos, **Cerbero**, quien a punto estuvo de atacar pero que finalmente respondió a la música de Orfeo como otros tantos animales habían hecho anteriormente. Así fue como nuestro músico se internó en el submundo, sin cesar de tocar y de cantar su tristeza.

Cuentan que el mismo **Hades** se detuvo a escucharle, que las torturas se interrumpieron, que todos encontraron un momento de paz en la visita de Orfeo. Sísifo, condenado a

subir una piedra hasta la cumbre de la montaña una y otra vez, detuvo su marcha; los buitres que torturaban a Prometeo desgarrando sus entrañas se posaron en el suelo y Tántalo, quien jamás podría saciar su hambre o su sed, rompió a llorar olvidando sus necesidades. Y los señores del infierno, Hades y Perséfone, quedaron conmovidos por la belleza del canto de Orfeo.

Así, decidieron devolver a la vida terrenal a Eurídice, con la condición de que esta caminase detrás de Orfeo en el viaje de vuelta al mundo de los vivos, y que este no mirase atrás ni una sola vez hasta que no estuvieran en la superficie. Y ambos emprendieron la marcha.

El viaje fue difícil, lleno de penurias. Si la bajada al Hades había costado, el ascenso fue aún peor. Eurídice seguía herida y débil, y las sombras se cernían sobre ellos amenazadoras, el frío se colaba en sus huesos, los tropiezos eran cada vez más frecuentes. A punto ya de llegar a la salida, cuando los primeros rayos de luz traspasaron las sombras, Eurídice dejó escapar un suspiro aliviado, y Orfeo olvidó la orden de Hades y miró hacia atrás por un instante. Entonces su amada empezó a desvanecerse, pues la condición impuesta había sido violada, y aunque Orfeo se lanzó sobre ella en un abrazo que la retuviera, no fue más que aire lo que estrechó entre sus brazos.

Orfeo intentó entonces descender de nuevo al Hades, pero Caronte, el barquero de la laguna Estigia, le negó la entrada, y ambos apenas pudieron despedirse con una mirada a través de las aguas. Y aunque esperó Orfeo siete días con sus siete noches en el margen del lago, acabó viendo que era demasiado tarde para enmendar su error, y marchó a vagabundear por los desiertos, sin apenas probar bocado, acompañado solo por su lira y su música.

Tiempo después, Orfeo tendría un triste final, y acabaría siendo descuartizado y los trozos de su cuerpo, divididos y esparcidos. Su cabeza les llegó a las musas de la costa de Lesbos, navegando por el río, según se dice, aún moviéndose sus labios llamando a Eurídice, y fue allí donde las musas la recogieron y le dieron sepultura.

Al cielo subió su música, transformándose en la constelación que lleva por nombre La Lira, que contiene a la estrella Vega, una de las más brillantes del firmamento, como brillantes eran los ojos de su amada Eurídice, que tal vez siga esperándole aún en el infierno, acompañada por el recuerdo de su canto.

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Musa:** cada una de las hijas de Zeus y Mnemósine, quienes cantaban en el monte Helicón.

**Yacer:** estar echado o tendido.

**Prendarse:** aficionarse a algo o enamorarse de alguien.

**Hades:** dios de los muertos.

**Cerbera:** era el perro de Hades, un monstruo de tres cabezas, con una serpiente en lugar de cola e innumerables cabezas de serpiente en el lomo.

**Inocular:** introducir en un organismo una sustancia que contiene los gérmenes de una enfermedad.

I. Comprensión lectora

Completa.

- a) Orfeo es hijo de Apolo y la musa \_\_\_\_\_.
- b) Se cuenta que fue \_\_\_\_\_ quien le regaló su primera lira.
- c) Orfeo se enamoró de la ninfa \_\_\_\_\_.
- d) Fue \_\_\_\_\_ quien le otorgó la mano de su ninfa.

Contesta.

- a) ¿Qué características tenía Orfeo que lo distinguía de los demás?
- b) ¿Quién es Aristeo?
- c) ¿Qué le sucede a Eurídice al poco tiempo de casarse?

Completa en tu cuaderno siguiendo el orden de los acontecimientos.

1. Orfeo descendió a los infiernos de Hades para él mismo reclamar a Eurídice.
2. \_\_\_\_\_
3. Así fue como nuestro músico pudo descender al infierno de Hades sin dejar de tocar su música.
4. \_\_\_\_\_
5. Los señores del infierno, Hades y Persefone, quedaron conmovidos; por eso decidieron devolver a la vida terrenal a Eurídice.
6. \_\_\_\_\_

II. Juicio crítico-valorativo

¿Por qué crees que Orfeo perdió definitivamente a Eurídice?

El uso de la coma

a) Coma hiperbática

Se utiliza cuando se invierte el orden lógico de los complementos.

Ejemplo:

- Luis y su hermano me visitaron **la semana pasada**. (orden lógico)
- **La semana pasada**, Luis y su hermano me visitaron. (altera el orden lógico)

b) Coma aclarativa o incidental

Son un par de comas que se utilizan para introducir alguna palabra o frase que amplía, explica o aclara la anterior.

Ejemplo:

- Los soldados, cansados, llegaron de la guerra.
- Pablo, según sus amigos, es un buen cantante.



## Evaluando nuestro aprendizaje

corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
in, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu

1. Escribe en tu cuaderno las siguientes oraciones colocando al principio la expresión destacada.
  - a. Yo me encontré con Luis **mientras corría por el parque.**
  - b. El libro apareció **apenas te fuiste.**
  - c. Yo cogí al bebé **con toda delicadeza.**
  - d. Viajaremos a Huancayo **en estas vacaciones.**
  - e. Las olimpiadas departamentales empezaron **en marzo.**
  
2. Coloca las comas aclarativas o incidentales en las siguientes oraciones.
  - a. Los estudiantes provenientes de Piura visitaron las instalaciones.
  - b. Los invitados que llegaron tarde no pudieron ingresar.
  - c. La mañana estuvo calurosa es decir la temperatura aumentó notablemente.
  - d. Los exámenes que están corregidos les serán devueltos.
  - e. Francisco al darse cuenta de su olvido regresó a su oficina rápidamente.



## Tarea domiciliaria

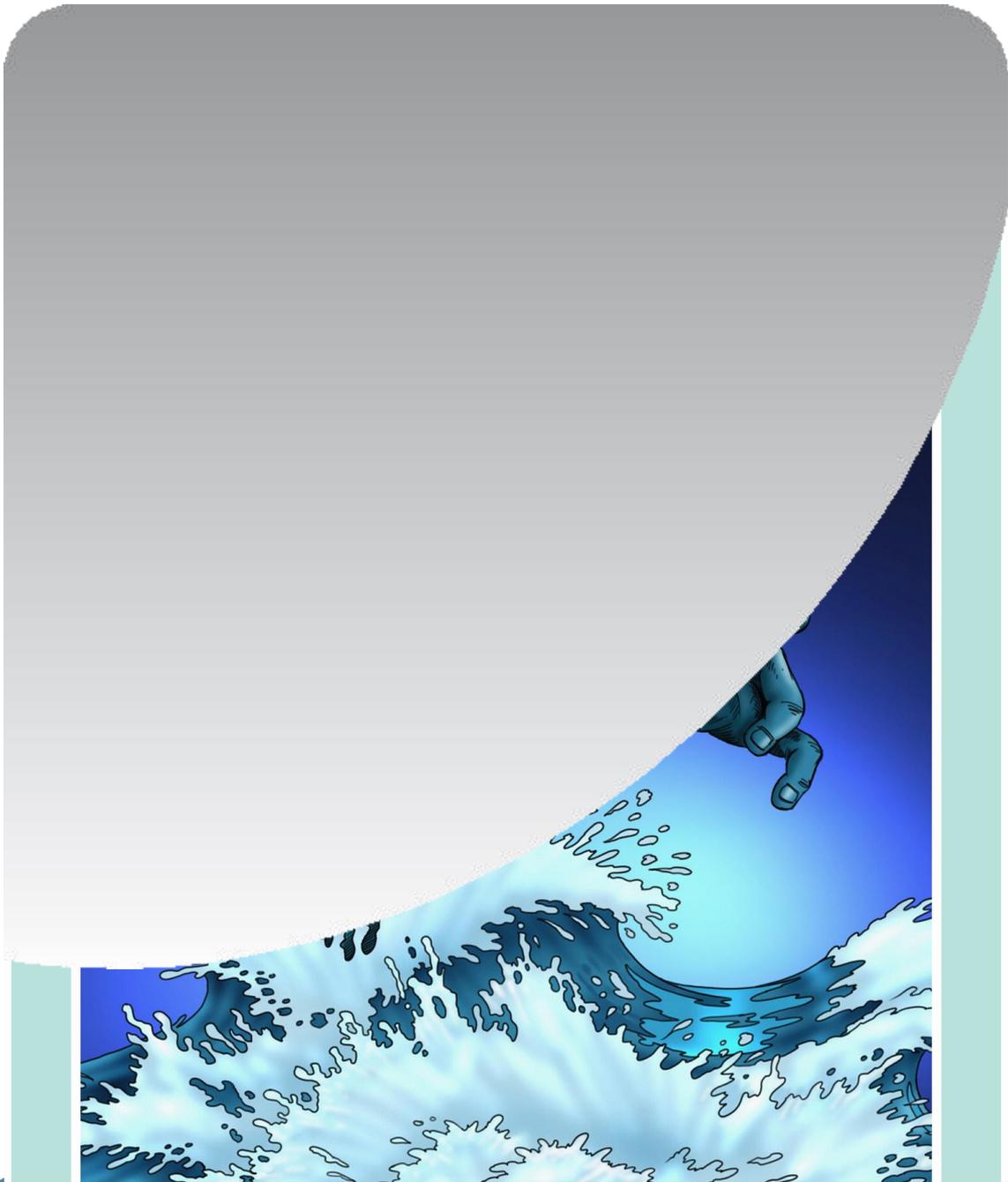
salió al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
hogarillo y robarían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu

### Responde en tu cuaderno

1. ¿Quién es Hades?, ¿cómo se llama su reino?
2. Cuando Orfeo ingresa al reino de Hades tocando su lira, ¿qué provoca en los seres que lo habitaban?
3. Investiga, ¿cuál es el castigo que le fue impuesto a Sísifo?
4. Coloca la coma hiperbática donde corresponda.  
En verano todos iremos a Punta Hermosa.
5. Coloca las comas aclarativas o incidentales donde corresponda.  
Las paredes de la casona según el ingeniero son de material noble.

## 05

## Mitología griega II

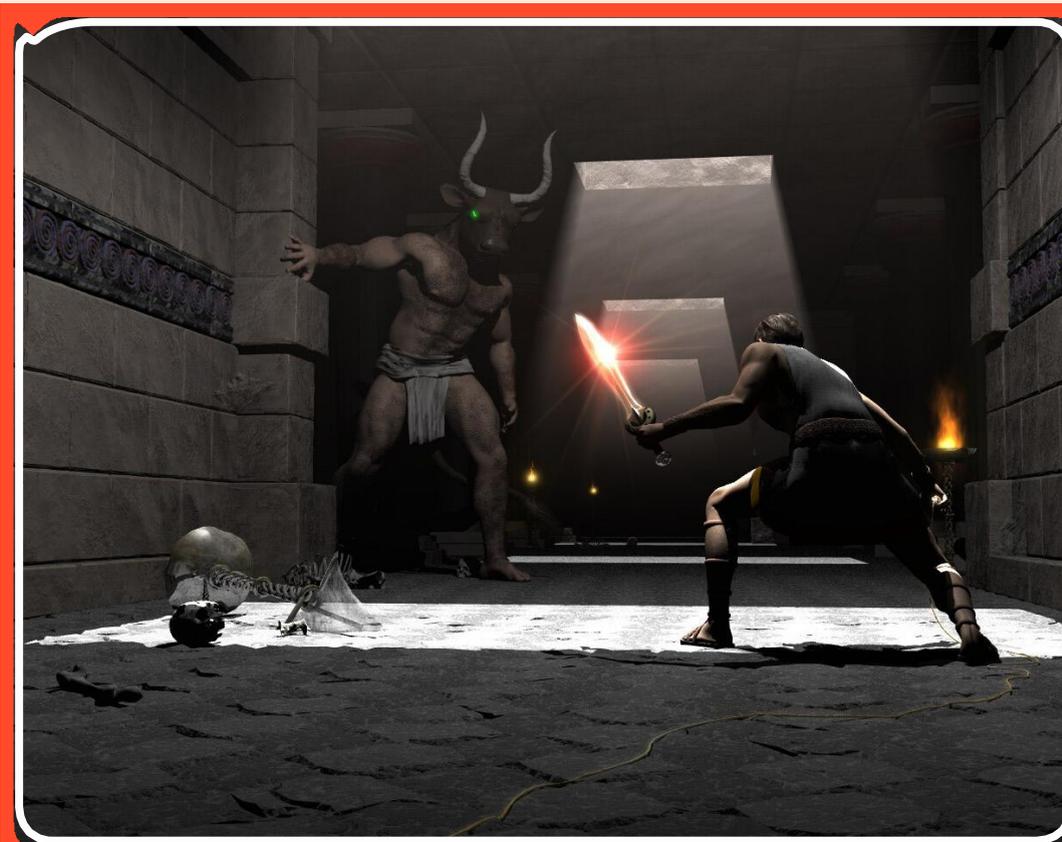
**Poseidón**

En la mitología griega, Poseidón o Posidón (en griego antiguo Ποσειδών) era el dios del mar y era conocido como agitador de la Tierra, de los terremotos. El nombre del dios marino etrusco *Nethuns* fue adoptado en latín para Neptuno (*Neptunus*) en la mitología romana, siendo ambos análogos a Poseidón. Las tablillas en lineal B muestran que Poseidón fue venerado en Pilos y Tebas en la Grecia micénica de finales de la Edad de Bronce, pero fue integrado en el panteón olímpico posteriormente como hermano de Zeus y Hades. Poseidón tuvo muchos hijos y fue el protector de muchas ciudades helenas, aunque perdió el concurso por Atenas contra Atenea. Le fue dedicado un himno homérico.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lasavillo y rebeloían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Teseo y el Minotauro



Teseo enfrenta al Minotauro

Hace miles de años, la isla de Creta era gobernada por un famoso rey llamado Minos. Eran tiempos de prosperidad y riqueza. El poder del soberano se extendía sobre muchas islas del mar Egeo y los demás pueblos sentían un gran respeto por los cretenses.

Minos llevaba ya muchos años en el gobierno cuando recibió la terrible noticia de la muerte de su hijo. Había sido asesinado en Atenas. Su ira no se hizo esperar. Reunió al ejército y declaró la guerra a los atenienses.

Atenas, en aquel tiempo, era aún una ciudad pequeña y no pudo hacer frente al ejército de Minos. Por eso envió a sus embajadores a convenir la paz con el rey cretense. Minos los recibió y les dijo que aceptaba no destruir Atenas, pero que ellos debían cumplir con una condición: enviar a catorce jóvenes, siete varones y siete mujeres, a la isla de Creta, para ser arrojados al Minotauro. En el palacio de Minos, había un inmenso laberinto, con cientos de salas, pasillos y galerías. Era tan grande que si alguien entraba en él jamás encontraba la salida. Dentro del laberinto vivía el Minotauro, monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre. Cada luna nueva, los cretenses debían internar a un hombre en el laberinto para que el monstruo lo devorara. Si no lo hacían, salía del laberinto y llenaba la isla de muerte y dolor.

Cuando se enteraron de la condición que ponía Minos, los atenienses se estremecieron. No tenían alternativa. Si se rehusaban, los cretenses destruirían la ciudad y muchos morirían. Mientras todos se lamentaban, el hijo del rey, el valiente Teseo, dio un paso adelante y se ofreció para ser uno de los jóvenes que viajarían a Creta.

El barco que llevaba a los jóvenes atenienses tenía velas negras en señal de luto por el destino oscuro que les esperaba a sus tripulantes. Teseo acordó con su padre, el rey Egeo de Atenas que, si lograba vencer al Minotauro, izaría velas blancas. De este modo, el rey sabría qué suerte había corrido su hijo.

En Creta, los jóvenes estaban alojados en una casa a la espera del día en que el primero de ellos fuera arrojado al Minotauro. Durante esos días, Teseo conoció a Ariadna, la hija mayor de Minos. Ariadna se enamoró de él y decidió ayudarlo a matar al monstruo y salir del laberinto. Por eso le dio una espada mágica y un ovillo de hilo que debía atar a la entrada y desenrollar por el camino para encontrar luego la salida.

Ariadna le pidió a Teseo que le prometiera que, si lograba matar al Minotauro, la llevaría luego con él a Atenas, ya que el rey jamás le perdonaría haberlo ayudado.

Llegó el día en que el primer ateniense debía ser entregado al Minotauro. Teseo pidió ser él quien marchara hacia el laberinto. Una vez allí, ató una de las puntas del ovillo a una piedra y comenzó a adentrarse

lentamente por los pasillos y las galerías. A cada paso aumentaba la oscuridad. El silencio era total hasta que, de pronto, comenzó a escuchar a lo lejos unos resoplidos como de toro. El ruido era cada vez mayor. Por un momento Teseo sintió deseos de escapar. Pero se sobrepuso al miedo e ingresó a una gran sala. Allí estaba el Minotauro. Era tan terrible y aterrador como jamás lo había imaginado. Sus mugidos llenos de ira eran ensordecedores. Cuando el monstruo se abalanzó sobre Teseo, este pudo clavarle la espada. El Minotauro se desplomó en el suelo. Teseo lo había vencido.



Cuando Teseo logró reponerse, tomó el ovillo y se dirigió hacia la entrada. Allí lo esperaba Ariadna, quien lo recibió con un abrazo. Al enterarse de la muerte del Minotauro, el rey Minos permitió a los jóvenes atenienses volver a su patria. Antes de que zarparan, Teseo introdujo en secreto a Ariadna en el barco, para cumplir su promesa. A ella se agregó su hermana Fedra, que no quería separarse de su hermana.

El viaje de regreso fue complicado. Una tormenta los arrojó a una isla. En ella se extravió Ariadna y, a pesar de todos los esfuerzos, no pudieron encontrarla. Los atenienses, junto a Fedra, continuaron su viaje hacia su ciudad. Cuando Ariadna, que estaba desmayada, se repuso, corrió hacia la costa y gritó con todas sus fuerzas, pero el barco ya estaba muy lejos.

Teseo, contrariado y triste por lo ocurrido con Ariadna, olvidó izar las velas blancas. El rey Egeo iba todos los días a la orilla del mar a ver si ya regresaba la nave. Cuando vio las velas negras pensó que su hijo había muerto. De la tristeza no quiso ya seguir viviendo y se arrojó desde una altura al mar. Teseo fue recibido en Atenas como un héroe. Los atenienses lo proclamaron rey de Atenas y Teseo tomó como esposa a Fedra.

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

El Minotauro era hijo de Pasífae, reina de Creta, esposa de Minos y de un toro blanco como la nieve que el dios Poseidón había enviado al marido de Pasífae.

**I. Comprensión lectora**

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quién reinaba en la isla de Creta?
2. ¿Qué decisión tomó Minos al enterarse de que su hijo había muerto en Atenas?
3. Atenas en aquella época era una ciudad pequeña y no podía enfrentarse a Creta; así que el rey Egeo mandó a sus embajadores para firmar la paz. ¿Qué condición debían pagar cada luna nueva los atenienses para que Minos no destruyera Atenas?
4. ¿Quién se ofreció como parte del tributo que debían pagar a los atenienses?
5. ¿Qué acordó Teseo con su padre? ¿Qué señal debía mostrar?
6. ¿Quién decidió ayudar a Teseo para matar al Minotauro? ¿Cómo lo hizo?
7. ¿Qué le hizo prometer Ariadna a Teseo?
8. ¿Cómo mató Teseo al Minotauro?
9. ¿Quién logró introducirse secretamente en el barco de Teseo?
10. ¿Qué le sucedió a Ariadna?
11. ¿Qué olvidó Teseo que ocasionó que su padre se arroje al mar?
12. ¿Qué hizo el rey Egeo al creer que su hijo había muerto?
13. ¿Con quién se casó Teseo?

**II. Juicio crítico-valorativo**

14. Ariadna traicionó a su padre ayudando a Teseo. ¿Crees que su actitud fue la correcta? Argumenta tu respuesta.

**III. Redacción**

15. Haz una descripción del Minotauro de Creta.

**IV. Creatividad**

16. Dibuja al Minotauro.

**Signos de puntuación**

**¿Sabes cómo utilizar la coma?  
Es muy sencillo. Solo concéntrate y presta atención.**

**Coma elíptica y apositiva****a. Elíptica**

Se emplea esta coma para indicar la omisión del verbo.

Ejemplo:

- El profesor de Álgebra nos dejó ayer cinco ejercicios; hoy, diez. (La coma reemplaza al verbo).

**b. Apositiva**

Encierra una aposición.

Ejemplo:

- Leoncio Prado, patriota insigne, murió derrotado.

## Ejercicios

Coloca la coma donde corresponda y luego indica su clase.

- Ayer se rindió un sensible homenaje a José Olaya patriota chorrillano. \_\_\_\_\_
- Monsefú la Ciudad de las Flores está de aniversario. \_\_\_\_\_
- Milagros la hermana menor cuida las plantas de su jardín. \_\_\_\_\_
- Ernesto trabaja sin parar; su hermano menor solo duerme. \_\_\_\_\_
- Julio el más bajo del salón participará en el concurso de cuentos. \_\_\_\_\_
- Farfán la Foquita es muy querido en Europa. \_\_\_\_\_
- Los niños pidieron pollo a la brasa; los adultos seco de cabrito. \_\_\_\_\_
- Yo compraré los dulces; él las gaseosas. \_\_\_\_\_
- Mi prima la más inquieta viajó hoy. \_\_\_\_\_
- Yo vendo carros y tu departamentos. \_\_\_\_\_

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
narra y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

- Averigua en Internet lo siguiente.
  - ¿Quiénes fueron los padres del Minotauro?
  - ¿Quién ayudó a Teseo a vencer al Minotauro? ¿De qué manera lo hizo?
  - ¿Por qué el Minotauro vivía encerrado en ese laberinto?
  - ¿Con quién se casó Ariadna? ¿En qué se convirtió al morir?
- Elabora una descripción de Teseo. Utiliza como mínimo tres comas apositivas y tres elípticas.

## 06

## Mitología griega III

**Medusa**

Se cuenta que Medusa era una hermosa joven que se atrevió a comparar su belleza con la de la diosa Atenea. Ante tal atrevimiento la diosa la convirtió en gorgona.

En la mitología griega, Medusa (en griego antiguo Μέδουσα *Médousa*, “guardiana, protectora”) era un monstruo ctónico femenino, que volvía de piedra a aquellos que la miraban. Fue decapitada por Perseo, quien después usó su cabeza como arma hasta que se la dio a la diosa Atenea para que la pusiera en su

escudo, la Égida. Desde la antigüedad clásica, la imagen de la cabeza de Medusa aparece representada en el artilugio que aleja el mal conocido como *gorgoneion*.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
cuarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Medusa



Las raíces de este mito se remontan al reino de Argólide, donde Abante, su rey, tomó por esposa a Aglaya y le dio dos hijos gemelos: Petro y Acrisio. Se dijo que ambos hijos reinarían alternativamente a la muerte del monarca. Sin embargo, las diferencias entre ambos hermanos eran grandes y no conseguían llevarse bien, hasta el punto que la relación se volvió insoportable, más aún cuando Acrisio se enteró que su hermano Petro había intentado seducir a su hija Dánae. A consecuencia de esto, Acrisio le denegó la oportunidad de reinar a su hermano y este huyó a la corte del rey Yóbates, rey de Licia, y se casó con la hija del rey, Atenea. A los pocos meses, regresó a Argólide al mando de un ejército licio, decidido a pelear con Acrisio. La batalla se llevó a cabo y hubo numerosas muertes en ambos bandos, pero ninguno resultó claramente vencedor por lo que ambos reyes acordaron dividirse el reino para evitar más derramamiento de sangre. Por lo que Argos perteneció a Acrisio, mientras que Tirinto, Herceo y Mídea fueron para Petro.

Una vez que las cosas volvieron a la normalidad, Acrisio consultó a un oráculo, el cual le dio una fatal noticia: aquel que fuera hijo de Dánae sería su sucesor y lo asesinaría. Acrisio, terriblemente preocupado por la mala noticia, decidió encerrar a Dánae bajo fuertes y sólidas puertas de bronce para asegurar que ningún hombre pudiera verla y mucho menos tocarla, resguardando así su propia vida. Sin embargo, no contaba con que tales noticias llegaran a oídos de los dioses y fue Zeus el que oyendo los ruegos de la desdichada Dánae la socorrió y en forma de lluvia de oro pudo estar con ella y darle un hijo, nada más y nada menos que el legendario Perseo. Al oír la noticia, Acrisio, veía como el destino seguía conspirando contra él, y ahora, por temor a Zeus no podía siquiera pensar en hacer asesinar a la pequeña criatura. Sin embargo, pudo idear una forma de tratar el asunto que tenía entre manos: encerró a su hija Dánae y a su pequeño nieto Perseo en un cofre y los arrojó al mar, con la esperanza de que en semejante desventura ambos perecieran y él pudiera librarse de su cruel destino.

El arcón flotó y ayudado por Poseidón, por orden de Zeus, fue dirigido a las costas de la isla de Sérifos, donde milagrosamente llegaron a salvo. Fue ahí donde madre e hijo fueron recogidos por un humilde y bondadoso pescador de nombre Dictis, quien los ayudó a sobrevivir y les brindó su casa, criando a Perseo como si de su hijo se tratase. El niño creció fuerte y sano, un digno hijo de Zeus, y su madre Dánae aún conservaba la belleza que la había caracterizado durante su juventud; fue así que Polícdetes, hermano de Dictis, la comenzó a cortejar pero esta, que solo tenía ojos para su hijo Perseo lo rechazó. Polícdetes, que no era un hombre al que se le negaran

las cosas tan fácilmente no perdió de vista su objetivo. Así que fingió que iba a pedir la mano de Hipodamia, hija de Pélope e invitó a Perseo a la ceremonia. Perseo al ver a los presentes que los otros invitados le llevaban a Polídetes, se excusó diciéndole que no podría regalarle nada; pues no poseía nada de valor. Fue entonces que rápidamente el astuto rey le habló y para quitar a Perseo del camino decidió asignarle una misión en la que seguramente perecería, diciéndole que si un presente había que pudiera regalarle ese era la cabeza de la gorgona Medusa, cosa que le traería gran regocijo. Perseo aceptó de buen modo como todo un valiente y comenzó a prepararse. Su madre Dánae al enterarse de la noticia corrió a suplicarle a su hijo que no aceptara tan disparatada y peligrosa misión; pero era demasiado tarde, Perseo ya había entregado su palabra a Polídetes y de ningún modo aparecería como un cobarde. Perseo aún no sabía lo que tendría que enfrentar ya que Medusa era la única mortal y la más peligrosa de las tres gorgonas. Hubo un tiempo en el que había sido bella pero su vanidad y orgullo le acarrearón la reprobación de Atenea; puesto que se había unido con Poseidón en un templo suyo. Fue entonces que Atenea lanzó un horrible castigo sobre ella y la convirtió en un monstruo espantoso que tenía serpientes venenosas en vez de cabellos y se movía arrastrándose por la tierra, tenía un aspecto tan aterrador que a aquellos que la veían directamente a los ojos se convertían en piedra para siempre. Tras conocer la aterradora historia de Medusa, Perseo sintió cierto miedo; pero sin pensarlo más partió a realizar la difícil tarea.

Atenea, que era enemiga declarada de Medusa, no se mostró indiferente a la tarea que había recaído sobre Perseo y decidió ayudarlo junto con Hermes, quien había sido enviado por Zeus para que velara por su hijo. Ambos dioses se le aparecieron a Perseo en toda su magnificencia y junto a él, se dirigieron a la ciudad de Dicterión, donde las imágenes de las tres gorgonas eran exhibidas. Así Perseo pudo distinguir a Medusa de sus dos hermanas, también pudo comprobar lo horribles que eran pues tenían el cuerpo cubierto de escamas de dragón, grandes colmillos como los de un jabalí, garras bronceas y alas de oro para poder volar. Luego los dioses procedieron a equipar a Perseo con objetos fantásticos que le ayudarían a lograr su misión: Hermes le prestó las tálares, las sandalias con alas que Hermes utilizaba para volar, Atenea le prestó su escudo Egis, el cual estaba tan pulido que servía de espejo. Aún faltaba conseguir una espada irrompible, un morral mágico para depositar la cabeza de medusa y un casco mágico para adquirir la invisibilidad, los cuales se encontraban custodiados por las ninfas de Estigia, cuyo paradero solo conocían las tres greas, hermanas de la gorgona, tres ancianas al borde de la locura; pero portadoras de una gran sabiduría. Ellas poseían un solo ojo y un solo diente, los cuales compartían y usaban por turnos.

Antes de partir hacia la tierra de la oscuridad perpetua, al pie del monte Atlas, hogar de las tres gorgonas, Atenea advirtió a Perseo acerca del poder de Medusa de convertir en piedra a quien la mirara, y que si deseaba derrotarla usara su escudo para verla a través del reflejo. Usando las tálares, Perseo llegó con las greas, que estaban jugando a los dados. Muy sigilosamente, se acercó, y en el momento oportuno, cuando se pasaban el ojo y el diente, Perseo se los arrebató y les inquirió sobre la localización de las ninfas de Estigia. Las greas, desesperadas por recuperar su ojo y su diente, rápidamente le respondieron. Con esta información Perseo pudo conseguir el casco, el morral y la espada irrompible que necesitaba y partió al encuentro de la terrible medusa rumbo al oeste. Al llegar donde estaban las gorgonas, Perseo quedó impresionado por el horrible y oscuro paisaje lleno de formas petrificadas de hombres y animales cuyo horror había quedado plasmado en sus rostros de piedra. Perseo extremó precauciones y se acercó lentamente, vigilando con el reflejo del escudo de Atenea. Medusa estaba despierta pues había descubierto la presencia de Perseo, al detectar su olor; sin embargo, no lo había visto aún. Cuando en un rápido y certero movimiento de su espada, Perseo le cortó la cabeza de un solo tajo. De la herida y sin perder tiempo, salió volando Pegaso, el caballo volador que sería compañero de Belerofonte en su aventura contra

la Quimera. Perseo tomó la cabeza y la puso en el morral mágico y emprendió el vuelo lejos de las dos gorgonas restantes antes de que se abalanzaran sobre él.

En su frenética huida al sur, Perseo pasó por el desierto de África donde cayeron algunas gotas de la sangre de la cabeza de Medusa, creando serpientes y escorpiones donde ninguna vida podía sobrevivir, mientras que las que cayeron en el mar crearon una raza de morenas salvajes. A la puesta del Sol, pasó junto al palacio del colosal gigante Atlas, quien se dice que sostenía la bóveda celeste, este le denegó la hospitalidad puesto que estaba escrito que un hijo de Zeus robaría una de las manzanas de oro que él custodiaba. Perseo, ofendido, sacó la cabeza de Medusa y se la enseñó, y este se convirtió en montaña, otra versión dice que fue por compasión que procedió así puesto que no podía ayudarlo en su penosa labor. Así fue como los antiguos decían que se habían formado las montañas que llevan su nombre; pues sus cimas se perdían en el cielo haciendo pensar que sostenían el cielo.

Cuando llegó a las costas de Etiopía, Perseo tuvo una extraña visión, una hermosa joven, la más bella que hubiera visto estaba presa, encadenada en las rocas y estaba a punto de ser devorada por un gran monstruo marino. La bellísima mujer era Andrómeda, hija de Cefeo, rey etíope de Yope y de Casiopea. Andrómeda había sido castigada a causa de que su madre había ofendido a las nereidas, al decir que la belleza de Andrómeda era más grande que la de todas ellas juntas, por lo que pidieron a su protector Poseidón que la castigara ejemplarmente, y el castigo fue liberar a un terrible monstruo marino que tomaría a Andrómeda como sacrificio, quien debería estar encadenada en una de las rocas de la costa. Las aguas comenzaron a bullir y el temible monstruo salió a la superficie, recubierto de espantosas escamas. Todos miraron horrorizados al horrible demonio marino, cuando Perseo llegó volando en el lomo de Pegaso y tras una gran lucha le cortó la cabeza de la misma manera que había hecho con Medusa. Luego descendió y al mirar a Andrómeda a los ojos supo que había encontrado su destino. Lo mismo sintió Andrómeda. Inmediatamente Perseo pidió su mano y Andrómeda aceptó con muchísimo gusto la proposición, pidiendo el consentimiento a sus padres, quienes aceptaron con agrado. Los festejos empezaron casi inmediatamente, pero se vieron interrumpidos por Fineo, sobrino del rey Nefeo, quien había pedido la mano de Andrómeda con anterioridad y muy cobarde como para defenderla ante el monstruo marino, pero valiente para reclamarla con doscientos hombres armados. Perseo hizo frente a la situación y se les enfrentó sacando de nuevo la cabeza de Medusa y convirtiéndolos en piedra; no sin antes pedir que los que estuvieran de su lado se colocaran detrás de él.

Luego de esto, la pareja se trasladó de vuelta a Sérifos, donde Perseo se enteró que Polícdetes había intentado abusar de Dánae, y fue a su encuentro, diciéndole que había cumplido con éxito la misión que le había sido encomendada. Polícdetes, no creyendo en las palabras del héroe, se burló de él y a carcajadas junto con los otros guerreros que estaban en la sala, le pidió que se la mostrara, y Perseo, ansioso de librarse del molesto Polícdetes, le mostró la cabeza de Medusa dejando a todos petrificados. Luego instauró un nuevo orden con Dictis como rey, y partió junto con su madre y Andrómeda. Devolvió todos los objetos sagrados que había utilizado en sus aventuras a los dioses y a las ninfas de Estigia. Luego Dánae le contó a Perseo la historia de cómo su abuelo los había abandonado en el mar y el porqué. Sin embargo, Perseo no le guardaba ningún rencor a Acrisio y quiso verlo y asegurarlo, para lo cual se dirigieron a Argos. Pero, Acrisio, completamente aterrorizado por la noticia huyó a Larisa, donde por azares del destino Perseo participó en los juegos fúnebres, donde en un desafortunado lanzamiento de disco, en donde su abuelo Acrisio era un espectador, resultó fatalmente herido por el mismo disco que había sido lanzado por Perseo, cumpliéndose la oscura profecía del oráculo con la que toda la aventura había comenzado.



*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
 lavavillo y reberían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

## I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno:

1. ¿Por qué motivo Acrisio le negó a Petro la posibilidad de gobernar?
2. ¿Cómo se llamaba la hija de Acrisio?
3. ¿Qué noticia fatal le dio el oráculo?
4. ¿Qué decidió hacer con Dánae?
5. ¿Quién le dio un hijo a Dánae? ¿Cómo burló la seguridad impuesta por Acrisio?
6. ¿Qué hizo Acrisio para librarse de Dánae y de su hijo?
7. ¿Qué dioses ayudaron a Perseo?
8. ¿Quién crió a Perseo como si fuera su propio hijo?
9. ¿Quién pidió la cabeza de la gorgona?
10. ¿Quién le proporcionó a Perseo el escudo y las sandalias con alas?
11. Perseo necesitaba de una espada irrompible, un morral y un casco invisible. ¿Dónde los hallaría? ¿Quiénes le darían esta información?
12. ¿Cómo hizo Perseo para matar a Medusa?
13. ¿A quién conoció Perseo en las costas de África? ¿Por qué era sacrificada de ese modo?
14. ¿Quién salvó a Andrómeda? ¿Cómo lo hizo?
15. ¿Cómo logra librarse de Polícdetes?
16. ¿Cómo muere Acrisio?

## II. Juicio crítico-valorativo

17. Acrisio, mediante el oráculo, supo que su nieto lo asesinaría, ¿crees que la actitud de Acrisio fue la correcta? ¿Qué hubieras hecho en su lugar? Argumenta tu respuesta.
18. Casiopea fue demasiado vanidosa al comparar a Andrómeda, su hija, con las nereidas y creerse más hermosa que ellas. ¿Crees que la belleza física es lo más importante? ¿Por qué?
19. ¿Crees que en esta época existan demasiadas personas vanidosas? Justifica tu respuesta.

## III. Creatividad

20. En cinco líneas crea una pequeña historia en la que las greas hayan sido castigadas con la fealdad por desatar la ira de los dioses.



## Evaluando nuestro aprendizaje

*corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
ni, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

### Práctica del uso de la coma

1. Coloca las comas donde creas conveniente y luego escribe en las líneas en blanco la clase a la que pertenecen.

a) Creo primo que vas a sufrir una fuerte desilusión.

---

b) Cineplanet Cine Star y Cinemark son algunos de los principales cines limeños.

---

c) En la madrugada un grupo de ladronzuelos ingresó a la casa de mi vecino.

---

d) Yo toco en un conjunto criollo y él en una banda de rock.

---

e) Julio el de polo amarillo es el ganador del concurso.

---

f) Alexa es una niña muy respetuosa: es amable inteligente cortés honesta y muy obediente.

---

g) Ordené un riquísimo arroz con pollo y él un seco de cabrito.

---

h) No sufran amigos.

---

i) Elena a decir verdad es la más divertida del grupo.

---

j) Con lágrimas en los ojos los niños se despidieron de los viajeros.

---

2. Copia el texto que te dictará tu profesor. ¡No olvides hacer uso correcto de los signos de puntuación!

---

---

---

---

---

---

---

---



## Tarea domiciliaria

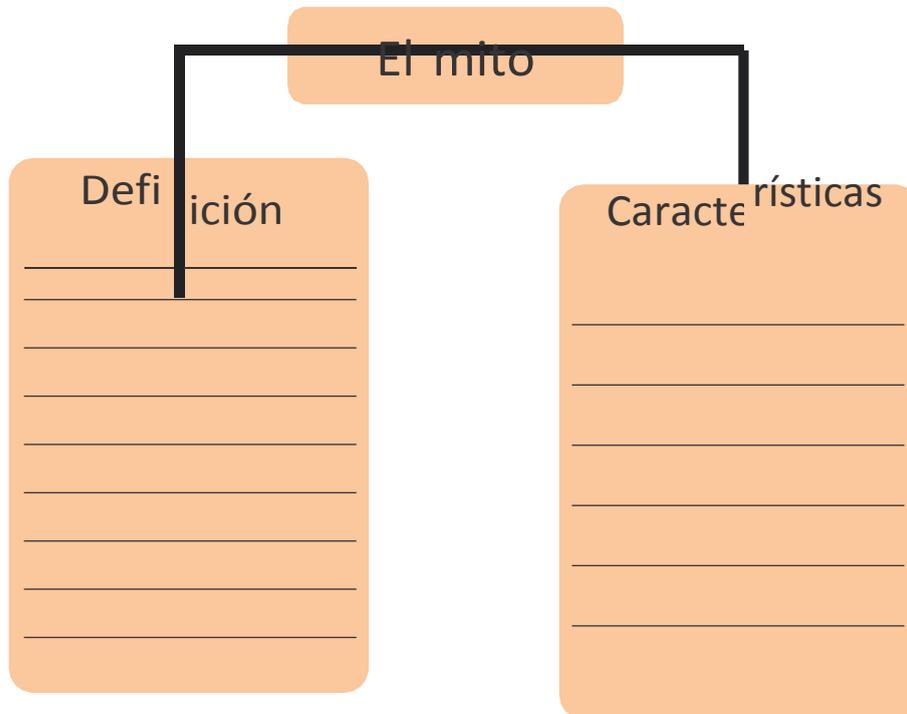
*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebozian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. Averigua quién era la diosa Atenea.
2. ¿Quién era Hermes? ¿Quién era su padre?
3. Perseo le corta la cabeza a Medusa, ¿quién sale de esa herida? Averigua alguna historia relacionada con él.
4. ¿Cuántas eran las gorgonas? ¿Cuáles eran sus nombres?
5. ¿Cuántas y cómo eran las greas?

## 07

## Repaso

1. Completa el siguiente esquema:



2. Relaciona el personaje con la obra.

- |               |                          |
|---------------|--------------------------|
| a. Ariadna    | ( ) Curinaya Huiracocha  |
| b. Hades      | ( ) Teseo y el Minotauro |
| c. Cahuillaca | ( ) Orfeo y Eurídice     |
| d. Suyuntur   | ( ) Yacana               |

3. Completa.

- ¿Qué es redactar? \_\_\_\_\_.
- Partes de la redacción: \_\_\_\_\_, \_\_\_\_\_ y \_\_\_\_\_.

4. Explica brevemente las condiciones para lograr una buena redacción.

- Intención comunicativa \_\_\_\_\_.
- Ser breve \_\_\_\_\_.
- Escritura correcta \_\_\_\_\_.

- Tener presente al lector \_\_\_\_\_.

**5. Coloca la coma donde corresponda.**

- En el teatro hubo risas llantos alborotos y gritos.
- Amigo no pierdas el tiempo en tonterías.
- El caballo salta el perro ladra el burro rebuzna.
- Llegó compró vio y se marchó.

**6. Coloca el punto donde corresponde (no olvides hacer uso de las mayúsculas).**

- Juan decidió estudiar con mucho empeño no quería reprobado este año.
- Los delfines son muy inteligentes un delfín adiestrado puede hacer lindas piruetas.
- Pedro y Teresa contemplan el desfile reciben muchos saludos desde el balcón.
- José está practicando fútbol en las mañanas desea ser el mejor jugador del equipo.

**08**

## Taller de literatura



Usemos nuestra imaginación

1. ¿Qué voy a trabajar?
  - Hoy inventarás un mito y lo presentarás a manera de una historieta.
2. ¿Qué temas puedo tratar?
  - a) El origen del universo
  - b) La creación de los hombres y de los animales
  - c) La creación de alguna planta en especial
  - d) La creación de las constelaciones, la Luna, el Sol, etc.
3. ¿Cómo voy trabajar?
  - Una semana antes, el profesor hará la división por grupos para que se puedan poner de acuerdo en todo lo necesario.
4. ¿Qué debo traer?
  - a) Papelógrafos
  - b) Plumones (punta gruesa)
  - c) Plumones (punta delgada)
  - d) Marcadores
  - e) Témperas
  - f) Colores
  - g) Escarcha
  - h) Figuras de héroes, dioses, seres mitológicos
  - i) Revistas
5. Cuando terminemos nuestro mito, ¿qué haremos con nuestra creación?
  - Elegirán a un representante que nos cuente el mito. Luego, lo pegaremos en el aula.



**Hoy crearemos nuestro propio mito o leyenda.**

**¡A trabajar!**

# Unidad II

## Verdad y ficción



¿Has oído hablar acerca de este personaje?  
¿Qué sabes de él? Coméntalo con tu profesor y con tus compañeros.

### Aprendizajes esperados

#### Expresión y comprensión oral

- Reflexionar sobre las ideas presentadas en los textos y expresar su punto de vista.
- Respetar las ideas de los otros participantes.

#### Comprensión de lectura

- Identificar la intención del emisor en la leyenda presentada en clase.
- Discriminar la información central y complementaria de la leyenda presentada en clase.

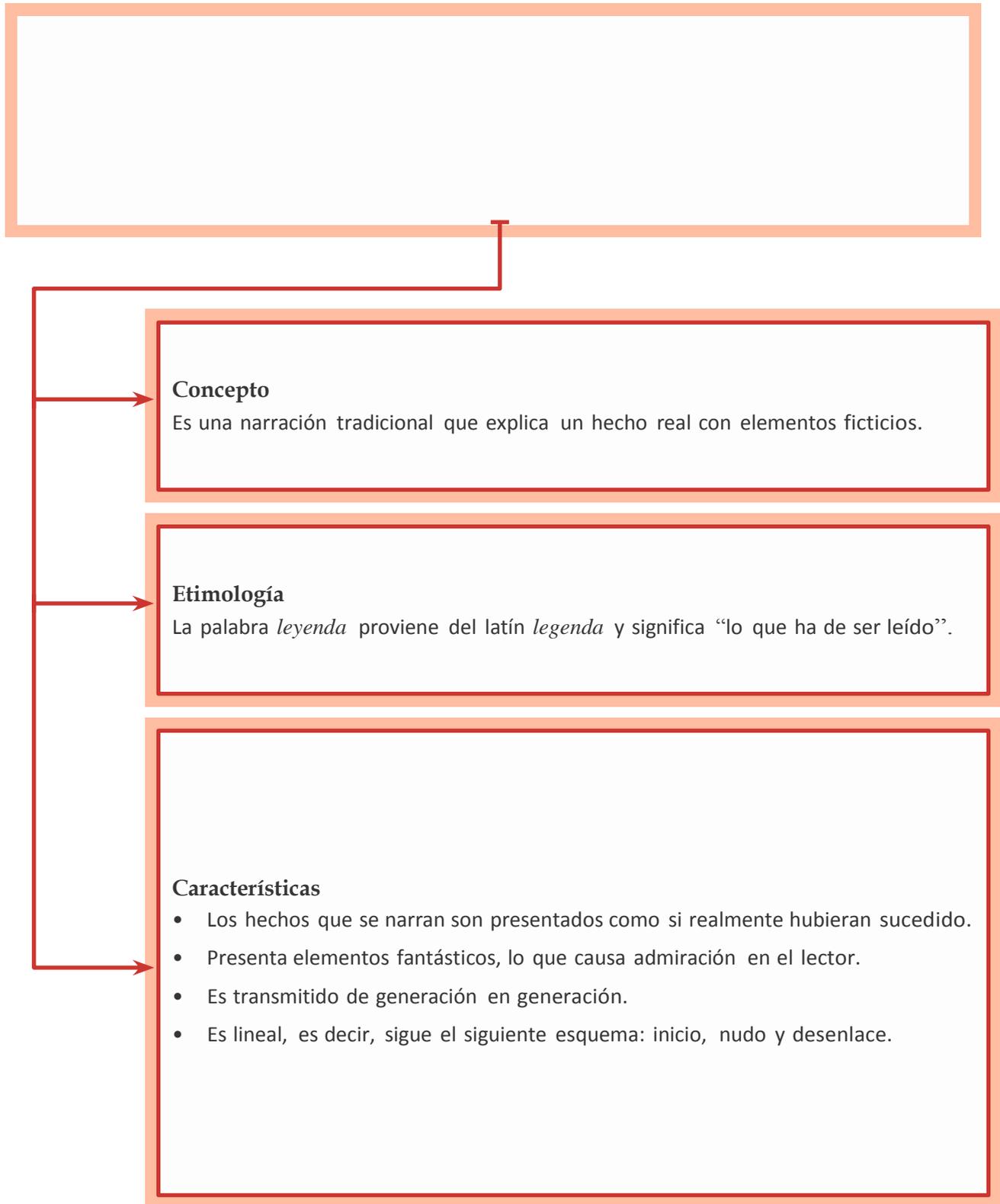
#### Producción de textos

- Narrar con originalidad e imaginación nuevos desenlaces para las leyendas propuestas en esta unidad.
- Utilizar correctamente el punto, el punto y coma y las comas: apositiva, elíptica, hiperbática y aclarativa.

# 01

## La leyenda





## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lavavillo y rebozían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### El Monte de las Ánimas



La noche de difuntos me despertó, a no sé qué hora; el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez agujoneada, la imaginación es un caballo que se desboca, y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí a escribirla, como, en efecto, lo hice.

Yo no la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza, con miedo cuando sentía crujir los

cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, ahí va, como el caballo de copas.

#### I

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro día no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a **tañer** su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua; yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré la historia. Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—“Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla; que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron”.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio se

enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que, cuando llega la noche de difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La narración de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

## II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcuéscar despedía un vivo resplandor, iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solo dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.



Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos tenebrosos en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban—: pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las **áridas** llanuras de Castilla; sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío. Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo su carácter de mujer se reveló en aquella **desdeñosa** contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa; donde hasta aquí has vivido —se apresuró a añadir el joven—. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada: mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

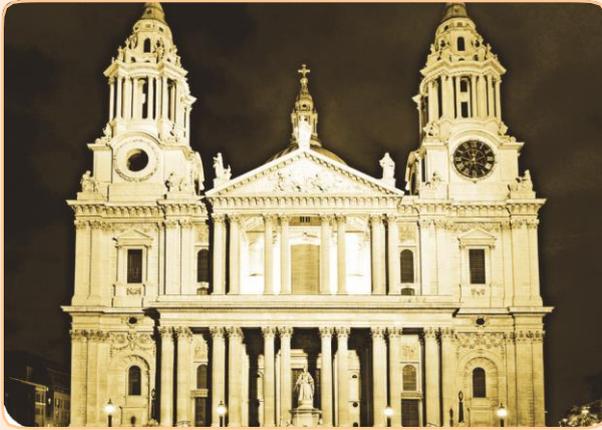
—No sé en el tuyo —contestó la hermosa—, pero en mi país, una prenda recibida compromete la voluntad. Solo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo..., que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volviere a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas. Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:



—Y antes de que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? —dijo él, clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? —exclamó esta, llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡Se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido!, ¿y dónde? —preguntó Alonso incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé...; en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas —murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitial—; en el Monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendentes, he llevado a esta diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor, hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que han muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir del peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y, sin embargo, esta noche... esta noche. ¿A qué ocultártelo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía, movido como por un resorte se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós Beatriz, adiós... Hasta pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! —dijo esta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

### III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrás tenido miedo! —exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el Día de Difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído a par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento —dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes, con un chirrido agudo prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, estas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota, no obstante en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar: nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! —exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho—; ¿soy yo tan miedosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblan tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, **asida** con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca; blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

#### IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

*Leyenda soriana - Gustavo Adolfo Bécquer*

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Árido:** estéril, sin vegetación.

**Tañer:** tocar las campanas.

**Desdeñosa:** indiferente.

**Gozne:** bisagra para puerta o ventana.

**Asir:** agarrar una cosa con las manos o garras.

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quiénes son los personajes principales de esta leyenda?
2. ¿Dónde sucedieron los hechos?
3. ¿Quiénes fueron los templarios? ¿Para qué llegaron a Soria?
4. ¿Qué sucedía en ese monte el primero de noviembre pasada la medianoche?
5. ¿Qué le quería regalar Alonso a su prima?
6. ¿Por qué la prima no quería aceptar el regalo?
7. ¿Qué se le perdió a Beatriz? ¿En dónde? ¿Quién fue a recogerlo?
8. ¿Qué hechos extraños logró percibir Beatriz mientras dormía?
9. ¿Qué encontró Beatriz sobre su reclinatorio al día siguiente?

### II. Juicio crítico-valorativo

10. La leyenda no nos especifica qué sucedió exactamente con Alonso. Crea un final para esta narración explicando cómo fue su muerte.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
nuevillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

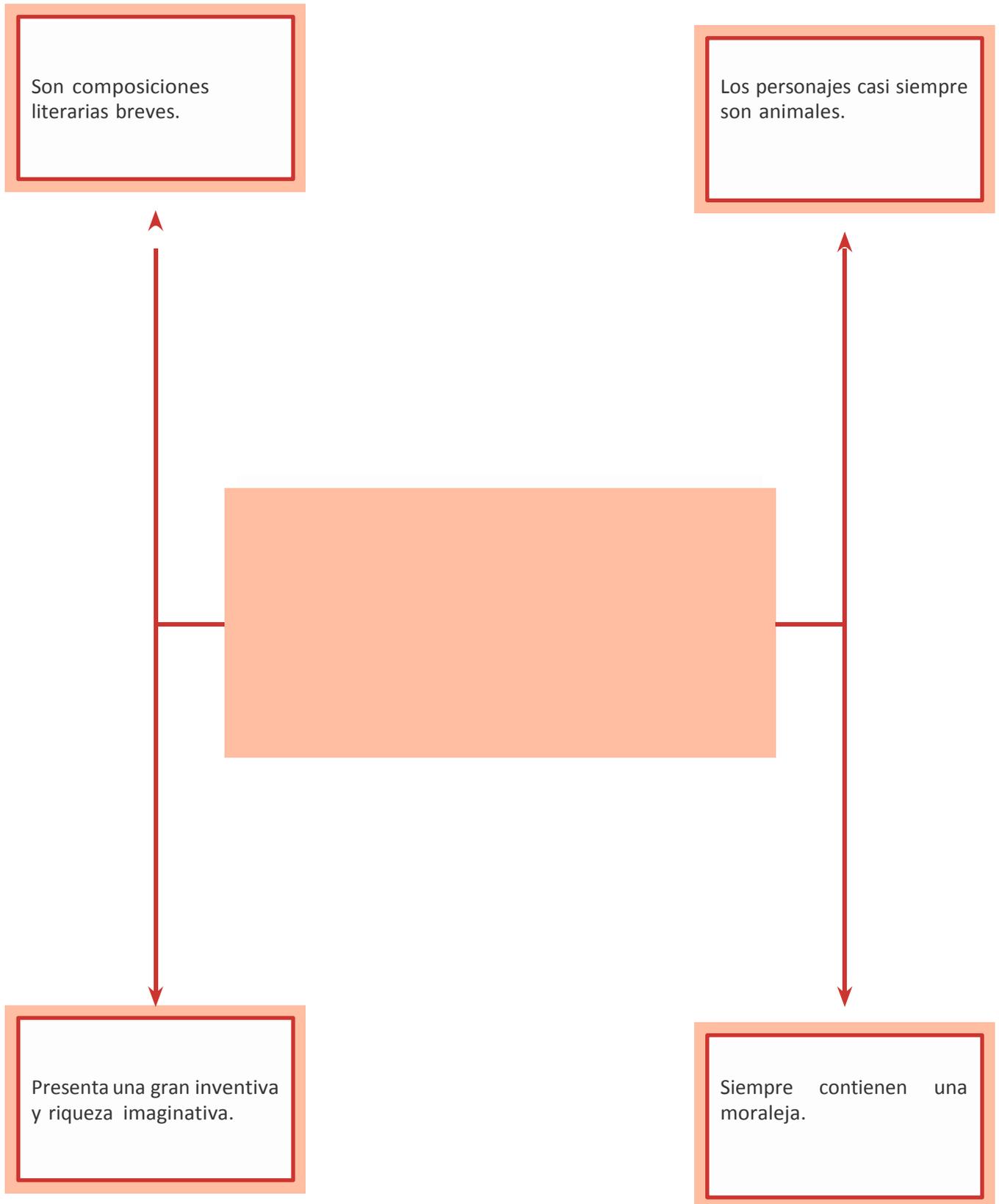
1. ¿Qué es una leyenda?
2. ¿De dónde proviene la palabra *leyenda*? ¿Cuál es su significado?
3. ¿Cuáles son sus características?
4. ¿En qué se diferencia un mito de una leyenda?
5. Escribe una oración con cada uno de los usos de la coma estudiados en clase.

## 02

## La fábula

**Esopo**

Las fábulas atribuidas a Esopo, conocidas como fábulas esópicas, fueron reunidas por Demetrio de Falero hacia el 300 a. C. Se trata de breves narraciones protagonizadas por animales, de carácter alegórico y contenido moral, que ejercieron una gran influencia en la literatura de la Edad Media y el Renacimiento.



## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebozian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### El cantero y los asnos

Bajaba por un camino, un cantero con tres burros cargados de piedras para labrar. Durante todo el viaje, el cantero iba maltratando a los asnos para que apuraran el paso.

—¡Vamos, tropa de borricos, avancen! ¡No sean flojos! —Gritaba enojado.

El hombre se quejaba al cielo por los animales que le habían tocado como sirvientes.

—Dios mío, nunca he conocido tipos tan incapaces como estos. Así nunca podré hacer nada.

A mitad del camino, se cruzaron con un caballo que pastaba tranquilamente. El cantero al verlo, se enojó mucho más con los burros y les gritó:

—Miren ese caballo blanco, qué viveza y brío tiene, ¡ese sí es un animal fuerte y hermoso! —dijo el hombre y golpeándolos con una vara agregó:

—¡Ustedes son feos, torpes y debiluchos! ¡Encima, ignorantes! ¡Tomen, tomen!

En eso, uno de los burros se volvió y, adolorido por los golpes, reclamó:

—¡Alto ahí! ¿Acaso no te das cuenta? Nos tienes mal comidos, apenas nos dejas descansar y nos niegas adecuado abrigo, encima nos abrumas con el trabajo más pesado hasta agotar nuestras fuerzas.

—¡Y luego exiges de nosotros vigor y brío, llenándonos de azotes!

—¡Así es fácil insultarnos! —intervino otro burro—; compararnos con ese caballo bien alimentado y atendido es absurdo. Culparnos de nuestros defectos es peor aún. ¿No eres tú acaso quien tiene el deber de brindarnos lo que necesitamos? ¿Por ello no trabajamos para ti?

Los tres burros airados sentenciaron:

“¡Danos lo justo y trabajaremos a gusto!”.

*Mariano Melgar*

#### I. Comprensión lectora

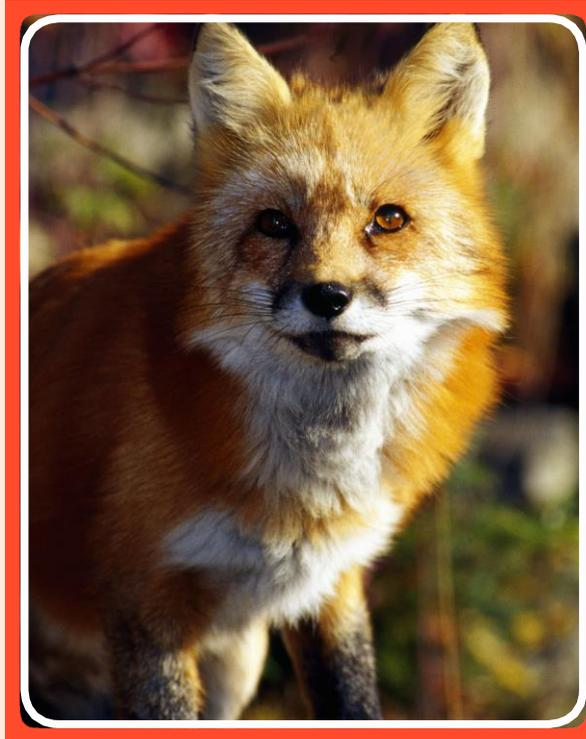
Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Por qué el cantero maltrataba a los burros?
2. ¿Con quién comparó el cantero a los burros?
3. ¿Qué le dijeron los tres burros al cantero al final de la fábula?

#### II. Juicio crítico-valorativo

4. ¿Estás de acuerdo con la actitud del cantero? ¿Por qué?
5. ¿Qué opinas de lo dicho por los tres burros? Argumenta tu respuesta.

## La zorra y las uvas



Una zorra hambrienta vio colgando de una parrá un hermoso racimo de uvas. Quiso atraparlo con la boca, pero por más saltos que dio no lo consiguió, pues las uvas estaban muy altas. Al final, cuando ya agotada se dio cuenta de que nunca podría alcanzarlas, se alejó diciéndose a sí misma: —¡Bah, no merecía la pena, están verdes!

### Moraleja

*Hay muchas personas que cuando no pueden conseguir una cosa, pretenden engañarse a sí mismas despreciándola.*

**Esopo**

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Qué vio la zorra?
2. ¿Qué hizo para conseguirlo?
3. ¿Por qué no pudo alcanzarlo?
4. ¿Qué dijo al alejarse?

### II. Juicio crítico-valorativo

5. ¿Estás de acuerdo con la actitud final de la zorra? ¿Por qué?

# El uso del punto y coma



¿Sabes cómo usarme?

Es muy sencillo. Solo concéntrate y presta atención.

**Primer caso:** se usa punto y coma para separar oraciones sintácticamente independientes entre las que existe una estrecha relación semántica.

Ejemplo:

Cuando escuchó el timbre, Aníbal abrió la puerta rápidamente; sus amigos estaban esperándolo aún.

**Segundo caso:** se usa punto y coma para separar los miembros de las construcciones complejas que incluyen comas.

Ejemplo:

Mi hermana es abogada; la de Andrea, doctora; la de Carla, dentista.

**Tercer caso:** se usa punto y coma delante de conectores adversativos concesivos.

Ejemplo:

Ernesto había contado todo lo que le había sucedido aquella fatídica noche; sin embargo, ninguno de los que escuchamos atentamente la historia le creyó.

**Cuarto caso:** con conectores

## Adversativos

pero, mas, sino, sin embargo, etc.

## Consecutivos

Por ello, por lo tanto, así que, conque, etc.

## Concesivos

Aunque, a pesar de, etc.



## Evaluando nuestro aprendizaje

*... corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
ni la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

Coloca el punto y coma donde corresponda.

1. Cuando se enteraron de la noticia todos salieron corriendo aún estaba vivo cuando lo encontraron.
2. Es necesario que el hospital permanezca abierto toda la noche hubo que establecer turnos.
3. El abrigo era negro la camisa blanca los pantalones grises.
4. El primer grupo al taller de telares el segundo al taller de cerámica el tercero al de orfebrería.
5. Mario mi vecino, llegó puntual a su cita con el médico sin embargo no le permitieron ingresar.
6. Todos estuvimos esperando los resultados hasta las once de la noche pero algo inesperado hizo que nos quedáramos cinco horas más frente al laboratorio.
7. Llegamos temprano a la fiesta aún no llegaba nadie.
8. Pedro tendrá que estudiar Álgebra para sus exámenes María redacción Carla Ciencias Sociales y Luis Física.
9. Los bebés gatean los niños caminan.
10. El remordimiento es castigo del criminal el arrepentimiento es su pena.
11. Los jugadores entrenaron duramente durante todo el mes sin embargo, los resultados no fueron favorables.
12. Sobre la mesa había platos cubiertos y tazas sucias en el suelo ropa y trapos viejos.
13. Su vida en la isla era tranquila ya llegaría el día en que tendría que volver a su antiguo mundo.
14. La madre es la que comparte con nosotros los infortunios y los males la que vela nuestros sueños la que cuenta por segundos la hora de nuestro padecer la que cierra nuestros párpados para descansar.

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lavavillo y rebozian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### El león y la liebre



Sorprendió un león a una liebre que dormía tranquilamente. Pero cuando estaba a punto de devorarla, vio pasar un ciervo. Dejó entonces a la liebre por perseguir al ciervo.

Despertó la liebre ante los ruidos de la persecución, y no esperando más, emprendió su huida. Mientras tanto el león, que no pudo dar alcance al ciervo, ya cansado, regresó a tomar la liebre y se encontró con que también había buscado su camino a salvo.

Entonces se dijo el león:

—Bien me lo merezco, pues teniendo una presa en mis manos, la dejé para ir tras las esperanza de obtener una mayor.

#### Moraleja

*Si tienes en tus manos un pequeño beneficio, cuando busques uno mayor, no abandones el pequeño que ya tienes, hasta tanto no tengas en tus manos el mayor.*

*Esopo*

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quiénes son los personajes?
2. ¿Por qué el león no devoró a la liebre?
3. ¿Qué había sucedido cuando el león regresó en busca de la liebre?
4. Interpreta la moraleja.
5. Coloca punto y coma en las siguientes oraciones.
  - a. El sacerdote ha dado un sermón muy largo el domingo me dormí a la mitad del sermón.
  - b. Ha quedado muy bien el proyecto sin embargo, hay algunas cosas por terminar.

## 03

## El cuento



Es una especie narrativa breve, cuenta hechos imaginarios, está protagonizado por un grupo reducido de personajes, presenta un argumento sencillo. Su finalidad es provocar en el lector una respuesta emocional.

**Partes del cuento**

El cuento se compone de tres partes:

**a. Presentación**

Parte inicial de la historia donde se presenta el tiempo, el ambiente, los personajes y sus propósitos.

**b. Nudo**

Parte donde surge el conflicto, la historia toma forma y suceden los hechos más importantes.

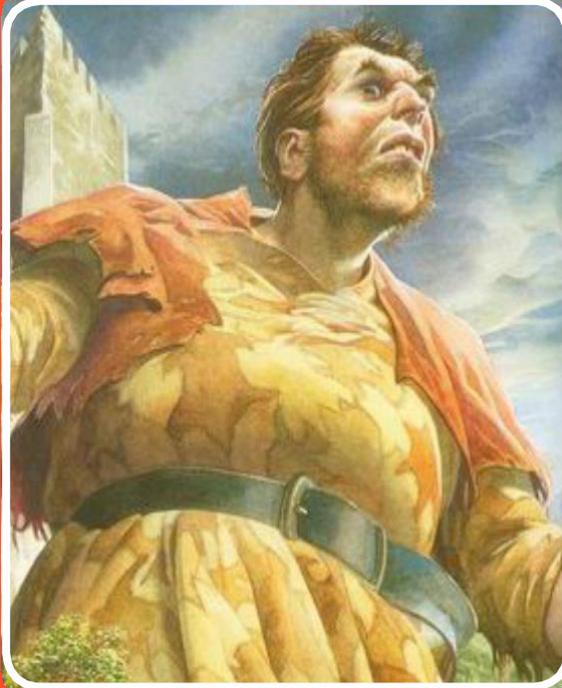
**c. Desenlace o final**

Parte donde se da la solución a la historia y se finaliza la narración.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lavavillo y rebovian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### El gigante egoísta



Cae la tarde, a la salida de la escuela, los niños se iban a jugar al jardín del Gigante.

Era un jardín amplio y hermoso, con arbustos de flores y cubierto de césped verde y suave. Por aquí y por allá, entre la hierba, se abrían flores luminosas con estrellas, y había doce albaricoqueros que durante la primavera se cubrían con delicadas flores color rosa y nácar, y al llegar el otoño se cargaban de ricos frutos aterciopelados. Los pájaros retozaban en el ramaje de los árboles, y cantaban con tanta dulzura, que los niños dejaban de jugar para escuchar sus trinos.

¡Qué felices somos aquí!, –se decían unos a otros–.

Pero un día el Gigante regresó. Había ido de visita donde su amigo el Ogro de Cornish, y se había quedado con él durante los últimos siete años. Durante ese tiempo ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, pues su conversación era limitada, y el Gigante sintió el deseo de volver a su mansión. Al llegar, lo primero que vio fue a los niños jugando en el jardín.

¿Qué hacen aquí? –dijo con su voz retumbante–.

Los niños escaparon corriendo en desbandada.

Este jardín es mío. Es mi jardín propio –dijo el Gigante–; todo el mundo debe entender eso y no dejaré que nadie se meta a jugar aquí.

Y de inmediato, alzó una pared muy alta, y en la puerta puso un cartel que decía:

“ENTRADA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA, BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES”

Era un Gigante egoísta...

Los pobres niños se quedaron sin tener donde jugar. Hicieron la prueba de ir a jugar en la carretera, pero estaba llena de polvo, estaba plagada de pedruscos, y no les gustó. A menudo rondaban alrededor del muro que ocultaba el jardín del Gigante y recordaban nostálgicamente lo que había detrás.

¡Qué dichosos éramos allí! –se decían unos a otros–.

Cuando la primavera volvió, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sin embargo, en el jardín del Gigante Egoísta permanecía el invierno todavía. Como no había niños,

los pájaros no cantaban, y los árboles se olvidaron de florecer. Solo una vez una lindísima flor se asomó entre la hierba, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños, que volvió a meterse bajo tierra y volvió a quedarse dormida.

Los únicos que ahí se sentían a gusto, eran la Nieve y la Escarcha.

La Primavera se olvidó de este jardín –se dijeron– así que nos quedaremos aquí todo el resto del año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la Escarcha cubrió de plata los árboles. Y en seguida invitaron a su triste amigo el Viento del Norte para que pasara con ellos el resto de la temporada. Y llegó el Viento del Norte. Venía envuelto en pieles y anduvo rugiendo por el jardín durante todo el día, desganchando las plantas y derribando las chimeneas.

–¡Qué lugar más agradable! –dijo–. Tenemos que decirle al Granizo que venga a estar con nosotros también.

Y vino el Granizo también. Todos los días se pasaba tres horas tamborileando en los tejados de la mansión, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Después se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo lo más rápido que podía. Se vestía de gris y su aliento era como el hielo.

–No entiendo por qué la Primavera se demora tanto en llegar aquí– decía el Gigante Egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín cubierto de gris y blanco, espero que pronto cambie el tiempo.

Pero la Primavera no llegó nunca, ni tampoco el Verano. El Otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

–Es un Gigante demasiado egoísta– decían los Frutales.

De esta manera, el jardín del Gigante quedó para siempre sumido en el Invierno, y el Viento del Norte y el Granizo y la Escarcha y la Nieve bailoteaban lúgubrementemente entre los árboles.

Una mañana, el Gigante estaba en la cama todavía cuando oyó que una música muy hermosa llegaba desde afuera. Sonaba tan dulce en sus oídos, que pensó que tenía que ser el rey de los elfos que pasaba por allí. En realidad, era solo un jilguerito que estaba cantando frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que el Gigante no escuchaba cantar ni un pájaro en su jardín, que le pareció escuchar la música más bella del mundo. Entonces el Granizo detuvo su danza, y el Viento del Norte dejó de rugir y un perfume delicioso penetró por entre las persianas abiertas.

–¡Qué bueno! Parece que al fin llegó la Primavera– dijo el Gigante y saltó de la cama para correr a la ventana.

¿Y qué es lo que vio?

Ante sus ojos había un espectáculo maravilloso. A través de una brecha del muro habían entrado los niños y se habían trepado a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles estaban tan felices de tenerlos nuevamente con ellos, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus ramas sobre sus cabecitas infantiles. Los pájaros revoloteaban cantando alrededor de ellos, y los pequeños reían. Era realmente un espectáculo muy bello. Solo en un rincón el Invierno reinaba. Era el rincón más apartado del jardín y en él se encontraba un niño. Pero era tan pequeñín que no lograba alcanzar las ramas del árbol, y el niño daba vueltas alrededor del viejo tronco llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía completamente cubierto de escarcha y de nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él, sacudiéndole las ramas que parecían a punto de quebrarse.

–¡Sube a mí, niño!– decía el árbol, inclinando sus ramas todo lo que podía. Pero el niño era demasiado pequeño.

El Gigante sintió que el corazón se le derretía.

—¡Cuán egoísta he sido! —exclamó—. Ahora sé por qué la Primavera no quería venir hasta aquí. Subiré a ese pobre niño al árbol y después voy a botar el muro. Desde hoy mi jardín será para siempre un lugar de juegos para los niños.

Estaba de veras arrepentido por lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió cautelosamente la puerta de la casa, y entró en el jardín. Pero en cuanto lo vieron los niños se aterrorizaron, salieron a escape y el jardín quedó en invierno otra vez. Solo aquel pequeñín del rincón más alejado no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Entonces el Gigante se le acercó por detrás, lo tomó gentilmente entre sus manos, y lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en sus ramas, y el niño abrazó el cuello del Gigante y lo besó. Y los otros niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo alegremente. Con ellos la Primavera regresó al jardín.

—Desde ahora el jardín será para ustedes, hijos míos— dijo el Gigante, y tomando un hacha enorme, echó abajo el muro.

Al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, todos pudieron ver al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto jamás.

Estuvieron allí jugando todo el día, y al llegar la noche los niños fueron a despedirse del Gigante.

—Pero, ¿dónde está el más pequeñito? —preguntó el Gigante—, ¿ese niño que subí al árbol del rincón?

El Gigante lo quería más que a los otros, porque el pequeño le había dado un beso.

—No lo sabemos —respondieron los niños—, se marchó solito.

—Díganle que vuelva mañana— dijo el Gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían donde vivía y que nunca lo habían visto antes. Y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes al salir de la escuela los niños iban a jugar con el Gigante. Pero al más chiquito, a ese que el Gigante más quería, no lo volvieron a ver nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y muy a menudo se acordaba de él.

—¡Cómo me gustaría volverlo a ver! —repetía.

Fueron pasando los años, y el Gigante se puso viejo y sus fuerzas se debilitaron. Ya no podía jugar; pero, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —se decía—, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno pues sabía que el Invierno era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

Sin embargo, de pronto se restregó los ojos, maravillado y miró, miró...

Era realmente maravilloso lo que estaba viendo. En el rincón más lejano del jardín, había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Todas sus ramas eran doradas, y de ellas colgaban frutos de plata. Debajo del árbol estaba parado el pequeñito a quien tanto había echado de menos. Lleno de alegría el Gigante bajó corriendo las escaleras y entró en el jardín. Pero cuando llegó junto al niño su rostro enrojeció de ira, y dijo:

—¿Quién se ha atrevido a hacerte daño?

Porque en la palma de las manos del niño había huellas de clavos, y también había huellas de clavos en sus pies.

—¿Pero, quién se atrevió a herirte? —gritó el Gigante—. Dímelo, para tomar la espada y matarlo.

–¡No! –respondió el niño–. Estas son las heridas del amor.  
 –¿Quién eres tú, mi pequeño niño? –preguntó el Gigante, y un extraño temor lo invadió, y cayó de rodillas ante el pequeño.  
 Entonces el niño sonrió al Gigante, y le dijo:  
 –Una vez tú me dejaste jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en el jardín mío, que es el Paraíso.  
 Y cuando los niños llegaron esa tarde encontraron al Gigante muerto debajo del árbol. Parecía dormir, y estaba entero cubierto de flores blancas.

*Óscar Wilde*

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno:

1. Describe el jardín del Gigante Egoísta y luego dibújalo.
2. ¿Qué sucedió cuando el Gigante Egoísta llegó de la casa de su amigo y encontró a los niños jugando en su jardín? ¿Qué hizo?
3. ¿Cómo era el jardín del Gigante Egoísta luego de que este prohibiera la entrada a los niños?
4. ¿Qué enterneció el corazón del Gigante Egoísta?
5. ¿Cómo ayudó al niño?
6. ¿Qué decidió hacer el Gigante Egoísta cuando se dio cuenta de que a su jardín no llegaba la primavera debido a su egoísmo?
7. ¿A cuál de todos los niños extrañaba el Gigante Egoísta?
8. ¿Cómo se sintió el Gigante Egoísta al ver a su pequeño amiguito después de mucho tiempo?
9. ¿Cómo reaccionó el Gigante Egoísta cuando vio al niño herido?
10. ¿Para qué había regresado el niño?

### II. Juicio crítico-valorativo

11. ¿Quién crees que era ese niño? ¿Por qué lo crees?
12. ¿Cuál crees que es el significado de las heridas que presenta el niño?

### III. Creatividad

13. Si tú hubieras sido el Gigante Egoísta y descubres quién era en realidad el Niño, ¿por quién o por quiénes le hubieras pedido?

## El uso de los dos puntos

Después de anunciar una enumeración

En tres tiempos se divide la vida: presente, pasado y futuro.

### Ejercicios

1. Tres son las vocales abiertas o fuertes a, e, o.
2. Visité cuatro provincias de Cañete Cerro azul, San Luis, Imperial.

Después de cerrar una enumeración

Ágil, disciplinada, competitiva: así debe ser una buena deportista.

### Ejercicios

1. Terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas esas son las principales catástrofes naturales.
2. Natural, sana y equilibrada así debe ser una buena alimentación.

Antes de una cita textual

Ya lo dijo Descartes: “Pienso, luego existo”.

### Ejercicios

1. San Agustín afirma “El llanto es gustoso y firme a los desventurados y afligidos”.
2. Confucio dijo “Todo tiene algo de belleza, pero no todos son capaces de verlo”.

Después del saludo en una carta

Mi estimada directora:

### Ejercicios

1. Señores y señoras tengo el honor de presentarle...
2. Querido amigo quiero comunicarte...

Después de la palabra CERTIFICA, DECRETA en documentos administrativos o jurídicos.

### CERTIFICA:

Qué el alumno José Arce Vargas ha culminado satisfactoriamente sus estudios.

### Ejercicios

1. Don José Pérez Gómez, secretario de la Municipalidad de Lima, CERTIFICO Que en el folio veinte de las partidas de nacimiento...
2. Visto el informe de la Junta Provincial, determinamos Que la finca no se puede declarar como urbana.

Se usa dos puntos para separar la ejemplificación del resto de la oración.

En la zona ecuatorial hay ríos muy importantes. Por ejemplo: el Amazonas, el Congo...

### Ejercicios

1. De vez en cuando tiene algunos comportamientos inexplicables hoy ha venido a la oficina con las zapatillas de andar en casa.
2. Puedes escribir un texto sobre los mamíferos la ballena, por ejemplo.

Se emplean para conectar oraciones o proposiciones relacionadas entre sí sin necesidad de utilizar otro nexos.

Son varias las relaciones que se pueden expresar:

- **Causa - efecto:**  
Se ha quedado sin trabajo: no podrá ir de paseo
- **Conclusión - resumen**  
Varios vecinos hablaron: no llegaron a ponerse de acuerdo.
- **Verificación o explicación de la proposición anterior**  
El arroz con pollo es un plato muy nutritivo: cuenta con féculas de arroz y las proteínas de la carne.

### Ejercicios

1. El arbitraje fue injusto y se cometieron demasiados errores al final se perdió el partido.
2. Lo primero de todo vean la plaza mayor. Una vivienda ha de estar limpia, aireada y soleada, en una palabra habitable.
3. No necesitaba correr aún era pronto.
4. No pude dormir mis vecinos hicieron alboroto toda la noche.
5. Tenía la mente en blanco no se le ocurría nada.
6. La temperatura es relativamente buena no llega a los diez grados bajo cero.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
nacarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

1. Investiga quién es el autor del cuento “El fantasma de Canterville”
2. ¿Qué es el cuento?
3. ¿Cuáles son las partes del cuento?
4. ¿Cuáles son las características del cuento?
5. Coloca los dos puntos en las siguientes oraciones.
  - a. Según los resultados, cinco son los alumnos becados Marco, Antonio, Jorge y Alberto.
  - b. Señor presidente Tenemos el honor de invitarlo a la cena de despedida del profesor Lovón.

## 04

## Elementos del cuento



Si deseas narrar un cuento es necesario que sepas cuáles son los elementos necesarios para que la historia esté bien organizada.

## Los elementos del cuento

En un cuento se conjugan varios elementos, cada uno de los cuales debe poseer ciertas características propias.

### Los personajes

Son los que realizan las acciones en un cuento. Pueden ser principales o secundarios. Una vez que el autor define el número de personajes y perfila su caracterización, puede presentarlos en forma directa o indirecta, ya sea describiéndolos, o utilizando el recurso del diálogo de los personajes o de sus interlocutores. En ambos casos, la conducta y el lenguaje de los personajes deben estar de acuerdo con su caracterización. Debe existir plena armonía entre el proceder del individuo y su perfil humano.

### El ambiente

Incluye el lugar físico y el tiempo donde se desarrolla la acción; es decir, corresponde al escenario geográfico donde los personajes se mueven. Generalmente, en el cuento, el ambiente es reducido, se esboza en líneas generales.

### El tiempo

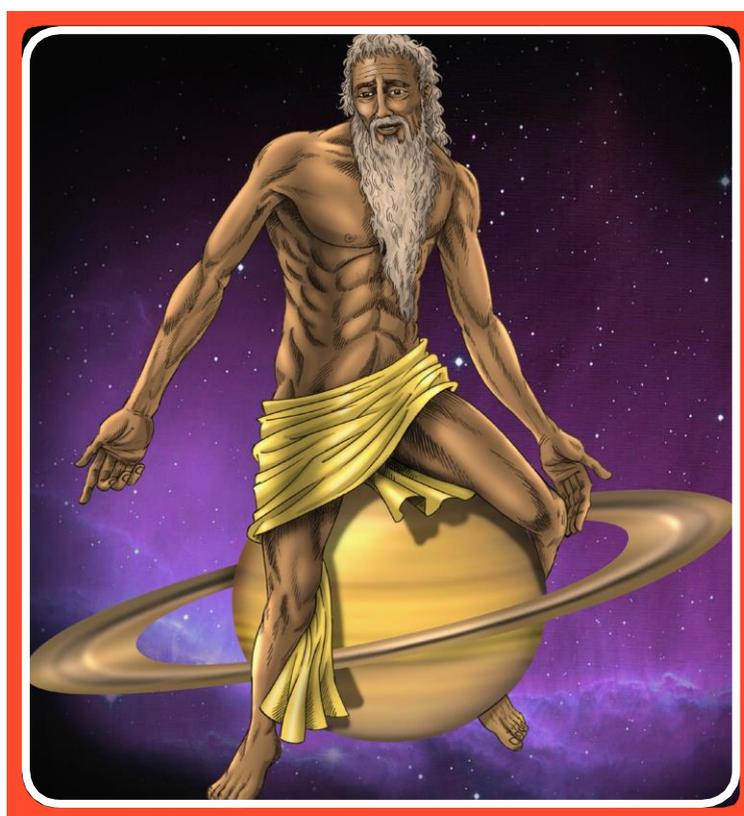
Corresponde a la época en que se ambienta la historia y la duración del suceso narrado. Este último elemento es variable.

### La atmósfera

Corresponde al mundo particular en que ocurren los hechos del cuento. La atmósfera debe traducir la sensación o el estado emocional que prevalece en la historia. Debe irradiar, por ejemplo, misterio, violencia, tranquilidad, angustia, etc.

### La trama

Es el conflicto que mueve la acción del relato. Es el motivo de la narración. El conflicto da lugar a una acción que provoca tensión dramática. La trama generalmente se caracteriza por la oposición de fuerzas. Esta puede ser: externa, por ejemplo, la lucha del hombre con el hombre o la naturaleza; o interna, la lucha del hombre consigo mismo.



¿Quién podría ser este personaje? ¿Dónde se encuentra?  
Conversa con tu profesor y tus compañeros y creen una historia basada en esta imagen.



## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lavavillo y rebovian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Doblaje

**Julio Ramón Ribeyro**

En aquella época vivía en un pequeño hotel cerca de Charing Cross y pasaba los días pintando y leyendo libros de ocultismo. En realidad, siempre he sido aficionado a las ciencias ocultas, quizás porque mi padre estuvo muchos años en la India y trajo de las orillas del Ganges, aparte de un paludismo feroz, una colección completa de tratados de esoterismo. En uno de estos libros leí una vez una frase que despertó mi curiosidad. No sé si sería un proverbio o un aforismo, pero de todos modos era una fórmula cerrada que no he podido olvidar: “Todos tenemos un doble que vive en las antípodas. Pero encontrarlo es muy difícil porque los dobles tienden siempre a efectuar el movimiento contrario”.

Si la frase me interesó fue porque siempre había vivido atormentado por la idea del doble. Al respecto, había tenido solamente una experiencia y fue cuando al subir a un ómnibus tuve la desgracia de sentarme frente a un individuo extremadamente parecido a mí. Durante un rato permanecimos mirándonos con curiosidad hasta que al fin me sentí incómodo y tuve que bajarme varios paraderos antes de mi lugar de destino. Si bien este encuentro no volvió a repetirse, en mi espíritu se abrió un misterioso registro y el tema del doble se convirtió en una de mis especulaciones favoritas.

Pensaba, en efecto, que dados los millones de seres que pueblan el globo, no sería raro que por un simple cálculo de probabilidades algunos rasgos tuvieran que repetirse. Después de todo, con una nariz, una boca, un par de ojos y algunos otros detalles complementarios no se puede hacer un número infinito de combinaciones. El caso de los “sosías” venía, en cierta forma, a corroborar mi teoría. En esa época, estaba de moda que los hombres de estado o los artistas de cine contrataran a personas parecidas a ellas para hacerlas correr todos los riesgos de la celebridad. Este caso, sin embargo, no me dejaba enteramente satisfecho. La idea que yo tenía de los dobles era más ambiciosa; yo pensaba que a la identidad de los rasgos debería corresponder identidad de temperamento y a la identidad de temperamento —¿por qué no?— identidad de destino. Los pocos “sosías” que tuve la oportunidad de ver se unían a una vaga semejanza física —completada muchas veces con la ayuda del maquillaje— una ausencia absoluta de correspondencia espiritual. Por lo general, los “sosías” de los grandes financistas eran hombres humildes que siempre habían sido aplazados en matemáticas. Decididamente, el doble constituía para mí un fenómeno más completo, más apasionante. La lectura del texto que vengo de citar contribuyó no solamente a confirmar mi idea sino a enriquecer mis conjeturas. A veces, pensaba que en otro país, en otro continente, en las antípodas, en suma, había un ser exactamente igual a mí, que cumplía mis actos, tenía mis defectos, mis pasiones, mis sueños, mis manías, y esta idea me entretenía al mismo tiempo que me irritaba.

Con el tiempo la idea del doble se me hizo obsesiva.

Durante muchas semanas no pude trabajar y no hacía otra cosa que repetirme esa extraña fórmula esperando quizás que por algún sortilegio, mi doble fuera a surgir del seno de la tierra. Pronto me di cuenta de que me atormentaba inútilmente, que si bien esas líneas planteaban un enigma, proponían también la solución: viajar a las antípodas.

Al comienzo rechacé la idea del viaje. En aquella época tenía muchos trabajos pendientes. Acababa de empezar una madona y había recibido, además, una propuesta para decorar un teatro. No obstante, al pasar un día por una tienda de Soho, vi un hermoso hemisferio exhibiéndose en una vitrina. En el acto lo compré y esa misma noche lo estudié minuciosamente. Para gran sorpresa mía, comprobé que en las antípodas de Londres estaba la ciudad australiana de Sidney. El hecho de que esta

ciudad perteneciera al “Commonwealth” me pareció un magnífico augurio. Recordé, asimismo, que tenía una tía lejana en Melbourne, a quien aprovecharía para visitar. Muchas otras razones igualmente descabelladas fueron surgiendo –una insólita pasión por las cabras australianas –pero lo cierto es que a los tres días, sin decirle nada a mi hotelero, para evitar sus preguntas indiscretas, tomé el avión con destino a Sidney.

No bien había aterrizado cuando me di cuenta de lo absurda que había sido mi determinación. En el trayecto había vuelto a la realidad, sentía la vergüenza de mis quimeras y estuve tentado de tomar el mismo avión de regreso. Para colmo, me enteré de que mi tía de Melbourne hacía años que había muerto. Luego de un largo debate decidí que al cabo de un viaje tan fatigoso bien valía la pena quedarse unos días a reposar. Estuve en realidad siete semanas.

Para empezar, diré que la ciudad era bastante grande, mucho más de lo que había previsto, de modo que en el acto renuncié a ponerme en la persecución de mi supuesto doble. Además, ¿cómo haría para encontrarlo? Era en verdad ridículo detener a cada transeúnte en la calle a preguntarle si conocía a una persona igual a mí. Me tomarían por loco. A pesar de esto, confieso que cada vez que me enfrentaba a una multitud, fuera a la salida de un teatro o en un parque público, no dejaba de sentir cierta inquietud y contra mi voluntad examinaba cuidadosamente los rostros. En una ocasión, estuve siguiendo durante una hora, presa de una angustia feroz, a un sujeto de mi estatura y mi manera de caminar. Lo que me desesperaba era la obstinación con que se negaba a volver el semblante. Al fin, no pude más y le pasé la voz. Al volverse, me enseñó una fisonomía pálida, inofensiva, salpicada de pecas, que, ¿por qué no decirlo?, me devolvió la tranquilidad. Si permanecí en Sidney el monstruoso tiempo de siete semanas, no fue seguramente por llevar adelante estas pesquisas sino por razones de otra índole: porque me enamoré. Cosa rara en un hombre que ha pasado los treinta años, sobre todo en un inglés que se dedica al ocultismo.

Mi enamoramiento fue fulminante. La chica se llamaba Winnie y trabajaba en un restaurante. Sin lugar a dudas, esta fue mi experiencia más interesante en Sidney.

Ella también pareció sentir por mí una atracción casi instantánea, lo que me extrañó, desde que yo tengo memoria, he tenido siempre poca fortuna con las mujeres. Desde un comienzo aceptó mis galanterías y a los pocos días salíamos juntos a pasear por la ciudad. Inútil describir a Winnie; solo diré que su carácter era un poco excéntrico. A veces me trataba con enorme familiaridad; otras, en cambio, se desconcertaba ante algunos de mis gestos o de mis palabras, cosa que lejos de enojarme me encantaba. Decidido a cultivar esta relación con mayor comodidad, resolví abandonar el hotel y, hablando por teléfono con una agencia, conseguí una casita amoblada en las afueras de la ciudad.

No puedo evitar un poderoso movimiento de romanticismo al evocar esta pequeña villa. Su tranquilidad, el gusto con que estaba decorada, me cautivaron desde el primer momento. Me sentía como en mi propio hogar.

Las paredes estaban decoradas con una maravillosa colección de mariposas amarillas, por las que yo cobré una repentina afición. Pasaba los días pensando en Winnie y persiguiendo por el jardín a los bellísimos lepidópteros.

Hubo un momento en que decidí instalarme allí en forma definitiva y ya estaba dispuesto a adquirir mis materiales de pintura, cuando ocurrió un accidente singular, quizá explicable, pero al cual yo me obstiné en darle significación exagerada.

Fue un sábado en que Winnie, luego de ofrecerme una tenaz resistencia, resolvió pasar el fin de semana en mi casa. La tarde transcurrió animadamente, con sus habituales remansos de ternura. Hacia el anochecer, algo en la conducta de Winnie comenzó a inquietarme. Al principio yo no supe qué era y en vano estudié su fisonomía, tratando de descubrir alguna mudanza que explicara mi malestar. Pronto, sin embargo, me di

cuenta de que lo que me incomodaba era la familiaridad con que Winnie se desplazaba por la casa. En varias ocasiones se había dirigido sin vacilar hacia el conmutador de la luz. ¿Serían celos? Al principio fue una especie de cólera sombría.

Yo sentía verdadera afección por Winnie y si nunca le había preguntado por su pasado fue porque ya me había forjado algunos planes para su porvenir. La posibilidad de que hubiera estado con otro hombre no me lastimaba tanto como que aquello hubiera ocurrido en mi propia casa. Presa de angustia, decidí comprobar esta sospecha.

Yo recordaba que curioseando un día por el desván, había descubierto una vieja lámpara de petróleo.

De inmediato pretexté un paseo por el jardín.

—Pero no tenemos con qué alumbrarnos —murmuré.

Winnie se levantó y quedó un momento indecisa en medio de la habitación. Luego la vi dirigirse hacia la escalera y subir resueltamente sus peldaños. Cinco minutos después apareció con la lámpara encendida.

La escena siguiente fue tan violenta, tan penosa, que me resulta difícil revivirla. Lo cierto es que monté en cólera, perdí mi sangre fría y me conduje de una manera brutal. De un golpe derribé la lámpara, con riesgo de provocar un incendio, y precipitándome sobre Winnie, traté de arrancarle a viva fuerza una imaginaria confesión.

Torciéndole las muñecas, le pregunté con quién y cuándo había estado en otra ocasión en esa casa.

Solo recuerdo su rostro increíblemente pálido, sus ojos desorbitados, mirándome como a un enloquecido. Su turbación le impedía pronunciar palabra, lo que no hacía sino redoblar mi furor. Al final, terminé insultándola y ordenándole que se retirara del lugar. Winnie recogió su abrigo y atravesó a la carrera el umbral.

Durante toda la noche no hice otra cosa que recriminarme mi conducta. Nunca creí que fuera tan fácilmente excitable y en parte atribuía esto a mi poca experiencia con las mujeres. Los actos que en Winnie me habían sublevado me parecían, a la luz de la reflexión, completamente normales. Todas esas casas de campo se parecen unas a otras y lo más natural era que en una casa de campo hubiera una lámpara y que esta lámpara se encontrara en el desván. Mi explosión había sido infundada, peor aún, de mal gusto. Buscar a Winnie y presentarle mis excusas me pareció la única solución decente, fue inútil; jamás pude entrevistarme con ella. Se había ausentado del restaurante y cuando fui a buscarla a su casa, se negó a recibirme. A fuerza de insistir salió un día su madre y me dijo de mala gana que Winnie no quería saber absolutamente nada con locos.

¿Con locos? No hay nada que aterrorice más a un inglés que el apóstrofe de loco. Estuve tres días en la casa de campo tratando de ordenar mis sentimientos. Luego de una paciente reflexión, comencé a darme cuenta de que toda esa historia era trivial, ridícula, despreciable. El origen mismo de mi viaje a Sidney era disparatado. ¿Un doble? ¡Qué insensatez! ¿Qué hacía yo allí, perdido, angustiado, pensando en una mujer excéntrica a la que quizá no amaba, dilapidando mi tiempo, coleccionando mariposas amarillas? ¿Cómo podía haber abandonado mis pinceles, mi té, mi pipa, mis paseos por Hyde Park, mi adorable bruma del Támesis? Mi cordura renació; en un abrir y cerrar de ojos hice mi equipaje, y al día siguiente estaba retornando a Londres.

Llegué entrada la noche y del aeródromo fui directamente a mi hotel. Estaba realmente fatigado, con unos enormes deseos de dormir y de recuperar energías para mis trabajos pendientes. ¡Qué alegría sentirme nuevamente en mi habitación! Por momentos me parecía que nunca me había movido de allí. Largo rato permanecí apoltronado en mi sillón, saboreando el placer de encontrarme nuevamente entre mis cosas. Mi mirada recorría cada uno de mis objetos familiares y los acariciaba con gratitud. Partir es una gran cosa, me decía, pero lo maravilloso es regresar.

¿Qué fue lo que de pronto me llamó la atención? Todo estaba en orden, tal como lo dejara. Sin embargo, comencé a sentir una viva molestia. En vano traté de indagar la causa. Levantándome, inspeccioné los cuatro rincones de mi habitación. No había nada extraño, pero se sentía, se olfateaba una presencia, un rastro a punto de desvanecerse...

Unos golpes sonaron en la puerta. Al entreabrirla, el botones asomó la cabeza.

—Lo han llamado del “Mandrake Club”. Dicen que ayer ha olvidado usted su paraguas en el bar. ¿Quiere que se lo envíen o pasará a recogerlo?

—Que lo envíen —respondí maquinalmente.

En el acto me di cuenta de lo absurdo de mi respuesta. El día anterior yo estaba volando probablemente sobre Singapur. Al mirar mis pinceles sentí un estremecimiento: estaban frescos de pintura. Precipitándome hacia el caballete, desgarré la funda: la madona que dejara en bosquejo estaba terminada con la destreza de un maestro, y su rostro, cosa extraña, su rostro era de Winnie.

Abatido caí en mi sillón. Alrededor de la lámpara revoloteaba una mariposa amarilla.

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Qué tipos de libros interesaban al protagonista?
2. ¿Cuál es la idea que el protagonista tenía acerca de los dobles?
3. ¿Qué compró el protagonista en la tienda de Soho?
4. ¿Qué ciudad australiana está en las antípodas de Londres?
5. ¿A quién conoció el protagonista en Sidney? ¿Cuánto tiempo permaneció allí?
6. El protagonista decidió alquilar una casita en las afueras de la ciudad. ¿Qué hecho singular sucedió allí?
7. ¿Qué hizo el protagonista para comprobar su hipótesis? ¿Cómo reaccionó al confirmarlo?
8. Molesto, triste y desencantado, el protagonista decide regresar a Londres. ¿Qué le llamó la atención cuando entró a su departamento?
9. ¿De dónde lo llamaron al protagonista? y ¿para qué?
10. ¿Cuál fue la sorpresa final?

### II. Juicio crítico-valorativo

11. ¿Crees que los dobles existen? ¿Por qué?
12. ¿Cómo explicarías que la madona, que el protagonista había dejado en bosquejo antes de partir a Sidney, estaba terminada?

## Las comillas



## ¿En qué ocasiones deberé utilizar las comillas?

Generalmente se utilizan para:

- **Citar textualmente algo**
  - El profesor dijo: “Han ganado el concurso”.
- **Resaltar ciertas palabras, de modo que estas ganen énfasis en la expresión**

Por ejemplo:

- Las poesías de Salaverry están llenas de angustia y zozobra, en las que siempre está persiguiendo la imagen del “angel” al que escribe nuevas y sentidas cartas. Al final de su vida, se internó en una poesía “filosófica campoamorina que abre el camino del realismo”.
- **Indicar la intención irónica del empleo de una palabra**
  - *Trataba de vestir siempre de negro. Lo que pasa es que era muy “delgada”.*
- **Señalar nombres de obras, revistas, periódicos, marcas de productos, clubes, cuadros, etc.**
  - Pasé todo el fin de semana en el “Country Club del Bosque”.
- **Destacar una expresión extranjera, neologismos y voces vulgares**
  - No fui de “shopping” porque me quedé “jato”.



## Evaluando nuestro aprendizaje

*... corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
ni, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

1. Coloca las comillas donde convenga.

a) El agente me preguntó: ¿tiene usted algo que declarar?

---

b) No tengo muy claro qué es eso de la movida madrileña.

---

c) Los secuestradores se refugiaron en un camping.

---

d) El poema que más me gusta es La canción del pirata.

---

e) El cuento comienza así: Érase una vez una niña muy fuerte...

---

f) Le pusieron una multa por no respetar la señal de stop.

---

g) La película de hoy se llama Almas de metal.

---

h) Mi hobby es la construcción de maquetas de trenes.

---

i) El Estado soy yo se le atribuye a Luis XIV.

---

j) La palabra pícaro tiene muchos significados.

---

k) Dice el refrán: el que quiere celeste que le cueste.

---

l) Dejé la moto en el parking de la plaza.

---

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
caerillo y volverían. La del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Lee atentamente el cuento.

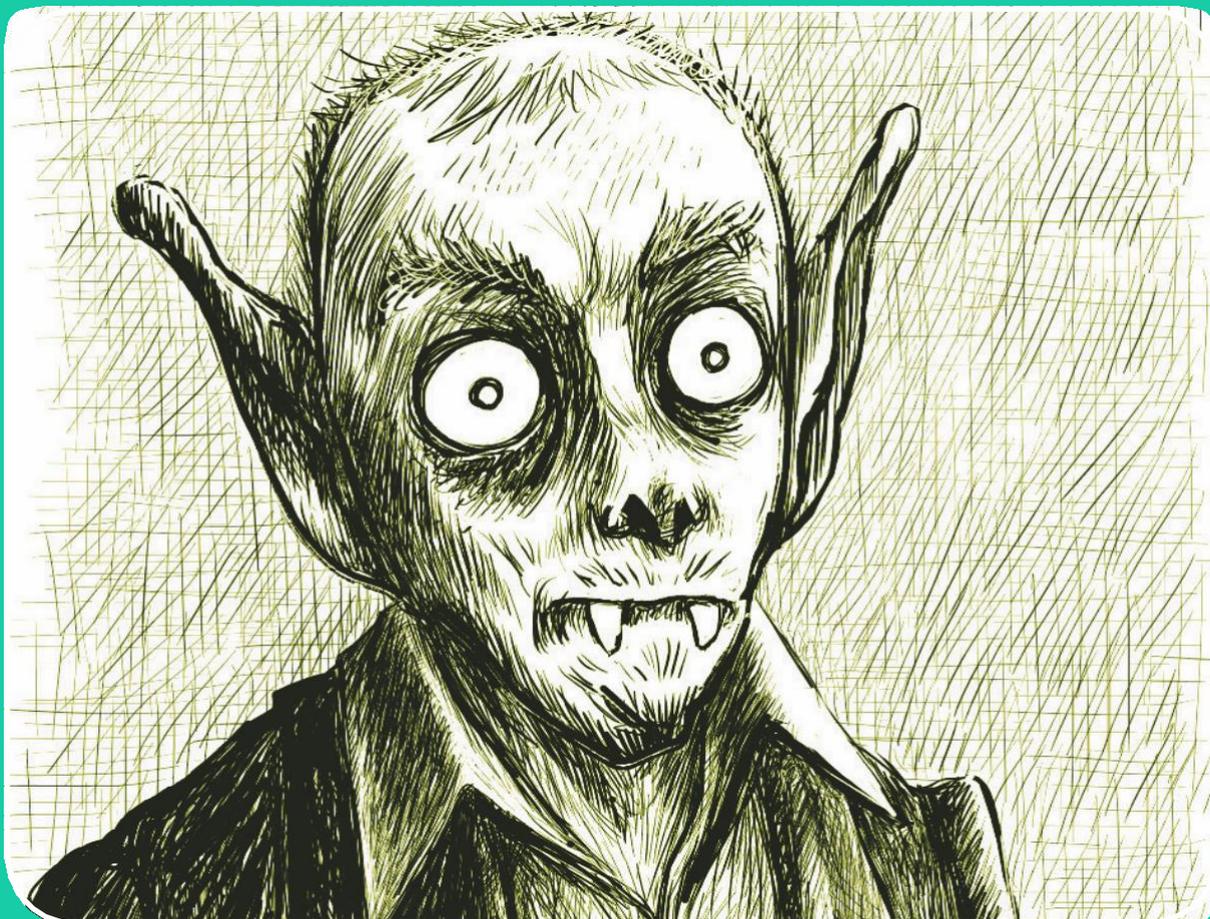
Hace mucho tiempo, en el mundo de la fantasía vivían dos hermanas gemelas. Eran iguales por fuera y diferentes por dentro. Una se llamaba Lucía siempre sacaba muy buenas notas y Rebeca siempre copiaba. Un día, Rebeca lanzó un hechizo a Lucía para que se convirtiera en una araña, pero en el momento en que esta fue a lanzar el hechizo mágico, entró Willy, un amigo de ellas dos, el cual conocía la maldad de Rebeca y la envidia que esta sentía hacia la dulce y buena Lucía.

Willy detuvo la mano de Rebeca para que esta no pudiera lanzar el maléfico hechizo, que terminó cayendo sobre la misma Rebeca. Tanto Lucía como Willy decidieron encerrar a la malvada hermana en una fría y oscura jaula donde pudiera reflexionar y arrepentirse de toda la maldad que guardaba su corazón.

1. ¿Quiénes son los personajes?
2. ¿Dónde se desarrollan los hechos?
3. ¿Qué generó el conflicto de la historia?
4. Haz un resumen de la biografía de Julio Ramón Ribeyro?
5. Coloca comillas, donde corresponda, en las siguientes oraciones.
  - a. Fue Luis XVI quien dijo: El Estado soy yo.
  - b. La participante eligió como su coach a Ricky Martin.

## 05

## El cuento fantástico



El cuento fantástico es aquel que, por la suma de elementos reales y de elementos extraños e inexplicables, hace vacilar entre una explicación natural o una sobrenatural y deja al lector sumido en la incertidumbre.

#### Características

- La necesidad del hombre de sobredimensionar la realidad, haciendo que en ella se inserten otros seres y otros mundos paranormales distintos del suyo.
- Suele tener un marco real y en un momento de la narración surge un elemento extraño e inexplicable que nos hace dudar si es real o no.
- Los temas tratados en este género son: las perturbaciones de la personalidad, los juegos de lo visible y lo invisible, historias de aparecidos, el hombre lobo, vampiros, alteraciones de la causalidad, el tiempo y el espacio.

#### Representantes

- Jorge Luis Borges: *El libro de arena*.
- Julio Cortázar: “La noche boca arriba”
- Howard Phillips Lovecraft: “La nave blanca”
- Abraham Valdelomar: “El hipocampo de oro”
- Julio Ramón Ribeyro: “Doblaje”

- Edmond Hamilton: “Exilio”

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lasavillo y rebelión, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Exilio

¡Lo que daría por no haber hablado de ciencia ficción aquella noche! Si no lo hubiéramos hecho, en estos momentos no estaría obsesionado con esa bizarra e imposible historia historia que nunca podrá ser comprobada ni refutada.

Sin embargo, tratándose de cuatro escritores profesionales de relatos fantásticos, supongo que el tema resultaba ineludible. A pesar de que logramos posponerlo durante toda la cena y los tragos que tomamos después Madison, gustoso, contó a grandes rasgos su partida de caza, y luego Brazell inició una discusión sobre los pronósticos de los Dodgers. Más tarde me vi obligado a desviar la conversación al terreno de la fantasía.

No era mi intención hacer algo así. Pero había bebido un escocés de más, y eso siempre me vuelve analítico. Y me divertía la perfecta apariencia de que los cuatro éramos personas comunes y corrientes.

—Camuflaje protector, eso es —anuncié—. ¡Cuánto nos esforzamos por actuar como chicos buenos, normales y ordinarios!

Brazell me miró, un poco molesto por la abrupta interrupción.

—¿De qué estás hablando?

—De nosotros cuatro —respondí—. ¡Qué espléndida imitación de ciudadanos hechos y derechos! Pero no estamos contentos con eso... ninguno de nosotros. Por el contrario, estamos violentamente insatisfechos con la Tierra y con todas sus obras; por eso nos pasamos la vida creando, uno tras otro, mundos imaginarios.

—Supongo que el pequeño detalle de hacerlo por dinero no tiene nada que ver —inquirió Brazell, escéptico—.

—Claro que sí —admití—. Todos creamos nuestros mundos y pueblos imposibles muchísimo antes de escribir una sola línea, ¿verdad? Incluso desde nuestra infancia, ¿no? Por eso no estamos a gusto aquí.

—Nos sentiríamos mucho peor en algunos de los mundos que describimos —replicó Madison—.

En ese momento, Carrick, el cuarto del grupo, intervino en la conversación. Estaba sentados en silencio, como de costumbre, copa en mano, meditabundo, sin prestarnos atención.

Carrick era raro en muchos aspectos. Sabíamos poco de él pero apreciábamos y admirábamos sus historias. Había escrito algunos relatos fascinantes, minuciosamente elaborados en su totalidad sobre un planeta imaginario.

—Lo mismo me ocurrió a mí en una ocasión —dijo a Madison—.

—¿Qué? —preguntó Madison—.

—Lo que acabas de sugerir... Una vez escribí sobre un mundo imaginario y luego me vi obligado vivir en él —contestó Carrick.

Madison soltó una carcajada.

—Espero que haya sido un sitio más habitable que los escalofriantes planetas en los que yo planteo mis embustes.

—Carrick ni siquiera sonrió.

—De haber sabido que viviría en él, lo habría creado muy distinto —murmuró—. Brazell, tras dirigir una mirada significativa a su copa vacía de Carrick, nos guiñó un ojo y pidió, con voz melosa:

–Cuéntanos cómo fue, Carrick.

Carrick no apartó la mirada de su copa, mientras la giraba entre sus dedos al hablar. Se detenía entre una frase y otra.

–Sucedió inmediatamente después de que mudara junto a la Gran Central de Energía. A simple vista, parecía un lugar ruidoso, pero, en realidad, se vivía muy tranquilo en las afueras de la ciudad. Y yo necesitaba tranquilidad para escribir mis historias.

–Me dispuse a trabajar en la nueva serie que había comenzado, una Colección de relatos que ocurrirían en aquel mundo imaginario. Empecé por crear detalladamente todas las características físicas de ese mundo, y del universo que lo contenía. Pasé todo el día concentrado en ello. Y cuando terminé, ¡algo en mi mente hizo clic!

–Esa breve y extraña sensación me pareció una súbita materialización. Me quedé allí, inmobilizado, al tiempo que me preguntaba si estaría enloqueciendo, pues tuve la repentina seguridad de que el mundo que yo había creado durante todo el día acababa de cristalizar en una existencia concreta, en alguna parte.

–Por supuesto, ignoré esa extraña idea, salí de casa y me olvidé del asunto. Pero al día siguiente sucedió de nuevo. Dedicué la mayor parte del tiempo a la creación de los habitantes del mundo de mi historia. Sin duda los había imaginado humanos, aunque decidí que no fueran demasiado civilizados, pues eso imposibilitaría los conflictos y la violencia indispensable para mi trama.

–Así pues, había gestado mi mundo imaginario, un mundo de gente que estaba a medio civilizar. Imaginé todas sus crueldades y supersticiones. Erigí sus bárbaras y pintorescas ciudades. Y, justo cuando terminé, aquel clic resonó de nuevo en mi mente.

–Entonces sí me asusté de verdad, pues sentí con mayor fuerza que la primera vez esa extraña convicción de que mis sueños se habían materializado para dar paso a una realidad sólida. Sabía que era una locura; sin embargo, en mi mente tenía la increíble certeza. No podía abandonar esa idea.

–Traté de convencerme de descartar tan loca convicción. Si en verdad había creado un mundo y un universo con sólo imaginarlos, ¿dónde se hallaban? Desde luego no en mi propio cosmos. No podría contener dos universos... completamente distintos el uno del otro.

Pero ¿y si este mundo y este universo de mi imaginación se habían concretado en la realidad en otro cosmos vacío? ¿Un cosmos localizado en una dimensión diferente a la mía? ¿Uno que contuviera solamente átomos libres, materia informe que no había adquirido forma hasta que, de alguna manera, mis concentrados pensamientos les hicieron tomar las imágenes que yo había soñado?

–Medité esa idea de la extraña manera en que se aplican las leyes de la lógica a las cosas imposibles. ¿Por qué los relatos que yo imaginaba no se habían vuelto realidad en ocasiones anteriores y sólo ahora habían empezado a hacerlo? Bueno, para eso había una explicación plausible. Vivía cerca de la Gran Central de Energía. Alguna insospechada corriente de energía emanada de ella dirigía mi imaginación condensada, como una fuerza superamplificadora, hacia un cosmos vacío donde conmocionó la masa informe y la hizo apropiarse de aquellas formas que yo soñaba.

–¿Creía en eso? No. Por supuesto que no, pero lo sabía. Hay una gran diferencia entre el conocimiento y la creencia; como alguien dijo: “Todos los hombres saben que un día morirán y ninguno cree que llegará ese día”. Pues conmigo ocurrió exactamente lo mismo. Me daba cuenta que no era posible que mi mundo fantástico hubiese adquirido una existencia física en un cosmos dimensional diferente, aunque, al mismo tiempo, yo tenía la extraña convicción de que así era.

—Y entonces se me ocurrió algo que me pareció entretenido e interesante. ¿Y si me creaba a mí mismo en ese otro mundo? ¿También sería yo real en él? Lo intenté. Me senté ante mi escritorio y me imaginé a mí mismo como uno más entre los millones de individuos de ese mundo ficticio; pude crear todo un transfondo familiar e histórico coherente para mí en aquel lugar. ¡Y algo en mi mente hizo clic!”.

Carrick hizo una pausa. Todavía contemplaba la copa vacía que agitaba lentamente entre sus dedos.

Madison le incitó a continuar:

—Y seguro que despertaste allí y una hermosa muchacha se acercó a ti, y preguntaste: “¿Dónde estoy?”

—No sucedió así —respondió Carrick sombrío—. No fue así en absoluto. Desperté en ese otro mundo, sí. Pero no fue como un despertar real.

Simplemente, aparecí allí de repente.

Seguía siendo yo. Pero, sin embargo, era el yo imaginado por mí para ese otro mundo. Se trataba de otro yo que siempre había vivido allí... del mismo modo que sus antepasados. Verán, yo lo había creado todo.

“Y mi otro yo era tan real en ese mundo imaginario creado por mí como lo había sido en el mío propio. Eso fue lo peor. Todo en ese mundo a medio civilizar era tan vulgar dentro de su realidad...”

Hizo una nueva pausa.

—Al principio, me resultó sumamente extraño. Caminé por las calles de aquellas bárbaras ciudades y miré los rostros de las personas con un imperioso y acuciante deseo de gritar en voz alta: “¡Yo los imaginé a todos! ¡Ninguno de ustedes existía hasta que yo los soñé!”.

Sin embargo, no lo hice. Sin duda, no me habrían creído. Para ellos, yo no era más que un miembro insignificante de su raza. ¿Cómo podían pensar que ellos, sus tradiciones y su historia, su mundo y su universo, habían surgido súbitamente gracias a mi imaginación?

Cuando cesó mi turbación inicial, me desagradó el lugar. Resulta que lo había creado demasiado bárbaro. Las salvajes violencias y crueldades que me habían parecido tan seductoras como material para la historia, eran aberrantes y repulsivas al vivir en mi propia carne. Sólo deseaba volver a mi mundo.

¡Y no pude regresar! No había forma. Tuve una vaga sensación de, que podría imaginarme de vuelta en mi mundo así como había imaginado mi viaje a ese otro. Pero fue en vano. La extraña fuerza que había propiciado el milagro no funcionaba en dirección contraria.

Lo pasé bastante mal al percatarme de que estaba atrapado en un mundo desagradable, extenuado y bárbaro. Primero pensé en suicidarme. Sin embargo no lo hice. El hombre se adapta a todo. Y me acoplé lo mejor que pude al mundo creado por mí.

—¿Qué hiciste allí? Quiero decir: ¿Qué función cumpliste? —preguntó Brazell—.

Carrick se encogió de hombros.

—No dominaba las habilidades y destrezas del mundo que había creado. Solo poseía mi propio oficio... el de contar historias.

Empecé a sonreír.

—¿No querrás decir que empezaste a escribir historias fantásticas?

Él asintió, sombrío.

—No me quedó más remedio. Sin duda, aquello era lo único que podía hacer, dadas las circunstancias. Escribí historias sobre mi propio mundo real. Para esa gente, mis relatos

eran de una imaginación desbordante... y les gustaron.  
 Nos echamos a reír. Pero Carrick permaneció mortalmente serio.  
 Madison llevó la broma hasta las últimas consecuencias.  
 –¿Y cómo te las arreglaste para regresar finalmente a casa desde ese otro mundo que habías creado?  
 –¡Nunca regresé a casa! –respondió Carrick con un amargo suspiro.

*Edmond Hamilton*

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quiénes son los personajes?, ¿a qué se dedican?
2. ¿Acerca de qué discutían los personajes en la historia?
3. ¿Cómo es descrito Carrick?
4. ¿Dónde se vio obligado a vivir Carrick?
5. ¿Qué creó primero en su mundo imaginario?
6. ¿Cómo decidió que fueran los habitantes de su historia?
7. ¿Dónde se mudó Carrick para escribir con tranquilidad?
8. ¿Cómo se materializó su creación según Carrick?

### II. Juicio-crítico valorativo

9. ¿Por qué crees que el autor tituló “Exilio” al cuento leído en clase?

### III. Redacción y creatividad

10. Imagina que eres Carrick, narra cómo escapaste de ese mundo en el que estabas atrapado.

## Los paréntesis



Es un signo ortográfico doble con la forma ( ) que se usa para insertar en un enunciado una información complementaria o aclaratoria.

### Usos de los paréntesis

- **En las cláusulas o frases intercaladas con sentido explicativo independiente.**  
Por ejemplo:  
— Con este último pedido (espero que comprenda la tardanza) concluimos la operación.
- **Para agregar fechas.**  
Por ejemplo:  
— El descubrimiento de América (1492) significó un hecho trascendental.
- **Para aclaraciones correspondientes a abreviaturas y siglas.**  
Por ejemplo:  
— La OMS (Organización Mundial de la Salud) es un organismo internacional.
- **Para encerrar traducciones.**  
Por ejemplo:  
— *Amicus est tamquam alter idem* (un amigo es un segundo yo).
- **Para encerrar las acotaciones en las obras teatrales y en los guiones de radio, televisión o cine.**  
Por ejemplo:  
— Karen. (Sonrojándose). No quise decir que tú... ¡Olvídalo!
- **Para encerrar datos aclaratorios; como lugares.**  
Por ejemplo:

— Yo vivo en Oslo (Noruega).

## Los puntos suspensivos



Se utilizan:

- **Cuando se quiere dejar una oración o una enumeración incompleta.**  
Ejemplo:  
— En la granja había de todo: vacas, cerdos, cuyes, conejos...
- **Cuando se hace una pausa para expresar duda, temor o algo sorprendente.**  
Ejemplo:  
— No sé qué hacer... Voy o no voy.
- **Cuando se reproduce una cita textual, sentencia o refrán, omitiendo una parte.**  
Ejemplo:  
— Pablo Neruda escribió en su “Poema 15”: “Me gustas cuando callas...?”.
- **Para indicar que en un texto citado se elimina alguna parte.** En estos casos, los puntos suspensivos aparecen entre corchetes [...] o entre paréntesis (...).  
Ejemplo:  
— Yo fui loco y ya soy cuerdo, fui don Quijote de la Mancha y soy ahora [...].  
Alonso Quijano, el Bueno. (Cervantes. *Quijote II* [Esp. 1615]).



## Evaluando nuestro aprendizaje

*corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
in, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

1. Coloca los paréntesis o los puntos suspensivos donde correspondan.

a) Las Olimpiadas 2012 se realizaron en Londres Inglaterra.

---

b) Quisiera un Imposible, no me alcanzará el dinero.

---

c) La CEE Comunidad Económica Europea se fundó en 1957.

---

d) Los relativos *que, cual, quien, cuyo* son enlaces subordinantes.

---

e) Desearía conocer Huaraz, Chiclayo, Trujillo, Iquitos

---

f) Los seres vivos animales y plantas están compuestos en gran parte por agua.

---

g) –Jorge: Molesto No iré contigo.

---

h) Ya lo dice el viejo refrán: “Ojos que no ven, corazón”

---

i) La célebre batalla de Lepanto fue ganada por el hijo del Rayo de la Guerra don Juan de Austria.

---

j) Quevedo 1580-1645 fue el representante del conceptismo.

---



## Tarea domiciliaria

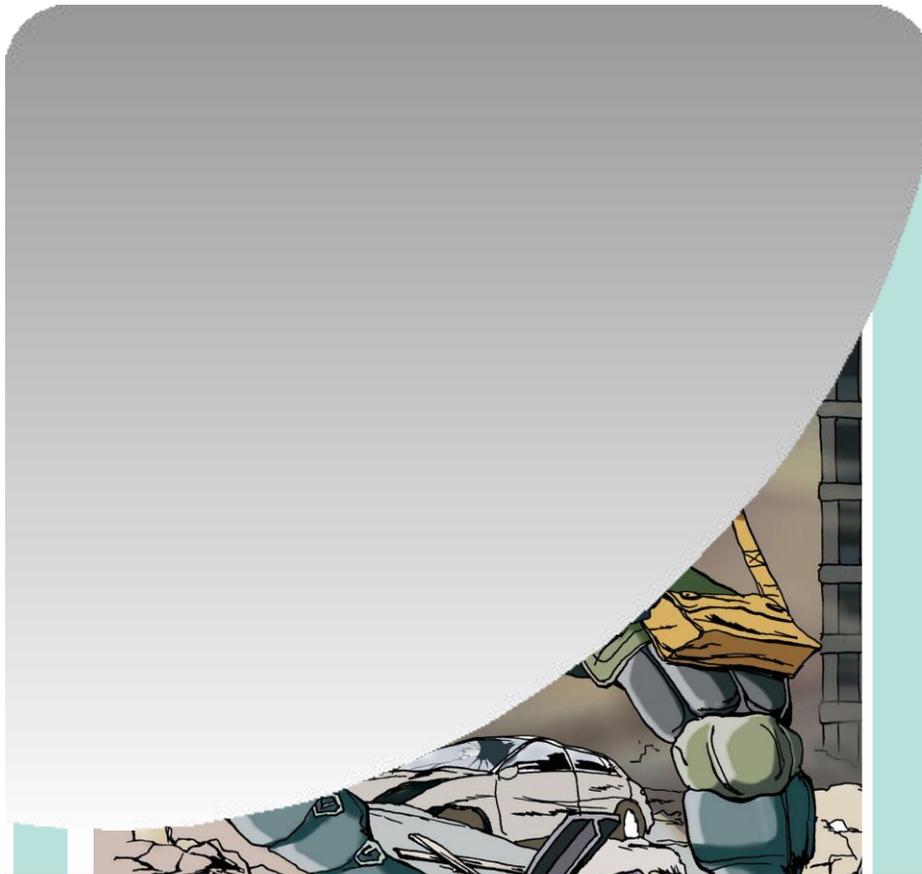
*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
nucarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

Responde en tu cuaderno.

1. ¿Cuál es la definición de cuento fantástico?
2. ¿Qué temas abordan los cuentos fantásticos?
3. Menciona los representantes del cuento fantástico.
4. Coloca los paréntesis en las siguientes oraciones.
  - a. Miguel de Cervantes 1547-1616 nació en Alcalá de Henares Madrid.
  - b. Debe llevar su DNI documento nacional de identidad, sino no podrá sufragar
5. Coloca los puntos suspensivos donde corresponda en las siguientes oraciones.
  - a. Dice el refrán: “A buen entendedor pocas”
  - b. En mi casa hay un fantasma.

## 06

## Ciencia ficción I



¿Sabías que los escritores de ciencia ficción no buscaban exaltar los avances tecnológicos, sino más bien, advertir al hombre de los peligros a los que se expone por el uso indiscriminado de estos avances?

### **Características**

Los escritores utilizan elementos tecnológicos en sus historias, ya que estas se enmarcan en un futuro casi siempre lejano.

Los personajes son extraterrestres, androides, monstruos, ovnis, etc.

Los temas recurrentes son los siguientes.

- la aventuras espaciales y los viajes a otros planetas
- los viajes a través del tiempo
- la robótica

### **Representantes**

- Isaac Asimov

- Ray Bradbury

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
guerrillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Fu*

### La sabana

**Ray Bradbury**

—George, me gustaría que le echaras un ojo al cuarto de juegos de los niños.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Pues bien, ¿y entonces?

—Solo quiero que le eches una ojeada, o que llames a un psicólogo para que se la eche él.

—¿Y qué necesidad tiene un cuarto de juegos de un psicólogo?

—Lo sabes perfectamente —su mujer se detuvo en el centro de la cocina y contempló uno de los fogones, que en ese momento estaba hirviendo sopa para cuatro personas—. Solo es que ese cuarto ahora es diferente de como era antes.

—Muy bien, echémosle un vistazo.

Atravesaron el vestíbulo de su lujosa casa insonorizada cuya instalación les había costado treinta mil dólares, una casa que los vestía y los alimentaba y los mecía para que se durmieran, y tocaba música y cantaba y era buena con ellos. Su aproximación activó un interruptor en alguna parte y la luz de la habitación de los niños parpadeó cuando llegaron a tres metros de ella. Simultáneamente, en el vestíbulo, las luces se apagaron con un automatismo suave.

—Bien —dijo George Hadley.

Se detuvieron en el suelo acolchado del cuarto de juegos de los niños. Tenía doce metros de ancho por diez de largo; además había costado tanto como la mitad del resto de la casa. “Pero nada es demasiado bueno para nuestros hijos”, había dicho George.

La habitación estaba en silencio y tan desierta como un claro de la selva un caluroso mediodía. Las paredes eran lisas y bidimensionales. En ese momento, mientras George y Lydia Hadley se encontraban quietos en el centro de la habitación, las paredes se pusieron a zumbar y a retroceder hacia una distancia cristalina, o eso parecía, y pronto apareció una sabana africana en tres dimensiones; por todas partes, en colores que reproducían hasta el último guijarro y brizna de paja. Por encima de ellos, el techo se convirtió en un cielo profundo con un ardiente sol amarillo.

George Hadley notó que la frente le empezaba a sudar.

—Vamos a quitarnos del sol —dijo—. Resulta demasiado real. Pero no veo que pase nada extraño.

—Espera un momento y verás —dijo su mujer.

Los ocultos olorificadores empezaron a emitir un viento aromatizado en dirección a las dos personas del centro de la achicharrante sabana africana. El intenso olor a paja, el aroma fresco de la charca oculta, el penetrante olor a moho de los animales, el olor a polvo en el aire ardiente. Y ahora los sonidos: el trote de las patas de lejanos antílopes en la hierba, el aleteo de los buitres. Una sombra recorrió el cielo y vaciló sobre la sudorosa cara que miraba hacia arriba de George Hadley.

—Alimañas asquerosas —le oyó decir a su mujer.

—Los buitres.

—¿Ves? Allí están los leones, a lo lejos, en aquella dirección. Ahora se dirigen a la charca. Han estado comiendo —dijo Lydia—. No sé qué.

—Algún animal —George Hadley alzó la mano para defender sus entrecerrados ojos de la luz ardiente—. Una cebra o una cría de jirafa, a lo mejor.

—¿Estás seguro? —la voz de su mujer sonó especialmente tensa.

—No, ya es un poco tarde para estar seguro —dijo él, divertido—. Allí lo único que puedo distinguir son unos huesos descarnados, y a los buitres dispuestos a caer sobre lo que queda.

—¿Has oído ese grito? —preguntó ella.

—No.

—¡Hace un momento!

—Lo siento, pero no.

Los leones se acercaban. Y George Hadley volvió a sentirse lleno de admiración hacia el genio mecánico que había concebido aquella habitación. Un milagro de la eficacia que vendían por un precio ridículamente bajo. Todas las casas deberían tener algo así. Claro, de vez en cuando te asustaba con su exactitud clínica, hacía que te sobresaltases y te producía un estremecimiento, pero qué divertido era para todos en la mayoría de las ocasiones; y no solo para su hijo y su hija, sino para él mismo cuando sentía que daba un paseo por un país lejano, y después cambiaba rápidamente de escenario. Bien, ¡pues allí estaba! Y allí estaban los leones, a unos metros de distancia, tan reales, tan febril y sobrecogedoramente reales que casi notabas su piel áspera en la mano, la boca se te quedaba llena del polvoriento olor a tapicería de sus pieles calientes, y su color amarillo permanecía dentro de tus ojos como el amarillo de los leones y de la hierba en verano, y el sonido de los enmarañados pulmones de los leones respirando en el silencioso calor del mediodía, y el olor a carne en el aliento, sus bocas goteando.

Los leones se quedaron mirando a George y Lydia Hadley con sus aterradores ojos verde-amarillentos.

—¡Cuidado! —gritó Lydia.

Los leones venían corriendo hacia ellos.

Lydia se dio la vuelta y echó a correr. George se lanzó tras ella. Afuera, en el vestíbulo, después de cerrar de un portazo, él se reía y ella lloraba y los dos se detuvieron horrorizados ante la reacción del otro.

—¡George!

—¡Lydia! ¡Oh, mi querida, mi dulce, mi pobre Lydia!

—¡Casi nos atrapan!

—Unas paredes, Lydia, acuérdate de ello; unas paredes de cristal, es lo único que son. Claro, parecen reales, lo reconozco... África en tu salón, pero solo es una película en color multidimensional de acción especial, súper sensitiva, y una cinta cinematográfica mental detrás de las paredes de cristal. Solo son olorificadores y acústica, Lydia. Toma mi pañuelo.

—Estoy asustada —Lydia se le acercó, pegó su cuerpo al de él y lloró sin parar—. ¿Has visto? ¿Lo has notado? Es demasiado real.

—Vamos a ver, Lydia...

—Tienes que decirles a Wendy y Peter que no lean nada más sobre África.

—Claro que sí... Claro que sí —le dio unos golpecitos con la mano.

—¿Lo prometes?

—Desde luego.

—Y mantén cerrada con llave esa habitación durante unos días hasta que consiga que se me calmen los nervios.

—Ya sabes lo difícil que resulta Peter con eso. Cuando los castigué hace un mes a tener unas horas cerrada con llave esa habitación... ¡menuda rabieta cogió! Y Wendy

lo mismo. Viven para esa habitación.

–Hay que cerrarla con llave, eso es todo lo que hay que hacer.

–Muy bien –de mala gana, George Hadley cerró con llave la enorme puerta–. Has estado trabajando intensamente. Necesitas un descanso.

–No lo sé... No lo sé –dijo ella, sonándose la nariz y sentándose en una butaca que inmediatamente empezó a mecerse para tranquilizarla–. A lo mejor tengo pocas cosas que hacer. Puede que tenga demasiado tiempo para pensar. ¿Por qué no cerramos la casa durante unos cuantos días y nos vamos de vacaciones?

–¿Te refieres a que vas a tener que freír tú los huevos?

–Sí –Lydia asintió con la cabeza.

–¿Y zurcirme los calcetines?

–Sí –un frenético asentimiento, y unos ojos que se humedecían.

–¿Y barrer la casa?

–¡Sí, sí... claro que sí!

–Pero yo creía que por eso habíamos comprado esta casa, para que no tuviéramos que hacer ninguna de esas cosas.

–Justamente es eso. No siento como si esta fuera mi casa. Ahora la casa es la esposa y la madre y la niñera. ¿Cómo podría competir yo con una sabana africana? ¿Es qué puedo bañar a los niños y restregarles de modo tan eficiente o rápido como el baño que restriega automáticamente? Es imposible. Y no solo me pasa a mí. También a ti. Últimamente has estado terriblemente nervioso.

–Supongo que porque he fumado en exceso.

–Tienes aspecto de que tampoco tú sabes qué hacer contigo mismo en esta casa. Fumas un poco más por la mañana y bebes un poco más por la tarde y necesitas unos cuantos sedantes más por la noche. También estás empezando a sentirte innecesario.

–¿Y no lo soy? –hizo una pausa y trató de notar lo que de verdad sentía interiormente.

–¡Oh, George! –Lydia lanzó una mirada más allá de él, a la puerta del cuarto de juegos de los niños–. Esos leones no pueden salir de ahí, ¿verdad que no pueden? Él miró la puerta y vio que temblaba como si algo hubiera saltado contra ella por el otro lado.

–Claro que no –dijo.

Cenaron solos porque Wendy y Peter estaban en un carnaval plástico en el otro extremo de la ciudad y habían televisado la casa para decir que se iban a retrasar, que empezarán a cenar. Con que George Hadley se sentó abstraído viendo que la mesa del comedor producía platos calientes de comida desde su interior mecánico.

–Nos olvidamos del ketchup –dijo.

–Lo siento –dijo un vocecita del interior de la mesa, y apareció el ketchup. En cuanto a la habitación, pensó George Hadley, a sus hijos no les haría ningún daño que estuviera cerrada con llave durante un tiempo. Un exceso de algo a nadie le sienta nunca bien. Y quedaba claro que los chicos habían pasado un tiempo excesivo en África. Aquel sol. Todavía lo notaba en el cuello como una garra caliente. Y los leones. Y el olor a sangre. Era notable el modo en que aquella habitación captaba las emanaciones telepáticas de las mentes de los niños y creaba una vida que colmaba todos sus deseos. Los niños pensaban en leones, y aparecían leones. Los niños pensaban en cebras, y aparecían cebras. Sol... sol. Jirafas... jirafas. Muerte y muerte.

Aquello no se iba. Masticó sin saborear la carne que les había preparado la mesa. La idea de la muerte. Eran terriblemente jóvenes, Wendy y Peter, para tener ideas sobre la muerte.

No, la verdad, nunca se era demasiado joven. Uno le deseaba la muerte a otros seres mucho antes de saber lo que era la muerte. Cuando tenías dos años y andabas disparando a la gente con pistolas de juguete. Pero aquello: la extensa y ardiente sabana africana, la espantosa muerte en las fauces de un león... Y repetido una y otra vez.

—¿Adónde vas?

No respondió a Lydia. Preocupado, dejó que las luces se fueran encendiendo delante de él y apagando a sus espaldas según caminaba hasta la puerta del cuarto de juegos de los niños. Pegó la oreja y escuchó. A lo lejos rugió un león.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. Justo antes de entrar, oyó un chillido lejano. Y luego otro rugido de los leones, que se apagó rápidamente. Entró en África. Cuántas veces había abierto aquella puerta durante el último año encontrándose en el País de las Maravillas, con Alicia y la Tortuga Artificial, o con Aladino y su lámpara maravillosa, o con Jack Cabeza de Calabaza del País de Oz, o el doctor Doolittle, o con la vaca saltando una luna de aspecto muy real —todas las deliciosas manifestaciones de un mundo simulado—. Había visto muy a menudo a Pegaso volando por el cielo del techo, o cataratas de fuegos artificiales auténticos, u oído voces de ángeles cantar. Pero ahora, aquella ardiente África, aquel horno con la muerte en su calor. Puede que Lydia tuviera razón. A lo mejor necesitaban unas pequeñas vacaciones, alejarse de la fantasía que se había vuelto excesivamente real para unos niños de diez años. Estaba muy bien ejercitar la propia mente con la gimnasia de la fantasía, pero cuando la activa mente de un niño establecía un modelo... Ahora le parecía que, a lo lejos, durante el mes anterior, había oído rugidos de leones y sentido su fuerte olor, que llegaba incluso hasta la puerta de su estudio. Pero, al estar ocupado, no había prestado atención. George Hadley se mantenía quieto y solo en el mar de hierba africano. Los leones alzaron la vista de su alimento, observándolo. El único defecto de la ilusión era la puerta abierta por la que podía ver a su mujer, al fondo, pasado el vestíbulo, a oscuras, como cuadro enmarcado, cenando distraídamente.

—Largo —les dijo a los leones.

No se fueron.

Conocía exactamente el funcionamiento de la habitación. Emitías tus pensamientos. Y aparecía lo que pensabas.

—Que aparezcan Aladino y su lámpara maravillosa —dijo chasqueando los dedos. La sabana siguió allí; los leones siguieron allí.

—¡Venga, habitación! ¡Que aparezca Aladino! —repitió.

No pasó nada. Los leones refunfuñaron dentro de sus pieles recocidas.

—¡Aladino!

Volvió al comedor.

—Esa estúpida habitación está averiada —dijo—. No quiere funcionar.

—O...

—¿O qué?

—O no puede funcionar —dijo Lydia—, porque los niños han pensado en África y leones y muerte tantos días que la habitación es víctima de la rutina.

—Podría ser.

—O que Peter la haya conectado para que siga siempre así.

—¿Conectado?

—Puede que haya manipulado la maquinaria, tocado algo.

—Peter no conoce la maquinaria.

—Es un chico listo para sus diez años. Su coeficiente de inteligencia es...

—A pesar de eso...

—Hola, mamá. Hola, papá.

Los niños habían vuelto. Wendy y Peter entraron por la puerta principal, con las mejillas como caramelos de menta y los ojos como brillantes piedras de ágata azul. Sus monos de salto despedían un olor a ozono después de su viaje en helicóptero.

–Llegan justo a tiempo de cenar –dijeron los padres.

–Nos hemos atiborrado de helado de fresa y de perritos calientes –dijeron los niños, cogidos de la mano–. Pero nos sentaremos un rato y miraremos.

–Sí, vamos a hablar de vuestro cuarto de juegos –dijo George Hadley. Ambos hermanos parpadearon y luego se miraron uno al otro.

–¿El cuarto de juegos?

–De lo de África y de todo lo demás –dijo el padre con una falsa jovialidad.

–No te entiendo –dijo Peter.

–Mamá y yo hemos estado viajando por África; Tom Swift y su león eléctrico - explicó George Hadley.

–En el cuarto no hay nada de África –dijo sencillamente Peter.

–Oh, vamos, Peter. Lo sabemos perfectamente.

–No me acuerdo de nada de África –le comentó Peter a Wendy–. ¿Y tú?

–No.

–Vayan corriendo a ver y vuelvan a contarnos.

La niña obedeció.

–Wendy, ¡vuelve aquí! –dijo George Hadley, pero la niña ya se había ido. Las luces de la casa la siguieron como una bandada de luciérnagas. Demasiado tarde, George Hadley se dio cuenta de que había olvidado cerrar con llave la puerta después de su última inspección.

–Wendy mirará y vendrá a contarnos –dijo Peter.

–Ella no me tiene que contar nada. Yo mismo lo he visto.

–Estoy seguro de que te has equivocado, padre.

–No me he equivocado, Peter. Vamos

Pero Wendy volvía ya.

–No es África –dijo sin aliento.

–Ya lo veremos –comentó George Hadley, y todos cruzaron el vestíbulo juntos y abrieron la puerta de la habitación.

Había un bosque verde, un río encantador, una montaña púrpura, cantos de voces agudas, y Rima acechando entre los árboles. Mariposas de muchos colores volaban, igual que ramos de flores animados, en torno a su largo pelo. La sabana africana había desaparecido. Los leones habían desaparecido. Ahora solo estaba Rima, entonando una canción tan hermosa que llenaba los ojos de lágrimas. George Hadley contempló la escena que había cambiado.

–Vayan a la cama –les dijo a los niños.

Estos abrieron la boca.

–Ya me escucharon –dijo el padre.

Salieron a la toma de aire, donde un viento los empujó como a hojas secas hasta sus dormitorios.

George Hadley anduvo por el sonoro claro y agarró algo que yacía en un rincón cerca de donde habían estado los leones. Volvió caminando lentamente hasta su mujer.

–¿Qué es eso? –preguntó ella.

–Una vieja billetera mía –dijo él.

Se la enseñó. Olía a hierba caliente y a león. Había gotas de saliva en ella: la habían mordido, y tenía manchas de sangre en los dos lados. Cerró la puerta de la habitación y echó la llave.

En plena noche todavía seguía despierto, y se dio cuenta de que su mujer lo estaba también.

–¿Crees que Wendy la habrá cambiado? –preguntó ella, por fin, en la habitación a oscuras.

–Naturalmente.

–¿Ha cambiado la sabana africana en un bosque y ha puesto a Rima allí en lugar de los leones?

–Sí.

–¿Por qué?

–No lo sé. Pero seguirá cerrada con llave hasta que lo averigüe.

–¿Cómo ha llegado allí tu billetera?

–Yo no sé nada –dijo él–, a no ser que estoy empezando a lamentar que hayamos comprado esa habitación para los niños. Si los niños son neuróticos, una habitación como esa...

–Se suponía que les iba a ayudar a librarse de sus neurosis de un modo sano.

–Es lo que me estoy empezando a preguntar –George Hadley clavó la vista en el techo.

–Les hemos dado a los niños todo lo que quieren. Y esta es nuestra recompensa... ¡Secretos, desobediencia!

–¿Quién fue el que dijo que los niños son como alfombras a las que hay que sacudir de vez en cuando? Nunca les levantamos la mano. Son insoportables..., admitámoslo. Van y vienen según les apetece; nos tratan como si los hijos fuéramos nosotros. Están echados a perder y nosotros estamos echados a perder también.

–Llevan comportándose de un modo raro desde que hace unos meses les prohibiste ir a Nueva York en cohete.

–No son lo suficientemente mayores para ir solos. Lo expliqué.

–Da igual. Me he fijado que desde entonces se han mostrado claramente fríos con nosotros.

–Creo que deberíamos hacer que mañana viniera David McClean para que le echara un ojo a África.

Unos momentos después, oyeron los gritos.

Dos gritos. Dos personas que gritaban en el piso de abajo. Y luego, rugidos de leones.

–Wendy y Peter no están en sus dormitorios –dijo su mujer. Siguió tumbado en la cama con el corazón latiéndole con fuerza.

–No –dijo él–. Han entrado en el cuarto de juegos.

–Esos gritos... suenan a conocidos.

–¿De verdad?

–Sí, muchísimo.

Y aunque sus camas se esforzaron a fondo, los dos adultos no consiguieron sumirse en el sueño durante otra hora más. Un olor a felino llenaba el aire nocturno.

—¿Padre? —dijo Peter.

—¿Qué?

Peter se observó los zapatos. Ya no miraba nunca a su padre, ni a su madre.

—Vas a cerrar con llave la habitación para siempre, ¿verdad?

—Eso depende.

—¿De qué? —soltó Peter.

—De ti y de tu hermana. De que mezclen África con otras cosas... Con Suecia, tal vez, o Dinamarca o China...

—Yo creía que teníamos libertad para jugar a lo que quisiéramos.

—La tienen, con unos límites razonables.

—¿Qué pasa de malo con África, padre?

—Vaya, de modo que ahora admites que has estado haciendo que aparezca África, ¿es así?

—No quiero que el cuarto de juegos esté cerrado con llave —dijo fríamente Peter—. Nunca.

—En realidad estamos pensando en pasar un mes fuera de casa. Libres de esta especie de existencia despreocupada.

—¡Eso sería espantoso! ¿Tendría que atarme los cordones de los zapatos yo en lugar de dejar que me los ate el atador? ¿Y lavarme los dientes y peinarme y bañarme?

—Sería divertido un pequeño cambio, ¿no crees?

—No, sería horripilante. No me gustó que quitaras el pintador de cuadros el mes pasado.

—Es porque quería que aprendieras a pintar por ti mismo, hijo.

—Yo no quiero hacer nada excepto mirar y oír y oler. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Muy bien, vete a jugar a África.

—¿Cerrarás la casa pronto?

—Lo estamos pensando.

—Creo que será mejor que no lo piensen más, padre.

—¡No voy a consentir que me amenace mi propio hijo!

—Muy bien

—y Peter penetró en el cuarto de juegos.

—¿Llegó a tiempo? —dijo David McClean.

—¿Quieres desayunar? —preguntó George Hadley.

—Gracias, tomaré algo. ¿Cuál es el problema?

—David, tú eres psicólogo.

—Eso espero.

—Bien, pues entonces échale una mirada al cuarto de juegos de nuestros hijos. Ya lo viste hace un año cuando viniste por aquí. ¿Entonces no notaste nada especial en esa habitación?

—No podría decir que lo notara: la violencia habitual, cierta tendencia hacia una ligera paranoia acá y allá, lo normal en niños que se sienten perseguidos constantemente por sus padres; pero, bueno, de hecho nada. Cruzaron el vestíbulo.

–Cerré la habitación con llave –explico el padre–, y los niños entraron en ella por la noche. Dejé que estuvieran dentro para que pudieran formar los modelos y así tú los pudieras ver.

De la habitación salían gritos terribles.

–Ahí lo tienes –dijo George Hadley–. Veamos lo que consigues. Entraron sin llamar.

–Salgan afuera un momento, chicos –dijo George Hadley–. No, no cambien la combinación mental. Dejen las paredes como están.

Con los niños fuera, los dos hombres se quedaron quietos examinando a los leones agrupados a lo lejos que comían con deleite lo que habían cazado.

–Me gustaría saber de qué se trata –dijo George Hadley–. A veces casi lo consigo ver. ¿Crees que si trajese unos prismáticos potentes y...?

David McClean se rió.

–Difícilmente –se volvió para examinar las cuatro paredes–. ¿Cuánto hace que pasa esto?

–Algo más de un mes.

–La verdad es que no me causa ninguna buena impresión.

–Yo quiero hechos, no impresiones.

–Mira, George querido, un psicólogo nunca ve un hecho en toda su vida. Solo presta atención a las impresiones, a cosas vagas. Esto no me causa buena impresión, te lo repito. Confía en mis corazonadas y mi intuición. Me huelo las cosas malas. Y esta es muy mala. Mi consejo es que desmontes esta maldita cosa y llesves a tus hijos a que me vean todos los días para someterlos a tratamiento durante un año entero.

–¿Es tan mala?

–Me temo que sí. Uno de los usos originales de estas habitaciones era que pudiéramos estudiar los modelos que dejaba la mente del niño en las paredes, y de ese modo estudiarlos con toda comodidad y ayudar al niño. En este caso, sin embargo, la habitación se ha convertido en un canal hacia... ideas destructivas, en lugar de una liberación de ellas.

–¿Ya has notado esto con anterioridad?

–Lo único que he notado es que has echado a perder a tus hijos más que la mayoría. Y ahora los has degradado de algún modo. ¿De qué modo?

–No les dejé que fueran a Nueva York.

–¿Y qué más?

–He quitado algunos de los aparatos de la casa y los amenacé, hace un mes, con cerrar el cuarto de juegos como no hicieran los deberes del colegio. Lo tuve cerrado unos cuantos días para que aprendieran.

–Vaya, vaya.

–¿Significa algo eso?

–Todo. Donde antes tenían a un Papá Noel, ahora tienen a un ogro. Los niños prefieren a Papá Noel. Dejaste que esta casa los reemplazara a ti y a tu mujer en el afecto de sus hijos. Esta habitación es su madre y su padre, y es mucho más importante en sus vidas que sus padres auténticos. Y ahora vas y la quieres cerrar. No me extraña que aquí haya odio. Se nota que brota del cielo. Se nota en ese sol. George, tienes que cambiar de vida. Lo mismo que otros muchos, la has construido en torno a las comodidades. Mañana te morirías de hambre si en la cocina funcionara algo mal. Deberías saber cascar un huevo. Sin embargo, desconéctalo todo. Empieza de nuevo. Llevará tiempo. Pero conseguiremos obtener unos niños buenos a partir de los malos dentro de un año, espera y verás.

–Pero ¿no será un choque excesivo para los niños cerrar la habitación bruscamente, para siempre?

—Lo que yo no quiero es que profundicen más en esto, eso es todo.

Los leones estaban terminando su festín rojo. Se mantenían al borde del claro observando a los dos hombres.

—Ahora estoy sintiendo que me persiguen —dijo McClean—. Salgamos de aquí. Nunca me gustaron estas malditas habitaciones. Me ponen nervioso.

—Los leones no son reales, ¿verdad? —dijo George Hadley—. Supongo que no habrá ningún modo de...

—¿De qué?

—... ¡De que se vuelvan reales!

—No, que yo sepa.

—¿Algún fallo en la maquinaria, una avería o algo?

—No.

Se dirigieron a la puerta.

—No creo que a la habitación le guste que la desconecten —dijo el padre.

—A nadie le gusta morir... Ni siquiera a una habitación.

—Me pregunto si me odia por querer desconectarla.

—La paranoia abunda por aquí hoy —dijo David McClean—. Puedes utilizar esto como pista. Mira —se agachó y recogió un pañuelo de cuello ensangrentado—. ¿Es tuyo?

—No —la cara de George Hadley estaba rígida—. Pertenece a Lydia. Fueron juntos a la caja de fusibles y quitaron el que desconectaba el cuarto de juegos.

Los dos niños estaban histéricos. Gritaban y pataleaban y tiraban cosas. Aullaban y sollozaban y soltaban tacos y daban saltos por encima de los muebles.

—¡No le puedes hacer eso al cuarto de juegos, no puedes!

—Vamos a ver, chicos.

Los niños se arrojaron en un sofá, llorando.

—George —dijo Lydia Hadley—, vuelve a conectarla, Solo unos momentos. No puedes ser tan brusco.

—No.

—No seas tan cruel.

—Lydia, está desconectada y seguirá desconectada. Y toda la maldita casa morirá dentro de poco. Cuanto más veo el lío que nos ha originado, más enfermo me pone. Llevamos contemplándonos nuestros ombligos electrónicos, mecánicos, demasiado tiempo. ¡Dios santo, cuánto necesitamos una ráfaga de aire puro!

Y se puso a recorrer la casa desconectando los relojes parlantes, los fogones, la calefacción, los limpiapisos, los restregadores de cuerpo y los masajeadores y todos los demás aparatos a los que pudo echar mano. La casa estaba llena de cuerpos muertos, o eso parecía. Daba la sensación de un cementerio mecánico. Tan silenciosa. Ninguna de la oculta energía de los aparatos zumbaba a la espera de funcionar cuando apretaran un botón.

—¡No los dejes hacerlo! —gritó Peter al techo, como si hablara con la casa, con el cuarto de juegos—. No dejes que mi padre lo mate todo —se volvió hacia su padre—. ¡Te odio!

—Los insultos no te van a servir de nada.

—¡Quisiera que estuvieses muerto!

—Ya lo estamos, desde hace mucho. Ahora vamos a empezar a vivir de verdad. En lugar de que nos manejen y nos den masajes, vamos a vivir.

Wendy todavía seguía llorando y Peter se unió a ella.

—Solo un momento, Solo un momento, Solo otro momento en el cuarto de juegos —gritaban.

–Oh, George –dijo la mujer–. No les hará daño.

–Muy bien... muy bien, siempre que se callen. Un minuto, ténganlo en cuenta, y luego desconectada para siempre.

–Papá, papá, papá –dijeron alegres los chicos, sonriendo con la cara llena de lágrimas.

–Y luego nos iremos de vacaciones. David McClean volverá dentro de media hora para ayudarnos a recoger las cosas y llevarnos al aeropuerto. Me voy a vestir. Conecta la habitación durante un minuto. Lydia, solo un minuto, tenlo en cuenta.

Y los tres se pusieron a parlotear mientras él dejaba que el tubo de aire le aspirara al piso de arriba y empezaba a vestirse por sí mismo. Un minuto después, apareció Lydia.

–Me sentiré muy contenta cuando nos vayamos –dijo suspirando.

–¿Los has dejado en el cuarto?

–También yo me quería vestir. Oh, esa espantosa África. ¿Qué le pueden encontrar?

–Bueno, dentro de cinco minutos y pico estaremos camino de Iowa. Señor, ¿cómo se nos ocurrió tener esta casa? ¿Qué nos impulsó a comprar una pesadilla?

–El orgullo, el dinero, la estupidez.

–Creo que será mejor que baje antes de que esos chicos vuelvan a entusiasmarse con esas malditas fieras.

Precisamente entonces oyeron que llamaban los niños.

–Papá, mamá, vengan enseguida... ¡enseguida!

Bajaron al otro piso por el tubo de aire y atravesaron corriendo el vestíbulo. Los niños no estaban a la vista.

–¿Wendy? ¡Peter!

Corrieron al cuarto de juegos. En la sabana africana no había nadie a no ser los leones, que los miraban.

–¿Peter, Wendy?

La puerta se cerró dando un portazo.

–¡Wendy, Peter!

George Hadley y su mujer dieron la vuelta y corrieron a la puerta.

–¡Abran esta puerta! –gritó George Hadley, tratando de hacer girar el picaporte–. ¡Han cerrado por fuera! ¡Peter! –golpeó la puerta–. ¡Abran!

Oyó la voz de Peter afuera, pegada a la puerta.

–No los dejen desconectar la habitación y la casa –estaba diciendo.

George Hadley y su mujer daban golpes en la puerta.

–No sean absurdos, chicos. Es hora de irse. El señor McClean llegará en un momento y...

Y entonces oyeron los sonidos.

Los leones los rodeaban por tres lados. Avanzaban por la hierba amarilla de la sabana, olisqueando y rugiendo.

Los leones.

George Hadley miró a su mujer y los dos se dieron la vuelta y volvieron a mirar a las fieras que avanzaban lentamente, encogiéndose, con el rabo tieso. George Hadley y su mujer gritaron.

Y de repente se dieron cuenta del motivo por el que aquellos gritos anteriores les habían sonado tan conocidos.

–Muy bien, aquí estoy –dijo David McClean a la puerta del cuarto de juegos–. Oh, hola –miró fijamente a los niños, que estaban sentados en el centro del claro merendando. Más allá de ellos estaban la charca y la sabana amarilla; por encima había un sol

abrasador. Empezó a sudar—. ¿Dónde están sus padres?

Los niños alzaron la vista y sonrieron.

—Oh, estarán aquí enseguida.

—Bien, porque nos tenemos que ir —a lo lejos, McClean distinguió a los leones peleándose. Luego vio cómo se tranquilizaban y se ponían a comer en silencio, a la sombra de los árboles.

Lo observó con la mano encima de los ojos entrecerrados.

Ahora los leones habían terminado de comer. Se acercaron a la charca para beber.

Una sombra parpadeó por encima de la ardiente cara de McClean. Parpadearon muchas sombras. Los buitres bajaban del cielo abrasador.

—¿Una taza de té? —preguntó Wendy en medio del silencio.

**Ray Bradbury**

### I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Qué características tenía la casa que habitaba la familia Hadley?
2. ¿Dónde decidieron transportarse los hijos para que les sirva como habitación?
3. ¿Cuáles son las razones por que Lydia Hadley quiere desactivar la casa?
4. Según el psicólogo, ¿qué provocaba la habitación en la mente de los niños?
5. ¿Con qué propósito los niños hicieron ingresar a sus padres en la habitación?

### II. Juicio crítico-valorativo

6. Enumera las razones por las que consideras que los niños Wendy y Peter se fueron deshumanizando.
7. ¿Qué mensaje puedes extraer del cuento?

### III. Redacción y creatividad

8. Describe cómo te imaginas las casas en el futuro; luego, realiza un dibujo

## El uso de las mayúsculas

Regla	Ejemplo
La primera palabra de un escrito y la que va después del punto.	Era una persona muy amable. Nunca supe cuando se fue.
La que sigue a los dos puntos en una cita textual.	Luis XVI dijo: “El Estado soy yo”.
Después del vocativo o saludo en una carta.	Querido amigo: Recibe mis saludos...
Después del cierre de una interrogación o exclamación, salvo que se presente una coma.	¿Vendrás a almorzar? Esperaremos tu llegada. ¿Compraste la torta?, ¿trajiste servilletas?
Los nombres, apellidos y sobrenombres.	Mario Vargas Llosa es un escritor peruano. Simón Bolívar, el Libertador
Los nombres propios de animales y cosas singularizadas.	Pluto generalmente caracteriza al perro de Mickey Mouse Excálibur es el nombre de la espada del rey Arturo



## Evaluando nuestro aprendizaje

*... corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
... la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

### I. Coloca la mayúscula o minúscula donde corresponda.

a) Gandhi dijo: tengo que ser el cambio que quiero ver.

---

b) Señora directora: le agradecería atiende con urgencia mi solicitud.

---

c) Cuando era pequeño, yo iba a esa tienda. era una de mis diversiones favoritas.

---

d) Hermana, ¿Vas a ir al cine conmigo?.

---

### II. Escribe el sobrenombre o apodo de los siguientes personajes.

• La reina Isabel de Castilla

---

• Miguel Grau

---

• Isabel Flores de Oliva

---

• Messi

---

### III. Coloca la mayúscula donde corresponda.

a) Se ha escrito mucho sobre pegaso, el caballo mitológico.

---

b) Yo siempre leía mafalda, personaje de una tira cómica.

---

c) La oveja dolly fue el primer mamífero clonado.

---



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y reboran, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. ¿Qué es un cuento de ciencia ficción?
2. ¿Qué características tienen los cuentos de ciencia ficción?
3. Cita un representante de cuentos de ciencia ficción.
4. ¿Qué temas aborda el cuento de ciencia ficción?
5. Marca la alternativa que haga uso correcto de la mayúscula.

¿Qué tendrá ese niño?, ¿Por qué llora tanto?

Inés baila muy bien. Ella estudió actuación.

## Ciencia ficción II

### El sonido del trueno

*Ray Bradbury*

El anuncio en la pared parecía temblar bajo una móvil película de agua caliente. Eckels sintió que parpadeaba, y el anuncio ardió en la momentánea oscuridad:

***Safari en el tiempo S.A. Safaris a cualquier año del pasado. Usted elige el animal nosotros lo llevamos allí. Usted lo mata.***

Una flema tibia se le formó en la garganta a Eckels. Tragó saliva empujando hacia abajo la flema. Los músculos alrededor de la boca formaron una sonrisa, mientras alzaba lentamente la mano, y la mano se movió con un cheque de diez mil dólares ante el hombre del escritorio.

—¿Este safari garantiza que yo regrese vivo?

—No garantizamos nada —dijo el oficial—, excepto los dinosaurios. —Se volvió—. Este es el señor Travis, su guía safari en el pasado. Él le dirá a qué debe disparar y en qué momento. Si usted desobedece sus instrucciones, hay una multa de otros diez mil dólares, además de una posible acción del gobierno, a la vuelta.

Eckels miró en el otro extremo de la vasta oficina la confusa maraña zumbante de cables y cajas de acero, y el aura ya anaranjada, ya plateada, ya azul. Era como el sonido de una gigantesca hoguera donde ardía el tiempo, todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas apiladas en llamas. El roce de una mano, y este fuego se volvería maravillosamente, y en un instante, sobre sí mismo. Eckels recordó las palabras de los anuncios en la carta. De las brasas y cenizas, del polvo y los carbones, como doradas salamandras, saltarán los viejos años, los verdes años; rosas endulzarán el aire, las canas se volverán negro ébano, las arrugas desaparecerán. Todo regresará volando a la semilla, huirá de la muerte, retornará a sus principios; los soles se elevarán en los cielos occidentales y se pondrán en orientes gloriosos, las lunas se devorarán al revés a sí mismas, todas las cosas se meterán unas en otras como cajas chinas, los conejos entrarán en los sombreros, todo volverá a la fresca muerte, la muerte en la semilla, la muerte verde, al tiempo anterior al comienzo. Bastará el roce de una mano, el más leve roce de una mano.

—¡Infierno y condenación! —murmuró Eckels con la luz de la máquina en el rostro delgado—. Una verdadera máquina del tiempo. —Sacudió la cabeza—. Lo hace pensar a uno. Si la elección hubiera ido mal ayer, yo quizá estaría aquí huyendo de los resultados. Gracias a Dios ganó Keith. Será un buen presidente.

—Sí —dijo el hombre detrás del escritorio—. Tenemos suerte. Si Deutscher hubiese ganado, tendríamos la peor de las dictaduras. Es el antitodo, militarista, anticristo, antihumano, antintelectual. La gente nos llamó, ya sabe usted, bromeando, pero no enteramente. Decían que si Deutscher era presidente, querían ir a vivir a 1492. Por supuesto, no nos ocupamos de organizar evasiones, sino safaris. De todos modos, el presidente es Keith. Ahora su única preocupación es...

Eckels terminó la frase:

—Matar mi dinosaurio.

—Un Tyrannosaurus rex. El lagarto del trueno, el más terrible monstruo de la historia.

Firme este permiso. Si le pasa algo, no somos responsables. Estos dinosaurios son voraces.

Eckels enrojeció, enojado.

—¿Trata de asustarme?

—Francamente, sí. No queremos que vaya nadie que sienta pánico al primer tiro. El año pasado murieron seis jefes de safari y una docena de cazadores. Vamos a darle a usted la más extraordinaria emoción que un cazador pueda pretender. Lo enviaremos sesenta millones de años atrás para que disfrute de la mayor y más emocionante cacería de todos los tiempos. Su cheque está todavía aquí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque largo rato. Se le retorcían los dedos.

—Buena suerte —dijo el hombre detrás del mostrador—. El señor Travis está a su disposición.

Cruzaron el salón silenciosamente, llevando los fusiles, hacia la máquina, hacia el metal plateado y la luz rugiente.

Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, y luego día—noche—día—noche—día. Una semana, un mes, un año, ¡una década! 2055, 2019, ¡1999! ¡1957! ¡Desaparecieron! La máquina rugió. Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron los intercomunicadores. Eckels se balanceaba en el asiento almohadado, con el rostro pálido y duro. Sintió un temblor en los brazos y bajó los ojos y vio que sus manos apretaban el fusil. Había otros cuatro hombres en esa máquina. Travis, el jefe del safari, su asistente, Lesperance, y dos otros cazadores, Billings y Kramer. Se miraron unos a otros y los años llamearon alrededor.

—¿Estos fusiles pueden matar a un dinosaurio de un tiro? —se oyó decir a Eckels.

—Si da usted en el sitio preciso —dijo Travis por la radio del casco—. Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza, otro en la columna espinal. No les tiraremos a estos, y tendremos más probabilidades. Acíérteles con los dos primeros tiros a los ojos, si puede, cegándolo, y luego dispare al cerebro.

La máquina aulló. El tiempo era una película que corría hacia atrás. Pasaron soles, y luego diez millones de lunas.

—Dios santo —dijo Eckels—. Los cazadores de todos los tiempos nos envidiarían hoy. África al lado de esto parece Illinois.

El sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto la máquina se desvaneció. Se encontraban en los viejos tiempos, tiempos muy viejos en verdad, tres cazadores y dos jefes de safari con sus metálicos rifles azules en las rodillas.

—Cristo no ha nacido aún —dijo Travis—. Moisés no ha subido a la montaña a hablar con Dios. Las pirámides están todavía en la tierra, esperando. Recuerde que Alejandro, Julio Cesar, Napoleón, Hitler... no han existido.

Los hombres asintieron con movimientos de cabeza.

—Eso —señaló el señor Travis— es la jungla de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Mostró un sendero de metal que se perdía en la vegetación salvaje, sobre pantanos humeantes, entre palmeras y helechos gigantes.

—Y eso —dijo— es el sendero, instalado por Safari en el tiempo para su provecho. Flota a diez centímetros del suelo. No toca ni siquiera una brizna, una flor o un árbol. Es de un metal antigravitatorio. El propósito del sendero es impedir que toque usted este mundo del pasado de algún modo. No se salga del sendero. Repito. No se salga de él. ¡Por ningún motivo! Si se cae del sendero hay una multa. Y no tire contra ningún animal que nosotros no aprobemos.

—¿Por qué? —preguntó Eckels. Estaban en la antigua selva. Unos pájaros lejanos gritaban en el viento, y había un olor de alquitrán y viejo mar salado, hierbas húmedas y flores de color de sangre.

—No queremos cambiar el futuro. Este mundo del pasado no es el nuestro. Al gobierno no le gusta que estemos aquí. Tenemos que dar mucho dinero para conservar nuestras franquicias. Una máquina del tiempo es un asunto delicado. Podemos matar

inadvertidamente un animal importante, un pajarito, un coleóptero, aun una flor, destruyendo así un eslabón importante en la evolución de las especies.

—No me parece muy claro —dijo Eckels.

—Muy bien —continuó Travis—, digamos que accidentalmente matamos aquí un ratón. Eso significa destruir las futuras familias de este individuo, ¿entiende?

—Entiendo.

—¡Y todas las familias de las familias de ese individuo! Con solo un pisotón aniquila usted primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡un billón de posibles ratones!

—Bueno, ¿y eso qué? —inquirió Eckels.

—¿Eso qué? —gruñó suavemente Travis—. ¿Qué pasa con los zorros que necesitan esos ratones para sobrevivir? Por falta de diez ratones muere un zorro. Por falta de diez zorros, un león muere de hambre. Por falta de un león, especies enteras de insectos, buitres, infinitos billones de formas de vida son arrojadas al caos y la destrucción. Al final todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años más tarde, un hombre de las cavernas, uno de la única docena que hay en todo el mundo, sale a cazar un jabalí o un tigre para alimentarse. Pero usted, amigo, ha aplastado con el pie a todos los tigres de esa zona al haber pisado un ratón. Así que el hombre de las cavernas se muere de hambre. Y el hombre de las cavernas, no lo olvide, no es un hombre que pueda desperdiciarse, ¡no! Es toda una futura nación. De él nacerán diez hijos. De ellos nacerán cien hijos, y así hasta llegar a nuestros días. Destruya usted a este hombre, y destruye usted una raza, un pueblo, toda una historia viviente. Es como asesinar a uno de los nietos de Adán. El pie que ha puesto usted sobre el ratón desencadenará así un terremoto, y sus efectos sacudirán nuestra tierra y nuestros destinos a través del tiempo, hasta sus raíces. Con la muerte de ese hombre de las cavernas, un billón de otros hombres no saldrán nunca de la matriz. Quizás Roma no se alce nunca sobre las siete colinas. Quizá Europa sea para siempre un bosque oscuro, y solo crezca Asia saludable y prolífica. Pise usted un ratón y aplastará las pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como un abismo en la eternidad. La reina Isabel no nacerá nunca, Washington no cruzará el Delaware, nunca habrá un país llamado Estados Unidos. Tenga cuidado. No se salga del sendero. ¡Nunca pise afuera!

—Ya veo —dijo Eckels—. Ni siquiera debemos pisar la hierba.

—Correcto. Al aplastar ciertas plantas quizá solo sumemos factores infinitesimales. Pero un pequeño error aquí se multiplicará en sesenta millones de años hasta alcanzar proporciones extraordinarias. Por supuesto, quizá nuestra teoría esté equivocada. Quizá nosotros no podamos cambiar el tiempo. O tal vez solo pueda cambiarse de modos muy sutiles. Quizá un ratón muerto aquí provoque un desequilibrio entre los insectos de allá, una desproporción en la población más tarde, una mala cosecha luego, una depresión, hambres colectivos, y, finalmente, un cambio en la conducta social de alejados países. O aun algo mucho más sutil. Quizá solo un suave aliento, un murmullo, un cabello, polen en el aire, un cambio tan, tan leve que uno podría notar solo mirando de muy cerca. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede decir realmente que lo sabe? No nosotros. Nuestra teoría no es más que una hipótesis. Pero mientras no sepamos con seguridad si nuestros viajes por el tiempo pueden terminar en un gran estruendo o en un imperceptible crujido, tenemos que tener mucho cuidado. Esta máquina, este sendero, nuestros cuerpos y nuestras ropas han sido esterilizados, como usted sabe, antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una antigua atmósfera.

—¿Cómo sabemos qué animales podemos matar?

—Están marcados con pintura roja —dijo Travis—. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos

aquí a Lesperance con la Máquina. Vino a esta Era particular y siguió a ciertos animales.—¿Para estudiarlos?

—Exactamente —dijo Travis—. Los rastreó a lo largo de toda su existencia, observando cuáles vivían mucho tiempo. Muy pocos. Cuántas veces se acoplaban. Pocas. La vida es breve. Cuando encontraba alguno que iba a morir aplastado por un árbol u otro que se ahogaba en un pozo de alquitrán, anotaba la hora exacta, el minuto y el segundo, y le arrojaba una bomba de pintura que le manchaba de rojo el costado. No podemos equivocarnos. Luego midió nuestra llegada al pasado de modo que no nos encontremos con el monstruo más de dos minutos antes de aquella muerte. De este modo, solo matamos animales sin futuro, que nunca volverán a acoplarse. ¿Comprende qué cuidadosos somos?

—Pero si ustedes vinieron esta mañana —dijo Eckels ansiosamente—, debían haberse encontrado con nosotros, nuestro safari. ¿Qué ocurrió? ¿Tuvimos éxito? ¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance se miraron.

—Eso hubiese sido una paradoja —habló Lesperance—. El tiempo no permite esas confusiones..., un hombre que se encuentra consigo mismo. Cuando va a ocurrir algo parecido, el tiempo se hace a un lado. Como un avión que cae en un pozo de aire. ¿Sintió usted ese salto de la máquina, poco antes de nuestra llegada? Estábamos cruzándonos con nosotros mismos que volvíamos al futuro. No vimos nada. No hay modo de saber si esta expedición fue un éxito, si cazamos nuestro monstruo, o si todos nosotros, y usted, señor Eckels, salimos con vida.

Eckels sonrió débilmente.

—Dejemos esto —dijo Travis con brusquedad—. ¡Todos de pie! Se prepararon a dejar la máquina. La jungla era alta y la jungla era ancha y la jungla era todo el mundo para siempre y para siempre. Sonidos como música y sonidos como lonas voladoras llenaban el aire: los pterodáctilos que volaban con cavernosas alas grises, murciélagos gigantes nacidos del delirio de una noche febril. Eckels, guardando el equilibrio en el estrecho sendero, apuntó con su rifle, bromeando.

—¡No haga eso! —dijo Travis—. ¡No apunte ni siquiera en broma, maldita sea! Si se le dispara el arma...

Eckels enrojeció.

— ¿Dónde está nuestro Tyrannosaurus?

— Lesperance miró su reloj de pulsera.

—Adelante. Nos cruzaremos con él dentro de sesenta segundos. Busque la pintura roja, por Cristo. No dispare hasta que se lo digamos. Quédese en el sendero. ¡Quédese en el sendero!

Se adelantaron en el viento de la mañana.

—Qué raro —murmuró Eckels—. Allá delante, a sesenta millones de años, ha pasado el día de elección. Keith es presidente. Todos celebran. Y aquí, ellos no existen aún. Las cosas que nos preocuparon durante meses, toda una vida, no nacieron ni fueron pensadas aún.

—¡Levanten el seguro, todos! —ordenó Travis—. Usted dispare primero, Eckels. Luego, Billings. Luego, Kramer.

—He cazado tigres, jabalíes, búfalos, elefantes, pero esto, Jesús, esto es caza —comentó Eckels—. Tiemblo como un niño.

— Ah —dijo Travis.

—Todos se detuvieron.

Travis alzó una mano.

—Ahí adelante —susurró—. En la niebla. Ahí está Su Alteza Real.

La jungla era ancha y llena de gorjeos, crujidos, murmullos y suspiros. De pronto todo cesó, como si alguien hubiese cerrado una puerta.

Silencio.

El ruido de un trueno.

De la niebla, a cien metros de distancia, salió el Tyrannosaurus rex.

—Jesucristo —murmuró Eckels.

—¡Chist!

Venía a grandes trancos, sobre patas aceitadas y elásticas. Se alzaba diez metros por encima de la mitad de los árboles, un gran dios del mal, apretando las delicadas garras de relojero contra el oleoso pecho de reptil. Cada pata inferior era un pistón, quinientos kilos de huesos blancos, hundidos en gruesas cuerdas de músculos, encerrados en una vaina de piel centelleante y áspera, como la cota de malla de un guerrero terrible. Cada muslo era una tonelada de carne, marfil y acero. Y de la gran caja de aire del torso colgaban los dos brazos delicados, brazos con manos que podían alzar y examinar a los hombres como juguetes, mientras el cuello de serpiente se retorció sobre sí mismo. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida que se alzaba fácilmente hacia el cielo. En la boca entreabierta asomaba una cerca de dientes como dagas. Los ojos giraban en las órbitas, ojos vacíos, que nada expresaban, excepto hambre. Cerraba la boca en una mueca de muerte. Corría, y los huesos de la pelvis hacían a un lado árboles y arbustos, y los pies se hundían en la tierra dejando huellas de quince centímetros de profundidad. Corría como si diese unos deslizantes pasos de baile, demasiado erecto y en equilibrio para sus diez toneladas. Entró fatigadamente en el área de sol, y sus hermosas manos de reptil tantearon el aire.

—¡Dios mío! —Eckels torció la boca—. Puede incorporarse y alcanzar la luna.

—¡Chist! —Travis sacudió bruscamente la cabeza—. Todavía no nos vio.

—No es posible matarlo. —Eckels emitió con serenidad este veredicto, como si fuese indiscutible. Había visto la evidencia y esta era su razonada opinión. El arma en sus manos parecía un rifle de aire comprimido—. Hemos sido unos locos. Esto es imposible.

—¡Cállese! —siseó Travis.

—Una pesadilla.

—Dé media vuelta —ordenó Travis—. Vaya tranquilamente hasta la máquina. Le devolveremos la mitad del dinero.

—No imaginé que sería tan grande —dijo Eckels—. Calculé mal. Eso es todo. Y ahora quiero irme.

—¡Nos vio!

—¡Ahí está la pintura roja en el pecho!

El Lagarto del Trueno se incorporó. Su armadura brilló como mil monedas verdes. Las monedas, embarradas, humeaban. En el barro se movían diminutos insectos, de modo que todo el cuerpo parecía retorcerse y ondular, aun cuando el monstruo mismo no se moviera. El monstruo resopló. Un hedor de carne cruda cruzó la jungla.

—Sáquenme de aquí —pidió Eckels—. Nunca fue como esta vez. Siempre supe que saldría vivo. Tuve buenos guías, buenos safaris, y protección. Esta vez me he equivocado. Me he encontrado con la horma de mi zapato, y lo admito. Esto es demasiado para mí.

—No corra —dijo Lesperance—. Vuélvase. Ocúltese en la máquina. —Sí.

Eckels parecía aturdido. Se miró los pies como si tratara de moverlos. Lanzó un gruñido de desesperanza.

—¡Eckels!

Eckels dio unos pocos pasos, parpadeando, arrastrando los pies. —¡Por ahí no!

El monstruo, al advertir un movimiento, se lanzó hacia adelante con un grito terrible. En cuatro segundos cubrió cien metros. Los rifles se alzaron y llamearon. De la boca del monstruo salió un torbellino que los envolvió con un olor de barro y sangre vieja. El monstruo rugió con los dientes brillantes al sol.

Eckels, sin mirar atrás, caminó ciegamente hasta el borde del sendero, con el rifle que le colgaba de los brazos. Salió del sendero, y caminó, y caminó por la jungla. Los pies se le hundieron en un musgo verde. Lo llevaban las piernas, y se sintió solo y alejado de lo que ocurría atrás.

Los rifles dispararon otra vez. El ruido se perdió en chillidos y truenos. La gran palanca de la cola del reptil se alzó sacudiéndose. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El monstruo retorció sus manos de joyero y las bajó como para acariciar a los hombres, para partarlos en dos, aplastarlos como cerezas, meterlos entre los dientes y en la rugiente garganta. Sus ojos de canto rodado bajaron a la altura de los hombres, que vieron sus propias imágenes. Dispararon sus armas contra las pestañas metálicas y los brillantes iris negros.

Como un ídolo de piedra, como el desprendimiento de una montaña, el Tyrannosaurus cayó. Con un trueno, se abrazó a unos árboles, los arrastró en su caída. Torció y quebró el sendero de metal. Los hombres retrocedieron alejándose. El cuerpo golpeó el suelo, diez toneladas de carne fría y piedra. Los rifles dispararon. El monstruo azotó el aire con su cola acorazada, retorció sus mandíbulas de serpiente, y ya no se movió. Una fuente de sangre le brotó de la garganta. En alguna parte, adentro, estalló un saco de fluidos. Unas bocanadas nauseabundas empaparon a los cazadores. Los hombres se quedaron mirándolo, rojos y resplandecientes.

El trueno se apagó.

La jungla estaba en silencio. Luego de la tormenta, una gran paz. Luego de la pesadilla, la mañana.

Billings y Kramer se sentaron en el sendero y vomitaron. Travis y Lesperance, de pie, sosteniendo aún los rifles humeantes, juraban continuamente.

En la máquina del tiempo, cara abajo, yacía Eckels, estremeciéndose. Había encontrado el camino de vuelta al sendero y había subido a la máquina. Travis se acercó, lanzó una ojeada a Eckels, sacó unos trozos de algodón de una caja metálica y volvió junto a los otros, sentados en el sendero.

—Límpiense.

Limpiaron la sangre de los cascos. El monstruo yacía como una loma de carne sólida. En su interior uno podía oír los suspiros y murmullos a medida que morían las más lejanas de las cámaras, y los órganos dejaban de funcionar, y los líquidos corrían un último instante de un receptáculo a una cavidad, a una glándula, y todo se cerraba para siempre. Era como estar junto a una locomotora estropeada o una excavadora de vapor en el momento en que se abren las válvulas o se las cierra **herméticamente**. Los huesos crujían. La propia carne, perdido el equilibrio, cayó como peso muerto sobre los delicados antebrazos, quebrándolos.

Otro crujido. Allá arriba, la gigantesca rama de un árbol se rompió y cayó. Golpeó a la bestia muerta como algo final.

—Ahí está— Lesperance miró su reloj—. Justo a tiempo. Ese es el árbol gigantesco que originalmente debía caer y matar al animal.

Miró a los dos cazadores: ¿Quieren la fotografía trofeo?

—¿Qué?

—No podemos llevar un trofeo al futuro. El cuerpo tiene que quedarse aquí donde hubiese muerto originalmente, de modo que los insectos, los pájaros y las bacterias

puedan vivir de él, como estaba previsto. Todo debe mantener su equilibrio. Dejamos el cuerpo. Pero podemos llevar una foto con ustedes al lado.

Los dos hombres trataron de pensar, pero al fin sacudieron la cabeza. Caminaron a lo largo del sendero de metal. Se dejaron caer de modo cansino en los almohadones de la máquina. Miraron otra vez el monstruo caído, el monte paralizado, donde unos raros pájaros reptiles y unos insectos dorados trabajaban ya en la humeante armadura.

Un sonido en el piso de la máquina del tiempo los endureció. Eckels estaba allí, temblando.

—Lo siento —dijo al fin.

—¡Levántese! —gritó Travis.

Eckels se levantó.

—¡Vaya por ese sendero, solo! —agregó Travis, apuntando con el rifle—. Usted no volverá a la máquina. ¡Lo dejaremos aquí!

Lesperance tomó a Travis por el brazo. —Espera...

—¡No te metas en esto! —Travis se sacudió apartando la mano—. Este hijo de perra casi nos mata. Pero eso no es bastante. Diablo, no. ¡Sus zapatos! ¡Míralos! Salió del sendero. ¡Dios mío, estamos arruinados Cristo sabe qué multa nos pondrán. ¡Decenas de miles de dólares! Garantizamos que nadie dejaría el sendero. Y él lo dejó. ¡Oh, condenado tonto! Tendré que informar al gobierno. Pueden hasta quitarnos la licencia. ¡Dios sabe lo que le ha hecho al tiempo, a la historia!

—Cálmate. Solo pisó un poco de barro.

—¿Cómo podemos saberlo? —gritó Travis—. ¡No sabemos nada! ¡Es un condenado misterio! ¡Fuera de aquí, Eckels!

Eckels buscó en su chaqueta.

—Pagaré cualquier cosa. ¡Cien mil dólares!

Travis miró enojado la libreta de cheques de Eckels y escupió.

—Vaya allí. El monstruo está junto al sendero. Métale los brazos hasta los codos en la boca, y vuelva.

—¡Eso no tiene sentido!

—El monstruo está muerto, cobarde bastardo. ¡Las balas! No podemos dejar aquí las balas. No pertenecen al pasado, pueden cambiar algo. Tome mi cuchillo. ¡Extráigalas!

La jungla estaba viva otra vez, con los viejos temblores y los gritos de los pájaros. Eckels se volvió lentamente a mirar al primitivo vaciadero de basura, la montaña de pesadillas y terror. Luego de un rato, como un sonámbulo, se fue, arrastrando los pies.

Regresó temblando cinco minutos más tarde, con los brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. En cada una había un montón de balas. Luego cayó. Se quedó allí, en el suelo, sin moverse.

—No había por qué obligarlo a eso —dijo Lesperance.

—¿No? Es demasiado pronto para saberlo. —Travis tocó con el pie el cuerpo inmóvil.

—Vivirá. La próxima vez no buscará cazas como esta. Muy bien. —Le hizo una fatigada seña con el pulgar a Lesperance—. Enciende. Volvamos a casa. 1492. 1776. 1812.

Se limpiaron las caras y manos. Se cambiaron las camisas y pantalones. Eckels se había incorporado y se paseaba sin hablar. Travis lo miró furiosamente durante diez minutos.

—No me mire —gritó Eckels—. No hice nada.

—¿Quién puede decirlo?

—Salí del sendero, eso es todo; traje un poco de barro en los zapatos. ¿Qué quiere que haga? ¿Qué me arrodille y rece?

—Quizá lo necesitemos. Se lo advierto, Eckels. Todavía puedo matarlo. Tengo listo el fusil.

—Soy inocente. ¡No he hecho nada!

1999, 2000, 2055.

La máquina se detuvo.

—Afuera —dijo Travis.

El cuarto estaba como lo habían dejado. Pero no de modo tan preciso. El mismo hombre estaba sentado detrás del mismo escritorio. Pero no exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio.

Travis miró alrededor con rapidez.

—¿Todo bien aquí? —estalló.

—Muy bien. ¡Bienvenidos!

Travis no se sintió tranquilo. Parecía estudiar hasta los átomos del aire, el modo como entraba la luz del sol por la única ventana alta.

—Muy bien, Eckels, puede salir. No vuelva nunca.

Eckels no se movió.

—¿No me ha oído? —dijo Travis—. ¿Qué mira?

Eckels olía el aire, y había algo en el aire, una sustancia química tan sutil, tan leve, que solo el débil grito de sus sentidos subliminales le advertía que estaba allí. Los colores blanco, gris, azul, anaranjado, de las paredes, del mobiliario, del cielo más allá de la ventana, eran... eran... Y había una sensación. Se estremeció. Le temblaron las manos. Se quedó oliendo aquel elemento raro con todos los poros del cuerpo. En alguna parte alguien debía de estar tocando uno de esos silbatos que solo pueden oír los perros. Su cuerpo respondió con un grito silencioso. Más allá de este cuarto, más allá de esta pared, más allá de este hombre que no era exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio..., se extendía todo un mundo de calles y gente. Qué suerte de mundo era ahora, no se podía saber. Podía sentirlos cómo se movían, más allá de los muros, casi, como piezas de ajedrez que arrastraban un viento seco...

Pero había algo más inmediato. El anuncio pintado en la pared de la oficina, el mismo anuncio que había leído aquel mismo día al entrar allí por vez primera.

De algún modo el anuncio había cambiado.

***Safari en el tiempo. S. A. Sefaris a cualquier año del pasado usted nombra el animal nosotros lo llevamos ayer. Usted lo mata.***

Eckels sintió que caía en una silla. Tanteó insensatamente el grueso barro de sus botas. Sacó un trozo, temblando.

—No, no puede ser. Algo tan pequeño. No puede ser. ¡No!

Hundida en el barro, brillante, verde, y dorada, y negra, había una mariposa, muy hermosa y muy muerta.

—¡No algo tan pequeño! ¡No una mariposa! —gritó Eckels.

Cayó al suelo una cosa exquisita, una cosa pequeña que podía destruir todos los equilibrios, derribando primero la línea de un pequeño dominó, y luego de un gran dominó, y luego de un gigantesco dominó, a lo largo de los años, a través del tiempo. La mente de Eckels giró sobre sí misma. La mariposa no podía cambiar las cosas. Matar una mariposa no podía ser tan importante. ¿Podía?

Tenía el rostro helado. Preguntó, temblándole la boca:

—¿Quién... quién ganó la elección presidencial ayer?

El hombre detrás del mostrador se rio.

—¿Se burla de mí? Lo sabe muy bien. ¡Deutscher, por supuesto! No ese condenado debilucho de Keith. Tenemos un hombre fuerte ahora, un hombre de agallas. ¡Sí, señor!  
—El oficial calló—. ¿Qué pasa?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Recogió la mariposa dorada con dedos temblorosos.

—¿No podríamos —se preguntó a sí mismo, le preguntó al mundo, a los oficiales, a la máquina,— no podríamos llevarla allá, no podríamos hacerla vivir otra vez? ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos...?

No se movió. Con los ojos cerrados, esperó estremeciéndose. Oyó que Travis gritaba; oyó que Travis preparaba el rifle, alzaba el seguro, y apuntaba.

El ruido de un trueno.

Sabías que...

Recuerda que...

Glosario

**Herméticamente:** de manera hermética o impenetrable.

## I. Comprensión lectora

Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno.

1. ¿Quiénes son los personajes de esta historia?
2. ¿Qué tipo de animal quería cazar Eckels?
3. ¿Qué tipos de cuidados realizaba la empresa Safari S.A. en cada uno de sus viajes?
4. ¿Quién era el presidente antes de iniciar el viaje al pasado?
5. ¿Qué construyó la empresa para evitar que los cazadores tocarán algún ser vivo del pasado?
6. ¿Qué sintió Eckels cuando vio al *Tyrannosaurus rex*?
7. ¿Quién se salió del sendero antigraavitorio?
8. Cuando Eckels regresó del pasado al presente, ¿qué cambios encontró? Enuméralos.
9. ¿Qué encontró Eckels en la planta de su zapato que alteró el presente?

## II. Creatividad

10. En cinco líneas, inventa un final feliz para este pobre *Tyrannosaurus rex*.
11. Dibuja el final que imaginaste.

## Uso de las mayúsculas II

- **Los artículos y adjetivos que forman parte del nombre propio.**

Ejemplos:

*El Escorial, Buenos Aires, El Salvador.*

- **Los tratamientos de cortesía, especialmente si van en abreviatura, con la excepción de usted si va escrita la palabra entera.**

Ejemplos:

*Dr., Sr., Dña., Sra., Lic.*

- **Los nombres de una institución, sociedad, corporación o establecimiento.**

Ejemplos:

*Museo de Bellas Artes, Diputación Provincial, Tribunal Supremo, Caja de Ahorros, Teatro Municipal, Casa de la Cultura.*

- **Los títulos de obras, de películas, de obras de arte, de cabeceras de periódicos.** Se escribirán con mayúscula todos los nombres y adjetivos del título; excepto si es muy largo, en cuyo caso solo la primera palabra llevará mayúscula inicial.

Ejemplos:

*El Quijote, El Guernica, El País, Los diez mandamientos, La guerra de las galaxias.*

- **Los personajes de ficción, deidades y otros seres del ámbito religioso, seres mitológicos o fabulosos.**

Ejemplos:

*Caperucita Roja, el Espíritu Santo, Alá, Polifemo*

- **Los nombres de los días de la semana, los meses y las estaciones del año se escriben con minúscula.**

Ejemplos:

*lunes, martes, agosto, verano*

## Practiquemos

- Coloca el artículo con mayúscula o minúscula según los casos estudiados.
  - Estuve el año pasado en \_\_\_\_\_ Salvador
  - César Vallejo nació en \_\_\_\_\_ Libertad, Trujillo.
  - Es un país misterioso \_\_\_\_\_ India.
- Escribe las abreviaturas de las siguientes palabras con mayúscula o minúscula según convenga.
  - usted \_\_\_\_\_
  - centímetros \_\_\_\_\_
  - señorita \_\_\_\_\_
  - doctora \_\_\_\_\_
  - avenida \_\_\_\_\_
  - licenciado \_\_\_\_\_
- Encierra la alternativa que hace uso correcto de la mayúscula.
  - Yo asistí a la Biblioteca Nacional / biblioteca nacional.
  - Hizo un depósito en el banco de crédito / Banco de Crédito.
  - Mide 30 cm / CM más que tú.
- Coloca la mayúscula donde convenga, según lo estudiado.
  - César Vallejo es autor del cuento paco yunque.
  - Siempre lee el diario *la república*.
  - La película de ciencia ficción que impresionó fue *la guerra de las galaxias*.
- Menciona dos divinidades.  
\_\_\_\_\_, \_\_\_\_\_
- Señale el apelativo, apodo, sobrenombre o seudónimo de los siguientes personajes.
  - Roberto Gómez Bolaños, \_\_\_\_\_.
  - Claudio Pizarro, \_\_\_\_\_.
  - Simón Bolívar, \_\_\_\_\_.
- Completa adecuadamente.
  - Capital de Cuba: \_\_\_\_\_.
  - La actual moneda del Perú es el \_\_\_\_\_.
  - Mario Vargas Llosa es un escritor de origen \_\_\_\_\_.
- Escribe las siglas de las siguientes instituciones.
  - Universidad Nacional Mayor de San Marcos \_\_\_\_\_.
  - Universidad Nacional de Ingeniería \_\_\_\_\_.
  - Banco Central de Reserva \_\_\_\_\_.



## Tarea domiciliaria

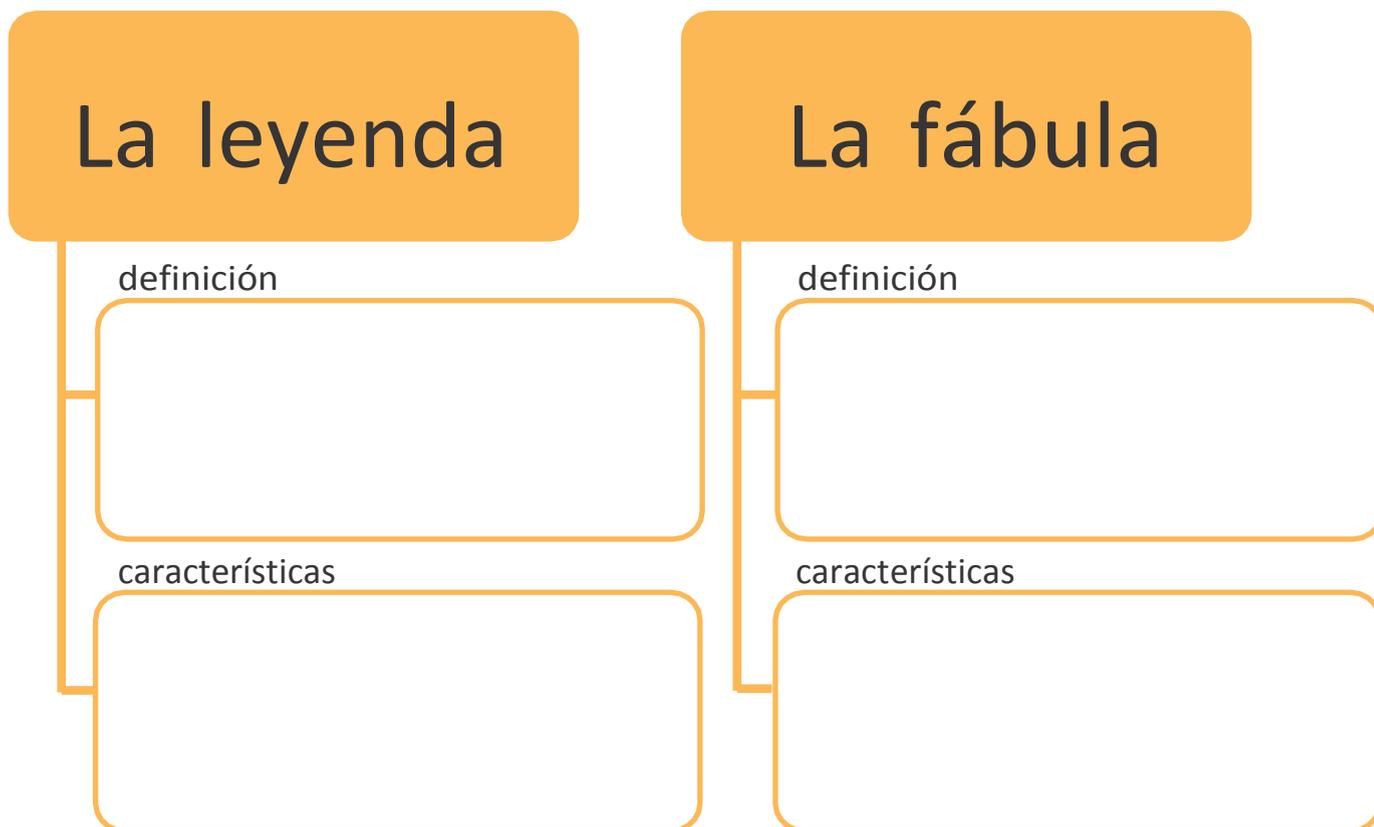
*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y reborizan, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. Encierra en un círculo la alternativa que haga uso correcto de la mayúscula o minúscula.
  - a. Ray Bradbury es un escritor de origen \_\_\_\_\_.  
Estadounidense / estadounidense
  - b. Este autor nació en el estado de \_\_\_\_\_.  
California / california
  - c. Su obra más conocida es \_\_\_\_\_.  
*Crónicas marcianas / Crónicas Marcianas*
  - d. Este autor nació el 22 de Agosto / agosto de 1920.
  - e. “El sonido de un trueno”, publicado por primera vez en la revista *Collier’s / collier’s* en 1952.

# 08

## Repaso

### 1. Completa el esquema.



### Lee atentamente el texto.

#### El cerro de la vieja y el viejo

Dicen que en el cerro vivían un par de viejitos. Un día se les presentó Nuestro Señor Jesucristo en persona y como tenía sed, les pidió por favor le dieran agua y los viejos se la negaron. Desde entonces, Nuestro Señor como castigo, los convirtió en cerros. Y dicen que cada año cae una piedra de los cerros y que estos lanzan sus quejidos.

1. Por las características del texto anterior, ¿qué especie narrativa es?

- a) Mito                      b) Fábula                      c) Leyenda                      d) Cuento

### Lee atentamente el texto.

Cuentan que un poderoso león –animal que es considerado “el rey de la jungla”– dormía en la falda de una montaña, mientras cerca de él, unos ratones del campo jugaban. Uno de esos roedores, para demostrar su valentía, saltó por encima del león, con tan mala fortuna para el pequeño, que teniendo buenos reflejos, el gran felino lo cogió.

Al darse cuenta de que su vida corría peligro, el ratón suplicó al león que tuviera piedad y no le hiciera daño, ya que lo que había hecho no lo hizo por maldad, sino más bien por ignorancia.

El ratón prometió pagarle el favor en el momento oportuno y el león se echó a reír, pero viendo que el ratoncillo hablaba con sinceridad y que, además era un animal pequeño y no era digno de ser devorado por un ser como él, lo dejó marchar.

Al poco tiempo, el león caminaba por el bosque, cuando cayó en una trampa dejada por cazadores y, viendose atrapado en la red, comenzó a rugir con fuerza, pero sin poder zafarse. Su vida corría peligro.

El ratón, al que el felino perdonó la vida, estaba cerca y vio que el león estaba atrapado en la red. Al recordar a quien lo dejó vivir, el ratoncito corrió en su ayuda y procedió a morder la red para liberar al león, al que así salvó.

2. Por las características del texto anterior, ¿qué especie narrativa es?

- a) Mito                      b) Fábula                      c) Leyenda                      d) Cuento

3. ¿Qué moraleja o enseñanza se puede extraer del texto anterior?

\_\_\_\_\_

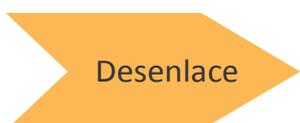
4. Responde las siguientes preguntas:

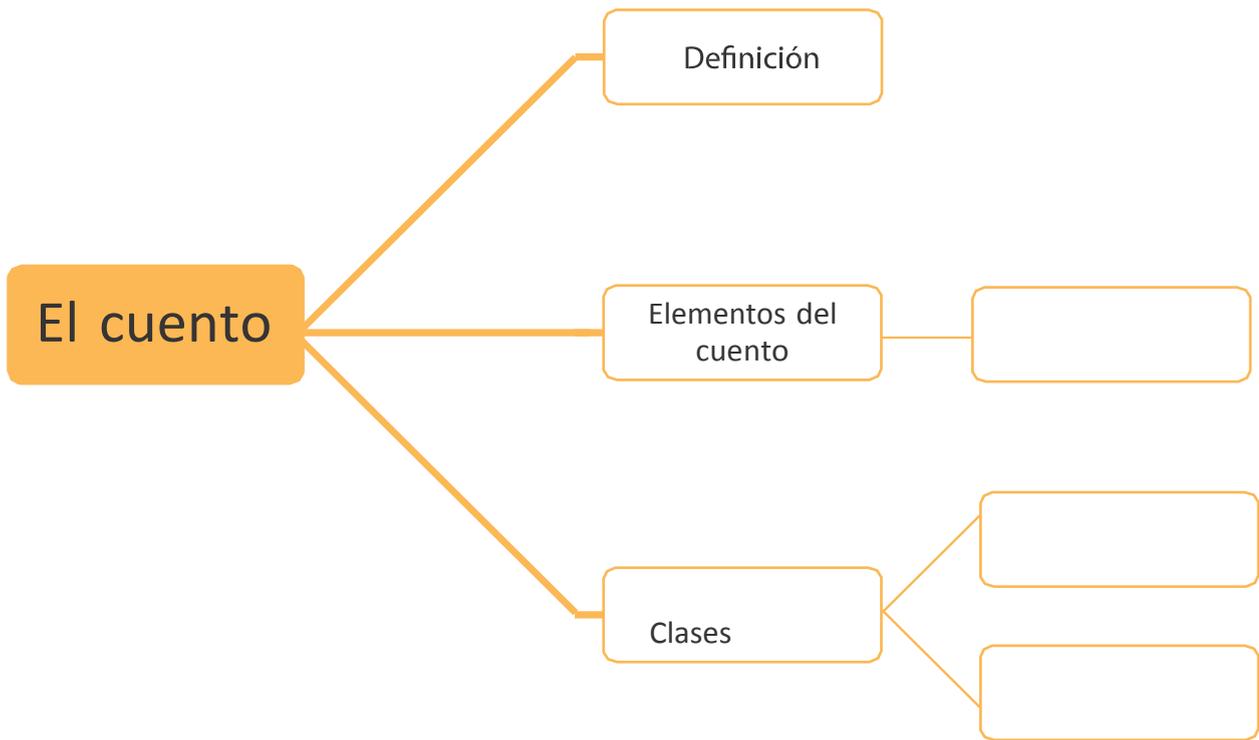
a. Autor de la leyenda “El Monte de la Ánimas” \_\_\_\_\_

b. ¿Qué ocurría en el Monte de las Ánimas el Día de Todos los Santos?

\_\_\_\_\_

5. Completa con las definiciones correspondientes a las partes del cuento.



6. Relaciona:

- |   |                            |
|---|----------------------------|
| a) Escritor atrapado en su historia.                                    | ( ) “Doblaje”              |
| b) La casa está programada.   | ( ) “La sabana”            |
| c) Su doble está en las antípodas.                                      | ( ) “Exilio”               |
| d) Piso una mariposa en el pasado, por esa razón se alteró el presente. | ( ) “El sonido del trueno” |

# 09

## Taller de literatura



**¡Llegó el día esperado!**

Hoy crearemos nuestra propia fábula o cuento. ¡A trabajar!

1. ¿Qué vamos a trabajar?  
Crearán un cuento fantástico
2. Tomarán como base el cuento más corto del mundo del escritor Augusto Monterroso.  
“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”
3. Es importante que elaboren un esquema con las partes del cuento que desean crear.
4. Desarrollen la historia caracterizando a los personajes; luego, describan el ambiente donde se desarrollarán los hechos y la trama.
  - Personajes
  - Ambiente
  - Tiempo
  - Atmósfera
  - Trama
5. Deberán crearle un título a su cuento.
6. Los materiales que deberán traer son los siguientes:
  - Papelógrafos
  - Plumones, colores, témperas y marcadores.
  - Revistas e imágenes
  - Tijeras y goma
7. Al finalizar, elegirán un representante que lea el cuento; luego, lo pegaremos en el aula para compartirlo con sus compañeros.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acarillo y rebreían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

1. ¿Qué es una fábula?
2. ¿Con qué finaliza una fábula?
3. ¿Qué caracteriza a un cuento?
4. ¿Cuáles son las partes de un cuento?
5. ¿Cuáles son los elementos de un cuento?

# Unidad III

## Conociendo tu ciudad



¿Qué observas en la figura? ¿Quiénes viven ahí?  
¿Cómo crees que se poblaron estos lugares? ¿Por qué?

### Aprendizajes esperados

#### Expresión y comprensión oral

- Expresar ideas, sentimientos, opiniones y experiencias con claridad y con un lenguaje apropiado a los diferentes contextos y situaciones de comunicación.

#### Comprensión de textos

- Leer eficazmente y comprender el mensaje del texto propuesto.

#### Juicio crítico-valorativo

- Valorar y asumir una posición crítica ante los mensajes de los cuentos.

#### Producción de textos

- Producir creativamente pequeños textos.

# 01

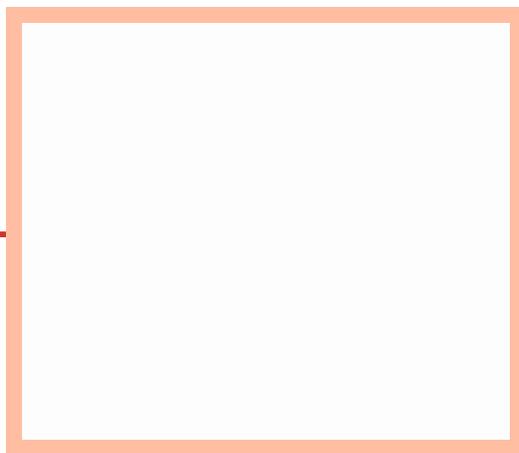
## El cuento urbano I



El cuento urbano aborda personajes de la ciudad de los años cincuenta, forjados desde las zonas marginales pobladas por provincianos.

Surge a partir de los años cincuenta.

Emerge un espacio representativo, de identidad social, política y moral: la ciudad.



**Características**

- Los personajes están referidos al mundo de la ciudad.
- La ciudad es vista como algo horrendo.
- Privilegian la visión de las barriadas.
- El personaje principal es el migrante provinciano.

**Representantes principales**

- Julio Ramón Ribeyro
- Carlos Eduardo Zavaleta
- Enrique Congrains
- Alfredo Bryce Echenique
- Mario Vargas Llosa

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acarillo y volveron, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. E*

### Tristes querellas en la vieja quinta

Cuando Memo García se mudó, la vieja quinta era nueva, sus muros estaban impecablemente pintados de rosa, las enredaderas eran apenas pequeñas matas que buscaban ávidamente el espacio y las palmeras de la entrada sobrepasaban con las justas la talla de un hombre corpulento. Años más tarde, el césped se amarilló, las palmeras, al crecer, dominaron la avenida con su penacho de hojas polvorientas y manadas de gatos salvajes hicieron su madriguera entre la madreSelva, las campanillas y las lluvia de oro. Memo, entonces, había perdido su abundante cabello oscuro, parte de sus dientes, su andar se hizo más lento y moroso, sus hábitos de solterón más reiterativos y prácticamente rituales. Las paredes del edificio se descascararon y las rejas de madera de las casas exteriores se pudrieron y despintaron. La quinta envejeció junto con Memo, presenció nacimientos, bodas y entierros, y entró en una época de decadencia que, por ello mismo, la había impregnado de cierta majestad.

Además, todo el balneario había cambiado. Del lugar de reposo y baños de mar, se había convertido en una ciudad moderna, cruzada por anchas avenidas de asfalto. Las viejas mansiones republicanas de las avenidas Pardo, Benavides, Grau, Ricardo Palma, Leuro y de los malecones, habían sido implacablemente demolidas para construir en los solares edificios de departamentos de diez y quince pisos, con balcones de vidrio y garajes subterráneos. Memo recordaba con nostalgia sus paseos de **antaño** por calles arboladas de casas bajas, calles perfumadas, tranquilas y silenciosas, por donde rara vez cruzaba un automóvil y donde los niños podían jugar todavía al fútbol. El balneario no era ya otra cosa que una prolongación de Lima, con todo su tráfico, su bullicio y su aparato comercial y burocrático. Quienes amaban el sosiego y las flores se mudaron a otros distritos y abandonaron Miraflores a una nueva clase media laboriosa y sin gusto, **prolífica** y ostentosa, que ignoraba los hábitos antiguos de cortesanía y de paz y que fundó una urbe **vocinglera** y sin alma, de la cual se sentían ridículamente orgullosos.



Memo ocupó desde el comienzo y para siempre un departamento al fondo de la quinta, en el pabellón transversal de dos pisos, donde se alojaba la gente más modesta. Ocupaba en la planta alta una pieza con cocina y baño, extremadamente apacible, pues limitaba por un lado con el jardín de una mansión vecina y por el otro con un departamento similar al suyo, pero utilizado como depósito por un inquilino

invisible. De este modo llevaba allí, especialmente desde que se jubiló, una vida que se podría calificar de paradisíaca. Sin parientes y sin amigos, ocupaba sus largos días en menudas tareas como coleccionar estampillas, escuchar óperas en una vieja vitrola, leer libros de viajes, evocar escenas de su infancia, lavar su ropa blanca, dormir la siesta y hacer largos paseos, no por la parte nueva de la ciudad, que lo aterraba, sino por calles como Alcanfores, La Paz, que aún conservaban, si no la vieja prestancia señorial, algo de placidez provinciana.

Su vida, en una palabra, estaba definitivamente trazada. No esperaba de ella ninguna

sorpresa. Sabía que dentro de diez o veinte años tendría que morir y solo además, como había vivido solo desde que desapareció su madre. Y gozaba de esos años póstumos con la conciencia tranquila: había evitado todos los problemas relativos al amor, el matrimonio, la paternidad, no conocía el odio ni la envidia ni la ambición ni la indignancia y, como a menudo pensaba, su verdadera sabiduría había consistido en haber conducido su existencia por los senderos de la modestia, la moderación y la mediocridad.

Pero, como es sabido, nada en esta vida está ganado ni adquirido, en el recodo más dulce e inocente de nuestro camino puede haber un áspid escondido. Y para Memo García los proyectos edénicos que se había forjado para su vejez se vieron alterados por la aparición de Francisca Morales.

Primero fue el ruido de un caño abierto, luego un canturreo, después un abrir y cerrar de cajones lo que le revelaron que había alguien en la pieza vecina, esa pieza desocupada cuyo silencio era uno de los fundamentos de su tranquilidad. Ese día había estado ausente durante muchas horas y bien podía entretanto haberse producido, sin que él lo presenciara, alguna mudanza en la quinta. Para comprobarlo salió al balcón que corría delante de los departamentos, justo en el momento en que una señora gorda, casi enana, de cutis oscuro, asomaba con un pañuelo amarrado en la cabeza y una jaula vacía en la mano. Le bastó verla para dar media vuelta y entrar nuevamente a su casa tirando la puerta, al mismo tiempo que ella lo imitaba. Apenas habían tenido tiempo de mirarse a los ojos, pero les había bastado ese fragmento de segundo para reconocerse, identificarse y odiarse.

Memo permaneció un momento indeciso, poseído por un sentimiento nuevo, acompañado de vagos y puramente teóricos deseos homicidas, pero luego resolvió que el único partido a tomar era espiar a su vecina. Por intuición sabía que la única manera de derrotar al enemigo —y esa señora gorda lo era— consistía en conocer escrupulosamente su vida, dominar por el intelecto sus secretos más recónditos y descubrir sus aspectos más vulnerables.

Al cabo de una semana de observación descubrió que se levantaba a las seis de la mañana para ir a misa. Que había puesto una tarjeta en la puerta donde se leía Francisca Viuda de Morales, que hacía sus compras en la pulpería de la esquina, que no recibía visitas, que algunas tardes iba a curiosear tiendas



al parque, que usaba un sombrero de anchas alas y un traje negro muy largo para ir probablemente al cementerio y que el resto del día dormía, cosía, leía y canturreaba en su cuarto o en el balcón sentada en una vieja mecedora.

Mal que bien comenzó a sospechar que se trataba de una vecina soportable, que alteraba apenas sus hábitos y dotaba más bien a su soledad de un decorado sonoro hecho de los muros más inocuos, hasta la vez que se lo ocurrió, como sucedía cada diez o quince días, escuchar una de sus óperas en su vitrola de cuerda. Apenas Caruso había atacado su aria preferida sintió en la pared un ruido seco.

¿Algún descuido de su vecina? Pero al poco rato el ruido se repitió y cuando Memo

volvió a poner el disco los golpes se hicieron insistentes. “¿Va a quitar esa música de porquería?” Memo quedó helado. Nadie en la vida lo había interpelado de esa manera. No solo era un insulto pérfido contra su persona sino una ofensa a su cantor favorito. Sin hacer caso continuó escuchando a su Caruso. Pero la voz de contralto de su vecina se impuso: “Pedazo de malcriado, ¿no se da cuenta que me molesta con esos chillidos?” Memo quedó un momento callado y al fin apretando los puños y los dientes gritó: “¡Aguántelos!”.

A mala hora. Ya no fueron golpes esporádicos los que removieron la pared, sino un martilleo insoportable, hecho seguramente con el metal de una cacerola. Memo estuvo a punto de ceder, pero adivinando que una primera concesión lo llevaría al sometimiento absoluto, aumentó el volumen de su vitrola y prosiguió escuchando impasible su ópera. La vieja continuó golpeando y refunfuñando y al fin cansada se fue de su casa tirando la puerta.

Este primer incidente alarmó un poco a Memo, pero al mismo tiempo halagó su vanidad, no se había dejado impresionar por esas bravatas y al final había salido con su gusto. Una vecina vieja y gorda no iba a mudar su rutina ni a menguar su tranquilidad. En los días siguientes continuó escuchando óperas, sin que la vecina pudiera impedirselo. Después de algunas protestas como “¡Ya empieza usted con su fregadera! ¡Me quiere volver loca!” , optaba por irse de paseo hasta el atardecer. Memo tuvo la impresión de que el enemigo cedía terreno y que esa primera batalla estaba prácticamente ganada.

Una tarde vio llegar a doña Pancha con una enorme caja de cartón, que lo intrigó. Estuvo tentado primero a salir al corredor y espiarla por la ventana, pero finalmente optó por pegar el oído a la pared. La escuchó canturrear y deambular por la pieza desplazando muebles. Al poco rato una voz de hombre llenó la **habitación** vecina. Era alguien que hablaba de las ventajas del fijador de cabello Glostora. Memo se desplomó en su sillón: ¡un aparato de radio! El locutor anunciaba ahora el programa “Una hora en el trópico” Y la hora en el trópico empezó con la voz aflautada de un cantante de boleros. Memo escuchó dos o tres canciones sin atinar a moverse, pero cuando se inició la siguiente avanzó hacia la vitrola y colocó su Caruso. Su vecina aumentó el volumen y Memo la imitó. Aún no se habían dado cuenta, pero había empezado la guerra de las ondas.

Esta duró interminables días. Doña Pancha había descubierto un arma más poderosa que la músicaailable: el radioteatro. Su **habitación** se llenó de exclamaciones, llantos, quejidos, mallas de una historia que se prolongaba de tarde en tarde y en la cual, mal que bien, Memo había terminado por reconocer algunos personajes siempre arruinados o atacados por enfermedades intocables, pero incapaces de morir. Como le pareció indecente enfrentar a Verdi con tales adefesios, hizo una inspección por una disquera y llegó cargado de viejas marchas militares. Desde entonces cada vez que doña Pancha prendía su aparato para sintonizar un episodio de su novela, Memo hacía sonar los clarines de la marcha de Uchumayo o los redobles de tambor de la carga de Junín. Fue una lucha grandiosa. Doña Pancha hacía esfuerzos inútiles por evitar que bombos y cornetas contaminaran el monólogo dramático de la hija abandonada o los lamentos del viejo padre ofendido en su honra. La equiparidad de fuerzas hizo que esta guerra fuera insostenible. Ambos terminaron por concluir un armisticio tácito. Memo fue paulatinamente acortando sus emisiones y bajando el volumen, lo mismo que doña Pancha. Al fin optaron por escuchar sus aparatos discretamente o por encenderlos cuando el vecino había salido. En definitiva, había sido un empate. Este conflicto fue seguido por un largo periodo de calma, en el cual cada contrincante, después de tanto esfuerzo desplegado pareció entregarse con delicia a los placeres de la paz recobrada.

Como cada cual conocía los hábitos del otro, procuraban no encontrarse jamás en las escaleras ni en la galería. Esto los obligaba, sin embargo, a vivir continuamente pendientes el uno del otro. Y fue así como Memo notó que su vecina había iniciado un

vasto plan de embellecimiento de su **habitáculo**. El interior debía haberlo remozado, pues la vio pasar con latas de pintura. Pero luego —y esto fue imposible no verlo— amplió sus proyectos decorativos hacia la galería. Su vieja mecedora la forró con una cretona floreada y en la baranda que corría frente a su departamento colocó una docena de macetas vacías. Estas fueron progresivamente llenándose de plantas. Detrás del visillo, Memo vio surgir con asombro claveles, rosas, siemprevivas, dalias y geranios. Doña Pancha no cumplía esta labor en silencio, sino repitiendo entre dientes que algunas personas no sabían lo que era “vivir decentemente”, que tenían su casa como unos “verdaderos chanchos” y que cuando vivía su marido había estado acostumbrada siempre a tener un jardín.

Memo escuchaba estas palabras sin inmutarse, pero terminó por darse cuenta que eran el inicio de hostilidades muchísimo más sutiles. Doña Pancha quería imponerse a él, ya que no por la fuerza, al menos por el gusto y la ostentación. Memo no tenía ninguna pasión por las flores, de modo que renunció a emular a su vecina en ese sentido, pero recordó haber visto en sus libros de viajes fotografías de arbustos exóticos. En una florería del parque descubrió un helecho sembrado en su caja de madera y haciendo un dispendio lo adquirió. Como era imposible ponerlo sobre la baranda, no tuvo más remedio que colocarlo en la galería, al lado de su puerta. Durante horas esperó que doña Pancha llegara de la calle. Al fin la vio subir pufando las escaleras y deteniéndose asombrada ante el arbusto que inesperadamente adornaba el balcón. Largo rato estuvo examinando la planta con una expresión de asco y al fin soltando la carcajada se retiró a su cuarto.

Memo, que esperaba verla palidecer de envidia, se sintió decepcionado. Haciendo una nueva pesquisa por las florerías compró, esta vez, un pequeño ciprés que instaló también en la galería, al otro lado de la puerta, lo que tampoco pareció impresionar a doña Pancha. Finalmente, completo su colección con un cactus serrano que instaló en su macetón contra la balaustrada. Fue solo esta planta la que provocó en doña Pancha un fruncimiento de nariz, una mueca de estupor y un ademán de abatimiento, que Memo interpretó como la más inconfesable envidia. Y para redondear su ofensiva, cada vez que regaba su huerta portátil no dejaba de decir en voz alta: “Geranios, florecitas de pacotilla. Dalias que apestan a caca. Hay que ser huachafo, tener el gusto estragado. La distinción está en los arbustos de otros climas, en la gran vegetación que nos da la idea de estar en la campiña. Las plantas en maceta, para los peluqueros”.

La rivalidad de las plantas se hubiera limitado a una simple escaramuza sin mayor consecuencia, si es que para llegar a su departamento doña Pancha no tuviera que pasar frente al de Memo. Y sus plantas iban creciendo. El ciprés había engrosado y tendía a dirigir sus ramas hacia el centro del pasaje, mientras el cactus serrano prolongó sus brazos en la misma dirección. De este modo, lo que antes era un corredor amplio y despejado se había convertido en una pequeña selva que era necesario atravesar con precauciones.

Una mañana que doña Pancha salió apurada a misa se enganchó el vestido con una espina. Memo fue despertado por sus gritos: “¡Esto no puede seguir así! ¡El viejo me quiere asfixiar con sus árboles! Quiere cerrarme el paso de mi casa. Ha llenado esto de cosas inmundas”. Y al notar que el vuelo de su traje tenía una rasgadura voló de un carterazo una rama del cactus.

Memo esperó pacientemente que bajara las escaleras. Cuando la vio desaparecer, salió a la galería, inspeccionó detenidamente las macetas y eligiendo los claveles dio un golpe con la mano y el tiesto cayó al jardín de los bajos.

Al día siguiente, notó que a su cactus le faltaba otro de sus brazos y esa misma noche, esperando que doña Pancha se durmiera, echó a los bajos su maceta con dalias. Las represalias no se hicieron esperar: Memo comprobó que a su ciprés le habían cortado la guía, condenándolo en adelante a ser un ciprés enano. Presa de furor envió esa

noche al jardín las dos macetas de siempre vivas. A la mañana siguiente —doña Pancha debía haber madrugado— su helecho estaba partido por la mitad. Memo vaciló entonces si valía la pena proseguir esa guerra secreta de golpes de mano nocturnos y silenciosos: ella los conducía a la destrucción recíproca. Pero jugándose el todo por el todo esperó como de costumbre que llegara la medianoche y salió a la galería dispuesto a destruir esta vez la más preciada joya de su vecina: su maceta con rosas. Cuando se acercaba a la balaustrada la puerta del lado se abrió y surgió doña Pancha en bata: “¡Ya lo vi sinvergüenza, viejo marica, quiere hacer trizas mi jardín!” “Me estoy paseando zamba grosera. Todo el mundo tiene derecho a caminar por el balcón”. “Mentira, si ya estaba a punto de empujar mi maceta. Lo he visto por la ventana, pedazo de mequetrefe. Ingeniero dice la tarjeta que está en su puerta. ¡Qué va a ser usted ingeniero! Habrá sido barrendero, flaco asqueroso”. “Y usted es una zamba sin educación. Debían echarla de la quinta por bocasucia”. “Soy yo la que lo voy a hacer echar. Lo voy a llevar a los tribunales por daños a la propiedad”. Los insultos continuaron, subiendo cada vez más de tono. Algunas luces se encendieron en la quinta. Memo, temeroso siempre del escándalo optó por retirarse, después de lanzar una última injuria que había tenido hasta entonces en reserva: “¡Negra!” Cuando entraba en su cuarto la vieja se deshacía en improperios, amenazándolo con un hijo que vivía en Venezuela y que estaba a punto de llegar: “¡Lo va a hacer pedazos, empleadito de mierda!”.

Memo concilió tarde el sueño, temiendo que doña Pancha arrasara esa noche el resto de su bosque. Pero a la mañana siguiente comprobó que no había pasado nada. Él tampoco tuvo ánimo para reanudar la contienda. Los intercambios de insultos parecían haberlos aliviado. Entraron a un nuevo periodo de paz.

Memo pasó unos días sosegados, observando por la ventana a su vecina ocupada en sus trajines cotidianos, regar el resto de sus flores, barrer y baldear la galería, ir de compras o a misa. Una mañana la vio salir con sombrero, llevando en la mano una pequeña maleta. En vano esperó que llegara al atardecer o en la noche. La **habitación** vecina estaba terriblemente silenciosa. Memo coligió que doña Pancha debía haber partido hacia alguna de esas estaciones de baños termales, uno de esos lugares donde los viejos se reúnen en pandilla con la esperanza de retardar la hora de la cita con la muerte. Entonces respiró a sus anchas, pudo poner de nuevo sus operas a todo volumen, pasearse en pijama por la galería, fumar hasta tarde apoyado en la balaustrada y hasta darse el lujo de sentarse una tarde en la mecedora de su vecina.

La tranquilidad de Memo no duró, sin embargo, mucho tiempo. Doña Pancha apareció un día con su maleta, rozagante y cobriza, lo que pareció corroborar que había estado de vacaciones. Ese día Memo no salió de su casa y se dedicó a espiarla, deseando casi lo provocara con alguna impertinencia, a fin de tener un pretexto para elevar la voz y demostrar que estaba allí, intacto y vigilante. Pero su vecina no le concedió ninguna importancia. Se dedicó a reanimar su mustio jardín, a coser nuevas cortinas para su ventana y a escuchar sus radionovelas, pero a media voz, como si su periodo de descanso la hubiera persuadido de las ventajas de la convivencia pacífica.

Como lo temía Memo —y en el fondo lo esperaba— esto era solo apariencias. La vieja debía haber urdido durante su retiro alguna nueva estrategia. En esos días Memo había contratado a una muchacha para que viniera una vez a la semana a lavarle la ropa. Era casi una niña, un poco retardada y dura de oído. Cada vez que venía, Memo se instalaba en su sillón, cogía un libro de viajes y mientras la fámula laboraba, la vigilaba con un aire paternal y jubilado.

Doña Pancha no se percató de esta novedad. Pero a la tercera semana, al ver entrar donde su vecino a una mujer sola y permanecer allí largo rato, concibió un montaje obscuro, se sintió vicariamente ultrajada en su virtud y puso el grito en el cielo: “¡Véanlo pues al inocentón! Tiene su barragana. A la vejez, viruelas. ¡Trae mujeres a su cuarto!” “¡Silencio, boca de desagüe!” “¡No me callaré. Si quiere hacer cochinas, hágalas

en la calle. Pero aquí no. Este es un lugar decente”. “¡Zamba grosera, chitón!” “¡Es el baldón de la quinta!”, añadió doña Pancha y no contenta con vociferar en su cuarto salió al balcón, justo cuando la muchacha se retiraba. “¡No vuelvas donde ese viejo, es un corrompido! Ya verás, te va a hundir en el fango”. La muchacha, sin entender bien, se alejó haciendo reverencias, mientras Memo, que había salido a la puerta de su casa, se enfrentó por primera vez directamente con su vecina: “¡Es mi lavandera, vieja malpensada! Tiene usted el alma tan sucia como su boca. ¡Cúidese del demonio!” Ambos levantaron la voz a tal extremo que apenas se escuchaban. Como de costumbre terminaron por darse la espalda y refugiarse en sus cuartos tirando la puerta.

Desde entonces doña Pancha no cejó. Cada vez que venía la lavandera se deshacía en insultos contra Memo. Nosotros los habitantes de la quinta; comenzamos a darnos cuenta que esa banal enemistad entre vecinos hollaba el terreno del delirio. Probablemente doña Pancha había terminado por comprender que esa visitante era una inocente empleada, pero embarcada en su nueva ofensiva no quería dar marcha atrás. Memo se limitaba a parar los golpes, pero su arsenal de injurias, parecía haberse agotado. La situación, objetivamente, los condenaba y tenía que mantenerse a la defensiva. Hasta que se le presentó la ocasión de pasar al ataque.

Fue cuando se le atoró a doña Pancha el lavadero de la cocina. Por más esfuerzos que hizo no pudo reparar el desperfecto y se vio obligada a llamar al gasfitero. Una tarde apareció un japonés con su maletín de trabajo. Memo supuso que era un artesano del barrio y sospechaba a qué venía, pero no quiso desperdiciar la oportunidad de vengarse. Cuando el obrero se fue, salió a la galería e imitando a sus tenores preferidos improvisó un aria completamente destemplada: “¡La vieja tiene un amante! ¡Trae un hombre a su casa! Un japonés además. ¡Y obrero! ¡Y en la iglesia se da golpes de pecho, la hipócrita! Que se enteren todos aquí, doña Francisca Viuda de Morales con un gasfitero!” Doña Pancha ya estaba frente a él, más cerca que nunca. Cara contra cara sin tocarse, gruñían, babeaban, enronquecían de insultos, se fulminaban con la mirada, buscando cada cual la palabra mortal, definitiva. “¡Cobarde, pestífero, empleaducho!”, logró articular doña Pancha, cuando Memo disparaba su último cartucho: “¡Vieja puta!” Doña Pancha estuvo a punto de desplomarse. “¡Eso no! Ya verá cuando llegue mi hijo! Viene a vivir conmigo. Es rico además, no un pobretón como usted. ¡Lo aplastará como a una cucaracha!”...

Adaptado de “Tristes querellas en la vieja quinta” de Julio Ramón Ribeyro

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Vocinglera:** que habla mucho y vanamente.

**Prolífica:** que tiene gran descendencia.

**Antaño:** en tiempo pasado.

**Habitáculo:** habitación, edificio o parte de lo destinado a ser habitado.

**I. Comprensión lectora**

1. Describe la quinta cuando Memo se mudó.
2. Establece las diferencias.

Miraflores de antaño	Miraflores actual

3. ¿Cómo era Memo? ¿A qué se dedicaba?
4. ¿Cómo se llama su nueva vecina? ¿Qué impresión tuvo de ella?
5. ¿Qué hecho dio inicio al conflicto entre los vecinos?
6. ¿Qué compró la vecina para contrarrestar la música de Memo?
7. ¿A qué se denomina “la guerra de las ondas”?
8. Menciona los cambios que realizó doña Pancha para embellecer su habitáculo.
9. ¿Qué compró Memo para que doña Pancha muera de envidia?
10. ¿Cómo reaccionó doña Pancha?
11. ¿Quién dio inicio a la “guerra de las plantas”?
12. ¿Con quién amenazaba constantemente doña Pancha a Memo?
13. ¿Cómo reaccionó doña Pancha cuando vio a la muchacha que Memo contrató para lavar la ropa?
14. ¿Cómo se vengó Memo?

**II. Juicio crítico**

15. ¿Estás de acuerdo con las discusiones entre vecinos? ¿Por qué?

**III. Creatividad**

16. Dibuja una de las discusiones entre doña Pancha y Memo.

## Precisión léxica I

La precisión del lenguaje exige el empleo de las palabras en un sentido exacto. El facilismo léxico es el que nos lleva a emplear verbos vacíos como *poner*, *tener*, *hacer* y *cosa*, y esto trae como consecuencia la monotonía y la pobreza léxica.

### Ejercicios

Reemplaza la palabra *poner* por una más precisa.

1. Poner 200 árboles. \_\_\_\_\_
2. Poner dinero en el banco. \_\_\_\_\_
3. Poner dificultades en las tareas. \_\_\_\_\_
4. Poner a hervir un litro de leche. \_\_\_\_\_
5. Poner a fuego lento. \_\_\_\_\_
6. Poner nuestras ideas ante ustedes. \_\_\_\_\_
7. Poner a mis hijos en un nuevo colegio. \_\_\_\_\_
8. Poner atención a las instrucciones. \_\_\_\_\_
9. Poner en mi agenda todas las tareas. \_\_\_\_\_
10. Poner en mi cuaderno el dictado. \_\_\_\_\_

## Ejercicios

Reemplaza la palabra *tener* por una más precisa.

1. Tiene acciones en la compañía. \_\_\_\_\_
2. Tiene una enfermedad muy grave. \_\_\_\_\_
3. Tiene cincuenta metros de largo. \_\_\_\_\_
4. Tiene los mejores jugadores del medio. \_\_\_\_\_
5. Tiene todas las garantías del caso. \_\_\_\_\_
6. Tiene un vestido muy elegante. \_\_\_\_\_
7. Tiene un collar de perlas. \_\_\_\_\_
8. El veneno tiene efecto en un segundo. \_\_\_\_\_
9. Ese paciente tiene una enfermedad incurable. \_\_\_\_\_
10. Mi padre tiene un cargo muy importante en esa empresa. \_\_\_\_\_

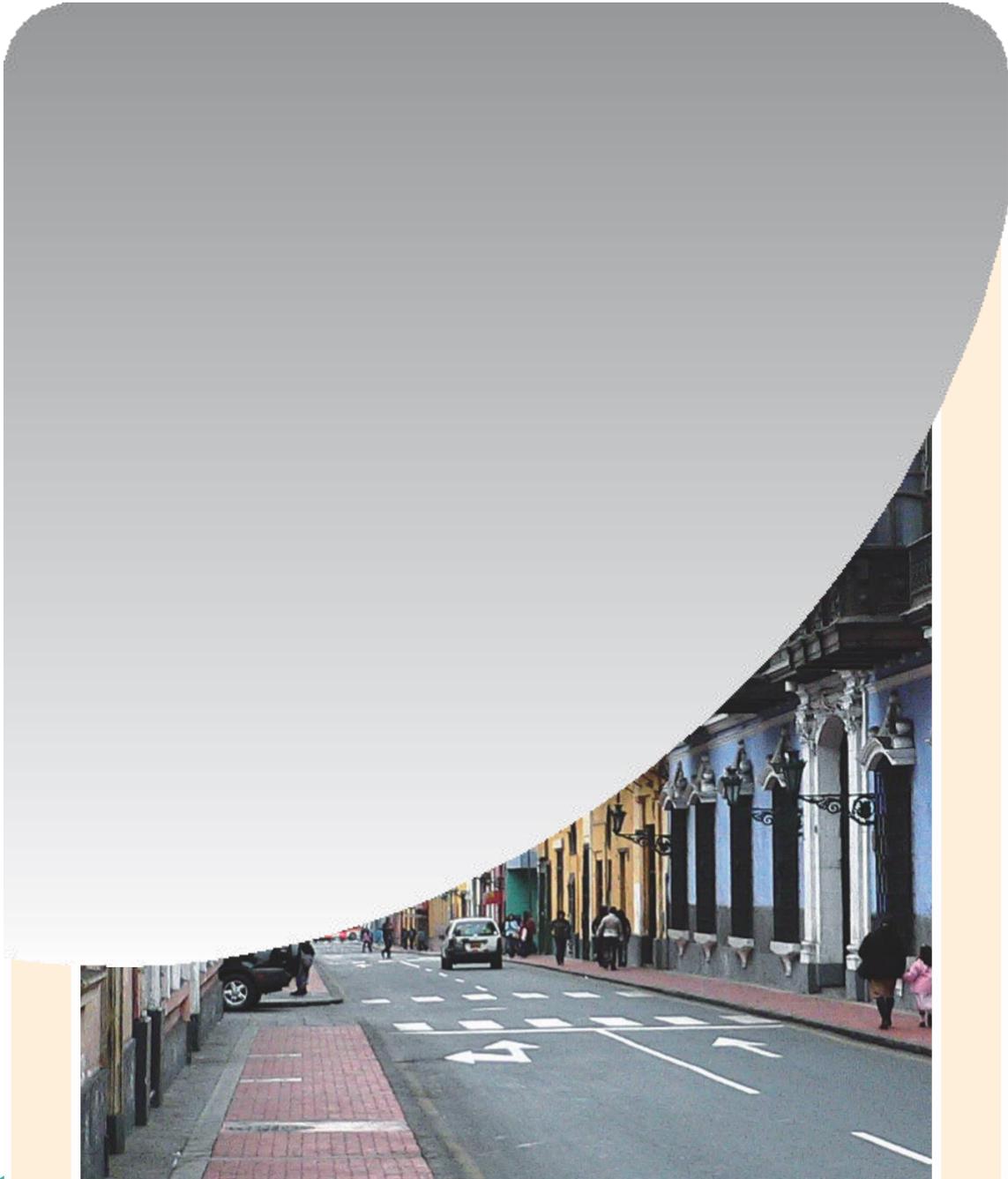
## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebrotan, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. ¿Cómo se define el cuento urbano?
2. ¿Cuáles son las características del cuento urbano?
3. Menciona a los principales representantes del cuento urbano.
4. ¿Por qué es importante la precisión léxica?
5. Reemplaza la palabra *poner* por una más precisa.
  - a) Poner problemas matemáticos.
  - b) Poner mantequilla al pan.
  - c) Me pondré mi mejor traje.
  - d) Poner un castigo.
  - e) Pongan atención a la clase.
6. Reemplaza la palabra *tener* por una más precisa.
  - a) Esa política tiene efecto grave.
  - b) Tiene la misma opinión de siempre.
  - c) Ese artista tiene invitaciones.
  - d) El drogadicto tiene alucinaciones.
  - e) Tiene buena salud.

## 02

## El cuento urbano II



A partir de los años cincuenta, surge un espacio que serviría de inspiración para los escritores de la época: la ciudad.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
cigarillo y rebobian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Tristes querellas en la vieja quinta

#### (II parte)

Y el hijo que vivía en Venezuela no era una invención. En efecto, llegó. Un taxi se detuvo un día frente a la esquina y de él descendió un señor corpulento, de pies muy grandes y andar acompasado. El chofer lo ayudó a transportar hasta el departamento dos baúles claveteados, decorados con etiquetas de todos los hoteles del mundo.

Memo, impresionado por su talante, permaneció unos días recluso, tratando de no dar signos de vida. A través del visillo lo vio salir con doña Pancha, acompañándola de compras o de paseo. Usaba camisas de colores chillones y corbatas floreadas. Su corpulencia sin embargo era un poco engañosa, pues Memo advirtió que a pesar de su gordura era pálido y daba a veces la impresión de una extremada fragilidad. Era además de poco hablar, pues Memo trató en vano, pegando el oído a la pared, de sorprender lo que hablaban. Sus veladas eran más bien tristes, lánguidas y finalizaban al anochecer con un breve paseo por la galería por donde discurrían silenciosamente.

Memo comprendió que el hijo se aburría y añoraba algo. Cuando su mamá se ausentaba, salía al corredor y pasaba largo rato en la baranda junto a las macetas floreadas, fumando y mirando el cielo opaco. A veces se aventuraba a pasearse por la galería. Luego descendió al jardín, para errar pensativo bajo las coposas palmeras. Más tarde, en las noches, se resolvió caminar solo por el balneario. Debía llegar tarde, pues Memo lo escuchó varias veces desde la cama subir fatigadamente las escaleras.

En esos días Memo se cruzó por azar en la escalera con su vecina. Hizo lo posible por evitarla, pero ella lo interpeló: “Ya no se oye chistar, corderito, ahora que hay un hombre en la casa. ¿No lo decía? A ver, manifiestese, pues”.

Memo no sabía aún qué partido tomar. Esa presencia varonil lo cohibía por un lado, pero por otro despertaba su curiosidad. Una noche decidió seguir a su vecino en una de sus salidas nocturnas. El gordo inició una caminata oblicua, fue en dirección del parque, pasó persignándose frente a la parroquia, observó con parsimonia una vieja residencia, tomó la alameda Ricardo Palma y, cosa que extrañó a Memo, cruzó los rieles del tranvía rumbo a Surquillo. Este barrio siempre le había inspirado a Memo desconfianza. En muchas de sus calles se afincaban indigentes, borrachines, matones y rufianes. El gordo anduvo de un lado a otro, aparentemente desprevenido, hasta que entró a una chingana de trasnochadores. Acodado en el mostrador pidió una cerveza y al beber el primer trago su fisonomía se transformó.

Abandonó todo lo que en ella había de inseguridad y de desarraigo, como la de un hombre que regresa a su hogar luego de una penosa aventura. Después de una segunda cerveza el gordo miró con insistencia a un mancebo que bebía a su lado y trató de buscarle conversación. Esta se entabló y el gordo le invitó una cerveza. Memo no quiso seguir observando, pues se sintió invadido por una invencible repugnancia. El gordo ofrecía cigarrillo a su vecino y pedía que le mostrara su mano para adivinarle las líneas de la fortuna.

Las conclusiones que Memo sacó de este incidente se las reservó y no tuvo por el momento ocasión de usarlas pues el hijo, así como vino, se fue. Una mañana se detuvo un taxi frente a la quinta, subió el chofer y ayudó al gordo a llevar sus baúles hasta el auto. Doña Pancha estaba en la vereda con un pañuelo en la mano. La despedida fue larga y, tal como la presencié Memo, extremadamente patética. Memo dedujo que el hijo regresaba a Venezuela, esta vez para siempre.

Doña Pancha pasó unos días inactiva, despatarrada en su mecedora, viendo por encima de la baranda la quinta, sus enredaderas y esas garúas matinales que un invierno mediocre enviaba por bravatas antes de despedirse. En esa época una de las palmeras de la entrada se desplomó causando susto, pero no dañó a los transeúntes. La casa de la familia Chocano amaneció

con los muros agrietados y sus ocupantes tuvieron que mudarse precipitadamente. Nadie se daba el trabajo de renovar el césped del jardín central, que había terminado por convertirse en un lodazal. La quinta continuaba degradándose. Sus propietarios, un banco, no hacían nada por repararla, esperaban que su decrepitud expulsaría a sus habitantes y que podrían así construir un moderno edificio en su solar. Memo vio por primera vez aparecer ratones en los corredores.

Doña Pancha no tardó mucho en reponerse de la partida de su hijo. Su temperamento imaginativo y hacendoso la empujó a colmar ese vacío con nuevas ocupaciones. Una mañana Memo descubrió que en la jaula vacía que doña Pancha trajera el día que se mudó y que desde entonces colgaba sobre el dintel de su puerta había un loro. Un loro enorme, verdirrojo, que lo observaba inmutable con sus ojos colorados. Memo dedujo de inmediato que esa adquisición no era un mero pasatiempo sino una acción dirigida contra su persona. Pero esta vez se engañó, pues se trataba de un loro más bien reservado que solo de cuando en cuando emitía un graznido metálico. Doña Pancha pasaba horas cambiándole el agua de su tacita y dándole de comer en el pico un choclo fresco.

Ese animal contenía, sin embargo, elementos de perturbación que no tardaron en manifestarse. En esos días una estación de radio había convocado a un concurso ofreciendo un premio de mil soles a quien presentara un loro que dijera “Naranjas Huando”. A partir de entonces doña Pancha se dedicó a enseñarle a su perico esas palabras. Desde la mañana se paraba en una silla bajo la jaula y repetía sin desmayar “Naranjas Huando, Naranjas Huando”, sin obtener del animal el menor eco.

Memo soportó los primeros días esa cantaleta, confiado en que su vecina terminaría por desistir. Pero doña Pancha era de una tenacidad inquebrantable y la estupidez de su loro parecía redoblar su ardor. Sus lecciones se fueron haciendo más sostenidas y estruendosas, Un día no pudo más y salió a la galería: “vieja bellaca, ¿va a cerrar el pico?”.

“Pico tendrá usted, cholo malcriado”. “Este no es un corral para traer animales”. “Y a usted, ¿cómo lo han dejado entrar en la quinta?”. “Animal será usted, una verdadera bestia para decirlo en una palabra. Más bruta que su loro”. “No me siga hablando así que voy a llamar a la policía”. “Que venga pues la policía y verá cómo hago que le metan el loro donde no le dé el sol”. “A mí hablándome de bocas. ¿No se ha visto la jeta en un espejo? Cara de poto, asqueroso, tísico, pestífero”.



Estos altercados no impidieron que doña Pancha siguiera aleccionando a su loro. Cada día Memo preparaba una batería de agravios inéditos, pero que no hacían mella en su vecina. El loro, por otra parte, recompensando los esfuerzos de doña Pancha, salió de su mutismo y demostró tener una voz particularmente chillona, incapaz de articular la frase “Naranjas Huando”, pero de bordar en torno a esas sílabas un estridente abecedario.

Memo comenzó a pensar que esta vez se había embarcado en una batalla sin salida o que tal vez era necesario replantear desde el comienzo toda su estrategia. Y al fin se le ocurrió la idea salvadora: así como durante la guerra de las flores opuso a las macetas de su vecina su pequeño jardín salvaje ahora era necesario enfrentar a su animal con otro animal.

Y ya que en la quinta había ratones lo indicado era un gato.

Lo buscó afanosamente por el barrio y encontró al fin alguien que le cedió un capón negro, huraño y un poco viejo.

Los primeros días el gato anduvo refugiado bajo el sillón y apenas se atrevía a salir para comer en la cocina o hacer su caca en una caja con arena. Luego, cediendo a la curiosidad, se aventuró por la pieza oliendo cada objeto y dejándose incluso acariciar el lomo por su dueño. Cuando Memo juzgó que ya había ganado su confianza le colocó una cadenilla y salió a pasearse con él por la galería.

Doña Francisca no dijo nada, pero comenzó a evaluar qué inconvenientes podría traerle la presencia de ese felino.

Ella lo veía chusco, demoníaco, con la cola demasiado larga, capaz de propagar enfermedades repugnantes. Pronto comenzó a quejarse, diciendo que apestaba, que se meaba en el muro de su casa. “Mentira, chillaba Memo, solo orina en su caja. No se caga fuera de la jaula como su loro y llena todo de moscas”.

Las cosas no quedaron allí. Cuando el gato se familiarizó más con la casa, Memo le permitió salir al corredor y tomar el sol al lado de su ciprés. Solo entonces el capón reparó que en la jaula vecina había algo que se movía. Se dedicó entonces durante horas a observar las evoluciones del pajarraco, intrigado por el galimatías que era todo lo que había aprendido de su dueña. Doña Pancha notó que el gato se acercaba cada día más a la jaula. “¡Se quiere comer a mi loro! ¡Usted lo ha adiestrado para que lo mate!”. “A buena hora. Libraría a la quinta de una plaga” “Si lo veo acercarse un centímetro más, ese animal va a saber lo que es un escobazo”. “Y usted una patada en el trasero”. “¡Ya se abrió el albañal! ¡Ahora van a salir sapos y culebras!” “Sapo será usted y una culebra es lo que yo debería traer para que la estrangule”.



A pesar de las protestas de doña Pancha, Memo dejó que su gato siguiera paseándose por la galería. En buena cuenta había delegado a su felino la tarea de ocuparse de su vecina y podía así pasar largas horas leyendo tranquilamente en su sillón. Un día sintió caer en el balcón un chorro de agua y al poco rato su gato penetró despavorido por la ventana completamente mojado. En el acto salió, cuando doña Pancha entraba a su casa con un balde.

“¡Ya la vi zamba canalla! Abusando de un animal indefenso”. Doña Pancha asomó: “Se había subido a mi ventana, iba a saltar a la jaula”. “No le creo. Además mi gato no quiere envenenarse comiendo a ese pájaro inmundo”. “Viejo avaro, usted lo mata de hambre seguramente cuando quiere comerse a mi loro”. “Come mejor que usted, para que lo sepa, carne molida y sardinas”. “Por eso es que apesta a pescado podrido”.

Memo interrumpió la discusión pensando que su gato necesitaba socorro, mientras su vecina seguía refunfuñando, advirtiéndole que en adelante no toleraría amenazas contra su loro. El gato tiritaba acurrucado en un rincón de la pieza. Memo lo secó cuidadosamente con una toalla, lo envolvió en una chompa y le colocó una bolsa de agua caliente. El gato permaneció unos días encerrado, sin atreverse a salir. Pero más puede la curiosidad que el castigo y asomando primero la nariz, luego el pescuezo terminó por implantarse otra vez en la galerías, vigilando al perico.

Doña Pancha cumplió su palabra y el felino recibió un segundo chorro de agua fría. Esta vez Memo, que no esperaba tal ofensa se abstuvo de toda reacción, pero esa

misma noche veló y cuando su vecina dormía salió, descolgó la jaula y la aventó con tal fuerza al jardín de los bajos que la jaula se despanzurró. El loro se fue volando.

Jamás Memo previó las consecuencias de este gesto y por primera vez pensó que tal vez había ido demasiado lejos. Doña Pancha estaba a la mañana siguiente aporreando la puerta de su cuarto y tan trastornada por lo ocurrido que apenas podía hablar. Gorda, oscura, envuelta en sus anchísimos vestidos, gesticulaba delante de él, movía los brazos, cerraba el puño, señalaba su puerta, la baranda, el jardín, sin lograr convertir su cólera en palabras. Memo vio en su rostro abotagado los signos de un colapso inminente. “Usted se lo ha ganado”, se atrevió a decir y doña Pancha solo pudo exclamar, pero con una carga de odio que lo aterrorizó: “¡Miserable!”

Sobrevinieron unos días de paz forzosa. Doña Pancha, olvidándose de Memo, salía muy temprano en busca de su loro, preguntando en el barrio de puerta en puerta. Puso un aviso a la entrada a la quinta ofreciendo una recompensa por su hallazgo. El viejo pájaro, sin embargo, no se había ido muy lejos. Su larga cautividad lo había despojado de toda veleidad libertaria y había terminado por recalar en la rama de un ficus vecino, donde un transeúnte lo ubicó. Su captura fue un ejemplo de movilización social. Doña Pancha concientizó a la mayoría de los vecinos y hasta nosotros, observadores más bien morosos, participamos en la aventura. Con escaleras, cuerdas y pértigas tratamos de echarle mano. Cuando estábamos a punto de alcanzarlo se volaba a un árbol contiguo. La persecución se prolongó durante días de árbol en árbol, y de cuadra en cuadra hasta que llegamos a las inmediaciones del parque. Al fin el loro encalló hambriento y fatigado en una florería y doña Pancha pudo recobrarlo y con él la tranquilidad y el honor perdidos. Esta vez lo instaló en una jaula de pie, metálica, roja e inexpugnable.

A partir de entonces sucedió algo extraño: entre el loro y el gato se estableció una rara complicidad. Bastaba que el loro lanzara en la mañana su primer graznido para que el gato saliera inmediatamente al corredor, empezara a hacer cabriolas, encorvar el lomo, enhiestar el rabo, dar saltos y volantines, hasta que fatigado terminaba por sentarse muy sosegado y ronroneando al lado de la jaula. El loro se pavoneaba en su columpio, improvisaba gorgoritos y cuando el gato se atrevía por juego a meter su mano peluda por las rejas, fingía el más grande temor para luego acercarse y darle un inocuo picotón en la garra. En este juego siempre repetido parecían encontrar un deleite infinito.

El acercamiento entre los que antes habían sido sus armas de combate menguó la pugna entre los vecinos. Pero esta asumió formas muchísimo más rutinarias y triviales. Sin pretextos graves para enfrentarse, recurrían al insulto maquinal. Cada vez que se cruzaban en las escaleras o la galería Memo decía entre dientes: “Zamba cochina” y obtenía como respuesta: “Cholo pulgiento”. A través del muro además se había entablado un diálogo que se cumplía rigurosamente. Con los años doña Pancha sufría de trastornos gástricos y soltaba muchos gases. Memo, atento a todos los ruidos, llevaba en voz alta una escrupulosa contabilidad: “Primer pedo”, “Segundo pedo” y como a fuerza de fumar el tosía y escupía a menudo, doña Pancha respondía: “Ya empieza a echar gargajos el viejo tísico”, “Un pollo más”. Así, ambos nada olvidaban ni perdonaban y ocupaban sus días seniles en una contienda más bien disciplinada, cada vez menos feroz, que iba tomando el aspecto de una verdadera conversación.

Un día el cielo raso de doña Francisca se agrietó y un poco después en el muro de la fachada apareció una fisura.

La quinta seguía cayéndose a pedazos. Doña Pancha fue al banco y trató inútilmente de localizar al propietario. Le dijeron que era una sociedad anónima y que esta la formaban un centenar de personas o, lo que era lo mismo, ninguna. Al fin logró hacerse escuchar por un empleado quien le dijo que las reparaciones corrían por cuenta de los inquilinos y que si no podía hacerlas se mudara. Poco después recibió una notificación judicial diciéndole que si las averías se agravaban se vería obligada a dejar la casa.

Esto la sumió en el más grande terror. Por el alquiler antiguo que ella pagaba en ese lugar solo encontraría un cuarto de esteras en una barriada. Cada mañana pasaba revista al cielo raso y los muros temerosa de ver surgir una nueva grieta. Pero la quinta se desmoronaba caprichosamente, sin seguir ningún orden preestablecido. Otra de las palmeras de la entrada se derrumbó, en los departamentos de los altos estallaron las cañerías inundando varios departamentos y las rejas de una casa exterior se vinieron abajo.

Memo no trató esta vez de sacar ninguna ventaja de las dificultades de su vecina. Varias veces estuvo tentado de intercalar, en uno de sus cotidianos diálogos murales, algo así como “Que se le caiga el techo encima” o “Reviente zamba bajo la pared”, pero el temor de que el deterioro de la casa contigua se hiciera extensivo a la suya lo paralizaba. Esto no le impedía llevar el registro de los ruidos de su vecina y aparte de los gases había detectado en su respiración, en las noches, un ronquido que le dio pábulo a nuevas invectivas: “Ahora son los bronquios; las pulmonías se llevan a la tumba a las viejas gordas” o “Dentro de unos meses a Jauja, a respirar el aire de los desahuciados. Así me dejará tranquilo, harpía”.

Una noche doña Pancha tosió sin interrupción, lo que redobló las puyas de Memo y el pleito que tendía a empantanarse en la moderación recobró su antiguo brío. “¡Asqueroso, insolente, no tiene respeto por una mujer de edad! A ver, ¿por qué cuando estuvo aquí mi hijo no levantó la voz? Se la pasó escondido bajo la cama, cobarde”. Por la mente de Memo pasó un viejo recuerdo y antes de que pudiera reprimirse gritó: “Sépallo bien, ¡su hijo era un rosquete!”. En vano esperó la respuesta. En el resto de la noche solo escuchó toses, ronquidos y suspiros.



Al día siguiente doña Pancha no salió de su cuarto. Memo esperó en vano verla regresar de misa o ir de compras para colocarle, de pasada, una de sus habituales estocadas. El loro estuvo más locuaz que de costumbre, probablemente esperando su choclo fresco y el gato trató de entretenerlo en vano con sus monerías de viejo capón. Memo permaneció todo el tiempo al acecho, escuchando tan solo en la pieza contigua el carraspeo y el trajín de una persona agotada. En los días siguientes el trajín se fue haciendo más lento hasta que cesó por completo. Memo se alarmó: ese silencio le parecía irreal, despojaba a su vida de todo un escenario que había sido minuciosa, arduamente montado durante años.

Saliendo al balcón observó al loro que yacía acurrucado en un rincón de su jaula encarnada y, lo que nunca hacía, se atrevió a acercarse a la ventana de su vecina. Apenas vio su reflejo en los cristales, dio un respingo.

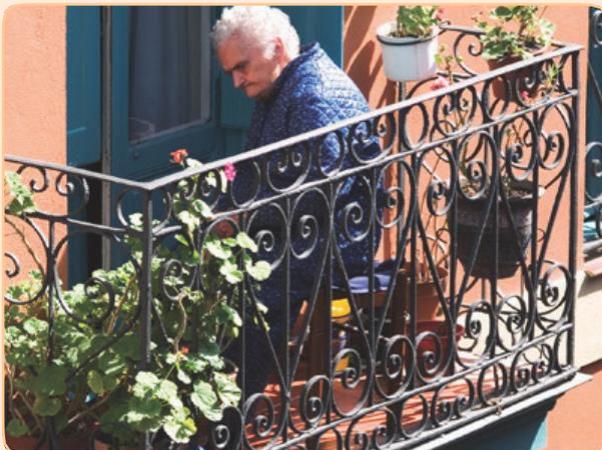
“Viejo idiota, ¿qué hace allí espiándome?”. “No estoy espiando a nadie. Ya le he dicho que el balcón es de todos los inquilinos”. “Ya que tiene usted dos patas, vaya a la botica y tráigame una aspirina”. “A la última persona que le haré un favor será a usted. Reviente zamba sucia”. “No es una favor pedazo de malcriado, es una orden. Si no me hace caso va a caer sobre usted la maldición de Dios”. “Esas maldiciones me importan un comino. Búsquese una sirvienta”.

Memo regresó a su cuarto y anduvo entre sus álbumes de estampillas y sus libros de viajes tratando de entretenerse en algo. Pero nada lograba retener su atención, a no ser el silencio que lo cercaba. Al fin pegó la boca al muro y gritó: “¡Le traeré la aspirina, bestia, pero lo hago solo por humanidad! Y aun así cuídese, no vaya a ser que le ponga veneno”.

Cuando regresó de la farmacia tocó la puerta de doña Francisca. “Un momento, cholo indecente, espere, que me ponga la bata”. “¿Y cree que la voy a mirar? Lo último que se me ocurriría: ¡una chancha calata!” La puerta se entreabrió y asomó por ella la mano de doña Pancha. Memo depositó el sobre con las aspirinas. “Un sol cincuenta. No va a querer además que le regale las medicinas”. “Ya lo sé, flaco avaro. Espere”. La mano volvió a asomar y arrojó al balcón un puñado de monedas. “¿Así me paga el servicio? ¡Sépallo ya, no cuente en adelante conmigo, muérase como una rata!”.

Pero esa noche cuando doña Pancha lo interpeló pidiéndole una taza de té caliente, Memo, después de deshacerse en improperios, se la preparó. Esta vez la comunicación se efectuó a través de la ventana. Memo tuvo apenas tiempo de entrever el rostro de su vecina, ajado, sombrío, flácido y violeta.

Al día siguiente fue un caldo lo que doña Pancha exigió. Memo preparaba su propia comida, a veces la encargaba a una pensión de donde se la traían en un portaviandas, muy rara vez iba a un restaurante. Ese día no tenía caldo.



“¿Y por qué no un pavo al horno, vieja gorrera?” “Un caldo, he dicho”. Memo cogió un poco de carne molida de su gato y preparó una sustancia. Doña Pancha la esperaba en la ventana, apoyada en el alféizar. Memo la volvió a encaminar y notó por primera vez que sus ojeras eran siniestras y que tenía dos enormes lunares de carne en la mejilla. Doña Pancha olió el caldo: “De hueso, seguro miserable”. “De caca de gato, para que lo sepa”.

Al día siguiente, Memo se levantó temprano, fue a una pensión cercana y encargó para mediodía una doble ración de caldo de gallina. Cuando se lo trajeron lo puso en el fogón para que se mantuviera caliente. Sentado en su sofá esperó que doña Pancha se manifestara. Pero dieron las dos de la tarde y no escuchó ningún pedido. “¿No hay hambre, vieja pectorra?” Más tarde volvió a interpellarla: “¡Eh, aquí no estamos para aguantar caprichos! La sopa a sus horas o nada”. Como doña Pancha no contestó, apagó la cocina y se echó a dormir la siesta. Despertó al atardecer en medio de un gran silencio, puntuado solo a veces por el cacareo de un loro cada vez más famélico. Memo se entretuvo escuchando sus discos de Caruso, a un volumen intencionalmente elevado, pero a diferencia de otras épocas no llegaron del otro lado protestas ni represalias. Cuando ya estaba oscuro volvió a encender la cocina para calentar el caldo y salió a la galería.

Otra vez se vio circundado por una calma irreal. El departamento de su vecina estaba apagado. Memo se paseó delante de él taconeando fuerte sobre el enladrillado para hacer notar su presencia e interpellando al pajarraco: “Lorito de trapo sucio, a punto de estirar la pata, ¿no?” Al fin, intrigado, se decidió a dar unos golpes en la puerta y como no obtuvo respuesta la empujó. Estaba sin picaporte y cedió. En la oscuridad avanzó unos pasos, tropezó con algo y cayó de bruces. “Vieja bruja, ¿así que poniéndome zancadillas, no?”. A gatas anduvo chocando con taburetes y mesas hasta que encontró

el conmutador de una lámpara y alumbró. Doña Pancha estaba tirada de vientre en medio del piso, con un frasco en la mano. El vuelo de su camisón estaba levantado dejando al descubierto un muslo inmensamente gordo, cruzado de venas abultadas. El primer impulso de Memo fue salir disparado, pero en la puerta se contuvo. Agachándose rozó con la mano ese cuerpo frío y rígido. En vano trató de levantarlo para llevarlo a la cama. Esos cien kilos de carne eran inamovibles.

“Ya lo decía, masculló, tenías que reventar así. ¿Y ahora qué hago contigo? ¡Aún muerta tienes que seguir fregando! Dura como loza te has quedado, negra malcriada”, su gato había aprovechado para entrar a husmear ese lugar no hollado y olía la mano de doña Pancha. “Fuera de aquí, bestia carachosa”, gritó Memo y como nunca le encajó un puntapié en las costillas. Con una rápida mirada escrutó la pieza y notó el desorden



que deja una persona que bruscamente se ausenta: cajones abiertos, ropa tirada en las sillas, platos sucios en la cocina. Saliendo del cuarto fue a su casa, se puso su pijama, probó un poco de caldo y se metió a la cama. Pero le fue imposible conciliar el sueño. Cerca de medianoche se vistió y se dirigió a la comisaría del parque para dar cuenta de lo sucedido.

En el resto de la noche y hasta la madrugada pasaron por el cuarto vecino, policías, el médico forense, algunos vecinos y dos monjitas que vistieron a la muerta. No hubo velatorio. Vino a llevarla al cementerio la carroza de los indigentes. Cuando en pleno día sacaban el ataúd de madera sin barnizar, Memo dudó si debía o no hacer acto de presencia. Estuvo a punto de ponerse el saco, pero finalmente por desidia o por terquedad renunció.

Y desde entonces lo vimos más solterón y solitario que nunca. Se aburría en su cuarto silencioso, adonde habían terminado por llegar las grietas de la pieza vecina. Pasaba largas horas en la galería fumando sus cigarrillos ordinarios, mirando a la fachada de esa casa vacía, en cuya puerta los propietarios habían clavado dos maderos cruzados. Heredó el loro y su jaula colorada y terminó, como era de esperar, regando las macetas de doña Pancha, cada mañana religiosamente, mientras entre dientes la seguía insultando, no porque lo había fastidiado durante tantos años, sino porque lo había dejado, en la vida, es decir, puesto que ahora formaba parte de sus sueños.

(París, marzo de 1974)

Julio Ramón Ribeyro

**I. Comprensión lectora**

1. ¿Cómo estaba vestido el hijo de doña Pancha cuando llegó de Venezuela?
2. ¿Por qué las veladas entre doña Pancha y su hijo eran calificadas de lánguidas y tristes?
3. ¿Qué impresión le causó el hijo de doña Pancha a Memo cuando lo siguió hasta el bar en Surquillo? ¿Qué vio ahí?
4. Enumera los hechos que revelan la degradación de la quinta.
5. ¿Cómo era el loro que doña Pancha adquirió tras la partida de su hijo?
6. ¿Qué palabras intentó enseñarle doña Pancha al loro?
7. ¿Qué animal adquirió Memo?
8. ¿Qué problemas surgieron luego de la adquisición de los animales?
9. ¿Por qué doña Pancha recurrió a Memo para que le comprara unas pastillas?
10. ¿Por qué Memo ingresó al departamento de doña Pancha sin su autorización? ¿Qué sucedió?

**II. Juicio crítico-valorativo**

11. ¿Por qué crees que al final de la historia Memo ayudó a doña Pancha? ¿Qué hubieras hecho tú?

**III. Creatividad**

12. ¿Cómo te hubiera gustado que termine la historia? Cuéntalo en cinco líneas.
13. Ordena cronológicamente.

- (    ) Memo sigue al hijo de doña Pancha.
- (    ) Doña Pancha adquiere un loro.
- (    ) Doña Pancha pide ayuda a Memo.
- (    ) Memo ingresa al departamento de doña Pancha.
- (    ) Memo insinúa que doña Pancha es amante de un gasfitero.

## Precisión léxica II

**Ejercicios**

Reemplaza el verbo *hacer* por uno más preciso.

1. Hacer un monumento. \_\_\_\_\_
2. Hacer un informe. \_\_\_\_\_
3. Hacer un poema. \_\_\_\_\_
4. Hacer una pared. \_\_\_\_\_
5. Hacer locuras. \_\_\_\_\_
6. Hacer una estatua. \_\_\_\_\_
7. Hacer una película. \_\_\_\_\_
8. Hacer un mundo. \_\_\_\_\_
9. Hacer un pudín. \_\_\_\_\_
10. Hacer un terno. \_\_\_\_\_

## Ejercicios

Reemplaza el verbo *haber* por uno más preciso.

1. En Navidad, siempre hay una fiesta en el casino La Hacienda.

---

2. En su caso hay circunstancias especiales.

---

3. Antes de declararse el incendio hubo una explosión.

---

4. Aquí hubo una batalla decisiva durante la guerra civil.

---

5. Hubo muchas sospechas en relación con su declaración.

---

### Cosa

Es probablemente la palabra de sentido más vago e impreciso.

Contra el abuso actual de la palabra *cosa*, es importante sustituir tan insustancial palabra por una más precisa.

#### Ejemplo:

- La humildad es una *cosa* muy rara.
- La humildad es una *virtud* muy rara.

## Ejercicios

Sustituye la palabra *cosa* por una más precisa.

1. La ira es una cosa despreciable.

---

2. La falta de inteligencia es una cosa irremediable.

---

3. La gula es una cosa vergonzosa.

---

4. Esta pintura es una cosa notable.

---

5. La educación de los niños es una cosa difícil.

---

6. La cosa se someterá al Consejo.

---

7. El microscopio es una cosa indispensable para el biólogo.

---

8. Una sola cosa ocupa su mente.

---

9. El viejo capitán se vanagloriaba de cosas inverosímiles.

---

10. Para un niño el juego es una cosa necesaria.

---



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
cuarrillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

1. Menciona cuatro obras de Julio Ramón Ribeyro.
2. ¿A qué libro de Ribeyro pertenece el cuento “Tristes querellas en la vieja quinta”?
3. ¿Qué significa precisión léxica?
4. Escribe cuatro ejemplos con el verbo *hacer* y reemplázalo por uno más preciso.
5. Escribe cuatro ejemplos con el término *cosa* y reemplázalo por uno más preciso.

# 03

## El cuento urbano III



El cuento urbano revela ese otro rostro oculto, mágico, casi irreal de la barriada: el rostro purulento de la corrupción moral.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
bolsillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. E*

### El niño de junto al cielo

Por alguna desconocida razón, Esteban había llegado al lugar exacto, precisamente al único lugar... Pero ¿no sería, más bien, que “aquello” había venido hacia él? Bajó la vista y volvió a mirar. Sí, ahí seguía el billete anaranjado, junto a sus pies, junto a su vida.

¿Por qué, por qué él?

Su madre se había encogido de hombros al pedirle, él, autorización para conocer la ciudad, pero después le advirtió que tuviera cuidado con los carros y con las gentes. Había descendido desde el cerro hasta la carretera y, a los pocos pasos, divisó “aquello” junto al sendero que corría paralelamente a la pista.

Vacilante, incrédulo se agachó y lo tomó entre sus manos. Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios, exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades y, por otra parte, le bastaba con saber que se trataba de un papel anaranjado que decía “diez” por sus dos lados.

Siguió por el sendero, rumbo a los edificios que se veían más allá de ese cerro cubierto de casas. Esteban caminaba unos metros, se detenía y sacaba el billete de su bolsillo para comprobar su indispensable presencia. ¿Había venido el billete hacia él se preguntaba o era él, el que había ido hacia el billete?

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basura, desperdicios de albañilería y



excrementos; llegó a una calle y desde allí divisó al famoso mercado, el Mayorista, del que tanto había oído hablar. ¿Eso era Lima, Lima, Lima?... La palabra le sonaba a hueco. Recordó: su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivían un millón de personas.

¿La bestia con un millón de cabezas? Esteban había soñado hacía unos días, antes del viaje, en eso: una bestia con un millón de cabezas. Y ahora, él, con cada paso que daba, iba internándose dentro de la bestia...

Se detuvo, miró y meditó; la ciudad, el Mercado Mayorista,

los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gentes—algunas como él, otras no como él—, y el billete anaranjado, quieto, dócil, en el bolsillo de su pantalón. El billete llevaba el “diez” por ambos lados y en eso se parecía a Esteban. El también llevaba el “diez” en su rostro y en su conciencia. El “diez años” lo hacía sentirse seguro y confiado, pero solo hasta cierto punto. Antes, cuando comenzaba a tener noción de las cosas y de los hechos, la meta, el horizonte, había sido fijado en los diez años. ¿Y ahora? No, desgraciadamente no. Diez años no era todo, Esteban se sentía incompleto aún. Quizá si cuando tuviera doce, quizá si cuando llegara a los quince. Quizá ahora mismo, con la ayuda del billete anaranjado.

Estuvo dando algunas, vueltas, atisbando dentro de la bestia, hasta que llegó a sentirse parte de ella. Un millón de cabezas y, ahora, una más. La gente se movía, se agitaba, unos iban en una dirección, otros en otra, y él, Esteban, con el billete anaranjado, quedaba siempre en el centro de todo, en el ombligo mismo.

Unos muchachos de su edad jugaban en la vereda. Esteban se detuvo a unos metros de ellos y quedó observando el ir y venir de las bolas; jugaban dos y el resto hacía ruedo. Bueno, había andado unas cuadras y por fin encontraba seres como él, gente que no se movía innecesariamente de un lado a otro. Parecía, por lo visto, que también en la ciudad había seres humanos.

¿Cuánto tiempo estuvo contemplándolos? ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora? ¿Una hora, acaso dos? Todos los chicos se habían ido, todos menos uno. Esteban quedó mirándolo, mientras su mano dentro del bolsillo acariciaba el billete.

—¡Hola, hombre!

—Hola... —respondió Esteban, susurrando casi.

El chico era más o menos de su misma edad y vestía pantalón y camisa de un mismo tono, algo que debió ser kaki en otros tiempos, pero que ahora pertenecía a esa categoría de colores vagos e indefinibles.

—¡Eres de por acá! —le preguntó a Esteban.

—Sí, este... —se aturdió y no supo cómo explicar que vivía en el cerro y que estaba en viaje de exploración a través de la bestia de un millón de cabezas.

—¿De dónde, ah? —se había acercado y estaba frente a Esteban. Era más alto y sus ojos inquietos le recorrían de arriba a abajo—. ¿De dónde, ah? —volvió a preguntar.

—De allá, del cerro —y Esteban señaló en la dirección en que había venido.

—¿San Cosme?

Esteban meneó la cabeza, negativamente.

—¿De El Agustino?

—¡Sí, de ahí! —exclamó sonriendo. Ese era el nombre y ahora lo recordaba. Desde hacía meses, cuando se enteró de la decisión de su tío de venir a radicarse a Lima, venía averiguando cosas de la ciudad. Fue así como supo que Lima era muy grande, demasiado grande, tal vez; que había un sitio que se llamaba Callao y que ahí llegaban buques de otros países; que habían lugares muy bonitos, tiendas enormes, calles larguísimas... ¡Lima!... Su tío había salido dos meses antes que ellos con el propósito de conseguir casa. Una casa. ¿En qué sitio será?, le había preguntado a su madre. Ella tampoco sabía. Los días corrieron y después de muchas semanas llegó la carta que ordenaba partir... ¡Lima!... ¿El cerro de El Agustino, Esteban? Pero él no lo llamaba así. Ese lugar tenía otro nombre. La choza que su tío había levantado quedaba en el barrio de Junto al Cielo. Y Esteban era el único que lo sabía.

—Yo no tengo casa... —dijo el chico después de un rato. Tiró una bola contra la tierra y exclamó—: ¡Caray, no tengo!

—¿Dónde vives, entonces? —se animó a inquirir Esteban.

El chico recogió la bola, la frotó en su mano y luego respondió:

—En el mercado, cuido la fruta, duermo a ratos...

Amistoso y sonriente, puso una mano sobre el hombro de Esteban y le preguntó: —¿Cómo te llamas tú?

—Esteban...

—Yo me llamo Pedro —tiró la bola al aire y la recibió en la palma de su mano—. Te juego, ¿ya Esteban?

Las bolas rodaron sobre la tierra, persiguiéndose mutuamente. Pasaron los minutos, pasaron hombres y mujeres junto a ellos, pasaron autos por la calle, siguieron pasando los minutos. El juego había terminado, Esteban no tenía nada que hacer junto a la habilidad de Pedro. Las bolas al bolsillo y los pies sobre el cemento gris de la acera. ¿A dónde, ahora? Empezaron a caminar juntos. Esteban se sentía más a gusto en compañía de Pedro, que estando solo.

Dieron algunas vueltas, más y más edificios. Más y más gentes. Más y más autos en las calles. Y el billete anaranjado seguía en el bolsillo. Esteban lo recordó.

—¡Mira lo que me encontré! —lo tenía entre sus dedos y el viento lo hacía oscilar levemente.

—¡Caray! —exclamó Pedro y lo tomó, examinándolo al detalle—. ¡Diez soles, caray! ¿Dónde lo encontraste?

—Junto a la pista, cerca del cerro —explicó Esteban.

Pedro le devolvió el billete y se concentró un rato. Luego preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Esteban?

—No sé, guardarlo, seguro... —y sonrió tímidamente.

—¡Caray, yo con una libra haría negocios, palabra que sí!

—¿Cómo?

Pedro hizo un gesto impreciso que podía revelar, a un mismo tiempo, muchísimas cosas. Su gesto podía interpretarse como una total despreocupación por el asunto —los negocios— o como una gran abundancia de posibilidades y perspectiva. Esteban no comprendió.

—¿Qué clase de negocios, ah?

—¡Cualquier clase, hombre! —pateó un cáscara de naranja que rodó desde la vereda hasta la pista; casi inmediatamente pasó un ómnibus que la aplanó contra el pavimento—. Negocios hay de sobra, palabra que sí. Y en unos dos días cada uno de nosotros podría tener otra libra en el bolsillo.

—¿Una libra más? —preguntó Esteban asombrándose.

—¡Pero claro, claro que sí!... —volvió a examinar a Esteban y le preguntó—: ¿Tú eres de Lima?

Esteban se ruborizó. No, él no había crecido al pie de las paredes grises, ni jugado sobre el cemento áspero e indiferente. Nada de eso en sus diez años, salvo lo de ese día.

—No, no soy de acá, soy de Tarma; llegué ayer...

—¡Ah! —exclamó Pedro, observándolo fugazmente—. ¿De Tarma, no?

—Sí, de Tarma...

Habían dejado atrás el mercado y estaban junto a la carretera. A medio kilómetro de distancia se alzaba el cerro de El Agustino, el barrio de Junto al Cielo, según Esteban. Antes del viaje, en Tarma, se había preguntado: ¿iremos a vivir a Miraflores, al Callao a San Isidro, a Chorrillos, en cuál de esos barrios quedará la casa de mi tío? Habían tomado el ómnibus y después de varias horas de pesado y fatigante viaje, arribaban a Lima. ¿Miraflores? ¿La Victoria? ¿San Isidro? ¿Callao? ¿A dónde Esteban, adónde? Su tío había mencionado el lugar y era la primera vez que Esteban lo oía nombrar. Debe ser algún barrio nuevo, pensó. Tomaron un auto y cruzaron calles y más calles. Todas diferentes pero, cosa curiosa, todas parecidas, también. El auto los dejó al pie de un cerro. Casas junto al cerro, casas en mitad de cerro, casas en la cumbre del cerro. Habían subido y una vez arriba, junto a la choza que había levantado su tío.

Esteban contempló a la bestia con un millón de cabezas. La “cosa” se extendía y se desparramaba, cubriendo la tierra de casas, calles, techos, edificios, más allá de lo que su vista podía alcanzar. Entonces Esteban había levantado los ojos, y se había sentido tan encima de todo —o tan abajo, quizá— que había pensado que estaba en el barrio de Junto al Cielo.

—Oye, ¿quisieras entrar en algún negocio conmigo? —Pedro se había detenido y lo contemplaba, esperando respuesta.

—¿Yo?... —titubeando, preguntó—: ¿Qué clase de negocio? ¿Tendría otro billete mañana?

—¡Claro que sí, por supuesto! —afirmó resueltamente.

La mano de Esteban acarició el billete y pensó que podría tener otro billete más, y otro más, y muchos más. Muchísimos billetes más, seguramente. Entonces en “diez años” sería esa meta que siempre había soñado.

—¿Qué clase de negocios se puede, ah? —preguntó Esteban.

Pedro sonrió y explicó:

—Negocios hay muchos... Podríamos comprar periódicos y venderlos por Lima; podríamos comprar revistas, chistes... —hizo una pausa y escupió con vehemencia. Luego dijo, entusiasmándose—: Mira, compraremos diez soles de revistas y los vendemos ahora mismo, en la tarde, y tenemos quince soles, palabra.

—¿Quince soles?

—¡Claro, quince soles! ¡Dos cincuenta para ti y dos cincuenta para mí! ¿Qué te parece, ah? Convinieron en reunirse al pie del cerro dentro de una hora; convinieron en que Esteban no diría nada, ni a su madre ni a su tío: convinieron en que venderían revistas y que de la libra de Esteban, saldrían muchísimas otras.

Esteban había almorzado apresuradamente y le había vuelto a pedir permiso a su madre para bajar a la ciudad. Su tío no almorzaba con ellos, pues en su trabajo le daban de comer gratis, completamente gratis, como había recalado al explicar su situación. Esteban bajó por el sendero ondulante, saltó la acequia y se detuvo al borde de la carretera, justamente en el mismo lugar en que había encontrado, en la mañana, el billete de diez soles. Al poco rato apareció Pedro y empezaron a caminar juntos, internándose dentro de la bestia de un millón de cabezas.



—Vas a ver qué fácil es vender revistas, Esteban. Las ponemos en cualquier sitio, la gente las ve y, listo, las compra para sus hijos. Y si queremos nos ponemos a gritar en la calle el nombre de las revistas y así vienen más rápido... ¡Ya vas a ver qué bueno es hacer negocios!...

—¿Queda muy lejos el sitio? —preguntó Esteban, al ver que las calles seguían alargándose casi hasta el infinito. Qué lejos había quedado todo lo que hasta hacía unos días había sido habitual para él.

—No, ya no. Ahora estamos cerca del tranvía y nos vamos gorreando hasta el centro.

—¿Cuánto cuesta el tranvía?

—¡Nada, hombre! —y se rio de buena gana—. Lo tomamos no más y le decimos al conductor que nos deje ir hasta la plaza San Martín.

Más y más cuadras. Y los autos, algunos viejos, otros increíblemente nuevos y flamantes, pasaban veloces, rumbo sabe Dios dónde.

—¿Adónde va toda esa gente en auto?

Pedro sonrió y observó a Esteban. Pero ¿adónde iban realmente? Pedro no halló ninguna respuesta satisfactoria y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Más y más cuadras. Al fin terminó la calle y llegaron a una especie de parque.

—¡Corre! —le gritó Pedro, de súbito. El tranvía comenzaba a ponerse en marcha. Corrieron, cruzaron en dos saltos la pista y se encaramaron al estribo.

Una vez arriba se miraron, sonrientes. Esteban empezó a perder el temor y llegó a la conclusión de que seguía siendo el centro de todo. La bestia de un millón de cabezas no era tan espantosa como había soñado, y ya no le importaba estar siempre, aquí o allá, en el centro mismo, en el ombligo mismo de la bestia.

Parecía que el tranvía se había detenido definitivamente, esta vez, después de una serie de paradas, todo el mundo se había levantado de sus asientos y Pedro lo estaba empujando.

—Vamos, ¿qué esperas?

—¿Aquí es?

—Claro, baja.

Descendieron y otra vez a rodar sobre la piel de cemento de la bestia. Esteban veía más gente y las veía marchar —sabe Dios dónde— con más prisa que antes. ¿Por qué no caminaban tranquilos, suaves, con gusto, como la gente de Tarma?

—Después volvemos y por estos mismos sitios vamos a vender las revistas.

—Bueno —asintió Esteban. El sitio era lo de menos, se dijo, lo importante era vender las revistas, y que la libra se convirtiera en varias más. Eso era lo importante.

—¿Tú tampoco tienes papá? —le preguntó Pedro mientras doblaban hacia una calle por la que pasaban los rieles del tranvía.

—No, no tengo... —y bajó la cabeza, entristecido. Luego de un momento, Esteban preguntó—: ¿Y tú?

—Tampoco, ni papá, ni mamá. —Pedro se encogió de hombros y apresuró el paso. Después inquirió descuidadamente:

—¿Y al que le dices “tío”?

—Ah... él vive con mi mamá, ha venido a Lima de chofer... —calló, pero enseguida dijo—: Mi papá murió cuando yo era un chico...

—¡Ah, caray!... ¿Y tu “tío”, qué tal te trata?

—Bien; no se mete conmigo para nada.

—¡Ah!

Habían llegado al lugar. Tras un portón se veía un patio más o menos grande, puertas, ventanas, y dos letreros que anunciaban revistas al por mayor.

—Ven, entra —le ordenó Pedro.

Estaban adentro. Desde el piso hasta el techo habían revistas, y algunos chicos como ellos, dos mujeres y un hombre, seleccionaban sus compras. Pedro se dirigió a uno de los estantes y fue acumulando revistas bajo el brazo. Las contó y volvió a revisarlas.

—Paga.

Esteban vaciló un momento. Desprenderse del billete anaranjado era más desagradable de lo que había supuesto. Se estaba bien teniéndolo en el bolsillo y pudiendo acariciarlo cuantas veces fuera necesario.

—Paga —repitió Pedro, mostrándole las revistas a un hombre gordo que controlaba la venta.

—¿Es justo una libra?

—Sí, justo. Diez revistas a un sol cada una.

Oprimió el billete con desesperación, pero al fin terminó por extraerlo del bolsillo. Pedro se lo quitó rápidamente de la mano y lo entregó al hombre.

—Vamos —dijo jalándolo.

Se instalaron en la plaza San Martín y alinearon las diez revistas en uno de los muros que circulaban el jardín. Revistas, revistas, revistas señor, revistas señora, revistas, revistas. Cada vez que una de las revistas desaparecía con un comprador, Esteban suspiraba aliviado. Quedaban seis revistas y pronto de seguir así las cosas, no habría de quedar ninguna.

—¿Qué te parece, ah? —preguntó Pedro, sonriendo con orgullo.

—Está bueno, está bueno... —y se sintió enormemente agradecido a su amigo y socio.

—Revistas, revistas ¿no quiere un chiste, señor?

El hombre se detuvo y examinó las carátulas. ¿Cuánto? Un sol cincuenta, no más... La mano del hombre quedó indecisa sobre dos revistas. ¿Cuál, cuál llevará? Al fin se decidió. Cóbrense. Y las monedas cayeron, tintineantes, al bolsillo de Pedro. Esteban se limitaba a observar, meditaba y sacaba sus conclusiones: una cosa era soñar, allá en Tarma, con una bestia de un

millón de cabezas, y otra era estar en Lima, en el centro mismo del universo, absorbiendo y paladeando con fruición la vida.

Él era el socio capitalista y el negocio marchaba estupendamente bien. Revistas, revistas, gritaba el socio industrial, y otra revista más que desaparecía en manos impacientes. ¡Apúrate con el vuelto!, exclamaba el comprador. Y todo el mundo caminaba a prisa, rápidamente. ¿Adónde van que se apuran tanto?, pensaba Esteban.

Bueno, bueno, la bestia era una bestia bondadosa, amigable, aunque algo difícil de comprender. Eso no importaba; seguramente, con el tiempo, se acostumbraría. Era una magnífica bestia que estaba permitiendo que el billete de diez soles se multiplicara. Ahora ya no quedaban más que dos revistas sobre el muro. Dos nada más y ocho desparramándose por desconocidos e ignorados rincones de la bestia. Revistas, revistas, chistes a sol cincuenta, chistes... Listo, ya no quedaba más que una revista y Pedro anunció que eran las cuatro y media.



—¡Caray, me muero de hambre, no he almorzado!... —prorrumpió luego.

—¿No has almorzado?

—No, no he almorzado... —observó a posibles compradores entre las personas que pasaban y después sugirió—: ¿Me podrías ir a comprar un pan o un bizcocho?

—Bueno —aceptó Esteban, inmediatamente.

Pedro sacó un sol de su bolsillo y explicó:

—Esto es de los dos cincuenta de mi ganancia, ¿ya?

—Sí, ya sé.

—¿Ves ese cine? —preguntó Pedro señalando a uno que quedaba en la esquina. Esteban asintió—. Bueno, sigues por esa calle y a mitad de cuadra hay una tiendecita de japoneses. Anda y cómprame un pan con jamón o tráeme un plátano y galletas, cualquier cosa, ¿ya Esteban?

—Ya.

Recibió el sol, cruzó la pista, pasó por entre dos autos estacionados y tomó la calle que le había indicado Pedro. Sí, ahí estaba la tienda. Entró.

—Deme un pan con jamón —pidió a la muchacha que atendía.

Sacó un pan de la vitrina, lo envolvió en un papel y se lo entregó. Esteban puso la moneda sobre el mostrador.

—Vale un sol veinte —advirtió la muchacha.

—¡Un sol veinte!... —devolvió el pan y quedó indeciso un instante. Luego se decidió—: Deme un sol de galletas, entonces.

Tenía el paquete de galletas en la mano y andaba lentamente. Pasó junto al cine y se detuvo a contemplar los atrayentes avisos. Miró a su gusto y, luego, prosiguió caminando. ¿Habría vendido Pedro la revista que le quedaba?

Más tarde, cuando regresara a Junto al Cielo, lo haría feliz, absolutamente feliz. Pensó en ello, apresuró el paso, atravesó la calle, esperó que pasaran unos automóviles y llegó a la vereda. Veinte o treinta metros más allá había quedado Pedro. ¿O se había confundido?

Porque ya Pedro no estaba en ese lugar, ni en ningún otro. Llegó al sitio preciso y nada, ni Pedro, ni revista, ni quince soles, ni... ¿Cómo había podido perderse o desorientarse? Pero, ¿no era ahí donde habían estado vendiendo las revistas? ¿Era o no era? Miró a su alrededor. Sí, en el jardín de atrás seguía la envoltura de un chocolate. El papel era amarillo con letras rojas y negras, y él lo había notado cuando se instalaron, hacía más de dos horas. Entonces, ¿no se había confundido? ¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?



Bueno, no era necesario asustarse, pensó. Seguramente se había demorado y Pedro lo estaba buscando. Esto tenía que haber sucedido, obligadamente. Pasaron los minutos. No, Pedro no había ido a buscarlo: ya estaría de regreso de ser así. Tal vez había ido con un comprador a conseguir cambio. Más y más minutos fueron quedando a sus espaldas. No, Pedro no había ido a buscar sencillo: ya estaría de regreso, de ser así. ¿Entonces?...

—Señor, ¿tiene hora? —le preguntó a un joven que pasaba.

—Sí, las cinco en punto.

Esteban bajó la vista, hundiéndola en la piel de la bestia y prefirió no pensar. Comprendió que, de hacerlo, terminaría llorando y eso no podía ser. Él ya tenía diez años, y diez años no eran ni ocho, ni nueve ¡Eran diez años!

—¿Tiene hora, señorita?

—Sí —sonrió y dijo con voz linda—: Las seis y diez —y se alejó apresurada.

¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?... ¿Dónde estaban, en qué lugar de la bestia con un millón de cabezas estaban?... Desgraciadamente no lo sabía y solo quedaba la posibilidad de esperar y seguir esperando...

—¿Tiene hora, señor?

—Un cuarto para las siete.

—Gracias...

¿Entonces?... Entonces, ¿ya Pedro no iba a regresar?... ¿Ni Pedro, ni los quince soles, ni la revista iban a regresar entonces?... Decenas de letreros luminosos se habían encendido. Letreros luminosos que se apagaban y se volvían a encender; y más y más gente sobre la piel de la bestia. Y la gente caminaba con más prisa ahora. Rápido, rápido, apúrense, más rápido aún, más, más, hay que apurarse muchísimo más, apúrense más... Y Esteban permanecía inmóvil, recostado en el muro, con el paquete de galletas en la mano y con las esperanzas en el bolsillo de Pedro... Inmóvil, dominándose para no terminar en pleno llanto.

Entonces ¿Pedro lo había engañado?... ¿Pedro su amigo, le había robado el billete anaranjado?... ¿O sería, más bien, la bestia con un millón de cabezas la causa de todo?... Y ¿acaso no era Pedro parte integrante de la bestia?...

Sí y no. Pero ya nada importaba. Dejó el muro, mordisqueó una galleta y, desolado, se dirigió a tomar el tranvía.

Enrique Congrains Martin

### Sabías que...

### Recuerda que...

### Glosario

**Tranvía:** vehículo de tracción eléctrica, para el transporte de viajeros, que circula sobre rieles en el interior de una ciudad.

### I. Comprensión lectora

1. ¿Qué encontró Esteban camino a la ciudad?
2. ¿Qué pensaba Esteban de la ciudad de Lima?, ¿cómo llamaba a Lima?
3. ¿Quién es Pedro y cómo conoce a Esteban?
4. ¿Cuál fue el negocio que le propuso Pedro a Esteban?
5. ¿Cuántas revistas compraron? ¿Cuánto les costó cada una? ¿A cuánto las venderían?
6. ¿Qué sucedió cuando ya solo quedaba una revista?
7. ¿Cómo se sintió Esteban cuando regresó y no encontró a Pedro?

### II. Apreciación crítica

8. ¿Por qué crees que Esteban no encontró a Pedro? ¿A dónde se habría ido? ¿Por qué lo habría hecho?
9. ¿Crees que Pedro tenía todo planeado? ¿En qué momento de la historia crees que Pedro decidió estafar a Esteban?
10. Relaciona cada personaje con sus características.

**Pedro**

- confiado
- pícaro
- tarmeño
- seguro
- con muchas ilusiones
- vive en el cerro

**Esteban**

- vive en el mercado
- tiene diez años

### III. Síntesis y creatividad

11. Sintetiza el cuento en seis viñetas. ¡Utiliza plumones, crayones y lápices y crea tu propia historieta!

## Vicios del lenguaje I

### Anfibología

Es el empleo de frases o palabras con más de una interpretación. También se la llama disemia (dos significados) o polisemia (varios significados).

Ejemplos:

- ~~Jorge me repetía que él no tomaba alcohol continuamente.~~  
*Jorge me repetía continuamente que él no tomaba alcohol.*
- ~~Vendemos trajes para caballeros de marcas famosas.~~  
*Vendemos trajes de marcas famosas para caballeros.*

## EJERCICIOS

Escribe nuevamente el enunciado para que no se produzca una doble interpretación.

1. Calcetines para caballero de lana.

---

2. Ventilador de bolsillo eléctrico.

---

3. Medias para señora de algodón.

---

4. Fui con Miguel a casa de Luis en su bicicleta.

---

5. Se vende mantón para señora de hilo.

---

6. Se vende perro. Come de todo. Le gustan mucho los niños.

---

7. Se alquila mesa para arquitecto de tres patas.

---

8. Ernesto y Diego encontraron el anillo de Rosa y se lo guardaron.

---

9. El perro de mi tío es muy cariñoso.

---

10. Se venden zapatillas para caballeros de cuero.

---

**Barbarismo**

Es una incorrección que consiste en pronunciar o escribir mal las palabras, o en emplear vocablos impropios.

**Ejemplos:**

- *abajar* por *bajar*
- *aereopuerto* o *eropuerto* por *aeropuerto*
- *bayonesa* o *mahonesa* por *mayonesa*

## Ejercicios

Escribe la forma correcta.

1. doldría por : dolería
2. sútil por : \_\_\_\_\_
3. cocreta por : \_\_\_\_\_
4. comisería por : \_\_\_\_\_
5. costipado por : \_\_\_\_\_
6. delicuente por : \_\_\_\_\_
7. dentrar por : \_\_\_\_\_
8. nadies por : \_\_\_\_\_
9. ávaro por : \_\_\_\_\_
10. dentrífico por : \_\_\_\_\_

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
cuarrillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

1. ¿Qué es la anfibología?
2. ¿Cuál es el concepto de barbarismo?
3. Reescribe las siguientes oraciones para evitar la anfibología
  - a) El perro de tu hermano está enfermo.
  - b) Vendemos pañales para niños desechables.
  - c) Ayer perseguía a unos gatos en pijama.
  - d) Vimos un cuadro en el salón que estaba mal pintado.
  - e) Yo recomendé a mi amigo a mi hermano.
  - f) He comprado una cuna para niño de madera.
  - g) Se venden navajas para barbas de acero.
  - h) Has enviado productos a mis clientes que no sirven.

4. Escribe la forma correcta.

- a) septo o secto por : \_\_\_\_\_
- b) standart por : \_\_\_\_\_
- c) subadera por : \_\_\_\_\_
- d) taisi o tasi por : \_\_\_\_\_
- e) tópsico por : \_\_\_\_\_
- f) nieblina por : \_\_\_\_\_
- g) Peksi, Pesi o Peysi por : \_\_\_\_\_
- h) pieses por : \_\_\_\_\_

# 04

## El cuento urbano IV



La historia de Efraín y Enrique, dos niños explotados por un abuelo inescrupuloso, que los obligaba a rebuscar la basura en busca de comida para su marrano.



## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
carrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. E*

### Los gallinazos sin plumas

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas.

A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a **berrear**:

—¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos legañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

—¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda no más, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.

Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros **suburbios** alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces solo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos solo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:

—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

—¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardientes de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

—¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrá que zurrarlos para que aprendan!

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

—Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. El perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hacia el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

—¡Bravo! —exclamó don Santos—. Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándoles a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero Don Santos no se percató de ello, pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Esas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique—. No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

—Y ¿a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo—. ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo... ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo—. Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus dos nietos como si meditara una sentencia.

—Bien, bien —dijo, rascándose la barba rala, y cogiendo a Efraín del pescuezo lo arreó hacia el cuarto—. ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

Cerca del mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique— y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

—¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

—¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

—¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

—Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

—No come casi nada..., mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada, soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

—¡Pascual, Pascual... Pascualito! —cantaba el abuelo.

—Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

—Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama Pedro, es para ti, para que te acompañe... Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba: —¡Pascual, Pascual... Pascualito!

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a su interior y al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

—¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable: Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Y tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

—¡Está muy mal engañarme de esta manera! —plañía—. Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandarían al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

—¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

—¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación, pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

—¿Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua, Enrique tosía. Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo, que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar a los ojos del abuelo creía desconocerlo, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando.

A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba en su cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido:

—¡Arriba, arriba, arriba! —los golpes comenzaron a llover—. ¡A levantarse haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De pie!...

Efraín se echó a llorar, Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

—¡A Efraín no! ¡El no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al **muladar**!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

—Ahora mismo... al **muladar**... lleva los dos cubos, cuatro cubos...

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La fatiga del hambre y de la **convalecencia** lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

—Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de masticar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

—¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín apenas lo vio, comenzó a gemir:

—Pedro... Pedro...

—¿Qué pasa?

—Pedro ha mordido al abuelo... el abuelo cogió la vara... después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

—¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos—. ¡No, no! —y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Este la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltea! —gritó—. ¡Voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique, y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas en el fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente el lodo. Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

—¡A mí, Enrique, a mí!...

—¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano—. ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¿Debemos irnos de acá!

—¿Adónde? —preguntó Efraín.

—¿Adonde sea, al **muladar**, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

—¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

Julio Ramón Ribeyro

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Muladar:** sitio donde se echa el estiércol o la basura.

**Berrear:** gritar o cantar desentonadamente.

**Convalecencia:** estado de un enfermo en proceso de recuperación.

**Suburbio:** barrio o núcleo de población situado en las afueras de una ciudad o en su periferia, especialmente el que constituye una zona pobre ajena a la ciudad.

**I. Comprensión lectora**

1. ¿Quién es don Santos? Descríbelo.
2. ¿Cómo se llaman los nietos de don Santos?
3. ¿Cuál era la mayor preocupación de don Santos? ¿A qué se debía esa preocupación?
4. ¿Qué hacían Efraín y Enrique apenas amanecía?
5. ¿Qué le sucedió a Efraín en una de sus excursiones por el ?
6. ¿Quién era ese hombre gordo que tenía la manos manchadas de sangre?
7. ¿Quién era Pedro?, ¿para qué lo llevó Enrique a su casa?
8. ¿Qué le sucedió a Enrique?
9. Enrique y Efraín estaban enfermos; ¿quién tuvo que buscar comida para alimentar a Pascual?, ¿cómo le fue?, ¿por qué?
10. Enrique, a pesar de que estaba enfermo, tuvo que salir a trabajar, ¿qué hizo don Santos en su ausencia?
11. ¿Cómo reaccionó Enrique?
12. ¿Por qué escaparon Efraín y Enrique?

**II. Juicio crítico-valorativo**

13. ¿Por qué crees que Enrique no ayudó a su abuelo cuando cayó al chiquero?
14. ¿Qué quiere decir el autor con la frase: “La hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula”?

**III. Creatividad**

15. ¿Estás de acuerdo con el final de este cuento? ¿Cómo te hubiera gustado que termine?  
Nárralo en un mínimo de cinco líneas.
16. Dibuja el final que has creado.

## Vicios del lenguaje II

### Arcaísmo

Es una palabra utilizada en el pasado, por lo que ha caído en desuso y si se usan en el presente es por imitación.

#### Ejemplos

- aqesto: esto
- cuasi: casi
- agora: ahora
- barragán: mozo soltero
- gusarapo: gusano
- cobertor: manta

## EJERCICIOS

Escribe una palabra empleada en la actualidad para cada arcaísmo propuesto.

1. ósculo : \_\_\_\_\_
2. farina : \_\_\_\_\_
3. empero : \_\_\_\_\_
4. entrambos : \_\_\_\_\_
5. enflacar : \_\_\_\_\_
6. so : \_\_\_\_\_
7. bigardo : \_\_\_\_\_
8. sopapo : \_\_\_\_\_

### Cacofonía

Es el efecto sonoro desagradable producido por la cercanía de sonidos o sílabas que poseen igual pronunciación dentro de una palabra o en palabras cercanas en el discurso.

#### Ejemplos:

- Mientras tú te vistes te sirvo el té.
- En las fotos, parece que aparece un fantasma.

## EJERCICIOS

Escribe tres ejemplos de cacofonía.

1. \_\_\_\_\_
2. \_\_\_\_\_
3. \_\_\_\_\_

**Extranjerismo**

Es cualquier vocablo o expresión que un idioma toma de otro.

**Ejemplos**

- *all right*: de acuerdo
- *best seller*: éxito de venta
- *arrivederci*: hasta la vista
- *barman*: camarero

**EJERCICIOS**

1. Escribe el significado de los siguientes extranjerismos.

- a) *boom* : \_\_\_\_\_
- b) *boutique* : \_\_\_\_\_
- c) *boy scout*: : \_\_\_\_\_
- d) *broadcasting* : \_\_\_\_\_
- e) *bungalow* : \_\_\_\_\_
- f) *bye* : \_\_\_\_\_
- g) *cachet* : \_\_\_\_\_
- h) *comfort* : \_\_\_\_\_

2. Escribe un diálogo entre dos jóvenes donde se utilicen extranjerismos.

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

**Tarea domiciliaria**

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
naranja y roberian, le del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

1. ¿Qué es un arcaísmo?
2. ¿A qué se denomina cacofonía?
3. ¿A qué se denomina extranjerismo?
4. Identifica si es arcaísmo, cacofonía o extranjerismo.

- a) *mail* : \_\_\_\_\_
- b) esta estación : \_\_\_\_\_
- c) *match* : \_\_\_\_\_
- d) empero : \_\_\_\_\_

e) mentar : \_\_\_\_\_

f) el *number one* : \_\_\_\_\_

g) Juana nadaba : \_\_\_\_\_

h) *bungalow* : \_\_\_\_\_

## 05

## El cuento indigenista I



La realidad es difícil de afrontar cuando la estructura del sistema social es desfavorable, entonces a modo de escape, el protagonista de este cuento, es decir el sirviente, se inventa una realidad que le es esquiva, resarcido de algún modo (aunque sea en sueños) la injusticia que palpa todos los días.

El indigenismo es una corriente cultural, política y antropológica concentrada en el estudio y valoración de las culturas indígenas, y el cuestionamiento de los mecanismos de discriminación y etnocentrismo en perjuicio de los pueblos indígenas.

#### **Características**

- Se propone presentar la realidad del indio lo más fidedignamente posible.
- Se propuso liberar al indio de esa intermediación opresiva y explotadora.

#### **Representantes**

- Enrique López Albújar
- Ciro Alegría
- José María Arguedas

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
cuarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

### El sueño del pongo

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de **pongo**, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludó en el corredor de la residencia.

¿Eres gente u otra cosa? —le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

Humillándose, el pongo no contestó. Atemorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

¡A ver! —dijo el patrón— por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas sus manos que parece que no son nada. ¿Llévate esta inmundicia! —ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño, sus fuerzas eran sin embargo como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco como de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. “Huérfano de huérfanos; hijo del viento de la luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza”, había dicho la mestiza cocinera, viéndolo.

El hombrecito no hablaba con nadie; trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto le ordenaban, cumplía. “Sí, papacito; sí, mamacita”, era cuanto solía decir.

Quizá a causa de tener una cierta expresión de espanto, y por su ropa tan haraposa y acaso, también porque quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el hombrecito. Al anochecer, cuando los siervos se reunían para rezar el Ave María, en el corredor de la casa-hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara y, así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

Creo que eres perro. ¡Ladra! —le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

Ponte en cuatro patas —le ordenaba entonces—.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.

Trota de costado, como perro —seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana; la risa le sacudía todo el cuerpo.

¡Regresa! —le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.



El pongo volvía, corriendo de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el Ave María, despacio, como viento interior en el corazón.

¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres! —mandaba el señor al cansado hombrecito. —Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Como si en el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas.



Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillo del corredor.

Recemos el Padrenuestro —decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

¡Vete pancita! —solía ordenar, después, el patrón al pongo.

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la mofa de sus iguales, los colonos.

Pero... una tarde, a la hora del Ave María, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la hacienda, cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ese, ese hombrecito, habló muy claramente. Su rostro seguía un poco espantado.

Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte —dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro? —preguntó.

Tu licencia, padrecito, para hablarte. Es a ti a quien quiero hablarte —repitió el pongo.

Habla... si puedes —contestó el hacendado.

Padre mío, señor mío, corazón mío —empezó a hablar el hombrecito—. Soñé anoche que habíamos muerto los dos juntos; juntos habíamos muerto.

¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio —le dijo el gran patrón.

Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos. Los dos juntos; desnudos ante nuestro gran Padre San Francisco.

¿Y después? ¡Habla! —ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. A ti y a mí nos

examinaba, pensando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y lo que somos. Como hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

¿Y tú?

No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saber lo que valgo.

Bueno, sigue contando.

Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: “De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel de chancaca más transparente”.

¿Y entonces? —preguntó el patrón.

Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta pero temerosos.

Dueño mío: apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de luz suave como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

¿Y entonces? —repitió el patrón.

“Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre”, diciendo, ordenó nuestro gran Padre. Y así, el ángel excelso,

levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

Así tenía que ser —dijo el patrón, y luego preguntó:

¿Y a ti?

Cuando tú brillabas en el cielo, nuestro Gran Padre San Francisco volvió a ordenar: “Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano”.

¿Y entonces?

Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado,



con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. “Oye viejo —ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel—, embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!”. Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecí avergonzado, en la luz del cielo, apestando...

Así mismo tenía que ser —afirmó el patrón. —¡Continúa! ¿O todo concluye allí?

No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro Gran padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti ya a mi, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego dijo: “Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡Lámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo”. El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora; sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

José María Arguedas

**Sabías que...**

**Recuerda que...**

**Glosario**

**Pongo:** indio que hace oficios de criado.

### I. Comprensión lectora

1. ¿Quiénes son los personajes principales de la historia?
2. Describe cómo era el pongo.
3. ¿Cómo lo trataba el patrón? ¿A quién le ordenó imitar que provocó la burla de todos?
4. ¿Qué soñó el pongo?
5. ¿Quién untó al patrón?, ¿con qué?
6. ¿Quién untó al pongo?, ¿con qué?
7. ¿Cuál fue la voluntad del Santo Padre?, ¿qué le sucedió al ángel viejo?

### II. Juicio crítico-valorativo

8. ¿Estás de acuerdo con la actitud del patrón? ¿Por qué?
9. ¿Qué mensaje quiso transmitirle el pongo a través del sueño narrado al patrón?, ¿qué opinas al respecto?

### III. Creatividad

10. Imagina que eres el pongo y estás cansado de tantas burlas. ¿Qué hubieras hecho en su lugar? Redáctalo en cinco líneas.

## Vicios del lenguaje III

### Redundancia

Es un vicio que consiste en agregar palabras innecesarias a nuestra expresión.

### Ejemplos

#### Incorrecto

- Subir arriba
- Conclusiones finales
- Completamente desnudo

#### Correcto

- subir
- conclusiones
- desnudo

## EJERCICIOS

Subraya la redundancia en las siguientes oraciones.

1. Los tubos huecos se colocaron en el fondo.
2. Mediante este método se fecundan más óvulos después de la ovulación.
3. La tercera muestra se perdió debido a un error involuntario del asistente.
4. El mapa tiene varios círculos perfectamente redondos.
5. Entra adentro.
6. Está haciendo demasiado frío.
7. Tuvo una severa hemorragia de sangre.
8. La mariposa volaba por los aires majestuosamente.
9. Lo vi con mis propios ojos.
10. Debes subrayar debajo.

Crea un texto gracioso donde utilices la mayor cantidad de redundancias. No olvides subrayarlas.

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebobian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. ¿Qué es el indigenismo? ¿Cuáles son sus características?
2. Menciona los principales representantes del indigenismo.
3. Subraya la redundancia.
  - a) Realizó una biografía de la vida de Chocano.
  - b) Tuvo que bajar abajo para recoger todas sus pertenencias.
  - c) Sus obras póstumas fueron publicadas después de su muerte.
  - d) En ese abismo sin fondo, cayeron los dos.
  - e) En ese lapso de tiempo, ocurrió el accidente
  - f) Nos persiguió una jauría de perros.
  - g) Pudo, pero sin embargo, no lo hizo.
  - h) Le vino una terrible hemorragia de sangre.
4. Corrige las siguientes oraciones.
  - a) Me se ha caído mi billetera.
  - b) Eres demasiado comilón.
  - c) Elenita padece de diabetis.
  - d) Tuvo un disvarío.
  - e) Resultó ser el campeón del colegio.
  - f) Te desiamos un feliz viaje.
  - g) ¿Intervenistes en el problema?
  - h) ¡Desen un abrazo!

## 06

## El cuento indigenista II



Este relato ambientado en la sierra, región de cadenas montañosas, elevadas altiplanicies, donde aún se mantiene la lengua y esencia de los incas. Liberato Tuco de ojos semioblicuos y fríos, pómulos de prominencia mongólica, nariz curva, boca tumefacta y repulsiva por el uso inmoderado de la coca parecía un ídolo incaico hecho carne.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
lasavillo y rebozón, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### El campeón de la muerte

Se había muerto el sol y sobre la impresionante tristeza del pueblo comenzaba a asperjar la noche sus gotas de sombra. Liberato Tucto en cuclillas a la puerta de su choza, chacchaba obstinado en que su coca le dijera qué suerte había corrido su hija raptada desde hacía un mes por un mozo del pueblo, a pesar de su vigilancia.

Durante esos treinta días su consumo de coca había sobrepasado al de costumbre. Con regularidad matemática y sin necesidad de cronómetro que le precisara el tiempo, cada tres horas, con rabia sorda y lenta, de indio socarrón, y cachazudo, metía mano al **huallqui**, que, inseparable y terciado al cuerpo, parecía ser su fuente de consuelo. Sacaba la hoja sagrada a puñaditos, con delicadeza de joyero que recogiera polvo de diamantes, y se la iba embutiendo y aderezando con la cal de la **shipina**, la que entraba y salía rápidamente de la boca como la pala del horno.

Con la cabeza cubierta por un cómico gorro de lana, los ojos semioblicuos y fríos —de frialdad ofídica— los pómulos de prominencia mongólica, la nariz curva, agresiva y husmeadora, la boca tumefacta y repulsiva por el uso inmoderado de la coca, que dejaba en los labios un ribete verdusco y espumoso, y el poncho listado de colores sombríos en el que estaba semienvuelto, el viejo Tucto parecía, más que un hombre de estos tiempos, un ídolo incaico hecho carne.

Y de cada chacchada no había obtenido la misma respuesta.



Unas veces la coca le había parecido dulce y otras amarga, lo que le tenía desconcertado, indeciso, sin saber qué partido tomar. Por antecedentes de notoriedad pública sabía que Hilario Crispín, el raptor de su hija, era un indio de malas entrañas, gran bebedor de chacta, ocioso, amigo de malas juntas y seductor de doncellas; un mostrenco, como castizamente llaman por estas tierras al hombre desocupado y vagabundo. Y para un indio honrado esta es la peor de las tachas que puede tener un pretendiente.

¿A dónde habría llevado el muy pícaro a su Faustina? ¿Qué vida estaría haciéndola pasar? ¿O la habría abandonado ya en represalia de la negativa que él, como hombre juicioso, le hiciera al padre de Crispín cuando fue a pedírsela para su hijo?

En estas hondas meditaciones estaba el viejo Tucto el trigésimo día del rapto de la añorada doncella, cuando de entre las sombras de la noche naciente surgió la torva figura de un hombre, que, al descargar en su presencia el saco que traía a las espaldas, dijo:

—Viejo, aquí te traigo a tu hija para que no la hagas buscar tanto, ni andes por el pueblo diciendo que un mostrenco se la ha llevado.

Y, sin esperar respuesta, el hombre, que no era otro que Hilario Crispín, desató el saco y vació de golpe el contenido, un contenido nauseabundo, viscoso, horripilante, sanguinolento, macabro, que, al caer, se esparció por el suelo, despidiendo un olor acre y repulsivo. Aquello era la hija de Tucto descuartizada con prolijidad y paciencia diabólicas, escalofrantes, con un ensañamiento de loco trágico.

Y con sarcasmo diabólico, el indio Crispín, después de sacudir el saco, añadió burlescamente:

—No te dejo el saco porque puede servirme para ti, si te atreves a cruzarte en mi camino.

Y le volvió la espalda. Pero el viejo, que, pasada la primera impresión, había logrado impassibilizarse, levantose y con tranquilidad, inexplicable en hombres de otra raza, exclamó:

—Harás bien en llevarte tu saco; será robado y me traerá mala suerte. Pero ya que me has traído a mi hija debes dejar algo para las velas del velorio y para atender a los que vengan a acompañarme. ¿No tendrás siquiera un sol?

Crispín, que comprendió también la feroz ironía del viejo, sin volver la cara respondió:

—¡Qué te podrá dar un mostrenco! ¿No quisieras una cuchillada, viejo ladrón?

Y el indio desapareció, rasgando con una interjección flagelante el silencio de la noche...

## II

Entre la falda de una montaña y el serpenteo atronador y tormentoso del Marañón yacen sobre el regazo fértil de un valle cien chozas desmedradas, rastreras y revueltas, como cien fichas de dominó sobre un tapete verde. Es Pampamarca. En medio de la vida pastoril y semibárbara de sus moradores, la única distracción que tienen es el tiro al blanco, que les sirve de pretexto para sus grandes bebezones de chicha y chacta y para consumir también gran cantidad de cápsulas, a pesar de las dificultades que tienen que vencer para conseguirlas, llevándoles su afición, hasta pagar en casos urgentes media libra por una cacerina de máuser.

A causa de esto tienen agentes en las principales poblaciones del departamento, encargados de proveerles de munición por todos los medios posibles, los que, conocedores del interés y largueza de sus clientes, explotan el negocio

con una desmedida sordidez, multiplicando el valor de la siniestra mercancía y corrompiendo con precios tentadores a la autoridad pública y al gendarme.

Y cuando el agente es moroso o poco solícito, ellos bajan de sus alturas, sin importarles las grandes distancias que tienen que recorrer a pie, y se les ve entonces en Huánuco, andando lentamente, como distraídos, con caras de candor rayanas en la idiotez, penetrando en todas las tiendas, hasta en las boticas, en donde comienzan por preguntar tímidamente por las clásicas cápsulas del 44 y acaban por pedir balas de todos los sistemas en uso. Se les conoce tanto que, a pesar del cuidado que ponen en pasar inadvertidas, todo el que los ve murmurar despectivamente: “*shucuy* de Dos de Mayo”, y los comerciantes los reciben con una amabilidad y una sonrisa que podría traducirse en esta frase: “Ya sé lo que quieres, *shucuy*sito munición para alguna diablura”.



Es en este caserío, en esta tierra de tiradores —*illapaco jumapa*—, como se les llama en la provincia, donde tuvo la gloria de ver por primera vez el sol Juan Jorge, flor y nata de *illapacos*, habiendo llegado a los treinta años con una celebridad que pone los pelos de punta cuando se relatan sus hazañas y hace desfallecer de entusiasmo a las doncellas indias de diez leguas a la redonda. Y viene a aumentar esta celebridad, si cabe, la fama de ser, además, el mozo un eximio guitarrista y un cantor de yaravíes capaz de doblegar el corazón femenino más rebelde. Y también porque no es un *shucuy*, ni un cicatero. Y en cuanto a vestir y calzar, calza y viste como los *mistis*, y luce cadena y reloj cuando baja a los pueblos grandes a rematar su negocio —como dice él mismo— que consiste en eliminar de este mezquino mundo a algún predestinado al honor de recibir entre los dos ojos una bala suya.

Y no vaya a creerse tampoco que Juan Jorge es un analfabeto, ni un vago, ni un desheredado de la fortuna, ni un torpe a la hora de tratar con las gentes o con las mozas de trapío. Nada de esto; Juan Jorge lee y escribe correctamente, pues fue nada menos que discípulo del maestro Ruíz, maestro de mucha fama, que en cierta ocasión, haciendo uso de sus imprescriptibles derechos de tal, al encontrarse con el antiguo discípulo, díjole:

—Hombre, me han dicho que estás muy dañado; que te has dedicado al triste oficio de matar gente. Cualquiera día te van a meter un tiro. Es preciso que te hagas un hombre de bien.

A lo que Jorge contestó:



—Ya lo se, taita; pero no crea usted que voy a morir a bala; voy a morir retaceado. Mi oficio es matar, como podría ser el de hacer zapatos, y yo tengo que seguir matando hasta el fin porque ese es mi destino.

Y el maestro Ruíz, escandalizado de tal respuesta, no volvió a hablarle más del asunto y se alejó pensando en que tal vez eso sería lo mejor que podría ocurrirle a tan extraño asesino.

—La fortuna de Jorge consistía en varios terrenos, en cada uno

de los cuales tenía colonos, ganado, sembríos y mujer para que le cuidara la casa y le tuviera lista el agua caliente o el chupe cuando iba a recoger la cosecha. Razón por la que nuestra sabia ley electoral le había considerado como el primer mayor contribuyente del distrito. Y todo esto, como decía él en sus momentos de sinceridad y orgullo, se lo debía a su trabajo, a su industria, a su máuser, hijo de su corazón, que solía besar cada vez que volvía de cumplir su palabra de *illapaco* formal. Y todo conseguido sin mayor riesgo, porque donde él ponía el ojo...

### III

En lo que Juan Jorge no andaba equivocado, porque su fortuna y bienestar eran fruto de dos factores suyos: el pulso y el ojo. Una insignificancia para otros, pero de la que él había sabido sacar todo el partido posible en una comarca en que cualquier otra industria fracasaría por falta de garantías, medios de transporte y mil razones más.

Para ser más exactos, más veraces, podríamos decir que su posición se la debía también a dos circunstancias: a la suerte de haber nacido en Pampamarca y a la de haber tenido otro maestro: Ceferino Huaylas, Guillermo Tell de aquellas serranías, que, con

sus enseñanzas y ejemplo, logró hacer de Juan Jorge en poco tiempo el más grande fenómeno de tiro, para gloria y fama de sus paisanos.

Ceferino Huaylas fue el que le confió, después de las infinitas pruebas a que le sometiera, los secretos del tiro y le hizo aprender como una oración las prescripciones que debía observar un buen tirador. De aquí que Juan Jorge a los quince años hiciera cosas sorprendentes con el máuser. Tumbaba a trescientos metros un venado corriendo; agujereaba una peseta a cincuenta pasos; le volaba a una india una flor de la cabeza; asustaba a los de Chupán en las noches de fiesta apagándoles a tiros los faroles de la fachada de la iglesia, y hasta a sus mismos paisanos, haciéndoles volar el *ishcupuro* de la diestra cuando estaban *chacchando*. Y por este estilo, una variedad infinita de pruebas.

El maestro veía con complacencia y orgullo, pues ya estaba viejo, todas estas habilidades de su discípulo, pero sin demostrárselo, por temor de echarle a perder. Por eso cuando Juan Jorge, deseoso de saber cuál era su grado de perfección de *illapaco*, le preguntara una vez:

“Qué te parece, taita Ceferino, anoche apagué todas las linternas de la iglesia de Chupán, el maestro le contestó displicente. —Eso no vale nada. Hasta que no le pongas a un hombre una bala en un ojo, cantándolo primero y a dos cuabras, no serás buen *illapaco*. A lo que Juan Jorge le replicó: —Pero eso es cosa fácil, taita. Más difícil es lo que hice ahora días: a esa distancia le hice soltar una culebra a un buitre, destrozándole el pico, por apuesta.

Y el maestro, persistiendo en su opinión, añadió: —No; el hombre a quien se le apunta hace siempre temblar el pulso. A los primeros hombres que yo maté les di a tres o cuatro dedos de la parte en que les apuntaba. Les ponía, por ejemplo la puntería en la boca, porque así me lo habían pedido, y resultaba dándoles en el ojo o en la nariz. Una vergüenza. Y si aquello hubiera seguido así habría acabado por desacreditarme”.

Juan Jorge oía estas cosas con el respeto y admiración de un verdadero discípulo, sufriendo al separarse del maestro horas de desaliento profundo y torturas de ansiedad de perfección infinita en su arte. Y esto que podría parecer extraño en un indio, no lo era

tratándose de Juan Jorge, en cuyo rostro pálido estaban visibles los signos de un mestizaje lejano e intruso, que había venido a ponerle en la sangre atavismos de otra raza, épica y ambiciosa. Y aunque el cruce resultaba un enigma para los indios más viejos del pueblo, así como su nombre, que todo podía ser menos incásico, el hecho estaba ahí, patente, irrecusable, indiscutible...

Pasadas estas horas de crisis, Juan Jorge volvía a empuñar el máuser y a ejercitarse en las más difíciles pruebas que le sugería su imaginación. Su distancia favorita era los doscientos metros, una distancia que había encontrado adecuada para no ser visto el tirador y la más conveniente para el fin que perseguía.

Pasaron así dos años, hasta que un día, cumplidos ya los veinte, tuvo la satisfacción de oírle al viejo Ceferino, después de haberle referido minuciosamente la primera alquilada que tuvo y cómo la realizó:



—Buen tiro, muchacho. Yo no comencé así. ¿Y a qué distancia le pusiste la bala?  
A dos cuadras, maestro. Estaba *chacchando* el *shucuy* y le metí la bala en la boca.

—¿Y no te tembló el pulso?

—Ni el canto de una uña, taita...

—Bien ganados los dos carneros. ¿Y no te trajiste los ojos del *shucuy*?

—No, maestro.

—Malo; pueden perseguirte. Al muerto hay que sacarle los ojos y guardárselos para que no indique a la familia donde se encuentra el *illapaco*, y la lengua también, para que no avise; y el corazón, para comerlo cuando es de un valiente, porque esto da más valor. No lo olvides, muchacho.

Y en poco tiempo comenzó a crecer la celebridad de Juan Jorge, celebridad que hacía temblar a todos los indios de la provincia y aumentar, al mismo tiempo, su fortuna, haciendo de él a los treinta años un factor imprescindible en toda lucha electoral.

#### IV

Y fue a este personaje, a esta flor y nata de *illapacos*, a quien el viejo Tucto le mandó su mujer para que contratara la desaparición del indio Hilario Crispín, cuya muerte era indispensable para la tranquilidad de su conciencia, satisfacción de los *yayas* y regocijo de su Faustina en la otra vida.

La mujer de Tucto, lo primero que hizo, después de saludar humildemente al terrible *illapaco*, fue sacar un puñado de coca y ofrecérselo con estas palabras:

—Para que endulces tu boca, taita.

—Gracias, abuela; siéntate.

Juan Jorge aceptó la coca y se puso a chacchar lentamente, con la mirada divagante, como embargado por un pensamiento misterioso y solemne. Pasado un largo rato, preguntó:

—¿Qué te trae por aquí Martina?

—Vengo para que me desaparezcas a un hombre malo.

—¡Hum! Tu coca no está muy dulce...

—Tomarás más, taita. Yo la encuentro muy dulce. Y también te traigo *ishcay-realgota*.

Y sacando la botella de agua de florida llena de chacta se la pasó al *illapaco*.

—Bueno. Beberemos.

Y ambos bebieron un buen trago, paladeándole con una fruición más fingida que real.

—¿Quién es el hombre malo y qué ha hecho? Porque tú sabrás que yo no me alquilo sino para matar criminales. Mi máuser es como la vara de la justicia...

—Hilario Crispín, de Patay-Rondos, taita, que ha matado a mi Fausta.

—Lo conozco; buen cholo. Lástima que haya matado a tu hija, porque es un indio valiente y no lo hace mal con la carabina. Su padre tiene terrenos y ganados. ¿Y estás segura de que Crispín es el asesino de tu hija?

—Como de que ayer la enterramos. Es un perro rabioso, un mostrenco.

—¿Y cuánto vas a pagar porque lo mate?

—Hasta dos toros me manda a ofrecerte Liberato.

—No me conviene. Ese cholo vale cuatro toros; ni uno menos.

—Si te darán, taita. También me encarga Liberato decirte que han de ser diez tiros los que le pongas al mostrenco, y que el último sea el que le despene. Juan Jorge se levantó bruscamente y exclamó:

—¡Tatau! Pides mucho. Pides una cosa que nunca he hecho, ni se ha acostumbrado jamás por aquí.

—Se te pagará, taita. Tiras bien y te será fácil.

Juan Jorge volvió a sentarse, se echó un poco de coca a la boca y después de meditar un gran rato en quién sabe qué cosas, que le hicieron sonreír, dijo:

—Bueno; diez, quince y veinte si quieres. Pero te advierto que cada tiro va a costarle a Liberato un carnero de yapa. Los tiros de máuser están hoy muy escasos y no hay que desperdiciarlos en caprichos. Que pague su capricho Tucto. Además, haciéndole tantos tiros a un hombre, corro el peligro de desacreditarme, de que se rían de mí hasta los escopeteros.

—Se te darán las *yayas*, taita. De lo demás no tengas cuidado.

Yo haré saber que lo has hecho así por encargo.

Juan Jorge se frotó las manos, sonrió, dióle una palmadita a la Martina y resolvióse a sellar el pacto con estas palabras:

—De aquí a mañana haré averiguar con mis agentes si es verdad que Hilario Crispín es el asesino de tu hija, y si así fuera, mandaré por el ganado como señal de que acepto el compromiso.

## V

Cuatro días después comenzó la persecución de Hilario Crispín. Jorge y Tucto se metieron en una aventura preñada de dificultades y peligros, en que había que marchar lentamente, con precauciones infinitas, ascendiendo por despeñaderos horripilantes, cruzando sendas inverosímiles, permaneciendo ocultos entre las rocas horas enteras, descansando en cuevas húmedas y sombrías, evitando encuentros sospechosos, esperando la noche para proveerse de agua en los manantiales y quebradas. Una verdadera cacería épica, en la que el uno dormía mientras el otro avizoraba, lista la carabina para disparar. Peor que si se tratara de cazar a un tigre.

Y el *illapaco*, que a previsora no le ganaba ya ni su maestro Ceferino, había preparado el máuser, la víspera de la partida, con un esmero y una habilidad irreprochables. Porque Juan Jorge, fuera de saber el peligro que corría si llegaba a descuidarse y ponerse a tiro del indio Crispín, feroz y astuto, estaba obsesionado por una preocupación, que solo por orgullo se había atrevido a arrostrarla; tenía una superstición suya, enteramente suya, según la cual un *illapaco* corre gran riesgo cuando va a matar a un hombre que completa cifra impar en la lista de sus víctimas. Lo que no pasa con los de la cifra par. Tal vez por eso siempre la primera víctima hace temblar el pulso más que las otras, como decía el maestro Ceferino. Y Crispín, según su cuenta, iba a ser el número sesentinueve. Esta superstición la debía a que en tres o cuatro ocasiones había estado a punto de perecer a manos de sus victimados, precisamente al añadir una cifra impar a la cuenta.

Por esta razón solo se aventuraba en los desfiladeros después de otear largamente todos los accidentes del terreno, todas las peñas y recovecos, todo aquello que pudiera servir para una emboscada.

Así pasaron tres días. En la mañana del cuarto, Juan Jorge, que ya se iba impacientando y cuya inquietud aumentaba a medida que transcurría el tiempo, dijo, mientras descansaba a la sombra de un peñasco:

—Creo que el cholo ha tirado largo, o estará metido en alguna cueva, de donde solo saldrá de noche. El mostrenco está por aquí, taita. En esta quebrada se refugian todos los asesinos y ladrones que persigue la fuerza. Cunce Maille estuvo aquí un año y se burló de todos los gendarmes que lo persiguieron.

—Peor entonces. No vamos a encontrar a Crispín ni en un mes.

—No será así, taita. Los que persiguen no saben buscar; pasan y pasan y el perseguido está viéndoles pasar. Hay que tener mucha paciencia. Aquí estamos en buen sitio y te juro que no pasará el día sin que aparezca el mostrenco por la quebrada, o salga de alguna cueva de las que ves al frente. El hambre o la sed le harán salir. Esperemos quietos.

Y tuvo razón Tucto al decir que Crispín no andaba lejos, pues a poco de callarse, del

fondo de la quebrada surgió un hombre con la carabina en la diestra, mirando a todas partes recelosamente y tirando de un carnero, que se obstinaba en no querer andar.

—Lo ves, taita —dijo levemente el viejo Tucto, que durante toda la mañana no había apartado los ojos de la quebrada—. Es Crispín. Cuando yo te decía... Apúntale, apúntale; asegúralo bien.

—Al ver Juan Jorge a su presa se le enrojecieron los ojos, se le inflaron las narices, como a la llama cuando husmea cara al viento, y lanza un hondo suspiro de satisfacción. Revisó en seguida el máuser y después de apreciar rápidamente la distancia, contestó:

—Ya lo vi; se conoce que tiene hambre, de otra manera no se habría aventurado a salir de día de su cueva. Pero no voy a dispararle desde aquí; apenas habrán unos ciento cincuenta metros y tendría que variar todos mis cálculos. Retrocedamos.

—¡Taita, que se te va a escapar!...

—¡No seas bruto! Si nos viera, más tardaría él en echar a correr que yo en meterle una bala. Ya tengo el corazón tranquilo y el pulso firme.

Y ambos, arrastrándose felinamente y con increíble rapidez, fueron a parapetarse tras una blanca peñolería que semejava una reventazón de olas.

—Aquí estamos bien —murmuró Juan Jorge—. Doscientos metros justos; lo podría jurar. Y; después de quitar el seguro y levantar el librillo, se tendió con toda la corrección de un tirador de ejército, que se prepara a disputar un campeonato, al mismo tiempo que musitaba:

—¡Atención, viejito! Esta en la mano derecha para que no vuelva a disparar más. ¿Te parece bien?

—Sí, taita, pero no olvides que son diez tiros los que tienes que ponerle. No vayas a matarlo todavía.

Sonó un disparo y la carabina voló por el aire y el indio Crispín dio un rugido y un salto tigresco, sacudiendo furiosamente la diestra. En seguida miró a todas partes, como queriendo descubrir de dónde había partido el disparo, recogió con la otra mano el arma y echó a correr en dirección a unas peñas: pero no habría avanzado diez pasos cuando un segundo tiro le hizo caer y rodar al punto de partida.

—Esta ha sido en la pierna derecha —dijo sonriendo el feroz *illapaco*— para que no pueda escapar. Veo que completaré con felicidad mi sesentinueve. Y volvió a encararse el arma y un tercer disparo fue a romperle al infeliz la otra pierna. El indio trató de incorporarse, pero solamente logró ponerse de rodillas. En esta actitud levantó las manos al cielo, como demandando piedad, y después cayó de espaldas, convulsivo, estertorante, hasta quedarse inmóvil.

—¡Lo has muerto, taita!

—No, hombre. Yo sé dónde apunto. Está más vivo que nosotros. Se hace el muerto por ver si lo, dejamos allí, o cometemos la tontería de ir a verlo, para aprovecharse él del momento y meternos una puñalada. Así me engañó una vez José Illatopa y casi me vacía el vientre. Esperemos que se mueva.

Y Juan Jorge escondió un cigarro y se puso a fumar, observando con interés las espirales del humo.

—¿Te fijas, viejo? El humo sube derecho; buena suerte.

—Va a verte Crispín, taita; no fumes.

—No importa. Ya está al habla con mi máuser.

El herido, que al parecer había simulado la muerte, juzgando tal vez que había transcurrido ya el tiempo suficiente para que el asesinato hubiera abandonado, o quizás por no poder ya soportar los dolores que, seguramente, estaba padeciendo, se volteó y comenzó a arrastrarse en dirección a una cueva que distaría unos cincuenta pasos.

Juan volvió a sonreír y volvió a apuntar, diciendo:

—A la mano izquierda...

Y así fue: la mano izquierda quedó destrozada. El indio, descubierto en su juego, aterrorizado por la certeza y ferocidad con que le iban hiriendo, convencido de que su victimador no podía ser otro que el *illapaco* de Pampamarca, ante cuyo máuser no había salvación posible, lo arriesgó todo y comenzó a pedir socorro a grandes voces y a maldecir a su asesino.

Pero Juan Jorge, que había estado siguiendo con el fusil encarado todos los movimientos del indio, aprovechando del momento en que este quedara de perfil, disparó el quinto tiro, no sin haber dicho antes:

—Para que calles...

El indio calló inmediatamente, como por ensalmo, llevándose a la boca las manos semimutiladas y sangrientas. El tiro le había destrozado la mandíbula inferior. Y así fue hiriéndole el terrible *illapaco* en otras partes del cuerpo, hasta que la décima bala, penetrándole por el oído, le destrozó el cráneo. Había tardado una hora en este satánico ejercicio; una hora de horror, de ferocidad siniestra, de refinamiento inquisitorial, que el viejo Tucto saboreó con fruición y que fue para Juan Jorge la hazaña más grande de su vida de campeón de la muerte.

En seguida descendieron ambos hasta donde yacía destrozado por diez balas, como un andrajo humano, el infeliz Crispín. Tucto le volvió boca arriba de un puntapié, desenvainó su cuchillo y diestramente le sacó los ojos.

—Estos —dijo guardando los ojos en el *huallqui*— para que no me persigan; y esta —dándole una feroz tarascada a la lengua— para que no avise.

—Y para mí el corazón —añadió Juan Jorge—. Sácalo bien.

Quiero comérmelo porque es de un cholo muy valiente.

Enrique López Albújar

#### Sabías que...

#### Recuerda que...

#### Glosario

**Huallqui:** bolsa en donde el indio guarda sus hojas de coca para chacchar.

**Shipina:** cañón del arma.

### I. Comprensión lectora

1. ¿Cómo se sentía Liberato Tucto? ¿Por qué?
2. ¿Quién era el responsable de la desaparición de la hija de Liberato Tucto?
3. ¿Quién trajo el cuerpo de la hija de Liberato? ¿En qué condiciones estaba el cuerpo?
4. ¿Qué le dijo Liberato a Hilario con tono sarcástico?
5. ¿A quién contrató Liberato para vengar la muerte de su hija? ¿De qué manera lo haría?
6. ¿Cómo muere Crispín?
7. ¿Con qué parte del cuerpo de Crispín se quedó Liberato? ¿Por qué?
8. ¿Quién se quedó con el corazón? ¿Por qué?

### II. Juicio crítico-valorativo

9. ¿Estás de acuerdo con la decisión de Liberato de vengar la muerte de su hija? ¿Por qué?

### III. Creatividad

10. Ilustra la parte que más te haya llamado la atención.

## Práctica

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y reborizan, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### Vicios del lenguaje

1. Reescribe los enunciados para evitar una doble interpretación.

a) Compré camas para niños de fierro.

---

b) Fui con Carlos a casa de Eduardo en su automóvil.

---

c) Vendo repuestos para carros de goma.

---

d) Se venden sábanas para camas de seda.

---

e) Cuentos para niños de suspenso.

---

f) Pedro me repetía que él no tomaba alcohol continuamente.

---

g) Se alquila habitación para señorita cómoda.

---

h) Carla fue al cine con Lucía y su marido.

---

2. A continuación te presentamos un listado de barbarismos. Escribe la manera correcta:

a) trompezarse : \_\_\_\_\_ b) veniste : \_\_\_\_\_

c) insepito : \_\_\_\_\_ d) madrasta : \_\_\_\_\_

e) línia : \_\_\_\_\_ f) metiorología : \_\_\_\_\_

3. Las siguientes palabras han sido consideradas arcaísmos por haber entrado en desuso. Escribe la palabra que las reemplaza.

a) moquero : \_\_\_\_\_

b) morrazo : \_\_\_\_\_

c) mesmo : \_\_\_\_\_

d) iruto : \_\_\_\_\_

e) chistar : \_\_\_\_\_

4. ¿Qué es cacofonía?

---



---

5. Escribe una trabalenguas que muestre cacofonía.

---



---

6. Relaciona:

- |                   |                           |
|-------------------|---------------------------|
| a) <i>short</i>   | (    ) copia de seguridad |
| b) <i>back up</i> | (    ) dopaje             |
| c) <i>doping</i>  | (    ) estiramiento       |
| d) <i>lifting</i> | (    ) eliminatorias      |
| e) <i>playoff</i> | (    ) pantalón corto     |

7. Subraya el barbarismo y corrígelo.

- |  |       |
|--|-------|
| a) Tengo una fuerte turtículis.                              | _____ |
| b) Dile a tu hermano Grabiél que venga.                      | _____ |
| c) ¿No sabes qué día es hoy?<br>Entonces mira el candelario. | _____ |
| d) Hoy comeré cocretas.                                      | _____ |
| e) Le pusieron una indección.                                | _____ |
| f) Está con el conesterol altísimo.                          | _____ |
| g) Tienes que tapar la herida con un<br>esparatrapo.         | _____ |
| h) No ha tomado su medecina.                                 | _____ |

8. Subraya la redundancia.

- Ingresamos dentro de la casa y vimos todo desordenado.
- El cardumen de peces se veía desde las alturas.
- Se escriben cartas a sí mismos, recíprocamente el uno al otro.
- Tuvimos que realizar una planificación previa al evento.
- Desaparece de mi vista o soy capaz de...
- La primera prioridad parece ser la de agrupar a los niños que viven muy cerca el uno del otro.
- Por último, me gustaría terminar por completo este ejercicio antes de irme a la cama.

h) En mi opinión personal, debemos hacer referencia al presupuesto del último año.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebozian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. Investiga el autor de los cuentos propuestos:

Autor	Cuento
	“Warmá kuyay” “Ushanam Jampi” “Duelo de caballeros”

2. Relaciona:

- a) El campeón de la muerte ( ) **Ciro Alegría**
- b) El sueño del pongo ( ) **Enrique López Albújar**
- c) Calixto Garmendia ( ) **Jose María Arguedas**

3. Completa.

Vicio del lenguaje	Uso correcto	Tipo de vicio
La hada		
Voló por los aires		
<b>Cool</b>		

4. Corrige el vicio del lenguaje que presenta la siguiente oración.

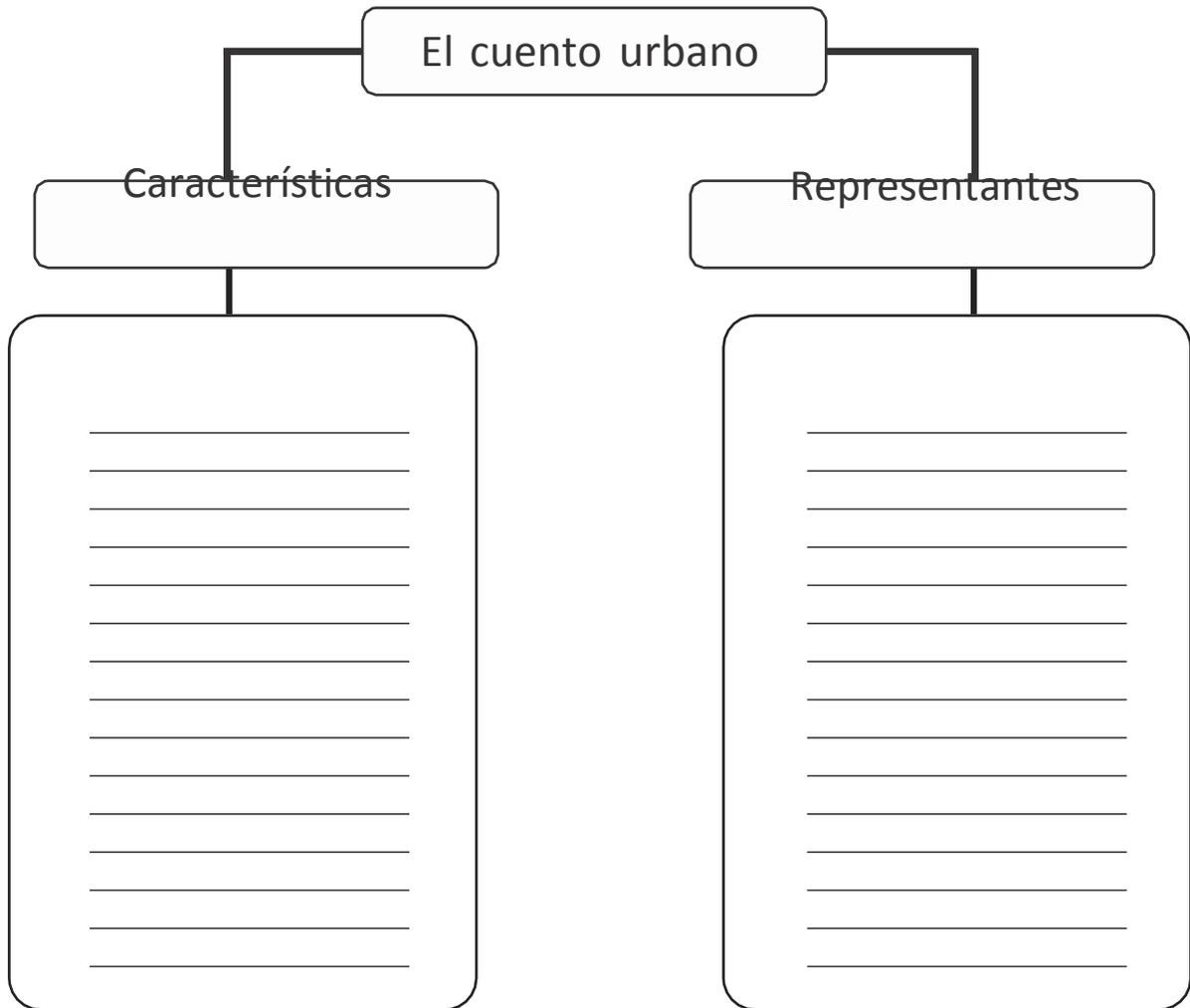
El presidente habló con el ministro de su trabajo.

5. ¿Qué es la anfibología?

## 07

## Repaso

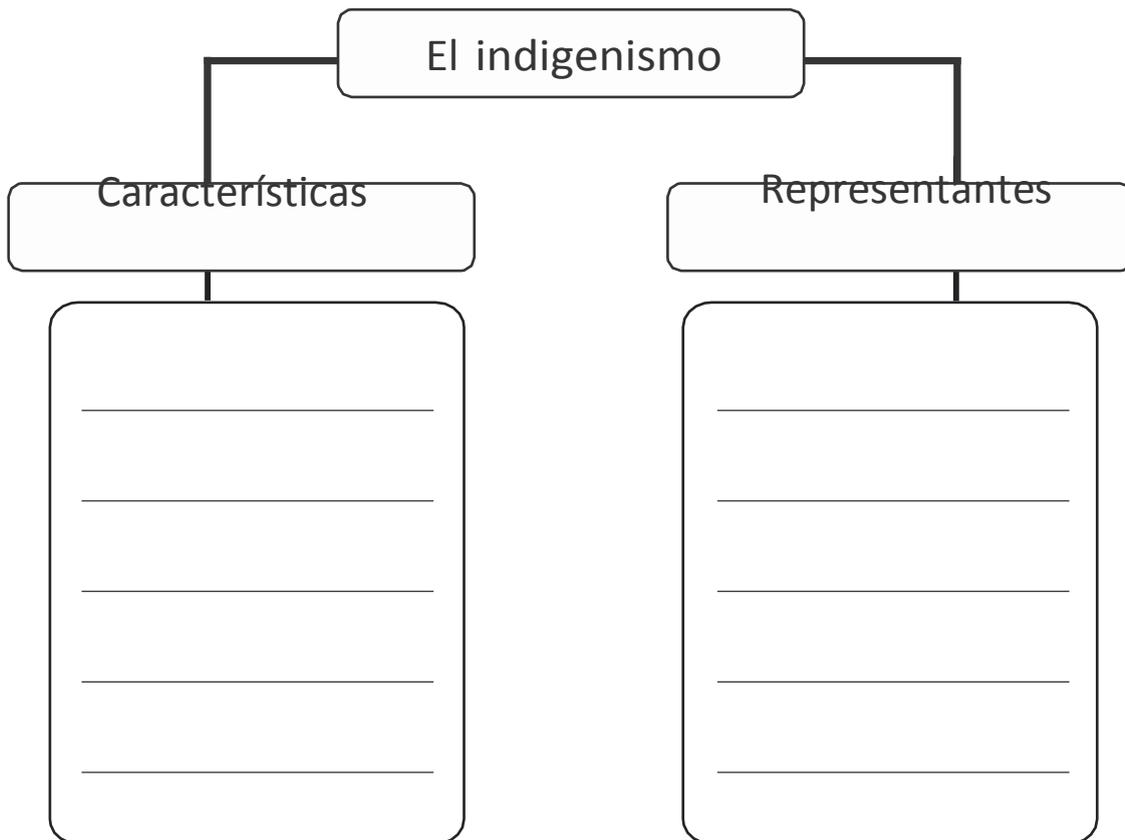
1. Completa el esquema:



2. Completa adecuadamente:

- En el cuento “El niño de junto al cielo”, el personaje que estafa a Esteban y demuestra su viveza es \_\_\_\_\_.
- En el cuento “Tristes querellas en la vieja quinta” Memo ve interrumpida su sosegada vida con la llegada de su vecina \_\_\_\_\_.
- En el cuento “Los gallinazos sin plumas” el interés de don Santos en enviar a sus nietos a los basurales a conseguir comida que era para alimentar a su \_\_\_\_\_.

3. Completa el esquema:



4. Completa.

- Tema que aborda el cuento “El sueño del pongo” \_\_\_\_\_.
- Tema que aborda el cuento “El campeón de la muerte” \_\_\_\_\_.

5. Corrige los vicios del lenguaje que presenta las siguientes oraciones.

- Se alquilan habitaciones para señoritas cómodas.

\_\_\_\_\_

- La águila observaba atentamente a su presa.

\_\_\_\_\_

- Estuvo esperándolo a su llegada en el aéropuerto.

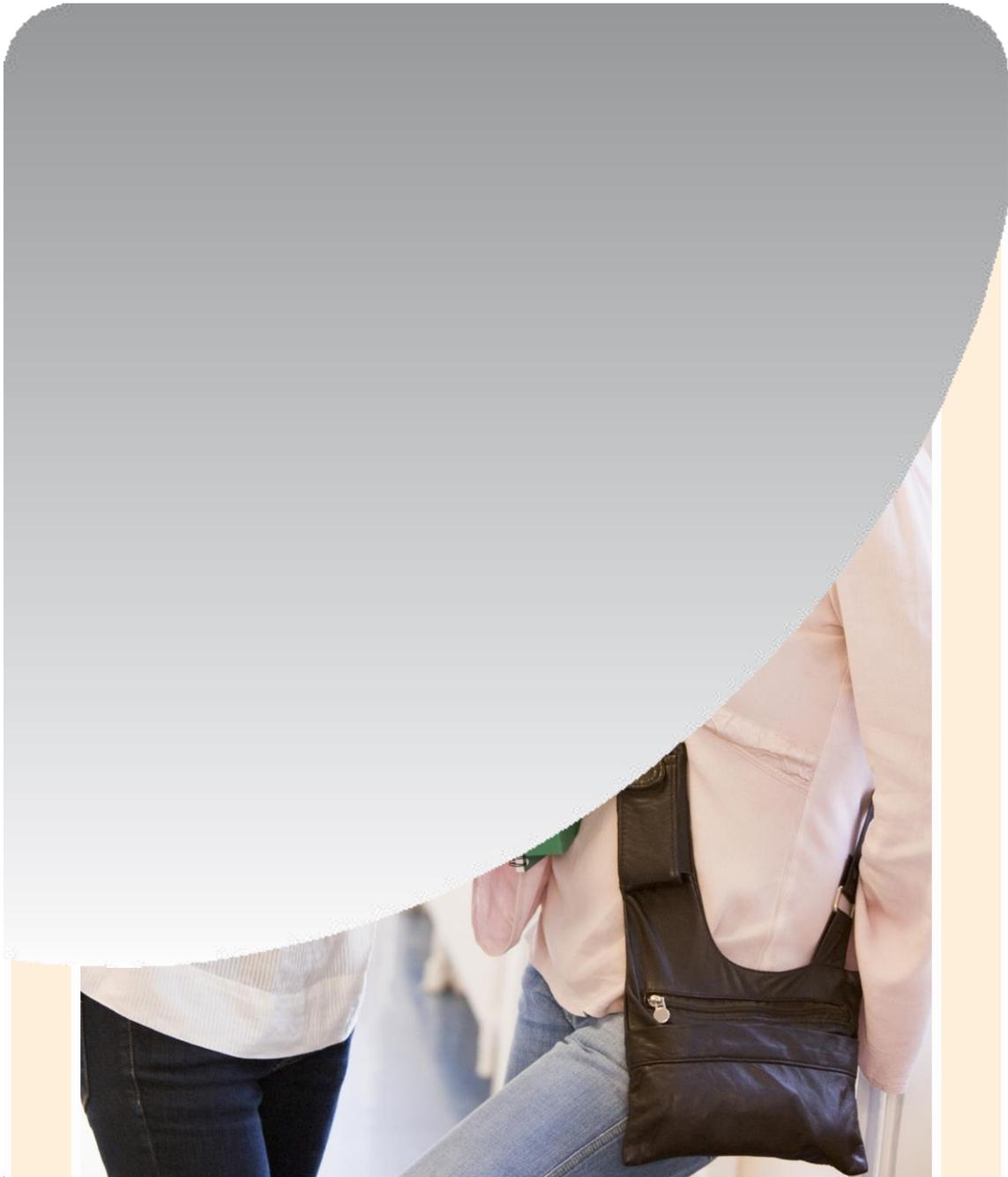
\_\_\_\_\_

- La mariposa volaba majestuosamente por los aires.

\_\_\_\_\_

## 08

# Taller de elaboración de diálogos



El diálogo es una conversación o intercambio de palabras entre dos o más personajes. Los elementos fundamentales del diálogo son los interlocutores y el mensaje.

## ¿Qué crearé?

Hoy crearás una historieta y elaborarás diálogos para los personajes.

## ¿Qué tomo en cuenta para elaborar diálogos?

Para elaborar un diálogo debemos tener en cuenta lo siguiente.

- **Lenguaje y modo**

Las personas hablan de modos muy diferentes según su origen, formación cultural, familiar, profesional, clase social, edad, inclinaciones y emociones, etc. Por ejemplo, un niño no habla igual que una persona adulta. Analiza bien a tus personajes y crea diálogos de acuerdo con estas características.

## ¿Cómo trabajo?

Anteriormente has trabajado un taller de cuentos y fábulas; por lo tanto, ya tienes una historia y los personajes. Así que es el momento de crearles diálogos según su edad, origen, emociones, etc.

## ¿El trabajo es personal o grupal?

El trabajo es grupal, pero con un máximo de tres integrantes para que se pongan de acuerdo en la elaboración de los diálogos.

## ¿Qué necesito?

- Papelógrafos
- Plumones de punta gruesa
- Plumones de punta delgada
- Marcadores
- Rémperas
- Colores
- Escarcha
- Figuras de héroes, dioses o seres mitológicos
- Revistas

## ¿Qué haremos con nuestra creación?

Elige a un representante que lea la historieta y luego pégala en el aula.

# Unidad IV

## Crímenes perfectos



¿Qué observas en la figura? ¿A quién irá dirigida esa bala? ¿Qué sucederá? ¿Por qué utiliza el arma?

### Aprendizajes esperados

#### Expresión y comprensión oral

- Expresar ideas, sentimientos, opiniones y experiencias con claridad y con un lenguaje apropiado a los diferentes contextos y situaciones de comunicación.

#### Comprensión de textos

- Leer eficazmente y comprender el mensaje del texto propuesto.
- Subrayar las ideas principales de los textos.

#### Juicio crítico-valorativo

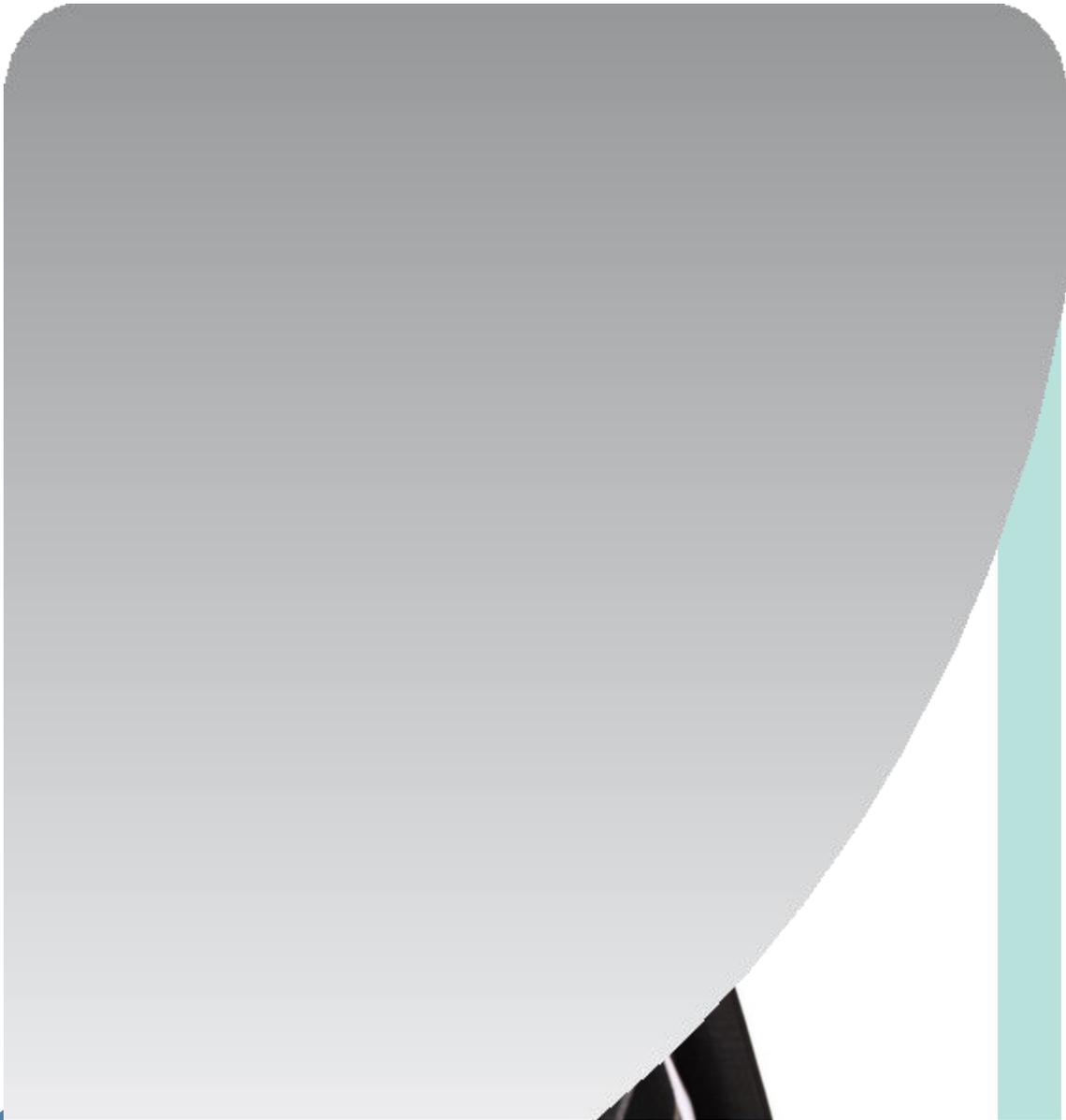
- Valorar y asumir una posición crítica ante los mensajes de los cuentos.

#### Producción de textos

- Producir con creatividad pequeños textos.

## 01

## El cuento policial I



¿Qué observas en la imagen? Descríbela.

El relato policial es aquel que, por medio de la deducción lógica, identifica al autor de un delito y revela sus móviles.

**Características**

- Los argumentos se centran en el mundo del crimen y de la investigación.
- El personaje principal es el detective o investigador.
- Plantea un enigma que debe ser resuelto mediante la inteligencia, la intuición y el coraje del protagonista.

- Se utiliza la técnica del suspenso, que es lo que mantiene en vilo la historia.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acarilló y volveron, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Ella*

### Nido de avispas

John Harrison salió de la casa y se quedó un momento en la terraza de cara al jardín. Era un hombre alto de rostro delgado y cadavérico. No obstante, su aspecto lúgubre se suavizaba al sonreír, mostrando entonces algo muy atractivo.

Harrison amaba su jardín, cuya visión era inmejorable en aquel atardecer de agosto, soleado y lánguido. Las rosas lucían toda su belleza y los guisantes dulces perfumaban el aire.

Un familiar chirrido hizo que Harrison volviese la cabeza a un lado. El asombro se reflejó en su semblante, pues la pulcra figura que avanzaba por el sendero era la que menos esperaba.

—¡Qué alegría! —exclamó Harrison—. ¡Si es monsieur Poirot!

En efecto, allí estaba Hércules Poirot, el sagaz detective.

—¡Yo en persona. En cierta ocasión me dijo: “Si alguna vez se pierde en aquella parte del mundo, venga a verme”. Acepté su invitación, ¿lo recuerda?

—¡Me siento encantado —aseguró Harrison sinceramente—. Siéntese y beba algo.

Su mano hospitalaria le señaló una mesa en el pórtico, donde había diversas botellas.

—Gracias —repuso Poirot dejándose caer en un sillón de mimbre—. ¿Por casualidad no tiene jarabe? No, ya veo que no. Bien, sírvame un poco de soda, por favor whisky no —su voz se hizo plañidera mientras le servían—. ¡Cáspita, mis bigotes están lacios! Debe de ser el calor.

—¿Qué le trae a este tranquilo lugar? —preguntó Harrison mientras se acomodaba en otro sillón—. ¿Es un viaje de placer?

—No, mon ami; negocios.

—¿Negocios? ¿En este apartado rincón?

Poirot asintió gravemente.

—Sí, amigo mío; no todos los delitos tienen por marco las grandes aglomeraciones urbanas.

Harrison se rio.

—Imagino que fui algo simple. ¿Qué clase de delito investiga usted por aquí? Bueno, si puedo preguntar.

—Claro que sí. No solo me gusta, sino que también le agradezco sus preguntas.

Los ojos de Harrison reflejaban curiosidad. La actitud de su visitante denotaba que le traía allí un asunto de importancia.

—¿Dice que se trata de un delito? ¿Un delito grave?

—Uno de los más graves delitos.

—¿Acaso un...?

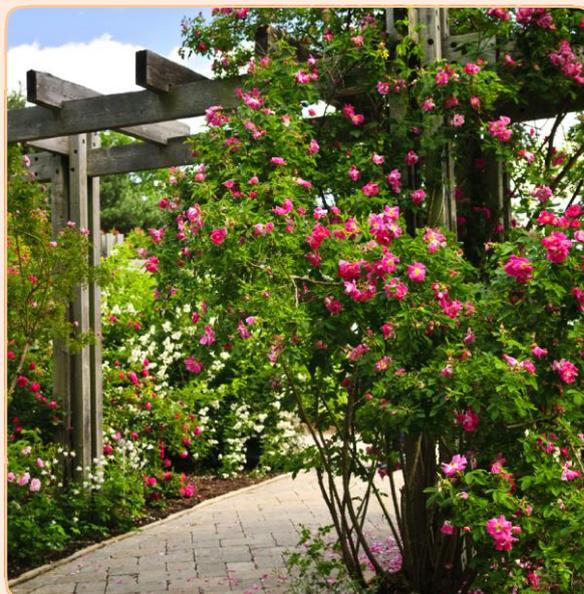
—Asesinato —completó Poirot.

Tanto énfasis puso en la palabra que Harrison se sintió sobrecogido. Y por si esto fuera poco las pupilas del detective permanecían tan fijamente clavadas en él, que el aturdimiento lo invadió. Al fin pudo articular:

—No sé que haya ocurrido ningún asesinato aquí.

—No —dijo Poirot—. No es posible que lo sepa.

—¿Quién es?



—De momento, nadie.

—¿Qué?

—Ya le he dicho que no es posible que lo sepa. Investigo un crimen aún no ejecutado.

—Veamos, eso suena a tontería.

—En absoluto. Investigar un asesinato antes de consumarse es mucho mejor que después. Incluso, con un poco de imaginación, podría evitarse.

Harrison lo miró incrédulo.

—¿Habla usted en serio, monsieur Poirot?

—Sí, hablo en serio.

—¿Cree de verdad que va a cometerse un crimen? ¡Eso es absurdo!

—Sí, hablo en serio.

—¿Cree de verdad que va a cometerse un crimen? ¡Eso es absurdo!

Hércules Poirot, sin hacer caso de la observación, dijo:

—A menos que usted y yo podamos evitarlo. Sí, mon ami.

—¿Usted y yo?

—Usted y yo. Necesitaré su cooperación.

—¿Esa es la razón de su visita?

Los ojos de Poirot le transmitieron inquietud.

—Vine, monsieur Harrison, porque... me agrada usted —y con voz más despreocupada añadió—: Veo que hay un nido de avispas en su jardín. ¿Por qué no lo destruye?

El cambio de tema hizo que Harrison frunciera el ceño. Siguió la mirada de Poirot y dijo:

—Pensaba hacerlo. Mejor dicho, lo hará el joven Langton. ¿Recuerda a Claude Langton? Asistió a la cena en que nos conocimos usted y yo. Viene esta noche expresamente a destruir el nido.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Y cómo piensa hacerlo?

—Con petróleo rociado con un inyector de jardín. Traerá el suyo que es más adecuado que el mío.

—Hay otro sistema, ¿no? —preguntó Poirot—. Por ejemplo, cianuro de potasio.

Harrison alzó la vista sorprendido.

—¡Es peligroso! Se corre el riesgo de su fijación en la plantas.

Poirot asintió.

—Sí; es un veneno mortal —guardó silencio un minuto y repitió—: Un veneno mortal.

—Útil para desembarazarse de la suegra, ¿verdad? —se rió Harrison. Hércules Poirot permaneció serio.

—¿Está completamente seguro, monsieur Harrison, de que Langton destruirá el avispero con petróleo?

—¡Segurísimo. ¿Por qué?

—¡Simple curiosidad. Estuve en la farmacia de Bachester esta tarde, y mi compra exigió que firmase en el libro de venenos. La última venta era cianuro de potasio, adquirido por Claude Langton.

Harrison enarcó las cejas.

—¡Qué raro! Langton se opuso el otro día a que empleásemos esa sustancia. Según su parecer, no debería venderse para este fin.

Poirot miró por encima de las rosas. Su voz fue muy queda al preguntar:

—¿Le gusta Langton?

La pregunta cogió por sorpresa a Harrison, que acusó su efecto.

—¡Qué quiere que le diga! Pues sí, me agrada ¿Por qué no ha de agradarme?

—Mera divagación —repuso Poirot—. ¿Y usted es de su agrado?

Ante el silencio de su anfitrión, repitió la pregunta.

—¿Puede decirme si usted es de su agrado?

—¿Qué se propone, monsieur Poirot? No termino de comprender su pensamiento.

—Le seré franco. Tiene usted relaciones y piensa casarse, monsieur Harrison. Conozco a la señorita Moly Deane. Es una joven encantadora y muy bonita. Antes estuvo prometida a Claude Langton, a quien dejó por usted.

Harrison asintió con la cabeza.

—Yo no pregunto cuáles fueron las razones; quizás estén justificadas, pero ¿no le parece justificada también cualquier duda en cuanto a que Langton haya olvidado o perdonado?

—Se equivoca, monsieur Poirot. Le aseguro que está equivocado. Langton es un deportista y ha reaccionado como un caballero. Ha sido sorprendentemente honrado conmigo, y, no con mucho, no ha dejado de mostrarme aprecio.

—¿Y no le parece eso poco normal? Utiliza usted la palabra “sorprendente” y, sin embargo, no demuestra hallarse sorprendido.

—No lo comprendo, monsieur Poirot.

La voz del detective acusó un nuevo matiz al responder:

—Quiero decir que un hombre puede ocultar su odio hasta que llegue el momento adecuado.

—¿Odio? —Harrison sacudió la cabeza y se rio.

—Los ingleses son muy estúpidos —dijo Poirot—. Se consideran capaces de engañar a cualquiera y que nadie es capaz de engañarlos a ellos. El deportista, el caballero, es un Quijote del que nadie piensa mal. Pero, a veces, ese mismo deportista, cuyo valor le lleva al sacrificio, piensa lo mismo de sus semejantes y se equivoca.

—Me está usted advirtiendo en contra de Claude Langton —exclamó Harrison—. Ahora comprendo esa intención suya que me tenía intrigado.

Poirot asintió, y Harrison, bruscamente, se puso en pie.

—¿Está usted loco, monsieur Poirot? ¡Esto es Inglaterra! Aquí nadie reacciona así. Los pretendientes rechazados no apuñalan por la espalda o envenenan. ¡Se equivoca en cuanto a Langton! Ese muchacho no haría daño a una mosca.

—La vida de una mosca no es asunto mío —repuso Poirot plácidamente—. No obstante, usted dice que monsieur Langton no es capaz de matarlas, cuando en este momento debe prepararse para exterminar a miles de avispas.

Harrison no replicó, y el detective, puesto en pie a su vez, colocó una mano sobre el hombro de su amigo, y lo zarandeó como si quisiera despertarlo de un mal sueño.

—¡Espabílese, amigo, espabílese! Mire aquel hueco en el tronco del árbol. Las avispas regresan confiadas a su nido después de haber volado todo el día en busca de su alimento. Dentro de una hora habrán sido destruidas, y ellas lo ignoran, porque nadie les advierte. De hecho carecen de un Hércules Poirot. Monsieur Harrison, le repito que vine en plan de negocios. El crimen es mi negocio, y me incumbe antes de cometerse y después. ¿A qué hora vendrá monsieur Langton a eliminar el nido de avispas?

—Langton jamás...

—¿A qué hora? —lo atajó.

—A las nueve. Pero le repito que está equivocado. Langton jamás...

—¡Estos ingleses! —volvió a interrumpirlo Poirot.

Recogió su sombrero y su bastón y se encaminó al sendero, deteniéndose para decir por encima del hombro.

—No me quedo para no discutir con usted; solo me enfurecería. Pero entérese bien: regresaré a las nueve.

Harrison abrió la boca y Poirot gritó antes de que dijese una sola palabra:

—Sé lo que va a decirme: “Langton jamás...”, etcétera. ¡Me aburre su “Langton jamás”! No lo olvide, regresaré a las nueve. Estoy seguro de que me divertirá ver cómo destruye el nido de avispas. ¡Otro de los deportes ingleses!

No esperó la reacción de Harrison y se fue presuroso por el sendero hasta la verja. Ya en el exterior, caminó pausadamente, y su rostro se volvió grave y preocupado. Sacó el reloj del bolsillo y lo consultó. Las manecillas marcaban las ocho y diez.



—Unos tres cuartos de hora —murmuró—. Quizá hubiera sido mejor aguardar en la casa.

Sus pasos se hicieron más lentos, como si una fuerza irresistible lo invitase a regresar. Era un extraño presentimiento, que, decidido, se sacudió antes de seguir hacia el pueblo. No obstante, la preocupación se reflejaba en su rostro y una o dos veces movió la cabeza, signo inequívoco de la escasa satisfacción que le producía su acto.

Minutos antes de las nueve, se encontraba de nuevo frente a la verja del jardín. Era una noche clara y la brisa apenas movía las ramas de los árboles. La quietud imperante rezumaba un algo siniestro, parecido a la calma que antecede a la tempestad.

Repentinamente alarmado, Poirot apresuró el paso, como si un sexto sentido lo pusiese sobre aviso. De pronto, se abrió la puerta de la verja y Claude

Langton, presuroso, salió a la carretera. Su sobresalto fue grande al ver a Poirot.

—¡Ah...! ¡Oh...! Buenas noches.

—Buenas noches, monsieur Langton. ¿Ha terminado usted?

El joven lo miró inquisitivo.

—Ignoro a qué se refiere —dijo.

—¿Ha destruido ya el nido de avispas?

—No.

—¡Oh! —exclamó Poirot como si sufriera un desencanto—. ¿No lo ha destruido? ¿Qué hizo usted, pues?

—He charlado con mi amigo Harrison. Tengo prisa, monsieur Poirot. Ignoraba que vendría a este solitario rincón del mundo.

—Me traen asuntos profesionales.

—Hallará a Harrison en la terraza. Lamento no detenerme.

Langton se fue y Poirot lo siguió con la mirada. Era un joven nervioso, de labios finos y bien parecido.

—Dice que encontraré a Harrison en la terraza —murmuró Poirot—. ¡Veamos!

Penetró en el jardín y siguió por el sendero. Harrison se hallaba sentado en una silla junto a la mesa. Permanecía inmóvil, y no volvió la cabeza al oír a Poirot.

—¡Ah, mon ami! —exclamó este—. ¿Cómo se encuentra?

Después de una larga pausa, Harrison, con voz extrañamente fría, inquirió:

—¿Qué ha dicho?  
 —Le he preguntado cómo se encuentra.  
 —Bien. Sí; estoy bien. ¿Por qué no?  
 —¿No siente ningún malestar? Eso es bueno.  
 —¿Malestar? ¿Por qué?  
 —Por el **carbonato sódico**.

Harrison alzó la cabeza.

—¿Carbonato sódico? ¿Qué significa eso?

Poirot se excusó.

—Siento mucho haber obrado sin su consentimiento, pero me vi obligado a ponerle un poco en uno de sus bolsillos.

—Que puso usted un poco en uno de mis bolsillos. ¿Por qué diablos hizo eso?

Poirot se expresó con esa cadencia impersonal de los conferenciantes que hablan a los niños.

—Una de las ventajas o desventajas del detective radica en su conocimiento de los bajos fondos de la sociedad. Allí se aprenden cosas muy interesantes y curiosas. Cierta vez me interesé por un simple ratero que no había cometido el hurto que se le imputaba, y logré demostrar su inocencia. El hombre, agradecido, me pagó enseñándome los viejos trucos de su profesión. Eso me permite ahora hurgar en el bolsillo de cualquiera con solo escoger el momento oportuno. Para ello basta poner una mano sobre su hombro y simular un estado de excitación. Así logré sacar el contenido de su bolsillo derecho y dejar a cambio un poco de carbonato sódico. Compréndalo. Si un hombre desea poner rápidamente un veneno en su propio vaso, sin ser visto, es natural que lo lleve en el bolsillo derecho de la americana.

Poirot se sacó de uno de sus bolsillos algunos cristales blancos y aterronados.

—Es muy peligroso —murmuró— llevarlos sueltos.

Curiosamente y sin precipitarse, extrajo de otro bolsillo un frasco de boca ancha. Deslizó en su interior los cristales, se acercó a la mesa y vertió agua en el frasco. Una vez tapado lo agitó hasta disolver los cristales. Harrison los miraba fascinado.

Poirot se encaminó al avispero, destapó el frasco y roció con la solución el nido. Retrocedió un par de pasos y se quedó allí a la expectativa. Algunas avispas se estremecieron un poco antes de quedarse quietas. Otras treparon por el tronco del árbol hasta caer muertas. Poirot sacudió la cabeza y regresó al pórtico.

—Una muerte muy rápida —dijo.

Harrison pareció encontrar su voz.

—¿Qué sabe usted?

—Como le dije, vi el nombre de Claude Langton en el registro. Pero no le conté lo que siguió inmediatamente después. Lo encontré al salir a la calle y me explicó que había comprado **cianuro de potasio** a petición de usted para destruir el nido de avispas. Eso me pareció algo raro, amigo mío, pues recuerdo que en aquella cena a que hice referencia antes, usted expuso su punto de vista sobre el mayor mérito de la gasolina para estas cosas, y denunció el empleo de cianuro como peligroso e innecesario.

—Siga.

—Sé algo más. Vi a Claude Langton y a Molly Deane cuando ellos se creían libres de ojos indiscretos. Ignoro la causa de la ruptura de enamorados que llegó a separarlos, poniendo a Molly en los brazos de usted, pero comprendí que los malos entendidos habían acabado entre la pareja y que la señorita Deane volvía a su antiguo amor.

—Siga.



—Nada más. Salvo que me encontraba en Harley el otro día y vi salir a usted del consultorio de cierto doctor, amigo mío. La expresión de usted me dijo la clase de enfermedad que padece y su gravedad. Es una expresión muy peculiar, que solo he observado un par de veces en mi vida, pero inconfundible. Ella refleja el conocimiento de la propia sentencia de muerte. ¿Tengo razón o no?



—Sí. Solo dos meses de vida. Eso me dijo.

—Usted no me vio, amigo mío, pues tenía otras cosas en qué pensar. Pero advertí algo más en su rostro; advertí esa cosa que los hombres tratan de ocultar, y de la cual le hablé antes. Odio, amigo mío. No se moleste en negarlo.

—Siga —apremió Harrison.

—No hay mucho más que decir. Por pura casualidad vi el nombre de Langton en el libro de registro de venenos. Lo demás ya lo sabe. Usted me negó que Langton fuera a emplear el cianuro, e incluso se mostró sorprendido de que lo hubiera adquirido. Mi visita no le fue particularmente grata al principio, si bien muy pronto la halló conveniente y alentó mis sospechas. Langton me dijo que vendría a las ocho y media. Usted que a las nueve. Sin duda pensó que a esa hora me encontraría con

el hecho consumado.

—¿Por qué vino? —gritó Harrison—. ¡Ojalá no hubiera venido!

—Se lo dije. El asesinato es asunto de mi incumbencia.

—¿Asesinato? ¡Suicidio querrá decir!

—No —la voz de Poirot sonó claramente aguda—. Quiero decir asesinato. Su muerte sería rápida y fácil, pero la que planeaba para Langton era la peor muerte que un hombre puede sufrir. Él compra el veneno, viene a verlo y los dos permanecen solos. Usted muere de repente y se encuentra cianuro en su vaso. ¡A Claude Langton lo cuelgan! Ese era su plan.

Harrison gimió al repetir:

—¿Por qué vino? ¡Ojalá no hubiera venido!

—Ya se lo he dicho. No obstante, hay otro motivo. Lo aprecio monsieur Harrison. Escuche, mon ami; usted es un moribundo y ha perdido a la joven que amaba; pero no es un asesino. Dígame la verdad: ¿Se alegra o lamenta ahora de que yo viniese?

Tras una larga pausa, Harrison se animó. Había dignidad en su rostro y la mirada del hombre que ha logrado salvar su propia alma. Tendió la mano por encima de la mesa y dijo:

—Fue una suerte que viniera usted.

Agatha Christie

### Sabías que...

### Recuerda que...

### Glosario

**Cianuro de potasio:** es uno de los venenos más potentes que se conocen. Se fija de manera irreversible a la membrana interna de las mitocondrias. La muerte ocurre en menos de un minuto.

**Carbonato sódico:** es una sal blanca y translúcida, usada entre otras cosas en la fabricación de jabón, vidrio y tintes.

## I. Comprensión lectora

1. ¿Quién es Harrison?
2. ¿Cómo se llama el investigador del cuento? ¿Qué clase de crimen resolvería?
3. ¿Quién, supuestamente, destruiría el nido de avispas? ¿Cómo lo haría?
4. ¿Cómo se llamaba la novia de Harrison?
5. ¿Qué insinuación le hizo el detective Poirot a Harrison acerca de Langton?
6. ¿Quién cambió el cianuro de potasio por carbonato sódico? ¿Cómo lo hizo? ¿Con qué finalidad?
7. ¿Quién quería matar a Harrison? ¿Por qué?
8. ¿Qué planes había trazado Harrison para Claude Langton?
9. ¿Qué le dijo Harrison a Poirot al final de la historia?

## II. Juicio crítico-valorativo

10. ¿Qué opinas acerca del suicidio? ¿Por qué?
11. Ordena cronológicamente las ideas.
  - (    ) Harrison toma carbonato sódico.
  - (    ) Claude Langton salió de la casa de Harrison.
  - (    ) Poirot preguntó a Harrison acerca del nido de avispas.
  - (    ) Molly Dean volvió con Claude Langton.
  - (    ) Poirot cambió el cianuro de potasio por el carbonato sódico.

## III. Creatividad

12. ¿Cómo imaginas a Harrison? Dibújalo.

## Técnicas de estudio

### El subrayado

El subrayado consiste en **poner de relieve, o destacar** mediante un código propio de **rayas, signos de realce o llamadas de atención**, aquellas ideas o datos fundamentales de un tema que merecen tomarse en cuenta para ser asimilados.

#### **Importancia**

- **Contribuye a fijar la atención** en el estudio de forma más intencional, analítica y selectiva.
- **Evita las distracciones** y la pérdida de tiempo.
- **Favorece el estudio activo** y el interés por captar las ideas fundamentales.
- **Incrementa el sentido crítico** en la lectura mediante la capacidad de análisis al destacar lo principal sobre lo accesorio o explicativo.
- **Facilita el repaso rápido**, la confección de esquemas, resúmenes y demás formas de síntesis de los contenidos.

- Constituye una ayuda determinante para comprender el contenido de un tema y retenerlo, al ser la base del estudio de asimilación y memorización.
- Posibilita la ampliación y utilización del vocabulario específico de la materia.

### ¿Qué se debe tener en cuenta en el momento de subrayar?

- No subrayes durante la lectura general inicial o prelectura. En esta primera lectura se detectan ideas, datos, nombres, fechas, etc., pero no los subrayes todavía; espera para lograr una visión global del tema.
- Subraya al realizar la lectura de análisis y de síntesis, siguiendo párrafo a párrafo el estudio del tema.
- Subraya solo las palabras clave, las ideas principales, los datos, las fechas o los nombres importantes.
- Destaca gráficamente la diferencia de las ideas principales y de las ideas secundarias.
- No subrayes aquello que no sabes qué significa: utiliza el diccionario o consulta con el profesor.
- Lo que hayas subrayado debe tener sentido por sí mismo en relación con el tema, sin tener en cuenta las exigencias gramaticales.

## EJERCICIOS

### Subraya las ideas principales de los siguientes textos.

La sangre que el corazón bombea continuamente, recorre en un minuto la totalidad de los vasos sanguíneos del cuerpo por medio de dos circuitos distintos: las circulaciones pulmonar y sistémica. El conjunto de los vasos sanguíneos del corazón y de la sangre constituyen el sistema circulatorio o cardiovascular.

El sistema nervioso central se comunica con el resto del cuerpo humano por medio de 43 pares de nervios: 12 pares de nervios craneales directamente conectados al cerebro y 31 pares de nervios espinales conectados a la médula espinal. Esta red, que constituye el sistema nervioso periférico, se ramifica a todas las partes del cuerpo.

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
casavillo y roberían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Qu*

1. ¿Cómo se define el cuento policial?
2. ¿Cuáles son las características del cuento policial?
3. Menciona a los principales representantes del cuento policial.
4. ¿Qué es el subrayado?
5. Indica verdadero (V) o Falso (F) según corresponda.
  - a) Se debe subrayar durante la lectura inicial. ( )
  - b) Lo subrayado debe tener sentido. ( )

## 02

## El cuento policial II



El detective Holmes, de admirable caballerosidad, penetrante inteligencia, notable erudición, destreza física y entereza espiritual sella el estilo de la novela policial de Arthur Conan Doyle.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
marillo y roberian, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

### La aventura de la inquilina del velo

Si se piensa en que Holmes permaneció ejerciendo activamente su profesión por espacio de veinte años, y que durante diecisiete de ellos se me permitió cooperar con él y llevar el registro de sus hazañas, se comprenderá fácilmente que dispongo de una gran masa de material. Mi problema ha consistido siempre en elegir, no en descubrir. Aquí tengo la larga hilera de agendas anuales que ocupan un estante, y ahí tengo también las cajas llenas de documentos que constituyen una verdadera cantera para quien quiera dedicarse a estudiar no solo hechos criminosos, sino los escándalos sociales y gubernamentales de la última etapa de la era victoriana. A propósito de estos últimos, quiero decir a los que me escriben cartas angustiosas, suplicándome que no toque el honor de sus familias o el buen nombre de sus célebres antepasados, que no tienen nada que temer. La discreción y el elevado sentimiento del honor profesional que siempre distinguieron a mi amigo siguen actuando sobre mí en la tarea de seleccionar estas memorias, y jamás será traicionada ninguna confidencia. He de protestar, sin embargo, de la manera más enérgica contra los intentos que últimamente se han venido haciendo para apoderarse de estos documentos con ánimo de destruirlos. Conocemos la fuente de que proceden estos intentos delictivos. Si se repiten estoy yo autorizado por Holmes para anunciar que se dará publicidad a toda la historia referente a cierto político, al faro y al cuervo marino amaestrado. Esto que digo lo entenderá por lo menos un lector.

No es razonable creer que todos esos casos de que hablo dieron a Holmes oportunidad de poner en evidencia las extraordinarias dotes de instinto y de observación que yo me he esforzado por poner de relieve en estas memorias. Había veces en que tenía que recoger el fruto tras largos esfuerzos; otras se le venía fácilmente al regazo. Pero con frecuencia, en esos casos que menos oportunidades personales le ofrecían, se hallaban implicadas las más terribles tragedias humanas. Uno de ellos es el que ahora deseo referir. He modificado ligeramente los nombres de personas y de lugares, pero, fuera de eso, los hechos son tal y como yo los refiero.

Recibí cierta mañana (a finales de 1896) una nota apresurada de Holmes en la que solicitaba mi presencia. Al llegar a su casa, me lo encontré sentado y envuelto en una atmósfera cargada de humo de tabaco. En la silla que caía frente por frente de él había una señora anciana y maternal, del tipo rollizo de las dueñas de casas de pensión.

—Le presento a la señora Merrilow, de South Brixton —dijo mi amigo, indicándomela con un ademán de la mano—. La señora Merrilow no tiene inconveniente en que se fume, Watson. Se lo digo por si quiere entregarse a esa sucia debilidad suya. La señora Merrilow tiene una historia interesante que contar. Esa historia puede traer novedades en las que sería útil la presencia de usted.

—Todo lo que yo pueda hacer...

—Comprenderá usted, señora Merrilow, que si yo me presento a la señora Ronder, preferiría hacerlo con un testigo. Déselo usted a entender antes que nosotros lleguemos.

—¡Bendito sea Dios, señor Holmes! —contestó nuestra visitante—. Ella tiene tales ansias de hablar con usted, que lo hará aunque se haga usted seguir de todos los habitantes de la parroquia.

—Iremos, téngalo presente, a primera hora de la tarde. Es, pues, preciso que, antes de ponernos en camino, conozcamos con exactitud todos los hechos. Si les damos un repaso ahora, el doctor Watson podrá ponerse al corriente de la situación. Usted me ha dicho que desde hace siete años tiene de inquilina a la señora Ronder, y que en todo ese tiempo solo una vez le ha visto la cara.

—¡Y rogara a Dios que no se la hubiese visto! —exclamó la señora Merrilow.

—Tengo entendido que la tiene terriblemente mutilada.

—Tanto, señor Holmes, que ni cara parece. Esa fue la impresión que me produjo. Nuestro

lechero la vio en cierta ocasión nada más que un segundo, cuando ella estaba curioseando por la ventana del piso superior, y cuál no sería su impresión, que dejó caer la vasija de la leche y esta, corrió por todo el jardincillo delantero. Ahí verá usted qué clase de cara es la suya. En la ocasión en que yo la vi la pillé desprevenida, y se la tapó rápidamente, y luego dijo: “Ya sabe usted, por fin, la razón de que yo no me levante nunca el velo.”

—¿Sabe usted algo acerca de su vida anterior?

—Absolutamente nada.

—¿Dio alguna referencia cuando se presentó en su casa?

—No, señor, pero dio dinero contante y sonante y en mucha cantidad. Puso encima de la mesa el importe de un trimestre adelantado, y no discutió precios. Una mujer pobre como yo, no puede permitirse en estos tiempos rechazar una oportunidad como esa.

—¿Alegó alguna razón para dar la preferencia a su casa?

—Mi casa está muy retirada de la carretera y es más recogida que otras muchas. Además, yo solo tengo una inquilina y soy mujer sin familia propia. Me imagino que había visitado otras casas y que la mía le resultó de mayor conveniencia suya. Lo que ella busca es vivir oculta, y está dispuesta a pagarlo.

—Ha dicho usted que jamás esa señora dejó ver su cara, salvo en esa ocasión y por casualidad. Pues sí, es la suya una historia extraordinaria, muy extraordinaria, y no me admiro de que desee hacer luz en ella.

—No, señor Holmes, yo no lo deseo. Me doy por satisfecha con cobrar mi renta. No es posible conseguir una inquilina más tranquila ni que dé menos trabajo.

—¿Y qué ha ocurrido entonces para que se haya lanzado a dar este paso?

—Su salud, señor Holmes. Me da la impresión de que se está acabando. Además, algo espantoso hay en aquella cabeza. “¡Asesino! —grita— ¡Asesino!” Y otra vez la oí: “¡Fiera! ¡Monstruo!” Era de noche, y sus gritos resonaban por toda la casa, dándome escalofríos. Por eso fui a verla por la mañana, y le dije: “La señora Ronder, si tiene usted algún secreto que conturba su alma, para eso están el Clero y la policía. Entre unos y otros le proporcionarían alguna ayuda.” Ella exclamó: “Nada de policía, por amor de Dios. Y en cuanto al Clero, no es posible cambiar el pasado. Y, sin embargo, me quitaría un peso del alma que alguien se enterase de la verdad, antes que yo me muera.” “Pues bien —le dije yo—; si no quiere usted nada con la policía, tenemos a ese detective del que tanto leemos”, con su perdón, señor Holmes. Ella se agarró a esa idea inmediatamente, y dijo: “Ese es el hombre que necesito. ¿Cómo no se me ocurrió jamás acudir a él? Tráigalo, señora Merrilow, y si pone inconvenientes a venir, dígame que yo soy la mujer de la colección de fieras de Ronder. Dígame eso y cítele el nombre de “Abbas Parva”. “Aquí está como ella lo escribió: “Abbas Parva”. “Eso le hará venir si él es tal y como yo me lo imagino”.

—Me hará ir, en efecto —comentó Holmes—. Muy bien, señora Merrilow. Desearía tener una breve conversación con el doctor Watson. Eso nos llevará hasta la hora del almuerzo. Puede contar con que llegaremos a su casa de Brixton a eso de las tres.

Apenas sí nuestra visitante había salido de la habitación con sus andares menudos y bamboleantes de ánade, cuando ya Sherlock Holmes se había lanzado con furiosa energía sobre una pila de libros vulgares que había en un rincón. Se escuchó durante algunos minutos un constante roce de hojas y de pronto un gruñido de satisfacción, porque había dado con lo que buscaba.

Era tal su excitación que no se levantó, sino que permaneció sentado en el suelo, lo mismo que un Buda extraño, con las piernas cruzadas, rodeado de gruesos volúmenes, y con uno de ellos abierto encima de las rodillas.

—Watson, este es un caso que en su tiempo me trajo preocupado. Fíjese en mis notas marginales que lo demuestran. Reconozco que no logré explicármelo. Sin embargo, estaba convencido de que el juez de investigación estaba equivocado. ¿No recuerda usted la tragedia de Abbas Parva?

—En absoluto, Holmes.

—Sin embargo, por aquel entonces vivía usted conmigo. Desde luego, también mis impresiones del caso eran muy superficiales, porque no disponía de datos en que apoyarme, y porque ninguna de las dos partes había solicitado mis servicios. Quizá le interese leer los periódicos.

—¿No podría señalarme usted mismo los detalles sobresalientes?

—Es cosa muy fácil de hacer. Ya verá cómo los recuerda conforme yo vaya hablando. El nombre de Ronder era, desde luego, conocidísimo. Era el rival de Wombwell y de Sanger. Uno de los más grandes empresarios de circo de su tiempo. Hay, sin embargo, pruebas de que se entregó a la bebida y de que al ocurrir la tragedia se hallaban tanto él como su circo ambulante en decadencia. La caravana se había detenido para pasar la noche en Abbas Parva, pueblo pequeño del Berkshire, que fue donde ocurrió este hecho horrendo. Iban camino de Wimbledon y viajaban por carretera. Se limitaron, pues, a acampar, sin hacer exhibición alguna, porque se trataba de un lugar tan pequeño que no les habría compensado el trabajo.

Entre las fieras que exhibían figuraba un magnífico ejemplar de león de África. Le llamaban el Rey del Sáhara, y tanto Ronder como su mujer tenían por costumbre realizar exhibiciones dentro de su jaula. Ahí tiene una foto de la escena. Verá por ella que Ronder era un cerdo corpulento, y su esposa, una espléndida mujer. Alguien testimonió durante la investigación que el león había ofrecido síntomas de estar de humor peligroso, pero que, como de costumbre, la familiaridad engendra el menosprecio, y nadie hizo caso.

Era cosa corriente que Ronder o su esposa diesen de comer al león por la noche. Unas veces lo hacía uno de ellos, otras, los dos juntos; pero nunca permitían que nadie más le diese de comer, creyendo que mientras fuesen ellos los que le llevaban el alimento, el león los consideraría como bienhechores suyos y no les haría ningún daño. La noche del suceso habían entrado los dos a darle de comer, y entonces ocurrió un suceso horrendo, pero cuyos detalles nunca se consiguió poner en claro.

Parece que el campamento todo se despertó hacia medianoche por los rugidos del animal y los chillidos de la mujer. Todos los cuidadores y empleados acudieron desde sus tiendas corriendo, llevando linternas. A la luz de estas vieron un espectáculo terrible. Ronder yacía en el suelo, con la parte posterior del cráneo hundida y con señales de profundos zarpazos en el cuero cabelludo; a unos diez metros de distancia de la jaula, que estaba abierta. Cerca de la puerta de la jaula yacía la señora Ronder, de espaldas, con la fiera acurrucada y enseñando los dientes encima de ella. Le había destrozado la cara de tal manera que no se creyó que sobreviviría. Varios de los artistas del circo, encabezados por el forzudo Leonardo y por el payaso Griggs, acometieron a la fiera con pértigas, y el león dio un salto hacia atrás y se metió en la jaula, que aquellos se apresuraron a cerrar.

Nadie supo cómo había quedado abierta. Se llegó a la suposición de que la pareja había intentado entrar en la jaula, pero que, en el instante en que fueron corridos los cierres de la puerta, el animal se lanzó sobre ellos de un salto. Ningún otro detalle de interés apareció en la investigación, fuera de que la mujer, en el delirio de sus atroces dolores, no cesaba de gritar: “¡Cobarde! ¡Cobarde!”, cuando la conducían al carromato en que vivían. Transcurrieron seis meses antes que ella pudiera prestar declaración, pero se cumplieron debidamente todos los trámites, y el veredicto del jurado del juez de instrucción fue de muerte sobrevenida por una desgracia.

—¿Cabía otra alternativa? —pregunté yo.

—Tiene usted razón de hacer esa pregunta. Sin embargo, había un par de detalles que trajeron desasosiego a Edmunds, de la policía de Berkshire. ¡Magnífico muchacho el tal Edmunds! Más adelante lo destinaron a Allahabad. Gracias a él me puse en contacto con el asunto, porque se dejó caer por aquí y fumamos un par de pipas hablando del mismo.

—¿Era un individuo delgado y de pelo rubio?

—Exactamente. Tenía la seguridad de que descubriría usted su pista inmediatamente.

—¿Y qué fue lo que le preocupaba?

—La verdad es que nos preocupó a los dos. Resultaba endiabladamente difícil reconstruir el hecho. Mírelo desde el punto de vista del león. Se ve en libertad. ¿Y qué hace entonces? Da media docena de saltos hacia delante para ir a caer sobre Ronder. Este se da media vuelta para huir, puesto que las señales de los zarpazos las tenía en la parte posterior de la cabeza; pero el león le derriba. Entonces, en vez de dar otro salto y escapar, se vuelve hacia la mujer, que estaba cerca de la jaula, la derriba de espaldas y le mastica la cara. Por otro lado, los gritos de la mujer parecían dar a entender que el marido le había fallado de una u otra manera. ¿Qué pudo hacer el pobre hombre para socorrerla? ¿No ve usted la dificultad?

—Desde luego.

—Pero había algo más, que se me ocurre a mí, ahora que vuelvo a repasar el asunto. Algunas de las personas declararon que, coincidiendo con los rugidos del león y con los chillidos de la mujer, se oyeron gritos de terror que daba un hombre.

—Serían de Ronder, sin duda.

—Difícilmente podía gritar si estaba con el cráneo destrozado. Dos testigos, por lo menos, se refieren a gritos de un hombre mezclados con los de una mujer.

—Yo creo que para entonces estaría gritando el campamento entero. Por lo que se refiere a los demás puntos, creo que podría apuntar una solución.

—La tomaré muy a gusto en consideración.

—Cuando el león se vio en libertad, él y ella estaban juntos, a diez metros de la jaula. Ronder se dio media vuelta y fue derribado. La mujer concibió la idea de meterse dentro de la jaula y de cerrar la puerta. Era aquel su único refugio. Se lanzó a ponerla en práctica, pero cuando ya llegaba a la puerta, la fiera saltó sobre ella y la derribó. La mujer, irritada contra su marido, porque, al huir este, la fiera se había enfurecido. Si ambos le hubiesen hecho frente, quizá la hubiesen obligado a retroceder. De ahí sus estentóreos gritos de “¡Cobarde!”.

—¡Magnífico, Watson! Su brillante exposición no tiene más que un defecto.

—¿Qué defecto, Holmes?

—Si ambos estaban a diez pasos de distancia de la jaula, ¿cómo llegó la fiera a encontrarse con la puerta abierta?

—¿No es posible que tuviesen algún enemigo y que este la abrió?

—¿Y por qué había de acometerlos de manera tan salvaje si estaba acostumbrada a jugar con ellos y a exhibir con ellos sus habilidades dentro de la jaula?

—Quizás ese mismo enemigo había hecho algo con el propósito de enfurecerlo.

Holmes permaneció pensativo y en silencio durante algunos momentos.

—Bien, Watson, hay algo que decir en favor de su hipótesis. Ronder era un hombre que tenía muchos enemigos. Edmunds me dijo que cuando estaba metido en copas era espantoso. Hombre corpulento y fanfarrón, maltrataba de palabra y obra a cuantos se le cruzaban en el camino. Yo creo que aquellos gritos de monstruo, de los que nos ha hablado nuestra visitante, son reminiscencias nocturnas del muerto querido.

Sin embargo, todo esto no son sino cábalas fútiles mientras no conozcamos todos los hechos. Tenemos en el aparador una perdiz fría y una botella de Montrachet. Renovemos nuestras energías antes que tengamos que exigirles un nuevo esfuerzo.

Cuando nuestro coche hamson nos dejó junto a la casa de la señora Merrilow, nos encontramos a la rolliza señora cerrando con su cuerpo el hueco de la puerta de su morada humilde, pero retirada. Era evidente que su precaución principal era la de no perder una buena inquilina, y antes de conducirnos al piso superior nos suplicó que no dijésemos ni hiciésemos nada que pudiera provocar un hecho tan indeseable. Por fin, después de haberle dado toda clase de seguridades, nos condujo por la escalera, estrecha y mal alfombrada, hasta la habitación de la misteriosa inquilina.

Era un cuarto mal ventilado, angosto, que olía a rancio, como no podía menos, puesto que la ocupante no salía de él apenas. Por algo que parecía justicia del destino, aquella mujer que tenía encerradas a las fieras en una jaula había acabado siendo como una fiera dentro de una jaula. Se hallaba sentada en un sillón roto, en el rincón más oscuro del cuarto. Los largos años de inactividad habían quitado algo de esbeltez a las líneas de su cuerpo, que debió de ser hermoso, y conservaba aún su plenitud y voluptuosidad. Un grueso velo negro le cubría el rostro, pero el borde del mismo terminaba justamente encima del labio superior, dejando al descubierto una boca perfecta y una barbilla finamente redondeada. Yo pensé que, en efecto, debió de ser una mujer extraordinaria. También su voz era de timbre delicado y agradable.

—Señor Holmes, usted conoce ya mi nombre —explicó—. Pensé que bastaría para que viniese.

—Así es, señora, aunque no acabo de comprender cómo sabe que yo estuve interesado en el caso suyo.

—Lo supe cuando, recobrada ya mi salud, fui interrogada por el detective del condado, señor Edmunds. Pero yo le mentí. Quizás había sido más prudente decirle la verdad.

—Por lo general, decir la verdad suele ser lo más prudente. ¿Y por qué mintió usted?

—Porque de ello dependía la suerte de otra persona. Era un ser indigno por demás. Yo lo sabía, pero no quise que su destrucción recayese sobre mi conciencia. ¡Habíamos vivido tan cerca, tan cerca!

—¿Ha desaparecido ya ese impedimento?

—Sí, señor. La persona a que aludo ha muerto.

—¿Por qué, entonces, no le cuenta usted ahora a la policía todo lo que sabe?

—Porque hay que pensar también en otra persona. Esa otra persona soy yo. Sería incapaz de aguantar el escándalo y la publicidad que acarrearía el que la policía tomase en sus manos el asunto. No es mucho lo que me queda de vida, pero deseo morir sin ser molestada. Sin embargo, deseaba dar con una persona de buen criterio a la que poder confiar mi terrible historia, de modo que, cuando yo muera, pueda ser comprendido cuanto ocurrió.

—Eso es un elogio que usted me hace, señora. Pero soy, además, una persona que tiene el sentimiento de su responsabilidad. No le prometo que, después que usted haya hablado, no me crea en el deber de poner su caso en conocimiento de la policía.

—Creo que no lo hará usted, señor Holmes. Conozco demasiado bien su carácter y sus métodos, porque vengo siguiendo su labor desde hace varios años. El único placer que me ha dejado el destino es el de la lectura, y pocas cosas de las que ocurren por el mundo se me pasan inadvertidas. En todo caso, estoy dispuesta a correr el riesgo del empleo que usted pudiera hacer de mi tragedia. Mi alma sentirá alivio contándola.

—Tanto mi amigo como yo, nos alegraríamos de oírla.

La mujer se levantó y sacó de un cajón la fotografía de un hombre. Saltaba a la vista que se trataba de un acróbata profesional, de magnífica conformación física. Estaba retratado con sus poderosos brazos cruzados delante del arqueado pecho, y con una sonrisa que asomaba por entre sus tupidos bigotes; la sonrisa engreída del hombre conquistador de mujeres.

—Es Leonardo —nos dijo.

—¿Leonardo, el forzudo que prestó declaración?

—El mismo. Y este otro es... mi marido.

Era una cara espantosa. La cara de un cerdo humano, o más bien de un jabalí formidable en su bestialidad. Era fácil imaginarse aquella boca repugnante, rechinando y echando espumarajos en sus momentos de rabia, y aquellos ojillos malignos proyectando sus ruindades sobre todo lo que miraban. Rufián, fanfarrón, bestia; todo eso estaba escrito en aquel rostro de gruesa mandíbula.

—Estos dos retratos les ayudarán, caballeros, a comprender esta historia. Cuando yo tenía

diez años era ya una muchacha de circo, educada en el serrín de la pista y que saltaba por el aro. Cuando me convertí en mujer, se enamoró de mí este hombre, si a su lascivia se le puede dar el nombre de amor. En un mal momento me casé con él. Desde ese día viví en un infierno, y él fue el demonio que me atormentó. No había una sola persona en toda la compañía que no supiese cómo me trataba. Me abandonó para ir con otras. Si yo me quejaba, solía atarme y me azotaba con su fusta de montar. Todos me compadecían y todos le odiaban, pero, ¿qué podían hacer? Desde el primero hasta el último le temían. Porque era terrible en todo momento, pero llegaba a sanguinario siempre que estaba borracho. Una y otra vez fue condenado por agresión y por crueldades con los animales; pero tenía dinero abundante, y le importaban muy poco las multas. Los mejores artistas nos abandonaron, y el espectáculo empezó a ir cuesta abajo. únicamente Leonardo y yo lo sosteníamos, con la ayuda del pequeño Jimmy Griggs, el payaso. Este pobre hombre no tenía muchos motivos para estar de buen humor, pero se esforzaba cuanto podía en evitar que todo se derrumbase.

Leonardo entró entonces cada vez más íntimamente en mi vida. Ya han visto ustedes cómo era físicamente. Ahora sé cuán pobre era el espíritu encerrado en un cuerpo tan magnífico, pero, comparado con mi marido, parecía algo así como el ángel Gabriel. Me compadeció y me ayudó, hasta que nuestra intimidad se convirtió en amor; un amor profundo, profundísimo, apasionado, con el que yo había soñado siempre, pero que nunca esperé sentir. Mi marido lo sospechó, pero yo creo que tenía tanto de cobarde como de bravucón, y que Leonardo era el único hombre al que temía. Se vengó a su manera, atormentándome cada vez más. Una noche mis gritos trajeron a Leonardo hasta la puerta de nuestro carronato. Aquella vez bordeamos la tragedia, y mi amante y yo no tardamos en comprender que no era posible evitarla. Mi marido no tenía derecho a vivir. Planeamos su muerte.

Leonardo era hombre de cerebro astuto y calculador. Fue él quien lo planeó todo. No lo digo para censurarlo, porque yo estaba dispuesta a acompañarle hasta la última pulgada del camino. Pero yo no habría tenido jamás el ingenio necesario para trazar aquel plan. Preparamos una clava (fue Leonardo quien la fabricó), y en la cabeza de la misma, hecha de plomo, aseguramos cinco largas uñas de acero, con las puntas fuera y de la misma anchura de la garra del león. Daríamos con ella a mi marido el golpe de muerte, pero, por las señales que quedarían haríamos pensar a todos que se la había producido el león, al que dejaríamos libre.

La noche estaba negra como la pez cuando mi marido y yo marchamos, según era nuestra costumbre, a dar de comer a la fiera. Llevábamos la carne cruda en un cubo de cinc. Leonardo estaba al acecho detrás de la esquina del gran carronato junto al cual teníamos que pasar antes de llegar a la jaula.

Actuó con retraso; cruzamos por delante de él sin que descargase el golpe; pero nos siguió de puntillas, y yo oí el crujido que produjo la clava al destrozar el cráneo. Fue un ruido que hizo dar un vuelco de alegría a mi corazón. Corrí hacia delante y solté el cierre que sujetaba la puerta de la gran jaula del león.

Y entonces ocurrió una cosa terrible. Quizás esté usted enterado de lo rápidos que son estos animales para recibir el husmillo de la sangre humana, y cómo esta los excita. Algún instinto extraño debió de hacer barruntar al león que un ser humano había muerto. Al descorrer yo el cerrojo saltó y se me vino encima en un segundo. Leonardo pudo salvarme. Si él se hubiese abalanzado sobre el león y le hubiese golpeado con la maza, habría podido hacerle retroceder. Pero se acobardó. Le oí gritar aterrorizado y le vi darse media vuelta y huir. En el mismo instante sentí en mi carne los dientes del león. Ya su aliento abrasador y sucio me había envenenado y apenas si experimenté sensación alguna de dolor. Intenté apartar con las palmas de mis manos las tremendas fauces, manchadas de sangre y que lanzaban un vaho hirviente y grité pidiendo socorro. Tuve la sensación de que todo el campamento se ponía en movimiento y conservo el confuso recuerdo de que un grupo de hombres, compuesto por Leonardo, Griggs y otros, me sacaron de debajo de las zarpas de la fiera. Ese fue, señor Holmes, por espacio de muchos meses fatigosos, el último de mis recuerdos. Cuando recobré la razón y me vi en el espejo maldije al león, ¡oh!, cómo lo maldije!; no porque había

destrozado mi hermosura, sino por no haberme arrancado la vida. Solo un deseo tenía, señor Holmes, y contaba con dinero suficiente para satisfacerlo. Este deseo era el de cubrirme el rostro de manera que nadie pudiera verlo, y vivir donde nadie de cuantos yo había conocido pudieran encontrarme. Eso era lo único que ya me restaba por hacer; y eso es lo que he venido haciendo. Convertida en un pobre animal que se ha arrastrado hasta dentro de un agujero para morir; así es cómo acaba su vida Eugenia Ronder.

Permanecimos sentados en silencio un rato, cuando ya la desdichada mujer había acabado de relatar su historia. De pronto, Holmes extendió su largo brazo y palmeó en la mano a la mujer con una expresión de simpatía como rara vez yo le había visto exteriorizar.

—¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! —decía—. Los manejos del destino son, en verdad, difíciles de comprender. Si no existe alguna compensación en el más allá, entonces el mundo no es sino una broma cruel. ¿Y qué fue del tal Leonardo?

—Jamás volví a verlo ni oír hablar de él. Quizá no tuve razón para llevar mi animosidad hasta ese punto. Quizás él hubiese amado a esta pobre cosa que el león había dejado, lo mismo que a uno de esos monstruos de mujer que exhibimos por el país. Pero no se puede hacer tan fácilmente a un lado el amor de una mujer. Aquel hombre me había dejado entre las garras de la fiera, me había abandonado en el momento de peligro. Sin embargo, no pude decidirme a entregarlo a la horca. Mi suerte me tenía sin cuidado. ¿Qué podía ser más angustioso que mi vida actual? Pero me interpose entre Leonardo y su destino.

—¿Y ha muerto ya?

—Se ahogó el mes pasado mientras se bañaba cerca de Margate. Leí su muerte en los periódicos.

—¿Y qué hizo de su clava de cinco garras, detalle este el más extraordinario e ingenioso de toda su historia?

—No puedo decírselo, señor Holmes. Cerca del campamento había una cantera de cal que tenía en su base una profunda ciénaga vercosa. Quizás en el fondo de la misma...

—Bien, bien, la cosa tiene ya poca importancia. El caso ha quedado concluso.

Nos habíamos puesto en pie para retirarnos, pero algo observó Holmes en la voz de la mujer que atrajo su atención. Volvióse rápidamente hacia ella.

—Su vida no le pertenece —le dijo—. No atente contra ella.

—¿Qué utilidad tiene para nadie?

—¿Qué sabe usted? El sufrir con paciencia constituye por sí mismo la más preciosa de las lecciones que se pueden dar a un mundo impaciente.

La contestación de la mujer fue espantosa. Se levantó el velo y avanzó hasta que le dio la luz de lleno, y dijo:

—¡A ver si es usted capaz de aguantar esto!

Era una cosa horrible. No existen palabras para describir la conformación de una cara, cuando esta ha dejado de ser cara. Los dos ojos oscuros, hermosos y llenos de vida, que miraban desde aquella ruina cartilaginosa, realzaban aún más lo horrendo de semejante visión. Holmes alzó las manos en ademán de compasión y de protesta, y los dos juntos abandonamos el cuarto.

Dos días después fui a visitar a mi amigo, y este me señaló con cierto orgullo una pequeña botella que había encima de la repisa de la chimenea. La cogí en la mano. Tenía una etiqueta roja, de veneno. Al abrirla, se esparció un agradable olor de almendras.

—¿Ácido prúsico? —le pregunté.

—Exactamente. Me ha llegado por el correo. “Le envío a usted mi tentación. Seguiré su consejo”. Eso decía el mensaje. Creo, Watson, que podemos adivinar el nombre de la valerosa mujer que lo ha enviado.

Arthur Conan Doyle

**I. Comprensión lectora**

1. ¿Quién era la señora Merrilow? ¿Cómo era ella?
2. ¿Qué características presenta Holmes? ¿A qué se dedicaba?
3. ¿Qué función cumple Watson?
4. ¿Por qué la señora Ronder deseaba hablar con Holmes?
5. ¿Qué llevaba siempre la señora Ronder en el rostro?
6. ¿Por qué la señora Merrilow aceptó como inquilina a una mujer que no le dio ninguna referencia?
7. ¿Por qué la señora Ronder eligió vivir en la casa de la señora Merrilow?
8. La señora Merrilow visitó a Holmes para convencerlo de que vaya a su casa para hablar con la señora Ronder, ¿sobre qué quería hablar?
9. ¿Qué le sucedió en Abbas Parva a la señora Ronder?
10. ¿Quién mató realmente a Ronder? ¿Por qué?
11. ¿Qué le sucedió a la señora Ronder cuando fue a darle la comida al león?
12. ¿A quién le gritó “cobarde”? ¿Por qué?
13. ¿Qué consejo dio Holmes a la señora Ronder?

**II. Juicio crítico-valorativo**

14. ¿Crees que en el caso de la señora Ronder el suicidio es justificado?, ¿por qué?

**III. Creatividad**

15. ¿Cómo te hubiera gustado que termine la historia? Nárralo en cinco líneas.

**Organizadores gráficos**

Son técnicas de estudio que ayudan a comprender mejor el texto. Establecen relaciones visuales entre los concepto, clave del texto y por ello permiten ver de manera más eficiente las distintas implicancias de un contenido.

***Tipos de organizadores gráficos***

Entre los más utilizados tenemos los siguientes.

- El mapa semántico
- El mapa conceptual
- El esquema
- La línea de tiempo
- La secuencia de hechos

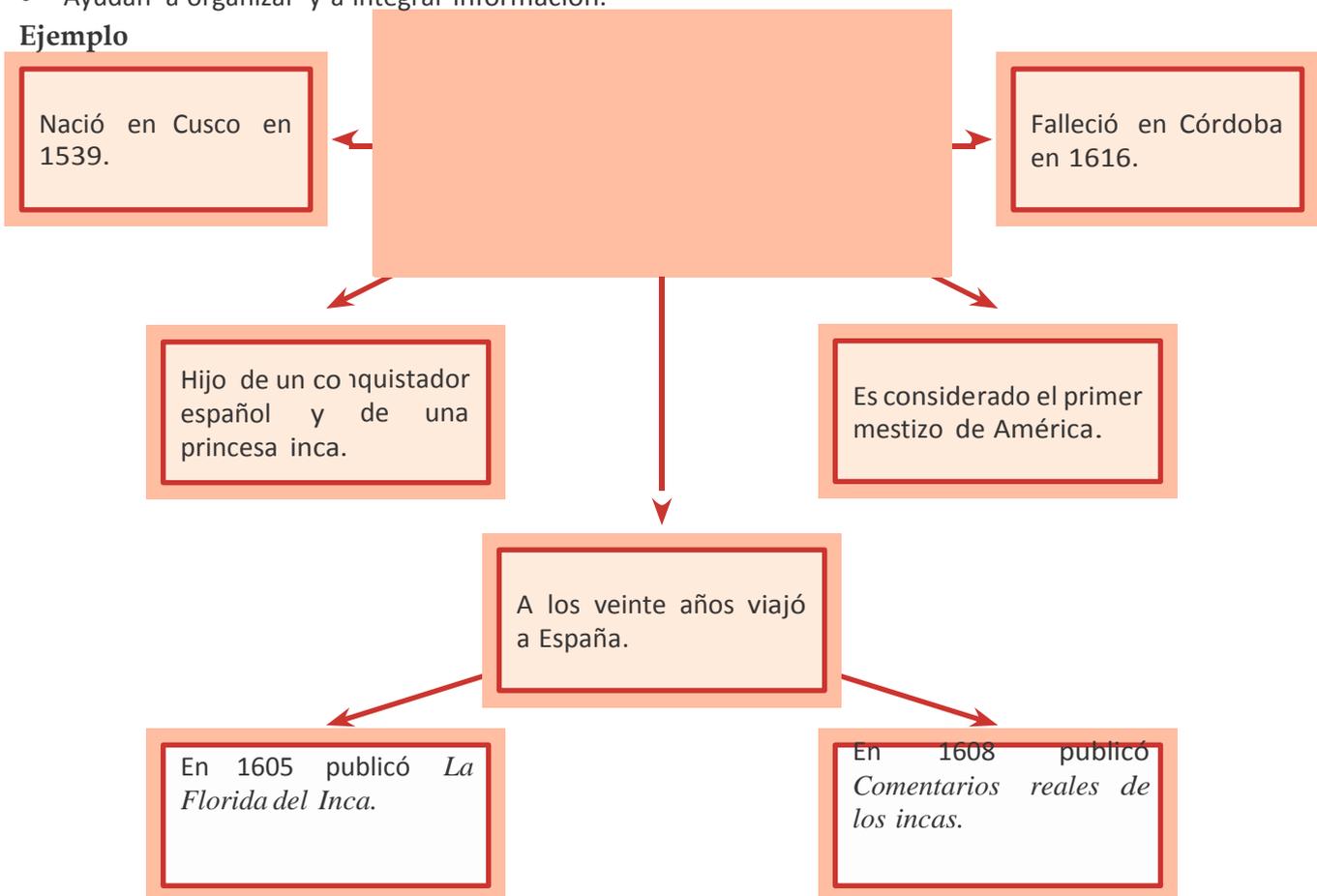
## Mapa semántico

Son diagramas que nos ayudan a ver como se relacionan las palabras entre sí y activan el conocimiento previo.

### Características

- Son menos rígidos en cuanto a su ejecución (dibujos, colores, elipsis).
- Hacen hincapié en la activación del conocimiento previo y en la discusión como técnica que mejora la composición y la comprensión.
- Favorecen el pensamiento divergente.
- Ayudan a organizar y a integrar información.

### Ejemplo



### Actividades

En tu cuaderno, haz un mapa semántico sobre los animales vertebrados.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
asavillo y rebrotan. La del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. Investiga quién es el autor del cuento “La liga de los pelirrojos”.
2. ¿A qué se denomina organizadores gráficos?
3. Averigua cuáles son los tipos de organizadores gráficos más utilizados.
4. ¿A qué se denomina mapa semántico?
5. Realiza un mapa semántico del aparato circulatorio.

# Unidad V

## “Cuando el miedo se apodera de ti”



¿Qué observas en la figura? ¿Qué le habrá sucedido al niño?  
¿En qué situación crees que te sentirías como el niño de la figura?

aprendizajes esperados

### Expresión y comprensión oral

- Expresar ideas, sentimientos, opiniones y experiencias con claridad y con un lenguaje apropiado a los diferentes contextos y situaciones de comunicación.

### Comprensión de textos

- Leer eficazmente y comprender el mensaje del texto propuesto.

### Juicio crítico valorativo

- Valorar y asumir una posición crítica ante los mensajes de los cuentos.

### Producción de textos

- Producir con creatividad pequeños textos.
- Sintetizar textos con distintos ordenadores gráficos.

Literatura y redacción

- Resumir textos en clase.

## 01

## El cuento de terror I



¿Qué simboliza la figura?

### Concepto

El cuento de terror es una composición literaria breve, generalmente de corte fantástico, cuyo objetivo principal es provocar escalofrío, inquietud o desasosiego en el lector.

### Características

- Presenta paisajes sombríos, bosques tenebrosos, ruinas medievales y castillos con sótanos, criptas y pasadizos poblados de fantasmas, ruidos nocturnos, cadenas, esqueletos, demonios, etc.
- Los personajes pueden ser seres fascinantes y extraños en peligro y en apuros.

### Principales representantes

- Edgar Allan Poe (norteamericano)
- Joseph Sheridan Le Fanu (irlandés)

- Guy de Maupassant (francés)

- Howard Phillips Lovecraft (norteamericano)

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acariciaban y reversion, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. El*

### El gato negro

Ni espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y, sin embargo, más familiar, que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, yo habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y, con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi espíritu. Mi inmediato deseo es mostrar al mundo, clara, concretamente y sin comentarios, una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror; pero a muchas personas les parecerán menos terribles que barroques. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan solo en las circunstancias que relato con terror una serie normal de causas y de efectos naturalísimos.

La docilidad y humanidad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Casi todo el tiempo lo pasaba con ellos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de goce. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no requieren la explicación de la naturaleza o intensidad de los goces que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del hombre natural.

Me casé joven. Tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Era este último animal muy fuerte y bello, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era, en el fondo, algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre en serio sobre este particular, y lo consigno sencillamente porque lo recuerdo.

Plutón —llamábase así el gato— era mi predilecto amigo. Solo yo le daba de comer, y adondequiera que fuese me seguía por la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por la calle.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal, y con el tiempo la afligí incluso con violencias personales. Naturalmente, mi pobre favorito debió de notar el cambio de mi carácter. No solamente no les hacía caso alguno, sino que los maltrataba. Sin embargo, por lo que se refiere a Plutón, aún despertaba en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino. Pero iba secuestrándome mi mal, porque, ¿qué mal admite una comparación con el alcohol? Andando el tiempo, el mismo Plutón, que envejecía y, naturalmente se hacía un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, en ocasión de regresar a casa completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me hizo en la mano, con los dientes, una leve herida. De mí se apoderó repentinamente un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Pareció como si, de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Me cubre el rubor, me abrasa, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo recuerdo de mi acción.

Curó entre tanto el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa; pero, como debí suponerlo, en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella manifiesta antipatía en una criatura que tanto me había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de perversidad, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho.

No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de esas indivisibles primeras facultades o sentimientos que dirigen el carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido numerosas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley, simplemente porque comprendemos que es la ley?

Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a efecto el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado, y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy terrible y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida una acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: "¡Fuego!" Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. No sin grandes dificultades, mi mujer, un criado y yo logramos escapar del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado, y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí la fábrica había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a haber sido renovada recientemente. En torno

a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas examinaban una parte del muro con atención viva y minuciosa. Excitaron mi curiosidad las palabras: “extraño”, “singular”, y otras expresiones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con una exactitud realmente maravillosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición —porque yo no podía considerar aquello más que como una aparición—, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin vino en mi amparo la reflexión. Recordaba que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de ser descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Indudablemente se hizo esto con el fin de despertarme. El derrumbamiento de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal como yo la veía.

Aunque prontamente satisficé así a mi razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente caso que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Hallábame sentado una noche, medio aturdido, en un bodegón infame, cuando atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como Plutón, al que se parecía en todo menos en un pormenor: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero este tenía una señal ancha y blanca aunque de forma indefinida, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento de mi atención. Era pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer al dueño su adquisición, pero este no tuvo interés alguno por el animal. Ni le conocía ni le había visto hasta entonces.

Continué acariciándole, y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, e inclinándome de cuando en cuando, caminamos hacia mi casa acariciándole. Cuando llego a ella se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en formarse en mí una antipatía hacia él. Era, pues, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Paulatinamente, estos sentimientos de disgusto y fastidio acrecentaron hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza, y el recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de tratarle con violencia; pero gradual, insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible, y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa presencia.

Sin duda, lo que aumentó mi odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa.

Como Plutón, también él había sido privado de uno de sus ojos. Sin embargo, esta

circunstancia contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como he dicho ya, poseía grandemente la ternura de sentimientos que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias espantosas. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ellas hasta mi pecho. En esos instantes, aun cuando hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen; pero, sobre todo, me apresuro a confesarlo, el verdadero terror del animal.

Este terror no era positivamente el de un mal físico, y, no obstante, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me avergüenza confesarlo. Aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesar que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíanse acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. Mi mujer, no pocas veces, había llamado mi atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el animal extraño y aquel que había matado yo. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero lenta, gradualmente, por fases imperceptibles y que mi razón se esforzó durante largo tiempo en considerar como imaginaria, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo de horror y repugnancia, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la horca! ¡Oh lúgubre y terrible máquina, máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era entonces, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la Humanidad. Una bestia bruta, cuyo hermano fue aniquilado por mí con desprecio, una bestia bruta engendraba en mí, hombre formado a imagen del Altísimo, tan grande e intolerable infortunio. ¡Ay! Ni de día ni de noche conocía yo la paz del descanso. Ni un solo instante, durante el día, dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños lleno de indefinible angustia, era tan solo para sentir el aliento tibio de la cosa sobre mi rostro y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mí y que parecía eternamente posada en mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que había de bueno en mí. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos; los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca ¡Ay! Era mi paño de lágrimas de siempre. Las paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciertamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano de un viejo edificio en el que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los agudos peldaños de la escalera me seguía el gato, y, habiéndome hecho tropezar la cabeza, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal, que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido. Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía

hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron mi mente varios proyectos.

Pensé por un instante en fragmentar el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambié la idea y decidí embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el más factible. Me decidí a emparedarlo en el sótano, como se dice que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

La cueva parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre y no hacía mucho tiempo había sido cubierto en toda su extensión por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad.

Por otra parte, había un saliente en uno de los muros, producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañó mi cálculo. Ayudado por una palanca, separé sin dificultad los ladrillos, y, habiendo luego aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder establecer sin gran esfuerzo toda la fábrica a su estado primitivo. Con todas las precauciones imaginables, me preocupé una argamasa de cal y arena, preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí escrupulosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, vi que todo había resultado perfecto.

La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor cuidado barrí el suelo y recogí los escombros, miré triunfalmente en torno mío y me dije: “Por lo menos, aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso”.

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que fue causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiera podido encontrarle, nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el artificioso animal, ante la violencia de mi cólera, habíase alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestable criatura. En toda la noche se presentó, y esta fue la primera que gocé desde su entrada en la casa, durmiendo tranquila y profundamente. Sí; dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, sin embargo. Como un hombre libre, respiré una vez más. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. Ya no volvería a verle nunca. Mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Inicióse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones.



También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día después de haberse cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación.

Los agentes quisieron que les acompañase en sus pesquisas.



Fue explorado hasta el último rincón. Por tercera o cuarta vez bajaron por último a la cueva. No me alteré lo más mínimo.

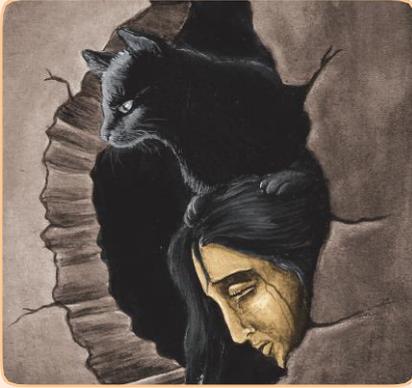
Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sótano de punta a punta, cruce los brazos sobre mi pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar la casa. Era demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan solo a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción con respecto a mi inocencia.

—Señores —dije, por último, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa construida —apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo con aire deliberado—. Puedo asegurar que esta es una casa excelentemente construida. Estos muros... ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están contruidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en ese momento, precisamente sobre la pared del tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos Dios me proteja y me libre de las garras de archidemonios. Apenas húbome hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz desde el fondo de la tumba. Era primero una queja, velada y encontrada como el sollozo de un niño. Después, en seguida, se hinchó en un prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal e inhumano. Un alarido, un aullido, mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno, horrible armonía que surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresar mis sentimientos. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuviéronse en los escalones los gentes. El terror los había dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos atacaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció, rígido, a los ojos de los circundantes.



Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando el único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. Yo había emparedado al monstruo en la tumba.

Edgar AllanPoe

### I. Comprensión lectora

1. ¿Qué caracterizó al protagonista en su infancia?
2. ¿Qué disposición semejante a la suya descubrió en su esposa?
3. ¿Qué animales tenía en casa?
4. ¿Qué provocó su cambio de carácter?
5. ¿Qué le hizo el protagonista a Plutón cuando este le causó una herida en la mano?, ¿cómo lo hizo?
6. ¿Por qué decide ahorcar a Plutón?
7. ¿Qué sucedió al día siguiente de que el protagonista ahorcara al gato?
8. ¿Cómo era el gato que el protagonista encontró en una taberna?, ¿en qué se diferenciaba de Plutón?
9. ¿Qué forma tenía la mancha blanca del nuevo gato del protagonista? ¿Por qué lo ponía tan nervioso esa mancha?
10. ¿Qué hecho desató tanta ira en el protagonista que ocasionó que asesinara a su esposa?
11. ¿Qué hizo con el cadáver?
12. ¿Cómo se enteraron los policías de que el cadáver estaba escondido en el sótano?

### II. Apreciación crítica

13. ¿Qué opinas acerca del alcoholismo? Argumenta tu respuesta.

### III. Creatividad

14. Dibuja la escena que más te haya impresionado.

## Mapa conceptual

Revela la forma en que se relacionan los conceptos entre sí. Va de lo general a lo particular y se lee de arriba hacia abajo.

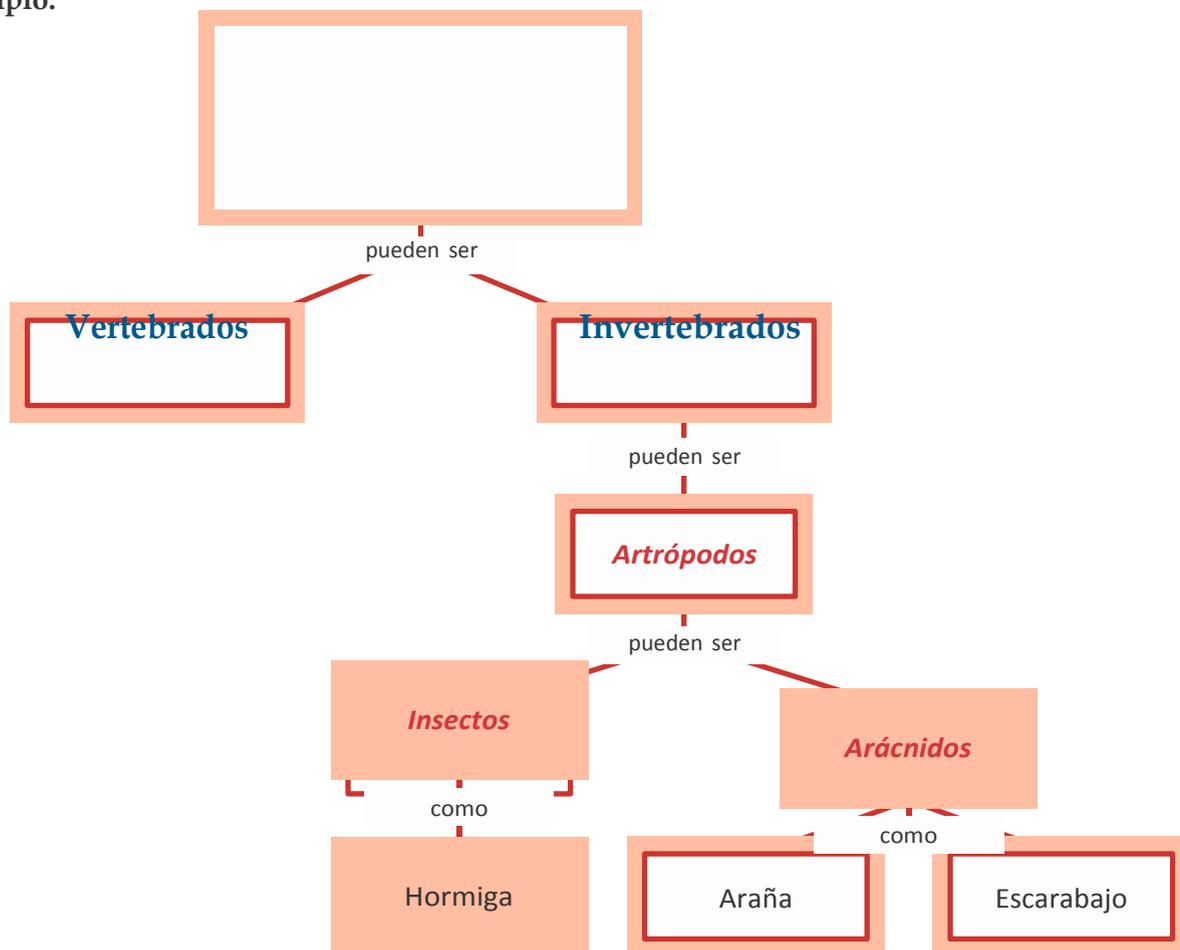
Los conectores les dan sentido a la lectura.

### Elaboración de un mapa conceptual

Para elaborar un mapa conceptual debemos tener en cuenta lo siguiente:

- Colocar los conceptos claves del contenido que se quiere ordenar en el mapa. Estos conceptos se deben poner en una lista.
- Escribir el concepto principal en la parte superior del mapa para ir uniéndolo con los otros conceptos según su nivel de jerarquía. Todos los conceptos deben escribirse con mayúscula.
- Conectar los conceptos con una palabra enlace, la cual debe escribirse con minúsculas en medio de dos líneas que indiquen la dirección de la proposición.
- Se pueden incluir ejemplos en la parte inferior del mapa, debajo de los conceptos correspondientes.

Ejemplo:



- Lee atentamente el siguiente texto y realiza un mapa conceptual en tu cuaderno.

### Los dientes

Un adulto humano tiene treinta y dos dientes: dieciséis en la mandíbula superior y dieciséis en la inferior. Hay cuatro tipos de dientes: ocho incisivos, que le permiten cortar la comida; ocho premolares, que reemplazan a los molares temporales y se encargan de moler la comida; cuatro caninos, cuya corona puntiaguda se usa para desgarrar la comida y doce molares.



## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
nuevillo y volverán, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Gu*

1. Averigua sobre Edgar Allan Poe.
2. Menciona algunos de sus poemas y escribe el que más te guste en tu cuaderno.
3. ¿A qué se denominan cuentos de terror?
4. ¿Cuáles son las características de los cuentos de terror?
5. ¿Quién es considerado el escritor estadounidense creador del cuento de terror?
6. Haz un mapa conceptual sobre los animales invertebrados.

## 02

## El cuento de terror II



En el cuento de terror, las leyes de la naturaleza o de la vida cotidiana se alteran y sufren una derrota: ellas no pueden explicar lo que sucede.

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acurrillo y roboraron, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

### La decisión de Randolph Carter

Les repito que no sé qué ha sido de Harley Warren, aunque pienso —y casi espero— que ya disfruta de la paz del olvido, si es que semejante bendición existe en alguna parte. Es cierto que durante cinco años fui su más íntimo amigo, y que he compartido parcialmente sus terribles investigaciones sobre lo desconocido. No negaré, aunque mis recuerdos son inciertos y confusos, que este testigo de ustedes pueda habernos visto juntos como dice, a las once y media de aquella terrible noche, por la carretera de Gainsville, camino del pantano del Gran Ciprés. Incluso puedo afirmar que llevábamos linternas y palas, y un curioso rollo de cable unido a ciertos instrumentos, pues todas estas cosas han desempeñado un papel en esa única y espantosa escena que permanece grabada en mi trastornada memoria. Pero debo insistir en que, de lo que sucedió después, y de la razón por la cual me encontraron solo y aturcido a la orilla del pantano a la mañana siguiente, no sé más que lo que he repetido una y otra vez. Ustedes me dicen que no hay nada en el pantano ni en sus alrededores que hubiera podido servir de escenario de aquel terrible episodio. Y yo respondo que no sé más de lo que vi. Ya fuera visión o pesadilla —deseo fervientemente que así haya sido—, es todo cuanto puedo recordar de aquellas horribles horas que viví, después de haber dejado atrás el mundo de los hombres. Pero por qué no regresó Harley Warren es cosa que solo él, o su sombra —o alguna innombrable criatura que no me es posible describir—, podrían contar.

Como he dicho antes, yo estaba bien enterado de los sobrenaturales estudios de Harley Warren, y hasta cierto punto participé en ellos. De su inmensa colección de libros extraños sobre temas prohibidos, he leído todos aquellos que están escritos en las lenguas que yo domino; pero son pocos en comparación con los que están en lenguas que desconozco. Me parece que la mayoría están en árabe; y el infernal libro que provocó el desenlace —volumen que él se llevó consigo fuera de este mundo—, estaba escrito en caracteres que jamás he visto en ninguna otra parte.



Warren no me dijo jamás de qué se trataba exactamente. En cuanto a la naturaleza de nuestros estudios, ¿debo decir nuevamente que ya no recuerdo nada con certeza? Y me parece misericordioso que así sea, porque se trataba de estudios terribles, a los que yo me dedicaba más por morbosa fascinación que por una inclinación real. Warren me dominó siempre, y a veces le temía. Recuerdo cómo me estremecí la noche anterior a que sucediera aquello, al contemplar la expresión de su rostro mientras me explicaba con todo detalle por qué, según su teoría, ciertos cadáveres no se corrompen jamás, sino que se conservan carnosos y frescos en sus tumbas durante mil años. Pero ahora ya no le tengo miedo a Warren, pues sospecho que ha conocido horrores que superan mi entendimiento. Ahora temo por él.

Confieso una vez más que no tengo una idea clara de cuál era nuestro propósito aquella noche. Desde luego, se trataba de algo relacionado con el libro que Warren llevaba consigo —con ese libro antiguo, de caracteres indescifrables, que se había traído de la India un mes antes—; pero juro que no sé qué es lo que esperábamos encontrar.

El testigo de ustedes dice que nos vio a las once y media en la carretera de Gainsville, de camino al pantano del Gran Ciprés. Probablemente es cierto, pero yo no lo recuerdo con precisión. Solamente se ha quedado grabada en mi alma una escena, y puede que ocurriese mucho después de la medianoche, pues recuerdo una opaca luna creciente ya muy alta en el cielo vaporoso.

Ocurrió en un cementerio antiguo; tan antiguo que me estremecí ante los innumerables vestigios de edades olvidadas. Se hallaba en una hondonada húmeda y profunda, cubierta de espesa maleza, musgo y yerbas extrañas de tallo rastrero, en donde se sentía un vago hedor que mi ociosa imaginación asoció absurdamente con rocas corrompidas. Por todas partes se veían signos de abandono y decrepitud. Me sentía perturbado por la impresión de que Warren y yo éramos los primeros seres vivos que interrumpíamos un letal silencio de siglos. Por encima de la orilla del valle, una luna creciente asomó entre fétidos vapores que parecían emanar de ignoradas catacumbas; y bajo sus rayos trémulos y tenues pude distinguir un repulsivo panorama de antiguas lápidas, urnas, cenotafios y fachadas de mausoleos, todo convertido en escombros musgosos y ennegrecido por la humedad, y parcialmente oculto en la densa exuberancia de una vegetación malsana.



La primera impresión vívida que tuve de mi propia presencia en esta terrible necrópolis fue el momento en que me detuve con Warren ante un sepulcro semidestruido y dejamos caer unos bultos que al parecer habíamos llevado. Entonces me di cuenta de que tenía conmigo una linterna eléctrica y dos palas, mientras que mi compañero llevaba otra linterna y un teléfono portátil. No pronunciamos una sola palabra, ya que parecíamos conocer el lugar y nuestra misión allí; y, sin demora, tomamos nuestras palas y comenzamos a quitar el pasto, las yerbas, matojos y tierra de aquella

morgue plana y arcaica. Después de descubrir enteramente su superficie, que consistía en tres inmensas losas de granito, retrocedimos unos pasos para examinar la sepulcral escena. Warren pareció hacer ciertos cálculos mentales. Luego regresó al sepulcro, y empleando su pala como palanca, trató de levantar la losa inmediata a unas ruinas de piedra que probablemente fueron un monumento. No lo consiguió, y me hizo una seña para que lo ayudara. Finalmente, nuestra fuerza combinada aflojó la piedra y la levantamos hacia un lado.

La losa levantada reveló una negra abertura, de la cual brotó un tufo de gases miasmáticos tan nauseabundo que retrocedimos horrorizados. Sin embargo, poco después nos acercamos de nuevo al pozo, y encontramos que las exhalaciones eran menos insoportables. Nuestras linternas revelaron el arranque de una escalera de piedra, sobre la cual goteaba una sustancia inmunda nacida de las entrañas de la tierra, y cuyos húmedos muros estaban incrustados de salitre. Y ahora me vienen por primera vez a la memoria las palabras que Warren me dirigió con su melodiosa voz de tenor; una voz singularmente tranquila para el pavoroso escenario que nos rodeaba:

—Siento tener que pedirte que aguardes en el exterior —dijo—, pero sería un crimen permitir que baje a este lugar una persona de tan frágiles nervios como tú. No puedes imaginarte, ni siquiera por lo que has leído y por lo que te he contado, las cosas que voy a tener que ver y hacer. Es un trabajo diabólico, Carter, y dudo que nadie que no tenga una voluntad de acero pueda pasar por él y regresar después a la superficie vivo y en su sano juicio. No quiero ofenderte, y bien sabe el cielo que me gustaría tenerte conmigo; pero, en cierto sentido, la responsabilidad es mía, y no podría llevar a un manojito de nervios como tú a una muerte probable, o a la locura. ¡Ya te digo que no te puedes imaginar cómo son realmente estas cosas! Pero te doy mi palabra de mantenerte informado, por teléfono, de cada uno de mis movimientos. ¡Tengo aquí cable suficiente para llegar al centro de la tierra y volver!

Aún resuenan en mi memoria aquellas serenas palabras, y todavía puedo recordar mis objeciones. Parecía yo desesperadamente ansioso de acompañar a mi amigo a aquellas profundidades sepulcrales, pero él se mantuvo inflexible. Incluso amenazó con abandonar la expedición si yo seguía insistiendo, amenaza que resultó eficaz, pues solo él poseía la clave del asunto. Recuerdo aún todo esto, aunque ya no sé qué buscábamos. Después de haber conseguido mi reacia aceptación de sus propósitos, Warren levantó el carrete de cable y ajustó los aparatos. A una señal suya, tomé uno de estos y me senté sobre la lápida añosa y descolorida que había junto a la abertura recién descubierta. Luego me estrechó la mano, se cargó el rollo de cable y desapareció en el interior de aquel indescriptible osario.

Durante un minuto seguí viendo el brillo de su linterna y oyendo el crujido del cable a medida que lo iba soltando; pero la luz desapareció abruptamente, como si mi compañero hubiera doblado un recodo de la escalera, y el crujido dejó de oírse también casi al mismo tiempo. Me quedé solo; pero estaba en comunicación con las desconocidas profundidades por medio de aquellos hilos mágicos cuya superficie aislante aparecía verdosa bajo la pálida luna creciente.



Consulté constantemente mi reloj a la luz de la linterna eléctrica, y escuché con febril ansiedad por el receptor del teléfono, pero no logré oír nada por más de un cuarto de hora. Luego sonó un chasquido en el aparato, y llamé a mi amigo con voz tensa. A pesar de lo aprehensivo que era, no estaba preparado para escuchar las palabras que me llegaron de aquella misteriosa bóveda, pronunciadas con la voz más desgarrada y temblorosa que le oyera a Harley Warren. Él, que con tanta serenidad me había abandonado poco antes, me hablaba ahora desde abajo con un murmullo trémulo, más siniestro que el más estridente alarido:

—¡Dios! ¡Si pudieras ver lo que veo yo!

No pude contestar. Enmudecido, solo me quedaba esperar. Luego volví a oír sus frenéticas palabras:

Aquella jerga infantil que acababa de emplear mi horrorizado compañero me devolvió mis facultades. Tomé una determinación y le grité:

—¡Warren, ánimo! ¡Voy para abajo!

—¡Carter, es terrible..., monstruoso..., increíble!

Esta vez no me falló la voz, y derramé por el transmisor un aluvión de excitadas preguntas. Aterrado, seguí repitiendo:

—¡Warren! ¿Qué es? ¿Qué es?

De nuevo me llegó la voz de mi amigo, ronca por el miedo, teñida ahora de desesperación:

—¡No te lo puedo decir, Carter! Es algo que no se puede imaginar... No me atrevo a decírtelo... Ningún hombre podría conocerlo y seguir vivo... ¡Dios mío! ¡Jamás imaginé algo así!

Otra vez se hizo el silencio, interrumpido por mi torrente de temblorosas preguntas. Después se oyó la voz de Warren, en un tono de salvaje terror:

—¡Carter, por el amor de Dios, vuelve a colocar la losa y márchate de aquí, si puedes!...

¡Rápido! Déjalo todo y vete... ¡Es tu única oportunidad! ¡Hazlo y no me preguntes más!

Lo oí, pero solo fui capaz de repetir mis frenéticas preguntas. Estaba rodeado de tumbas, de oscuridad y de sombras; y abajo se ocultaba una amenaza superior a los límites de la imaginación humana. Pero mi amigo se hallaba en mayor peligro que yo, y en medio de

mi terror, sentí un vago rencor de que pudiera considerarme capaz de abandonarlo en tales circunstancias. Más chasquidos y, después de una pausa, se oyó un grito lastimero de Warren: —¡Esfúmate! ¡Por el amor de Dios, pon la losa y esfúmate, Carter!



Pero, a este ofrecimiento, el tono de mi interlocutor cambió a un grito de total desesperación:

—¡No! ¡No puedes entenderlo! Es demasiado tarde... y la culpa es mía. Pon la losa y corre... ¡Ni tú ni nadie puede hacer nada ya!

El tono de su voz cambió de nuevo; había adquirido un matiz más suave, como de una desesperanzada resignación. Sin embargo, permanecía en él una tensa ansiedad por mí.

—¡Rápido..., antes de que sea demasiado tarde!

Traté de no hacerle caso; intenté vencer la parálisis que me retenía y cumplir con mi palabra de correr en su ayuda, pero lo que murmuró a continuación me encontró aún inerte, encadenado por mi absoluto horror.

—¡Carter..., apúrate! Es inútil..., debes irte..., mejor uno solo que los dos... la losa...

Una pausa, otro chasquido y luego la débil voz de Warren:

—Ya casi ha terminado todo... No me hagas esto más difícil todavía... Cubre esa escalera maldita y salva tu vida... Estás perdiendo tiempo... Adiós, Carter..., nunca te volveré a ver.

Aquí, el susurro de Warren se dilató en un grito; un grito que se fue convirtiendo gradualmente en un alarido preñado del horror de todos los tiempos...

—¡Malditas sean estas criaturas infernales..., son **legiones!** ¡Dios mío! ¡Esfúmate! ¡¡Vete!! ¡¡Vete!!!

Después, el silencio. No sé durante cuánto tiempo permanecí allí, estupefacto, murmurando, susurrando, gritando en el teléfono. Una y otra vez, por todos esos eones, susurré y murmuré, llamé, grité, chillé:

—¡Warren! ¡Warren! Contéstame, ¿estás ahí?

Y entonces llegó hasta mí el mayor de todos los horrores, lo increíble, lo impensable y casi inmencionable. He dicho que me habían parecido eones el tiempo transcurrido desde que oyerá por última vez la desgarrada advertencia de Warren, y que solo mis propios gritos rompían ahora el terrible silencio. Pero al cabo de un rato, sonó otro chasquido en el receptor, y agucé mis oídos para escuchar. Llamé de nuevo:

—¡Warren!, ¿estás ahí?

Y en respuesta, oí lo que ha provocado estas tinieblas en mi mente. No intentaré, caballeros, dar razón de aquella cosa —aquella voz—, ni me aventuraré a describirla con detalle, pues las primeras palabras me dejaron sin conocimiento y provocaron una laguna en mi memoria que duró hasta el momento en que desperté en el hospital. ¿Diré que la voz era profunda, hueca, gelatinosa, lejana, ultraterrena, inhumana, espectral? ¿Qué debo decir? Esto fue el final de mi experiencia, y aquí termina mi relato. Oí la voz, y no supe más... La oí allí, sentado, petrificado en aquel desconocido cementerio de la hondonada, entre los escombros de las lápidas y tumbas desmoronadas, la vegetación putrefacta y los vapores corrompidos. Escuché claramente la voz que brotó de las recónditas profundidades de aquel abominable sepulcro

abierto, mientras a mi alrededor miraba las sombras amorfas necrófagas, bajo una maldita luna menguante.

Y esto fue lo que dijo:

—¡Tonto, Warren ya está MUERTO!

H. P. Lovecraft

### Sabías que...

### Recuerda que...

### Glosario

**Legiones:** número indeterminado y copioso de personas, de espíritus, y aun de ciertos animales.

## I. Comprensión lectora

1. ¿Quién nos cuenta esta historia? Descríbelo.
2. ¿En dónde se suscitaron los hechos?
3. ¿Cómo era Harley Warren?
4. ¿Hacia dónde se dirigieron Warren y Carter?
5. ¿Qué quería comprobar Warren?
6. ¿Qué hicieron Carter y Warren al llegar al cementerio?
7. ¿Quién bajó? ¿Por qué solo él?
8. ¿Qué vio Warren abajo?
9. ¿Qué le sucedió a Warren al final de la historia?
10. ¿Qué le ocurre a Carter luego de escuchar esa voz de ultratumba?

## II. Juicio crítico-valorativo

11. ¿Crees que debajo de los cementerios existe vida? ¿Por qué?

## III. Creatividad

12. Imagina que eres Carter. ¿Qué hubieras hecho? ¿Bajarías?  
Continúa con la narración a partir del fragmento propuesto.

Escuché la voz de mi amigo y sentí que el miedo se había apoderado de él, sentí una curiosidad muy intensa por saber que sucedía; así que...

13. Dibuja el final que creaste.

## El cuadro sinóptico

Es un resumen esquematizado que permite visualizar la estructura y organización del contenido del texto. Para hacer un cuadro sinóptico se toman en cuenta la forma y el contenido.

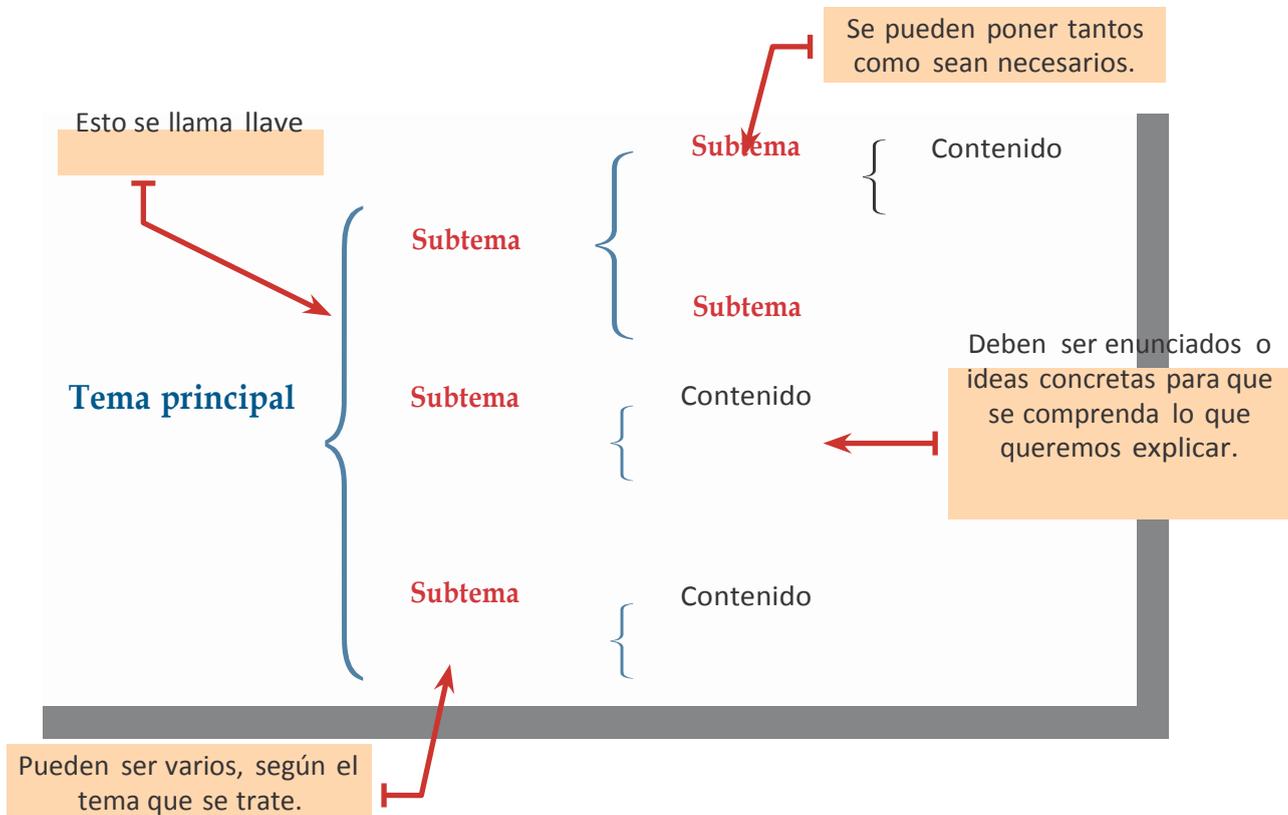
### La forma

- Su forma está determinada por la utilización del sistema de llaves.
- El título del tema debe colocarse en la parte central lateral del cuadro sinóptico, fuera de la llave principal.

- Las divisiones y subdivisiones se establecen según su jerarquía, utilizando llaves. Además, puedes resaltarlas con letras de diferente tipo y tamaño.

**El contenido**

- Debe ir de lo general a lo particular.
- El tema general se expresa en forma clara y precisa a través del título.
- Para los subtítulos deben emplearse términos o frases cortas con sentido.
- Los subtemas se desprenden del tema general e incluyen una breve explicación con los conceptos básicos del contenido.

**Actividades**

Lee atentamente el siguiente fragmento, subraya las ideas principales y elabora un cuadro sinóptico.

**Los eclipses solares**

Un eclipse solar se presenta solamente de día y se produce cuando, vista desde la Tierra, la Luna pasa delante del Sol y los tres astros están perfectamente alineados. Existen tres tipos de eclipse solar: uno es el eclipse total, que dura como máximo siete minutos y deja visible la corona del Sol; el otro es el eclipse anular, que se manifiesta cuando el disco aparente de la Luna, más pequeño que del disco del Sol, permite observar un anillo del disco solar; finalmente, está el eclipse parcial.

**Tarea domiciliaria**

*salieron al jardín, corazón, quedate conversando con tus amigos, se  
acarillo y reberían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Su*

1. ¿Qué tipo de cuentos escribió Lovecraft?
2. Investiga quién es el autor del cuento "El extraño"
3. ¿A qué se denomina cuadro sinóptico?
4. ¿Qué se debe tener en cuenta para elaborar un cuadro sinóptico?

5. Elabora un cuadro sinóptico sobre el sistema digestivo.

## 03

## El cuento de terror III

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
acarillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

## El corazón delator

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡Si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar

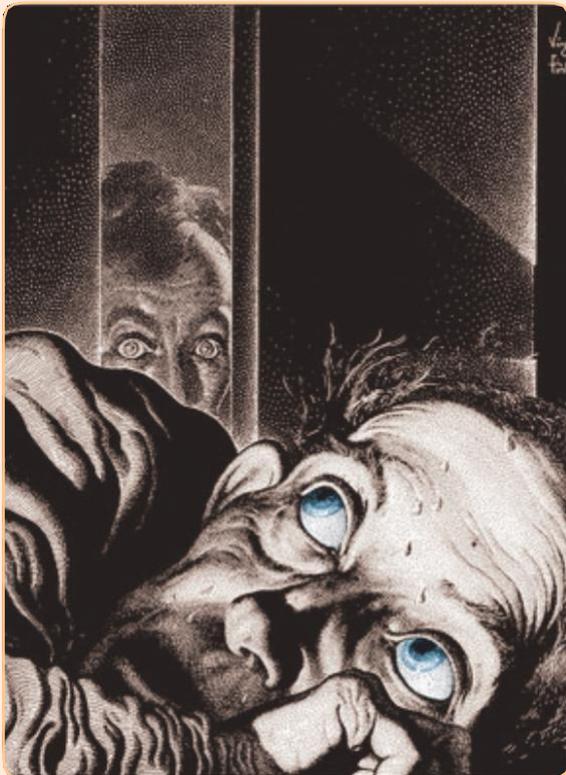


la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz, y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cautelosamente... ¡oh, tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre.

Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era

el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarlo mientras dormía.

Al llegar la octava noche, procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis secretas intenciones o pensamientos! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque lo sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara. Ustedes pensarán que me eché hacia atrás... pero no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, ya que el viejo cerraba completamente las persianas por miedo a los ladrones; yo sabía que le era imposible distinguir la abertura de la puerta, y seguí empujando suavemente, suavemente.



Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando:

—¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando... tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros cuyo sonido anuncia la muerte.

Oí de pronto un leve quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... ¡oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoge. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, justamente a las doce, cuando el mundo entero dormía, surgió de mi pecho, ahondando con su espantoso eco los terrores que me enloquecían. Repito que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: “No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez”. Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. Todo era en vano, porque la Muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva, y envolvía a su víctima. Y la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible era la que lo movía a sentir —aunque no podía verla ni oírla—, la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna.

Así lo hice —no pueden imaginarse ustedes con qué cuidado, con qué inmenso

cuidado—, hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras lo miraba. Lo vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es solo una excesiva agudeza de los sentidos? En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido también me era familiar. Era el latir del corazón del viejo. Aumentó aún más mi furia, tal como el redoblar de un tambor estimula el coraje de un soldado.



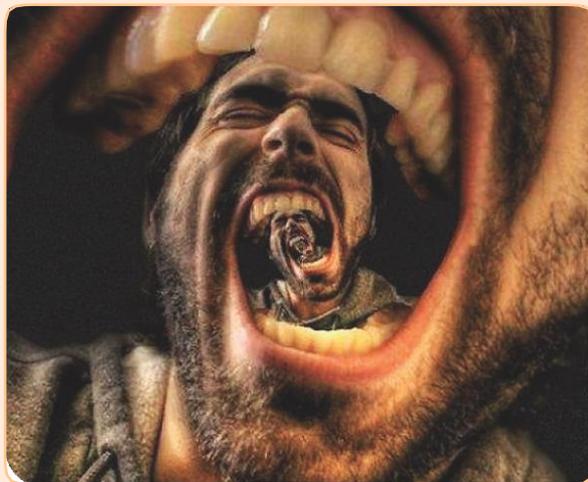
Pero, incluso entonces, me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba. Sostenía la linterna de modo que no se moviera, tratando de mantener con toda la firmeza posible el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuerte, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquel me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarlo al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco dejarán de hacerlo cuando les describa las astutas precauciones que adopté para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo con rapidez, pero en silencio. Ante todo descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Una cuba había recogido todo... ¡ja, ja!

Cuando hube terminado mi tarea eran las cuatro de la madrugada, pero seguía tan oscuro como a medianoche. En momentos en que se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Acudí a abrir con toda tranquilidad, pues ¿qué podía temer ahora?

Hallé a tres caballeros, que se presentaron muy civilmente como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía, habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.



Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campaña. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran bien. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confianzas traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran allí de su

fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentáronse y hablaron de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba lo mismo y se iba haciendo cada vez más clara... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía dentro de mis oídos.

Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con creciente soltura y levantando mucho la voz. Empero, el sonido aumentaba... ¿y que podía hacer yo? Era un resonar apagado y presuroso..., un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Yo jadeaba, tratando de recobrar el aliento, y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones; pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué no se iban? Anduve de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran; pero el sonido crecía continuamente.

¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer yo? Lancé espumarajos de rabia... maldije... juré... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... más alto! Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era

posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi horror! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... más fuerte!

—¡Basta ya de fingir, malvados! —aullé—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

Edgar AllanPoe

### I. Comprensión lectora

1. ¿Por qué el protagonista quería matar al viejo?
2. ¿Qué hacía el joven todas las noches? ¿Por qué no lo mataba?
3. ¿Qué sucedió la octava noche? ¿Por qué esta vez si se atrevió?
4. ¿Qué hizo con el cadáver?
5. ¿Quiénes tocaron la puerta a las cuatro de la mañana?
6. ¿Quién dio parte a la policía?
7. ¿Qué ruido extraño comenzó a escuchar el muchacho?
8. ¿Qué confesó al final el muchacho?

### II. Juicio crítico-valorativo

9. ¿Por qué crees que el muchacho empieza a sentir el latido de un corazón?
10. Ordena cronológicamente las ideas.
  - ( ) El muchacho no lograba ver el ojo del anciano.
  - ( ) El muchacho descuartizó el cuerpo.
  - ( ) El muchacho le tiró la cama al anciano.
  - ( ) Los policías llegaron a la casa del viejo.
  - ( ) El muchacho logró ver el ojo del viejo.
  - ( ) Los policías registraron la casa.
  - ( ) El muchacho confesó su crimen.

### III. Creatividad

11. Ilustra la escena que te agradó más.

El **último paso** para completar el éxito de nuestro método de estudio es el **resumen**.

Primero hemos **leído** el texto (mediante **prelectura** y lectura comprensiva y lo hemos comprendido bien, luego hemos subrayado y realizado un esquema con las ideas más destacadas de su contenido. Ahora ya estamos listos para redactar nuestro resumen.

## El resumen

Es una representación abreviada y precisa del contenido de un documento, sin interpretación crítica y sin distinción del autor del análisis; es una redacción breve que recoge las ideas principales del texto.

### ¿Qué debes tener en cuenta para elaborar un buen resumen?

Para elaborar un buen resumen debes tener presente los siguientes puntos.

- Debes ser **objetivo**.
- Tener muy claro cuál es la idea **general** del texto, las ideas principales y las ideas secundarias.
- Debes tener siempre **a la vista el esquema**.
- Es **necesario encontrar** el hilo **conductor** que una perfectamente las frases esenciales.
- Enriquece, **amplía** y complétalo con anotaciones de clase, comentarios del profesor, lecturas relacionadas con el tema y, sobre todo, debes redactarlo con tus propias palabras.
- Cuando resumas no has de **seguir** necesariamente el **orden de exposición** que aparece en el texto. Puedes adoptar otros criterios, como por ejemplo, pasar de lo particular a lo **general** o viceversa.
- Debe **ser breve** y presentar un **estilo narrativo**.

### Actividad

- Luego de leer el cuento “El corazón delator”, redacta un resumen. ¡No olvides tomar en cuenta los puntos mencionados anteriormente!

---



---



---



---



---



---



---



---

## Tarea domiciliaria

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
hacían y volaban, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. Cu*

1. Responde sobre el cuento “El corazón delator”.
  - a) ¿Quién es el autor?
  - b) ¿Quiénes son los personajes de este cuento?
  - c) ¿En qué persona y desde qué punto de vista está narrado este cuento?
2. ¿A qué se denomina resumen?
3. ¿Cuáles son las características del resumen?
4. ¿Qué debes tomar en cuenta para realizar un buen resumen?
5. Realiza un resumen del cuento que más te haya gustado de este bimestre.

## 04

## El cuento de terror IV

## Leemos y analizamos

*salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amigos, se  
 amarillo y robarían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra es una tía. En*

## La pata de mono

## I



noche era fría y húmeda, pero en la pequeña sala de Villa los postigos estaban cerrados y el fuego ardía. Padre e hijo jugaban al ajedrez. El primero tenía ideas sobre el juego y ponía al rey en tan desesperados e peligros que provocaba el comentario de la vieja señora tejía plácidamente junto a la chimenea.

el viento –dijo el señor White; había cometido un error y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

oigo –dijo este moviendo implacablemente la reina–. Jaque. creo que venga esta noche –dijo el padre con la mano el tablero.

–contestó el hijo.

–Esto es lo malo de vivir tan lejos –vociferó el señor White con imprevista y repentina violencia–. De todos los suburbios, este es el peor. El camino es un pantano. No se qué piensa la gente. Como hay sólo dos casas alquiladas, no les importa.

–No te aflijas, querido –dijo suavemente su mujer–, ganarás la próxima vez.

El señor White alzó la vista y sorprendió una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de fastidio.

–Ahí viene –dijo Herbert White al oír el golpe del portón y unos pasos que se acercaban. Su padre se levantó con apresurada hospitalidad y abrió la puerta; le oyeron condolerse con el recién venido.

Luego, entraron. El forastero era un hombre fornido, con los ojos salientes y la cara rojiza.

–El sargento mayor Morris –dijo el señor White, presentándolo. El sargento les dio la mano, aceptó la silla que le ofrecieron y observó con satisfacción que el dueño de casa traía whisky y unos vasos y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Al tercer vaso, le brillaron los ojos y empezó a hablar. La familia miraba con interés a ese forastero que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

–Hace veintiún años –dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo–. Cuando se fue era apenas un muchacho. Mírenlo ahora.

–No parece haberle sentado tan mal –dijo la señora White amablemente.

–Me gustaría ir a la India –dijo el señor White–. Sólo para dar un vistazo.

–Mejor quedarse aquí –replicó el sargento moviendo la cabeza. Dejó el vaso y, suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.

–Me gustaría ver los viejos templos y faquires y malabaristas –dijo el señor White–. ¿Qué fue, Morris, lo que usted empezó a contarme los otros días, de una pata de mono o algo por el estilo?

–Nada –contestó el soldado apresuradamente–. Nada que valga la pena oír.

–¿Una pata de mono? –preguntó la señora White.

–Bueno, es lo que se llama magia, tal vez –dijo con desgano el militar.

Sus tres interlocutores lo miraron con avidez. Distraídamente, el forastero llevó la copa vacía a los labios: volvió a dejarla. El dueño de casa la llenó.

–A primera vista, es una patita momificada que no tiene nada de particular –dijo el sargento mostrando algo que sacó del bolsillo.

La señora retrocedió, con una mueca. El hijo tomó la pata de mono y la examinó atentamente.

–¿Y qué tiene de extraordinario? –preguntó el señor White quitándosela a su hijo, para mirarla.

–Un viejo faquir le dio poderes mágicos –dijo el sargento mayor–. Un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele impunemente. Le dio este poder: Tres hombres pueden pedirle tres deseos. Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban.

–Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas? –preguntó Herbert White.

El sargento lo miró con tolerancia.

–Las he pedido –dijo, y su rostro curtido palideció.

–¿Realmente se cumplieron los tres deseos? –preguntó la señora White.

–Se cumplieron –dijo el sargento.

–¿Y nadie más pidió? –insistió la señora.

–Sí, un hombre. No sé cuáles fueron las dos primeras cosas que pidió; la tercera fue la muerte. Por eso entré en posesión de la pata de mono.

Habló con tanta gravedad que produjo silencio.

–Morris, si obtuvo sus tres deseos, ya no le sirve el talismán –dijo, finalmente, el señor White–. ¿Para qué lo guarda?

El sargento sacudió la cabeza:

–Probablemente he tenido, alguna vez, la idea de venderlo; pero creo que no lo haré. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarlo. Algunos sospechan que es un cuento de hadas; otros quieren probarlo primero y pagarme después.

–Y si a usted le concedieran tres deseos más –dijo el señor White–, ¿los pediría?

–No sé –contestó el otro–. No sé.

Tomó la pata de mono, la agitó entre el pulgar y el índice y la tiró al fuego. White la recogió.

–Mejor que se quemé –dijo con solemnidad el sargento.

–Si usted no la quiere, Morris, démela.

–No quiero –respondió terminantemente–. La tiré al fuego; si la guarda, no me eche la culpa de lo que pueda suceder. Sea razonable, tírela.

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva adquisición. Preguntó:

–¿Cómo se hace?

–Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo que debe temer las consecuencias.

–Parece de Las mil y una noches –dijo la señora White. Se levantó a preparar la mesa–. ¿No le parece que podrían pedir para mí otro par de manos?

El señor White sacó del bolsillo el talismán; los tres se rieron al ver la expresión de alarma del sargento.

–Si está resuelto a pedir algo –dijo agarrando el brazo de White– pida algo razonable.

El señor White guardó en el bolsillo la pata de mono. Invitó a Morris a sentarse a la mesa. Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado. Atraídos, escucharon nuevos relatos de la vida del sargento en la India.

–Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en los otros –dijo Herbert cuando el forastero cerró la puerta y se alejó con prisa, para alcanzar el último tren–, no conseguiremos gran cosa.

–¿Le diste algo? –preguntó la señora mirando atentamente a su marido.

–Una bagatela –contestó el señor White, ruborizándose levemente–. No quería aceptarlo, pero lo obligué. Insistió en que tirara el talismán.

–Sin duda –dijo Herbert, con fingido horror–, seremos felices, ricos y famosos. Para empezar tienes que pedir un imperio, así no estarás dominado por tu mujer.

El señor White sacó del bolsillo el talismán y lo examinó con perplejidad.

–No se me ocurre nada para pedirle –dijo con lentitud–. Me parece que tengo todo lo que deseo.

–Si pagaras la hipoteca de la casa serías feliz, ¿no es cierto? –dijo Herbert poniéndole la mano sobre el hombro–. Bastará con que pidas doscientas libras.

El padre sonrió avergonzado de su propia credulidad y levantó el talismán; Herbert puso una cara solemne, hizo un guiño a su madre y tocó en el piano unos acordes graves.

–Quiero doscientas libras –pronunció el señor White.

Un gran estrépito del piano contestó a sus palabras. El señor White dio un grito. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

–Se movió –dijo, mirando con desagrado el objeto, y lo dejó caer–. Se retorció en mi mano como una víbora.

–Pero yo no veo el dinero –observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa–. Apostaría que nunca lo veré.

–Habrá sido tu imaginación, querido –dijo la mujer, mirándolo ansiosamente.

Sacudió la cabeza.

–No importa. No ha sido nada. Pero me dio un susto.

Se sentaron junto al fuego y los dos hombres acabaron de fumar sus pipas. El viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando golpeó una puerta en los pisos altos. Un silencio inusitado y deprimente los envolvió hasta que se levantaron para ir a acostarse.

–Se me ocurre que encontrarás el dinero en una gran bolsa, en medio de la cama –dijo Herbert al darles las buenas noches–. Una aparición horrible, agazapada encima del ropero, te acechará cuando estés guardando tus bienes ilegítimos.

Ya solo, el señor White se sentó en la oscuridad y miró las brasas, y vio caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la miró con asombro; se rió, molesto, y buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima y apagar la brasa; sin querer, tocó la pata de mono; se estremeció, limpió la mano en el abrigo y subió a su cuarto.

## II

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en la claridad del sol invernal, se rió de sus temores. En el cuarto había un ambiente de prosaica salud que faltaba la noche anterior; y esa pata de mono; arrugada y sucia, tirada sobre el aparador, no parecía terrible.

–Todos los viejos militares son iguales –dijo la señora White–. ¡Qué idea, la nuestra,

escuchar esas tonterías! ¿Cómo puede creerse en talismanes en esta época? Y si consiguieras las doscientas libras, ¿qué mal podrían hacerte?

–Pueden caer de arriba y lastimarte la cabeza –dijo Herbert.

–Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que parecían coincidencias –dijo el padre.

–Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de mi vuelta –dijo Herbert, levantándose de la mesa–. No sea que te conviertas en un avaro y tengamos que repudiarte.

La madre se rió, lo acompañó hasta afuera y lo vio alejarse por el camino; de vuelta a la mesa del comedor, se burló de la credulidad del marido.

Sin embargo, cuando el cartero llamó a la puerta corrió a abrirla, y cuando vio que sólo traía la cuenta del sastre se refirió con cierto malhumor a los militares de costumbres intemperantes.

–Me parece que Herbert tendrá tema para sus bromas –dijo al sentarse.

–Sin duda –dijo el señor White–. Pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano. Puedo jurarlo.

–Habrás sido en tu imaginación –dijo la señora suavemente.

–Afirmo que se movió. Yo no estaba sugestionado. Era... ¿Qué sucede?

Su mujer no le contestó. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa y no se decidía a entrar. Notó que el hombre estaba bien vestido y que tenía una galera nueva y reluciente; pensó en las doscientas libras. El hombre se detuvo tres veces en el portón; por fin se decidió a llamar.

Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido. Este parecía incómodo. La miraba furtivamente, mientras ella le pedía disculpas por el desorden que había en el cuarto y por el guardapolvo del marido. La señora esperó cortésmente que les dijera el motivo de la visita; el desconocido estuvo un rato en silencio.

–Vengo de parte de Maw & Meggins –dijo por fin.

La señora White tuvo un sobresalto.

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

–Espera, querida. No te adelantes a los acontecimientos. Supongo que usted no trae malas noticias, señor.

Y lo miró patéticamente.

–Lo siento... –empezó el otro.

–¿Está herido? –preguntó, enloquecida, la madre.

El hombre asintió.

–Mal herido –dijo pausadamente–. Pero no sufre.

–Gracias a Dios –dijo la señora White, juntando las manos–. Gracias a Dios.

Bruscamente comprendió el sentido siniestro que había en la seguridad que le daban y vio la confirmación de sus temores en la cara significativa del hombre. Retuvo la respiración, miró a su marido que parecía tardar en comprender, y le tomó la mano temblorosamente. Hubo un largo silencio.

–Lo agarraron las máquinas –dijo en voz baja el visitante.

–Lo agarraron las máquinas –repitió el señor White, aturdido.

Se sentó, mirando fijamente por la ventana; tomó la mano de su mujer, la apretó en la suya, como en sus tiempos de enamorados.

–Era el único que nos quedaba –le dijo al visitante–. Es duro.

El otro se levantó y se acercó a la ventana.

–La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida –dijo sin darse la vuelta–. Le ruego que comprenda que soy tan sólo un empleado y que obedezco las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La cara de la señora White estaba lívida.

–Se me ha comisionado para declararles que Maw & Meggins niegan toda responsabilidad en el accidente –prosiguió el otro–. Pero en consideración a los servicios prestados por su hijo, le remiten una suma determinada.

El señor White soltó la mano de su mujer y, levantándose, miró con terror al visitante. Sus labios secos pronunciaron la palabra: ¿cuánto?

–Doscientas libras –fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos, como un ciego, y se desplomó, desmayado.

### III

En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, marido y mujer dieron sepultura a su muerto y volvieron a la casa transidos de sombra y de silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi no lo entendieron y quedaron esperando alguna otra cosa que les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos, que algunos llaman apatía. Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse; sus días eran interminables hasta el cansancio.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano y se encontró solo.

El cuarto estaba a oscuras; oyó cerca de la ventana, un llanto contenido. Se incorporó en la cama para escuchar.

–Vuelve a acostarte –dijo tiernamente–. Vas a coger frío.

–Mi hijo tiene más frío –dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño. Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

–La pata de mono –gritaba desatinadamente–, la pata de mono.

El señor White se incorporó alarmado.

–¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó:

–La quiero. ¿No la has destruido?

–Está en la sala, sobre la repisa –contestó asombrado–. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarla, y le dijo histéricamente:

–Sólo ahora he pensado... ¿Por qué no he pensado antes? ¿Por qué tú no pensaste?

–¿Pensaste en qué? –preguntó.

–En los otros dos deseos –respondió en seguida–. Solo hemos pedido uno.

–¿No fue bastante?

–No –gritó ella triunfalmente–. Le pediremos otro más. Búscala pronto y pide que

–nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama, temblando.

–Dios mío, estás loca.

–Búscala pronto y pide –le balbuceó–; ¡mi hijo, mi hijo!

El hombre encendió la vela.

–Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.

–Nuestro primer deseo se cumplió. ¿Por qué no hemos de pedir el segundo?

–Fue una coincidencia.

–Búscala y desea –gritó con exaltación la mujer.

El marido se volvió y la miró:

–Hace diez días que está muerto y además, no quiero decirte otra cosa, lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras...

–¡Tráemelo! –gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta–. ¿Crees que temo al niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa.

El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo hecho pedazos, antes de que él pudiera escaparse del cuarto.

Perdió la orientación. No encontraba la puerta. Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca y tenía algo sobrenatural. Le tuvo miedo.

–¡Pídelo! –gritó con violencia.

–Es absurdo y perverso –balbuceó.

–Pídelo –repitió la mujer.

El hombre levantó la mano:

–Deseo que mi hijo viva de nuevo.

El talismán cayó al suelo. El señor White siguió mirándolo con terror. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la mujer se acercó a la ventana y levantó la cortina. El hombre no se movió de allí, hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces miraba a su mujer que estaba en la ventana. La vela se había consumido; hasta casi apagarse. Proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama; un minuto después, la mujer, apática y silenciosa, se acostó a su lado.

No hablaron; escuchaban el latido del reloj. Crujió un escalón. La oscuridad era opresiva; el señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro; simultáneamente resonó un golpe furtivo, casi imperceptible, en la puerta de entrada.

Los fósforos cayeron. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Huyó a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó un tercer golpe.

–¿Qué es eso? –gritó la mujer.

–Un ratón –dijo el hombre–. Un ratón. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

–¡Es Herbert! ¡Es Herbert! –La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó.

–¿Qué vas a hacer? –le dijo ahogadamente.

–¡Es mi hijo; es Herbert! –gritó la mujer, luchando para que la soltara–. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta.

–Por amor de Dios, no lo dejes entrar –dijo el hombre, temblando.

–¿Tienes miedo de tu propio hijo? –gritó–. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer se libró y huyó del cuarto. El hombre la siguió y la llamó, mientras bajaba la escalera. Oyó el ruido de la tranca de abajo; oyó el cerrojo; y luego, la voz de la mujer, anhelante:

–La tranca –dijo–. No puedo alcanzarla.

Pero el marido, arrodillado, tanteaba el piso, en busca de la pata de mono.

–Si pudiera encontrarla antes de que eso entrara...

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla; oyó el ruido de la tranca al abrirse; en el mismo instante encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto; aunque los ecos resonaban aún en la casa. Oyó retirar la silla y abrir la puerta. Un viento helado entró por la escalera, y un largo y desconsolado alarido de su mujer le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. El camino estaba desierto y tranquilo.

W.W. Jacobs

### I. Comprensión lectora

Desarrolla en tu cuaderno

1. ¿Dónde vivía la familia White?
2. ¿Quiénes son los personajes del cuento?
3. ¿Quién llegó a visitarlos?
4. Según Morris, ¿qué le concedió la pata de mono al faquir?
5. ¿Qué le advirtió el sargento Morris acerca de la pata de mono al señor White?
6. ¿En qué consistió el primer deseo? y ¿qué consecuencias trajo a la familia White?
7. ¿Qué pidió el señor White como segundo deseo?
8. ¿Quién crees que tocaba la puerta insistentemente?

### II. Juicio crítico-valorativo

9. ¿Qué crees que el señor White pidió como último deseo?

### III. Redacción y creatividad

10. Dibuja el hecho que más te ha sorprendido del cuento.

11. Continúa con la narración propuesta.

–¡Es mi hijo; es Herbert! –gritó la mujer, luchando para que la soltara–. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta. La señora White abrió la puerta...\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

## Practiquemos

1. Realiza el resumen del siguiente texto según lo aprendido.

### En defensa del planeta



Nuestro planeta es un verdadero paraíso, pero corre el peligro de convertirse en un verdadero basurero. Esta es la razón de que se creara Greenpeace, una organización ecologista de la que seguramente has oído hablar.

Greenpeace es una organización mundial que se creó en Canadá en 1971 con el propósito fundamental de proteger el medioambiente en todo el mundo, se trata de una organización independiente que se financia con las aportaciones de los socios y simpatizantes.

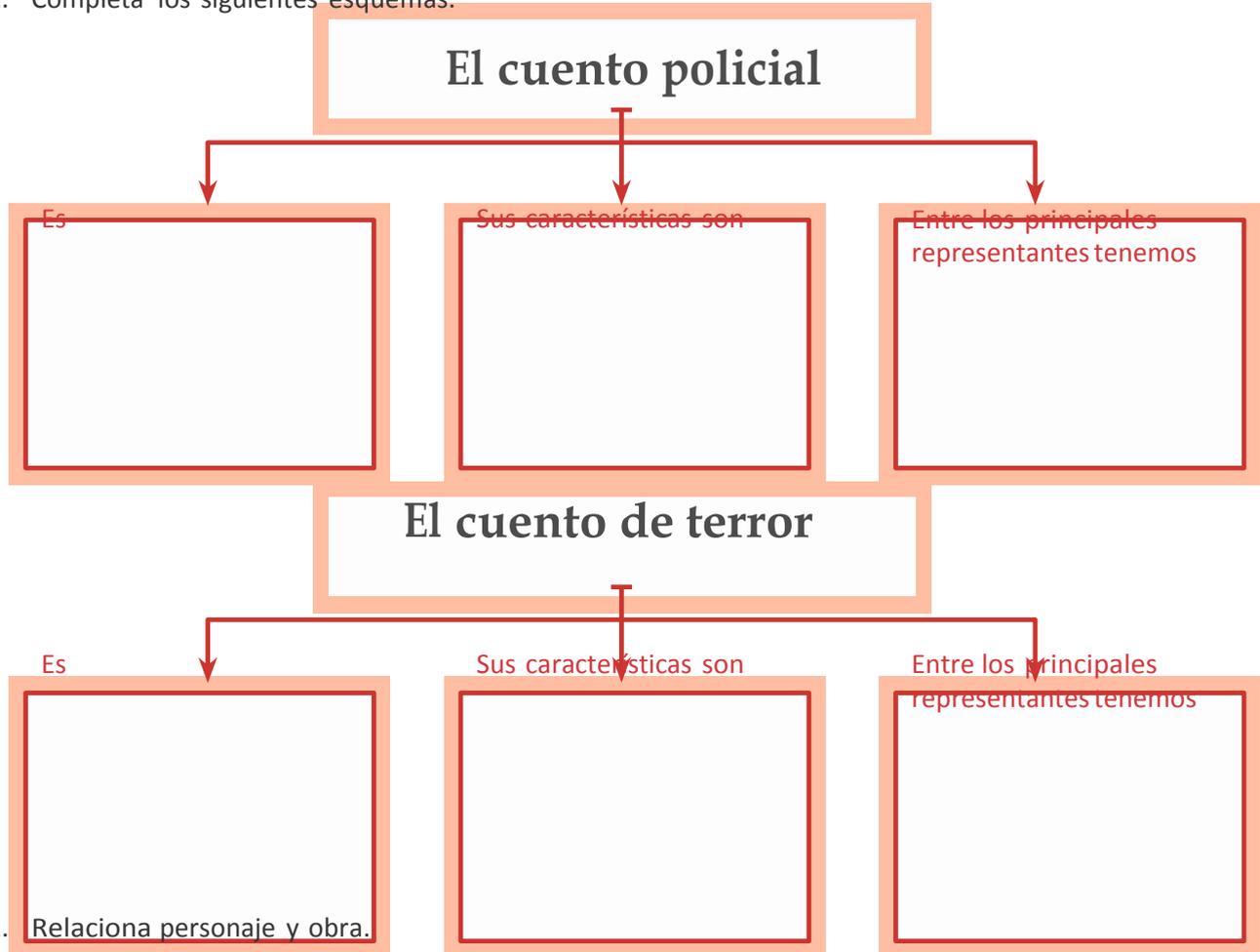
Los miembros de Greenpeace son voluntarios que llevan a cabo acciones directas y no violentas en cualquier lugar donde la naturaleza se ve amenazada.

2. Elabora un cuadro sinóptico con el texto anterior.

## 05

## Repaso

1. Completa los siguientes esquemas.



2. Relaciona personaje y obra.

- a) Harrison
- b) El viejo
- c) Warren
- d) Ronder

- ( ) “El corazón delator”
- ( ) “Nido de avispas”
- ( ) “La decisión de Randolph Carter”
- ( ) “La aventura de la inquilina del velo”

3. Completa.

- a) El cuento policial es aquel que \_\_\_\_\_
- b) Un personaje del cuento “Nido de avispas” es \_\_\_\_\_
- c) El cuento que aborda el tema del suicidio es \_\_\_\_\_
- d) El cuento \_\_\_\_\_ narra la historia de un hombre que se vuelve alcohólico.
- e) El cuento \_\_\_\_\_ narra la historia de un hombre que encuentra criaturas que viven debajo de las tumbas.

4. Elabora un resumen del cuento “Nido de avispas”.

## 06

## Taller de literatura



El cuento de terror es una composición literaria breve, generalmente de corte fantástico, cuyo principal objetivo es provocar el escalofrío, la inquietud o el desasosiego en el lector.

## ¡Buscándonos al terror!

¡Y ahora, a crear una historia que nos produzca mucho miedo!



### **¿Qué trabajaré?**

Hoy trabajaremos un cuento de terror con ilustraciones.

### **¿Qué tomaré en cuenta para crear mi cuento de terror?**

Para crear un cuento de terror debes tomar en cuenta que la finalidad es provocar en el lector miedo escalofrío, inquietud o desasosiego.

### **¿Cómo trabajaré?**

Debes reunirte una semana antes con tres compañeros para discutir acerca de la historia.

### **¿Qué necesitaré?**

- Papelógrafos
- plumones de punta gruesa
- Plumones de punta delgada
- Marcadores
- Témperas
- Volores
- Escarcha
- Figuras de héroes, dioses o seres mitológicos
- Revistas

### **¿Qué haremos con nuestra creación?**

Elegirás a un representante que lea el cuento. Luego lo pegaremos en el aula.